



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

137

BIBLIOTECA  
DE AUTORES  
MEXICANOS

44



Castillo

NOVELAS COELES

PQ7297  
.C37  
A15





ERE FLAMMAN  
VERITATIS 1080013794



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

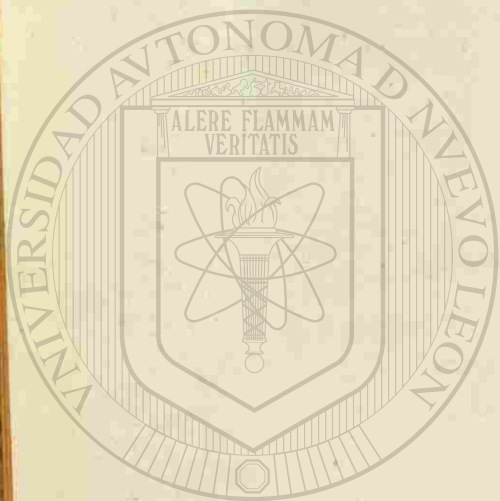
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Florencio Meda Castillo*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# OBRAS

DE DOS

FLORENCIO M. DEL CASTILLO

NOVELAS CORTAS



MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR  
Cerca de Santo Domingo

1902



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155996



## BIOGRAFIA DEL AUTOR.

### I

Penoso es tener que hacer referencia á nuestras luchas fratricidas, siempre ó casi siempre que se trata de dar á conocer los rasgos biográficos de los poetas y escritores que florecieron en México durante los comédios del pasado siglo. No parece sino que para esos hombres el cultivo de las bellas letras no era sino una ocupación accidental á la que se dedicaban en sus ratos de ocio, y que preferían á los gratos y tranquilos solaces que él proporciona las impresiones fuertes y la inquietud que los negocios públicos ocasionan á los que dedican á ellos toda su energía en las épocas aciagas de crisis y de efervescencia.

En el tomo XLII de esta Biblioteca es  
Del Castillo. A.

eribimos unos apuntes biográficos del estudiante poeta Juan Díaz Covarrubias, que en los umbrales de la juventud vió cortada su existencia por haber olvidado sus estudios y convertido en partidario; hoy tenemos que señalar á grandes rasgos la biografía de otra víctima de nuestros trastornos: el periodista y escritor D. FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

Vió la luz en esta capital el 27 de noviembre de 1828, siendo sus padres D. Demetrio del Castillo, nativo de Costa Rica, y Doña Francisca Velasco, perteneciente á acomodada familia de aquella región. D. Demetrio había llegado al país en los últimos años de la dominación colonial, empleado en la magistratura, y acompañado de su hermano D. Florencio, que fué canónigo de la catedral de Oaxaca, gobernador de la mitra y Obispo electo de la misma catedral.

El joven Florencio, aunque se procuró por sus padres que hiciera los estudios necesarios para obtener un título profesional, pronto demostró que no tenía vocación para los estudios serios. Apenas terminado el aprendizaje de las primeras letras, fué enviado al Colegio de San Ildefonso, donde hizo sus estudios de filosofía y anunció que había resuelto seguir la carrera de la medicina; pero su afición á la literatura, así como la muerte de su padre, ocurrida en 1840, hicieron que olvidase ese propósito, no obstante las amonestaciones de su hermano mayor, que para con él quedó haciendo las veces de padre, el Lic. D. José María del Castillo Velasco, que ocupó importantes puestos en la magistratura y en la administración.

Del Castillo en sus estudios aprovechó principalmente las lecciones de los clásicos, y desde muy niño, según cuenta su biógrafo y amigo Luis G. Ortiz, "escribía en pequeños cuadernos que él mismo empastaba, un cuento fantástico ó la descripción de escenas que nunca había visto, pero que él se imaginaba, ó bien ligeros artículos que reflejaban los vagos deseos de su corazón, las poéticas aspiraciones de su alma." A un temperamento así era imposible que el estudio árido y nada simpático del arte médico, llegara á interesarle; la visita hecha á un hospital y que le inspiró impresiones penosas que dejó consignadas en el pequeño artículo que escribié llamado "Dos horas en el hospital de San Andrés," acabó por hacerle mirar con profunda aversión la medicina, y resueltamente se dedicó á la vida de literato y periodista, que entonces, como ahora, casi se confundían en México.

En el famoso "Monitor Republicano," del que llegó á ser redactor en jefe, hizo sus primeros ensayos, y cuando después de la caída de Arista y elevación del general Santa Anna, con la proclamación del plan de Ayutla, se deslindaron los partidos, Castillo se afilió resueltamente en el campo liberal.

## II.

Triunfante la revolución de Ayutla, el joven periodista, que con su pluma la había ayudado, vió llegado el momento de empezar su carrera po-



lítica: en 1857 formó parte del Ayuntamiento de México, y fué electo diputado suplente al primer Congreso constitucional que apenas vivió poco más de dos meses, de 8 de octubre á 17 de diciembre de ese mismo año, en cuyo día fué disuelto á causa del golpe de Estado dado por el Presidente Comonfort.

La violencia con que combatió tal medida y la oposición furibunda que desde las columnas del "Monitor" hizo al gobierno emanado del Plan de Tacubaya, fueron causa de que nuestro periodista fuera tenazmente perseguido y al fin aprehendido, enviándosele primero á un cuartel, y después, en calidad de confinado, al Molino Blanco.

Ya antes, sus escritos le habían acarreado una desagradable cuestión personal que motivó un duelo, en el que del Castillo tuvo por adversario á un distinguido poeta, D. Félix María Escalante; por fortuna, el lance terminó sin que hubiese desgracia alguna que lamentar.

Derrocado el gobierno tacubayista por la batalla de Calpulalpan, y triunfante D. Benito Juárez, los liberales volvieron al poder y Florencio del Castillo continuó ascendiendo en su carrera política: en 1861 fué electo Presidente del Ayuntamiento de México y resultó electo Diputado propietario al segundo Congreso Constitucional que se instaló el 9 de mayo de ese año, y que por razón de las circunstancias políticas en que se había encontrado el país, sólo funcionó hasta el 31 de mayo de 1862, cuando ya rotos los convenios de la Soledad, había comenzado el período conocido en la Historia de México con el nombre

de Epoca de la Intervención. Del Castillo combatió sin tregua desde las columnas de "El Monitor" al partido que aceptó esa intervención, y empezó una publicación ilustrada titulada "Glorias nacionales," que duró poco tiempo y que estaba destinada á dar á conocer los principales episodios de la guerra que había dado principio.

Como ésta continuase con nuevo vigor después de la llegada del General Forey, en septiembre del año expresado, con numerosas tropas francesas, muchos mexicanos abandonaron sus ocupaciones habituales para alistarse en las filas del ejército que iba á combatir á los intervencionistas, y de ese número fué Florencio del Castillo y su hermano el abogado D. José María; "á los pocos meses, dice un biógrafo del primero, faltaron los recursos á los dos hermanos, y Florencio quiso venir á México para vender una casa, su única riqueza, que había comenzado á edificar." Las circunstancias eran malas para los enemigos de la Intervención, sobre todo después que por causa de la toma de Puebla, el gobierno se había visto obligado á abandonar la capital de la República y á peregrinar por el Interior, fijando temporalmente su residencia en San Luis Potosí. El invasor era dueño de la ciudad de México, y desconociendo las circunstancias del país, declaró Forey que la cuestión militar estaba terminada, por lo que no vió en los defensores del gobierno juarista más que á guerrilleros y conspiradores: en virtud de tal criterio, fué aprehendido el día 3 de agosto de 1863 Del Castillo,

y en días posteriores otras personas notables como D. Manuel Payno, ex-Ministro de Hacienda; D. Agustín del Río, el coronel Miguel Auza y varias más.

El periódico oficial de la Regencia, hablando de esas aprehensiones, decía: "Es una desgracia verse obligado á castigar. La Regencia del Imperio sufre hoy esa necesidad respecto de las personas que, por su orden, fueron ayer reducidas á prisión. Ella había ofrecido con sinceridad una completa amnistía y un olvido profundo, aun para un luctuoso pasado de ayer, desde que á la sombra benéfica de la Intervención comenzó el ejercicio de un poder nacional: éste no exigió el más ligero sacrificio de la opinión privada: todas eran y son libres y toleradas mientras con ellas no se pretenda turbar la tranquilidad pública ó la seguridad individual. Con efecto, por primera vez se ha visto en México, después de cuarenta años, que los hombres más prominentes y temibles del partido vencido vivan entre los vencedores, no sólo en completa libertad, sino en perfecta paz y seguridad de sus personas y bienes: nadie les molesta en lo más mínimo ni les pide cuenta de sus acciones." Agregaba en seguida que "esta longanimidad de la Regencia había sido interpretada como prueba de debilidad y de temor por los contrarios políticos, muchos de los cuales habían vuelto á sus antiguas tramas y maquinaciones, conspirando contra el poder establecido; esto obligó á la Regencia á tomar medidas severas, si bien no contra todos los que sabía que habían tomado parte en los mane-

jos revolucionarios, al menos contra la mayor parte de los principales instigadores."

Conducido el prisionero á la cárcel de Santiago Tlalotelco, fué juzgado por un tribunal militar que lo condenó á ser confinado al Castillo de San Juan de Ulúa, frente á la ciudad de Veracruz; á los pocos días se cumplió la sentencia; sin embargo, no duró mucho tiempo en su sinistra prisión, pues la terrible enfermedad del vómito prieto, hizo presa de su naturaleza á los dos meses de haber llegado á aquella; ya cuando no tenía remedio, fué llevado al hospital de Veracruz: "al embarcarse en el bote que le llevaba á la plaza, se despidió de Fernando Sort, su compañero de prisión, y le hizo sus últimos encargos."

Falleció en el Hospital de aquel puerto el 27 de octubre de ese mismo año de 1863, sin tener el consuelo de ver en sus últimos momentos á ninguna persona de su familia; su cadáver, envuelto en una sábana, fué conducido al Cementerio, y dícese que nunca pudieron averiguar sus deudos el lugar exacto donde fué sepultado.

Las ocupaciones del periodista robaron mucho tiempo al escritor, y esta es la causa de que pocas fueran las obras que dejara Florencio M. del Castillo. Tarea larga y difícil sería enumerar los artículos que, debidos á su pluma, se publicaron en "El Monitor Republicano," durante los



varios años que estuvo encargado de la redacción de ese periódico: la labor del periodista queda generalmente olvidada, y el recuerdo de lo que en los diarios escribió es tan efímero como la existencia del papel en que se publicó, el cual se arroja con desdén después de haberse enterado rápidamente de su contenido. Y cuando esa labor ha tenido por objeto asuntos políticos ó sucesos del día, ese recuerdo es aún más fugaz todavía. Necesitaríamos un tiempo y un espacio de los que no disponemos, si quisiéramos enumerar, aunque fuera someramente, los artículos de todo género que el escritor de que nos ocupamos publicó en las columnas del "Monitor," de 1856 á 1858 y de 1860 á 1863, que estuvo en su redacción. Ellos demuestran, cuando menos, su erudición y su talento, en un tiempo en que, al contrario de lo que ahora sucede, el que se dedicaba al ingrato oficio de periodista, tenía un caudal regular de conocimientos adquiridos y procuraba estudiar, aunque fuera ligeramente, las cuestiones de que trataba.

Sin embargo, no fué superior á su época: al lado de meditados y bien escritos boletines suyos, hemos leído alguna vez larguísima y sosos artículos que tenían la pretensión de ser doctrinarios y editoriales llenos de palabrería, que en realidad nada de provecho dicen y que sólo se escriben para llenar determinada extensión del periódico. A propósito de esta manía ó necesidad del periodista, recordamos una anécdota de Del Castillo que nos fué referida por un contemporáneo suyo.

Presentóse el regente un día al redactor, manifestándole que para dejar cerrado el periódico sólo faltaban unas diez ó doce líneas: Del Castillo, que de momento no encontró material para hacerlas, discurrió una noticia que era nada menos la de su suicidio, ocurrido en la mañana de ese día. El periódico quedó completo, pero la alarma de sus amigos, y sobre todo, de su hermano, fué grande y le hizo dirigirse sin pérdida de tiempo á la redacción: ahí encontró muy tranquilo á Florencio, que le explicó el origen de la noticia: como D. José María le reprochase su ligereza, que tal susto y amargura le había causado, le contestó:

—Ese párrafo me sirvió para llenar el periódico de hoy, y me servirá para tener un párrafo más para el de mañana, cuando desmienta la noticia de mi suicidio.

D. Ignacio M. Altamirano asegura que escribió un breve compendio de la Historia antigua de México, que se recomienda por su belleza de estilo y por sus buenas apreciaciones: no hemos tenido ocasión de ver esa obrita, que debe ser sumamente rara hoy día.

Escribió diversas novelitas cortas, de las que algunas han llegado á ser muy conocidas por haberlas publicado en forma de libro él ó sus amigos Altamirano y Luis G. Ortiz, después de su muerte; éstas son: "El cerebro y el corazón," "La corona de azucenas," "Hasta el cielo" y "Dolores ocultos," que publicó reunidos en un tomo, para el que D. Guillermo Prieto escribió un prólogo. También conocemos de él "Botón de rosa,"



"En un cementerio" y unos apuntes biográficos de D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

En 1854 publicó su principal y más conocida novela titulada "Hermana de los Angeles;" acerca de ella decía, en el prólogo que para la obra escribió, D. Francisco Zarco:

"El nombre del joven Florencio María del Castillo se ha dado á conocer en estos últimos años en nuestro estrecho mundo literario; prometía desde sus primeros ensayos abrir una nueva senda en los estudios morales, aunque lleno de reminiscencias fisiológicas, aunque hábil en sus descripciones físicas, aunque lleno de consideraciones sobre las ciencias materiales, sobre esas cuestiones de organismo que parecen hacer de la virtud y del vicio una cuestión de temperamento; nosotros creímos descubrir en sus primeras novelas que descendía á todas esas regiones tristes en que no se ve más que la materia, para elevarse con vuelo más atrevido á las regiones etéreas del alma. Sabía profundizar los misterios íntimos del corazón, observar el desarrollo de las pasiones, sus causas, sus efectos; su amargura al encontrarse con ciertas llagas sociales no tomaba el tinte sombrío de la desesperación; en sus pinturas más melancólicas del infortunio, había siempre algún encanto, algún colorido apacible que las llenaba de luz.... Se descubría que el escritor no había perdido la fe, y que por cruel que á veces le fuera el estudio de la sociedad y del hombre, entreveía siempre una vida mejor, y aspiraba á hallar la senda que condujera á la perfectibilidad del espíritu...."

"Entonces se notó que su estilo era un tanto desaliñado, que no cuidaba mucho de la expresión, y que faltaba á sus obras ese pulimento de lenguaje que les da cierto brillo. En cambio tenían esa frescura, ese vigor de las obras juveniles, que son en los escritos como el perfume en las flores y que tienen un mágico encanto para los jóvenes.

"Castillo, como todos los que cultivan las letras en México, ha tenido que gastar parte de la actividad de su inteligencia en el periodismo, en esa vorágine que parece consumir y debilitar el espíritu; ha tenido que emplear el tiempo en hacer traducciones, dejando de producir obras originales, y ha tenido también que sufrir y resignarse á ese desdén con que el vulgo paga los esfuerzos y el trabajo del que hace profesión de escritor.

"Pero á pesar de todo, el joven novelista no ha perdido nada de su creadora actividad; parece, por el contrario, haber recurrido á fuentes perennes de consuelo, reanimar todas sus creencias, guardar el tesoro de su espiritualismo, y perdonado al mundo su desdén, ofrécele páginas que serán un bálsamo para los que sufren; páginas impregnadas de fe y de esperanza; páginas que hacen pensar profundamente que conmueven, que abren al espíritu un ancho campo de consoladoras reflexiones, y que por lo mismo están acaso fuera de la disección fría y analítica del crítico.—Nosotros á lo menos hemos leído en este momento la "Hermana de los Angeles," y esta producción nos ha parecido tan espiritual,

tan etérea, tan metafísica, que no nos atrevemos á desleír la profunda impresión que nos ha causado su lectura.

"Debemos, sin embargo, llamar la atención de nuestros lectores hacia una producción demasiado notable, y que, sea dicho sin herir susceptibilidades, se eleva un poco sobre lo que día á día produce nuestra literatura, porque se aparta de esas formas de belleza superficial que consisten más en lo sonoro de nuestro idioma, que en la verdad y riqueza de las ideas; porque se aleja de ese materialismo, y se desprende de esa lánguida voluptuosidad en que parecen adormecidos nuestros poetas líricos: porque es altamente filosófico y moral, porque no es el parto de un instante fugitivo de inspiración, sino el fruto del estudio y de la meditación; porque no es una queja amarga de los males de la vida; porque en fin, tiende á corregir, á purificar las pasiones, y habla á los hombres de Dios, del cielo, de los inmensos tesoros que guardan en su alma, y de los que parecen olvidarse cuando se entregan á placeres de un instante, cuando renegan después de la existencia, sin saber que en sí mismos, en su sensibilidad, en su inteligencia, tienen el alivio de sus males.

"Búsquense estas tendencias en las producciones de nuestra naciente literatura, y apenas en uno que otro se encontrará el deseo de ser útil á la humanidad, en vez de la sed de conquistar precoz celebridad.

"A pesar de todo, la forma, el lenguaje, el estilo de la última obra de Castillo, la harán pa-

recer á muchos demasiado metafísica, demasiado abstracta. Para nosotros en esto consiste gran parte de su mérito. Es grato encontrar libros que sepan arrancarnos de esta vida positiva y tediosa de las grandes capitales, para llevarnos á las regiones de las quimeras, de las visiones, si gustáis; pero que algo valen para los espíritus que pueden comprenderlas y que aman esa riqueza de las ideas abstractas y de las consideraciones acerca del espíritu, de lo imperecedero que hay en el hombre.

"¿Qué importa que la "Hermana de los Angeles" no esté de pronto llamada á esa popularidad ruidosa, pero efímera que pasa, dejando el lugar al olvido, si dice algo á los que sufren, si consuela á los que dudan...? Los libros todos que han estudiado el alma, Kempis, Zimmerman, etc., no descienden nunca hasta el vulgo, pero viven eternamente entre las inteligencias superiores.

"En estos tiempos de "mejoras materiales," en que se habla de negocios y es casi ridículo en buena sociedad hablar de pasiones y sentimientos; en estos tiempos en que se quiere que las cuestiones de bienestar material sofoquen, compriman todas las aspiraciones nobles y caigan sobre la política, sobre la metafísica, sobre el arte, es raro que un joven venga á hablarnos de amor, y sólo de amor. ¡y de qué amor! de amor espiritual, de amor platónico, de almas hermanas... ¡Visiones! ¡Ilusiones! ¡Ah! no; Castillo ha recogido en un pequeño volumen toda la esencia de las doctrinas espiritualistas, que han he-



cho del amor una cosa santa, doctrinas que se han trasmitido desde los primeros siglos del mundo hasta nuestros días, y que no se extinguirán jamás, porque hay ciertas revelaciones íntimas, misteriosas, que no necesitan pruebas... La aspiración constante del alma, el sentimiento, son argumentos incontrastables, más poderosos que todas las razones que acumulan los que se empeñan en sostener que el hombre no es más que el más perfecto de los seres del reino animal."

"En esta novela ("Hermana de los Angeles"), abundan las pinturas de las situaciones morales; hay en toda ella algo vago, indefinido, vaporoso, y en esto está su encanto. No puede, pues, tener ese interés dramático de la novela histórica ó de la que se ocupa demasiado de peligros puramente físicos.

"La historia poética y misteriosa de tres almas. El contraste de la pureza y felicidad del amor espiritual, con el desaliento, el tedio y la amargura del sensualismo. La sublimidad del perdón. La rehabilitación del arrepentimiento. He aquí todo el asunto que Castillo ha tratado hábilmente en la "Hermana de los Angeles."

Su estilo es correcto y tan vigoroso como puede ser el idioma humano cuando intenta expresar los arcanos del corazón. Hay ideas poéticas en sí mismas y que encuentran, además, la poesía de la expresión. Hay novedad y cierta fuerza de persuasión y sentimiento que raciocina en todo lo que puede considerarse como desarrollo del espiritualismo, para hacer que el amor eleve

las almas al cielo. Hay un fondo de creencias y de consoladora filosofía en toda la obra. Bien merece llamar la atención del público y promete por parte del autor ópimos frutos literarios.

"No hemos pretendido hacer un análisis de este libro, porque obras tan espirituales lo resisten y no somos capaces de emprenderlo. Si, Castillo es nuestro único novelista en la actualidad, sale de la senda trillada y eleva este género haciéndolo útil, filosófico, moral."

En cuanto á D. Ignacio M. Altamirano, que escribió después de la muerte de Castillo, en 1869, lo juzga de esta manera en una de sus "Revistas Literarias de México."

"Florencio del Castillo es, sin duda, el novelista de más sentimientos que ha tenido México, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien la elegancia y fluidez del estilo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en México.

"Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar ó condenar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así

En sus leyendas no se ve una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios, y aborrecibles: ninguno de sus ejemplos de mujer maldiciente y procaz que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No; Florencio era azas delicado para levantar del lodo esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que harto los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

“Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas; con esa melancolía que hace llorar, y no aborrecer el mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren, y luchan, y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra; no: quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y sólo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre las que sufren, entre las que no tienen más goces, que los del amor casto y sincero. Así como estas mártires de la desigualdad social, nos figuramos nos-

otros á aquellas mártires de la fe religiosa, á quienes la admiración de los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo y sobre los altares en la tierra. Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes, son los mismos que dió Rafael á las suyas idealizando el tipo moral, como éste idealizó el tipo físico.

“Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonios, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas: todas ellas se desenlazan dolorosamente, como los poemas de Byron; pero diferenciándose del poeta inglés, en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era excéptico.

“En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con Pablo y Virginia; pueden rivalizar con Werther, llevando á éste la ventaja de la moralidad; pueden compararse con Graziella ó con el Rafael, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por esta razón pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

“En esto no exageramos; otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

.....



"Para nosotros cada una de estas novelitas es un ramillete de azucenas y cinerarias, ofrecidas por la mano de un apóstol ó de un mártir.

"Algún literato extranjero, haciendo el juicio crítico de autores mexicanos contemporáneos, ha llamado á Castillo el "Balzac" de México; y en efecto, aunque las obras de nuestro novelista sean pequeñas y poco numerosas, sin duda alguna son excelentes estudios sociales, y no es temerario creer que si la muerte no hubiera sorprendido á Florencio en la flor de sus años, habría podido, quizás, elevar en el mundo literario de su patria, un monumento grandioso como el que levantó el autor francés en un círculo más amplio y con mayores elementos."

Los juicios de los dos escritores citados son por demás benévolos para Castillo y aun pecan de exagerados; sin embargo, hay que tener en cuenta que sobresalió entre sus contemporáneos en el cultivo de la novela en México, y que para aquella época es cierta la afirmación de Zarco y de Altamirano de que Florencio del Castillo era el mejor novelista que había entonces en nuestra patria: hoy ha perdido completamente ese puesto y sin embargo, se leen sus obras con agrado como lo demuestra el número de ediciones, relativamente considerable, que han alcanzado.

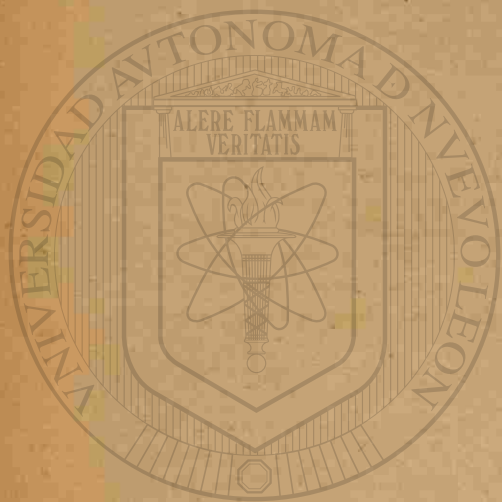
México, diciembre de 1902.

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AMOR Y DESGRACIA.  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



## AMOR Y DESGRACIA.

Llena de profunda tristeza concluía la tarde: una capa de nubes blancas y cenicientas ocultaba la faz del cielo: no lucían los rayos vivificantes del sol; la luz era azulada, opaca, como la que pasa á través de un velo, y un viente frío y penetrante levantaba por momentos nubes de polvo, que volvían á caer al instante.

Serían las cinco, y la luz penetraba apenas por una estrecha ventana en la estancia donde deben pasar algunas escenas de la historia presente. Es imposible calcular cuánto influye en nuestra imaginación el carácter del tiempo; una tarde fría y triste como la que describo,

(\*) Esta novela es la que se ha publicado con el título "Horas de tristeza", la que dedicó su autor á los socios del Liceo Hidalgo.



hace ver todos los objetos con un tinte indefinible de melancolía; en esas horas es imposible tener el corazón expansivo....

Cerca de la ventana, un joven escribía afanosamente sobre una mesa: tenía la frente apoyada sobre la palma de lamano izquierda, mientras que con la derecha trazaba algunas líneas sobre el papel blanco que tenía delante.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido tan sólo de vez en cuando por el rechinado de la pluma ó por algún gemido del joven. La luz que penetraba á través de los opacos cristales de la ventana, apenas alcanzaba á iluminar, como el moribundo resplandor del crepúsculo, la mesa donde el joven escribía, y sus luengos y castaños cabellos, que se habían desprendido y caían sobre su frente formando un velo que impedía ver sus facciones: todo lo demás de la habitación se perdía entre las sombras, y sólo un pequeño espejo colocado en pared opuesta, retrataba parte de la ventana, que por un efecto de óptica parecía á una distancia muy grande, aumentándose así en apariencia los límites de la habitación.

De pronto el joven lanzó un gemido más doloroso que los que antes habían agitado su pecho, y dejó caer con desaliento la pluma: se levantó con la mano los cabellos y murmuró á media voz:

—¡Es imposible!.... ¡no tendrán compasión de mí!....

Luego añadió con más energía:

—¡Quisiera volverme loco!.... ¡quisiera morir!....

Volvió á reinar un silencio profundo, que parecía zumbiar en los oídos.

—¡Ya es casi de noche, continuó, y no he podido estudiar un instante! ¿Pero está en mi mano hacerlo cuando todo se conjura contra mí? ¡Dios mío! tú que lees en los corazones, ¿es acaso un crimen el que yo he cometido?... ¡oh, no!.... ¡Podía ver padecer.... ¡podía ver morir sin remedio ni consuelo á ese pobre ángel, y llevar mi probidad hasta conservar intacto ese funesto depósito?... ¡Oh! haberlo hecho así hubiera sido un crimen.... un asesinato, porque los auxilios á tiempo la han salvado.... Pero ¿quién hubiera podido pensar que á tal extremo llegaría la inhumanidad de ese hombre?... ¿No le he prometido servirlo de rodillas si así lo quiere?... ¡seré su esclavo!.... ¡le daré mi vida, mi sangre!.... ¿Tiene corazón de piedra, que no le enternece mi situación?... ¿Una prisión!.... esa idea me llena de espanto....

Su voz espiró entre sollozos; luego continuó, tomando de nuevo la pluma:

—Y sin embargo, esta carta es mi última esperanza; si no logro enternecerlo, vendrán por mí.... y sabré que mueren de hambre la pobre anciana que me dió el sér, y esa infeliz muchacha á quien adoro por su misma desventura....

Entonces se puso á leer las líneas que había trazado; algunas veces sus labios temblaban; otras, se abrían como para hablar y volvían á cerrarse: al fin continuó, alzando poco á poco la voz:



"Si ha amado vd. alguna vez, comprenderá lo que he hecho, y me compadecerá.... esa es una pobre joven ciega, que cuenta apenas diez y siete años de una vida siempre amarga.... Aquella noche de dolor, un ataque de epilepsia la mataba.... serian las once de la noche: mi madre con la pesadumbre se habia aturdido.... yo no tenia ni un medio.... ¿queria vd. que dejáramos morir á esa pobre muchacha sin darle ningún alivio?... ¿Cree vd. que podian contemplarse con avidez aquellas horrosas convulsiones?... Era imposible; yo tenia el dinero de vd., y en esos momentos creí que era Dios quien lo ponía en mis manos: no pensé que era un abuso de confianza el que cometia.... no creí que era un crimen... y aun cuando lo hubiera juzgado así, lo hubiera cometido.... porque mayor crimen creo hubiera sido conservar ese dinero.... y dejar morir á la infeliz... Pero yo espero que vd. tendrá piedad.... mi idea constante ha sido volverle á vd. el depósito.... A costa de mil esfuerzos, porque parece que la desgracia me persigue, he logrado entrar en la compañía dramática.... Esta noche hago mi primera salida, y cuento con que Dios me ayudará, porque se lo pido con todo mi corazón.... Yo le ofrezco á vd. pagarle con lo primero que gane, pero tenga vd. piedad de mí.... llevar adelante esa orden de prisión sería matar á mi madre y á Remedios.... Póngase vd. en mi lugar un momento, antes de dar la respuesta, y..."

El joven estrujó entre sus manos la pluma y levantó el rostro; su frente estaba empapada en sudor y tenia las mejillas lívidas.

—¡No me compadecerán! exclamó lleno de dolor. Cuando uno es feliz, no comprende la desgracia.... El rico cree que los lamentos del pobre que pide un pan para su madre que muere de hambre, son ficción.... El hombre, añadió con amarga desesperación, el hombre cuando tiene todo lo que necesita, es profundamente egoísta.... ¿Qué le importa á él que mi Remedios se muera?....

Una risa seca, estridente, ahogada entre un rechimido de dientes, sucedió á estas palabras arrancadas por la desesperación.

—¡Y sin embargo, volvió á decir, esta es mi última esperanza!

Trató de sonreírse para detener las lágrimas que corrían de sus ojos, y se inclinó á tomar la pluma: añadió algunas líneas á su carta y la cerró con aparente tranquilidad.

La tarde concluía por momentos: el joven se levantó de la mesa y fué á abrir las hojas de su ventana: sobre las montañas de Occidente, hacia donde se extendía la vista, se percibía una leve claridad pajiza: algunos pájaros atravesaban volando el cielo.... el joven clavó su mirada en el espacio, y entonces dejó correr su llanto.



DIRECCIÓN GENERAL DE



## II

La pieza contigua presentaba un aspecto muy diferente; aunque todavía no era de noche, una vela de sebo ardía en un rincón.

Algo de triste hay siempre en la recámara de un enfermo; parece que se respira una atmósfera pesada que comprime el corazón: nada de particular tenía aquella pieccecita, y sin embargo, era imposible mirarla sin entristecerse profundamente.

En uno de los rincones se hallaba recostada sobre su cama una mujer joven, con los ojos cerrados; á su lado estaba sentada una anciana que no levantaba la vista de la primera. En el otro ángulo de la pieza se veía una mesa cargada de botellas chicas, cucharas, vasijas; los mil objetos que indican el aposento de un enfermo; al fondo, al través de las rendijas de la ventana, se veía la luz del cielo, y en aquel lugar se dudaba si era el primer albor de la mañana ó la última hora de la tarde:



sin embargo, la pesadez de la atmósfera, el silencio, el decaimiento de la enferma, anunciaban que era la noche con sus sombras y sus terrores la que se acercaba.

De pronto un ruido áspero interrumpió el silencio; era un ronquido que se escapó del pecho de la enferma. La anciana, como impulsada por un resorte, movió vivamente á la joven y se precipitó hacia la vela.

Entonces se pudo ver bien á las dos mujeres.

La anciana era alta y parecía consumida, más por las penas que por la edad; sus mejillas estaban enflaquecidas, su frente surcada de arrugas; muchos cabellos blancos lucían sobre su cabellera negra como el ébano en otro tiempo; pero sus ojos brillaban todavía llenos de ánimo y de vida.

La otra, por el contrario, aunque recostada vestida sobre la cama, veíase que era chica de cuerpo y muy fina, y parecía tener de diez y seis á diez y siete años, aunque estaba extremadamente pálida y extenuada. Sus facciones tenían una dulzura casi angelical y la blancura de la rosa; y sus cabellos color de oro, brillantes como ese metal y finos como la seda, engastaban el óvalo de aquel rostro, que era imposible mirar sin sentirse arrebatado por su belleza apacible y simpática.

La anciana acercó la luz de la vela al rostro de la joven y la habló.

Los labios de la muchacha se entreabrieron, y temblaron sus párpados sin abrirse. — ¡La pobre doncella era ciega!

— Remedios, hija de mi vida, continuó la an-

ciana, con ese acento que sólo las madres pueden usar. ¿Remedios, estás mala?

Un gemido fué la respuesta.

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia, y penetró en ella un joven de alta estatura y presencia arrogante, vestido de negro con graciosa sencillez. Lo primero que hizo cuando entró fué quitarse el sombrero y ponerlo sobre un mueble. Entonces, con un movimiento tan natural como orgulloso, sacudió la frente, sobre la que ondularon sus hermosos cabellos castaños, lacios y lucientes como el plumaje de un pavo.

La anciana se volvió hacia él, y le tomó con efusión una mano.

— ¡Doctor, salvad á mi hija!... clamó con voz ahogada.

El joven médico clavó sus grandes ojos sobre la cuitada anciana, y ésta sintió que el consuelo y la esperanza volvían á ensanchar su corazón.

Algo tenía de simpático y majestuoso el rostro de aquel joven: sobre su frente parecía que se veía brillar el resplandor de la ciencia; en el esmalte de sus ojos, de un apacible azul oscuro, se leía la bondad de su corazón y la tranquila confianza del sabio. Por lo demás, sus facciones no pasaban de comunes, y sólo contribuía á hermosearlas su porte arrogante sin dejar de ser franco.

Un segundo quejido, ronco como el estertor de un moribundo, salido del pecho de la joven, interrumpió de nuevo el pesado silencio que se había restablecido.

La madre se volvió con viveza hacia la enferma, y el médico dió con calma algunos pasos hacia ella.

La madre, llena de la confianza que le inspiraba el doctor, como sucede siempre, creyó que aquel estertor era menos áspero, menos maligno, como si la presencia sola del médico fuese capaz de conjurar el mal.

Sin embargo, aquél clavó su mirada en el rostro de la joven: con la mano izquierda sostenía un poco alta la vela para alumbrarla, y con la derecha examinaba el movimiento del pulso.

¡Qué hermosa era Remedios! En aquel momento, con el leve sudor que brotaba de su frente, con el color pálido, transparente, que la enfermedad le daba á su rostro, se la hubiera tomado no por una mujer, sino por la imagen de una virgen.

Poco á poco la mirada del médico cambió, como cambia de color el último rayo del sol; hubiérase dicho que el corazón de mármol del médico se ablandaba, y lo substituía el corazón del hombre compasivo: su mirada perdió su firmeza, y de pronto se le arrasaron los ojos de lágrimas; una tieta leve de énfasis coloreó sus mejillas, y se arrodilló junto á la cama.

En aquel momento, silencioso como la muerte, apareció entre las sombras que proyectaba la débil luz de la vela, el rostro del joven que un momento antes escribía; mas entonces no era la tristeza la que velaba su semblante: sus miradas eran sombrías y parecían lucir con un

brillo fosfórico: sus labios temblaban y el superior parecía contraído violentamente.

Esta escena tenía lugar en medio de un silencio sepulcral: hubiérase dicho que era el agua mansa que oculta algún peligro; porque instintivamente causaba tristeza y pavor la reunión de aquellos hombres.

El rostro de la enferma había ido cambiando también de una manera visible; había tomado un color verdoso, violado, y una saliva espumosa corría poco á poco de sus labios contraídos: algunas convulsiones comenzaban á agitar su cuerpo....

El doctor se enderezó violentamente; extendió los brazos con la angustia del naufrago y se dirigió á la anciana gritando:

—¡Agua hirviendo!....

La madre, que en aquel momento sentía un dolor y una confusión, tanto mayores cuanto mayor había sido la confianza por que se había dejado arrullar, no acertó más que á pararse y correr hacia el joven silencioso, gritando á su vez, mas con esa voz bronca y cortada por el terror....

—¡Francisco, hijo mio!... ¡socorro!...

El joven á quien iba dirigido aquel grito se puso tan pálido, que su rostro se hubiera confundido en el color de la pared, á no haber dado un paso hacia la enferma.

El doctor, entretanto, había vuelto á caer de rodillas al lado de la cama; con una ansiedad imposible de describir, oprímia entre las suyas las manos de la enferma, mientras que con un

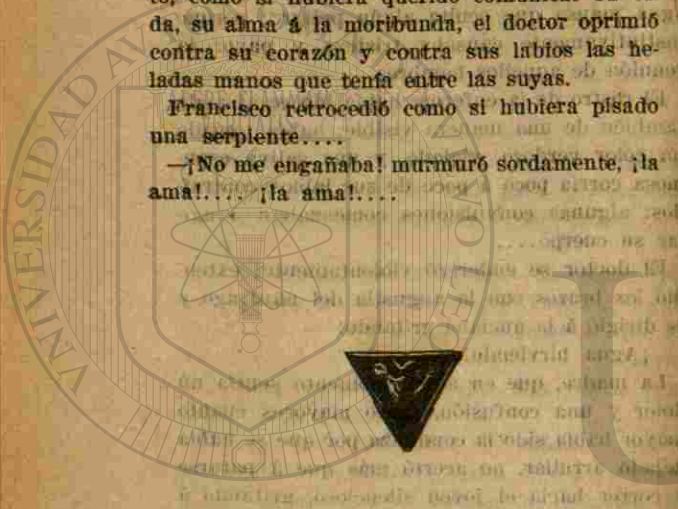


mirada interrogaba su semblante cada vez más demudado.

De pronto, obedeciendo á un impulso secreto, como si hubiera querido comunicar su vida, su alma á la moribunda, el doctor oprimió contra su corazón y contra sus labios las heladas manos que tenía entre las suyas.

Franisco retrocedió como si hubiera pisado una serpiente....

—¡No me engañaba! murmuró sordamente, ¡la ama!... ¡la ama!...



## III

Yo he leído que hay seres que parece que fueron condenados á la desgracia: seres para quienes jamás tuvo una sonrisa la fortuna, y para los cuales tampoco lució alguna vez sereno el cielo.

Y me he preguntado entonces: ¿qué objeto ha tenido Dios en arrojar al mundo esos seres? Yo he visto tantas existencias puras, tantas almas cándidas, que jamás conocieron lo que era delito, lo que era una falta, condenadas á esa especie de predestinación, y una duda más horrible que la misma desgracia se ha deslizado en mi cerebro... Vano y orgulloso, he pretendido inquirir los misterios de la creación; mas no he alcanzado más que responderme con "Hervey." "No tratemos de saber por qué el inocente gime, mientras el delincuente anda vestido con honorífico traje: únicamente el día de las venganzas, el de la

eterna retribución, puede descubrirnos el secreto del juez y la víctima...."

En efecto, el secreto de esos seres no es de este mundo; por eso, sin duda, luce sobre sus labios esa sonrisa indefinible; por eso, sin duda, su mirada se pierde en el horizonte. Almas desterradas, no pueden apartar la vista de la patria anhelada.

Sin duda la familia de la que acabamos de sorprender dos escenas, pertenecía á esta clase de existencias; de otra manera no podría explicarse la tenacidad con que el infortunio la perseguía.

Que en medio de una vida, si no dichosa á lo menos tranquila, venga á veces la suerte á derramar una gota de hiel sobre ella, se puede concebir, es natural; porque, ¿quién hay en este mundo, llamado con razón "valle de lágrimas," que pueda decir, yo he sido, yo soy ó yo seré siempre feliz?... Pero que esa desgracia sea como una especie de patrimonio, una segunda naturaleza, es lo que no he podido comprender.... y sin embargo, el secreto está tal vez entre nosotros mismos.

Cuando nuestros bravos insurgentes derramaban su sangre á torrentes por legarnos el mayor bien que podíamos ambicionar, y que no hemos sabido apreciar, había en México una familia rodeada de la opulencia, y para quien el porvenir no tenía sombras, porque creía que, en no mezclándose en el torbellino revolucionario, los acontecimientos no la tocarían; esta esperanza, sin embargo, cada día era cruel-

mente burlada: hoy por necesidad los insurgentes, mañana por venganza los realistas, á cada momento recibían nuevos ataques y robos sus posesiones rurales, que eran numerosas.

En el año de 1812, esta familia, que contaba sus talegos de plata por centenares, se componía de un anciano español y dos hijos de diez y ocho y veinte años: la madre había muerto en el año anterior como un preludio de la tormenta que ya se preparaba sobre la cabeza de sus descendientes.

Para una alma noble y elevada, poco es eso que llaman "dinero," y por lo que la mitad del mundo sacrificaría á la otra: no obstante, cuando eso se ha poseído, su pérdida es una cosa horrorosa. Puede uno no desesperarse, puede uno aun decir: "más ligero estoy;" pero esto no es más que la resignación de un dolor....

En 1824, hecha la independéncia, la familia á quien antes hemos visto, había sido ya desmembrada; el padre no existía, y los hijos, con los restos miserables de una fortuna opulenta, comenzaban á comer el pan de la desgracia.

El mayor de estos dos hermanos se había casado con una joven, que por su belleza y sus virtudes merecía el epíteto de "santa," y tenía un hijo, que en esa época contaba cuatro años.

El hermano menor hacía algunos meses que también se había unido con otra joven de una



hermosura delicada, pero enfermiza: esa muchacha era como esas flores á quienes se hace abrir su corola por medios artificiales.

En 1838 la familia no era ya ni la sombra de lo que antes habia sido. El mayor de los hermanos, después de haber luchado como un verdadero atleta contra la fortuna, acababa de sucumbir agobiado por la amargura de una quiebra. Lleno de probidad, de una honradez proverbial, infatigable, y sin más pensamiento que el porvenir de su hijo Francisco, habia logrado algunos años antes volver sus capitales al esplendor antiguo; mas de pronto sus cálculos comenzaron á fallar, y el torrente revolucionario, que ya se habia desatado entonces en nuestra infortunada patria, les dió el último golpe. Parece que á medida que su ruina se consumaba, se exaltaba su valor; sin embargo, en 1838, como he dicho, la quiebra fué inevitable.... El padre vió con ojos enjutos, porque los grandes dolores no tienen ni el alivio de las lágrimas, vió casi con estolicismo venir á sus acreedores y arrastrar hasta con los muebles de su casa. Mas cuando á esta excitación del momento sucedió el silencio, ese silencio horrible de la miseria, el buen hombre se abatió: no hubo más esperanza para él; la tristeza carcomió su existencia, y pocos meses después lanzaba sobre su familia su última bendición en un aposento miserable....

La lucha del hermano menor duraba todavía; pero menos hábil, no habia logrado ni

una vez hacer sonreír á la suerte. A pesar de los auxilios de su hermano, su existencia habia sido siempre pobre, pero llena de honor: su esposa, desde el instante en que dió á luz una niña, Remedios, habia comenzado á verse atacada de algunas enfermedades que la llevaron á la tumba tres años después, con el desconuelo de saber que su hija adorada, aquella tierna niña rubia, de cabeza de ángel, acababa de perder la vista!!!....

¿Y qué encantos pudo tener la vida para aquel hombre desgraciado?....

La quiebra de su hermano fué el último golpe que amilanó su valor: en un momento de desesperación quiso emprender una nueva vida: llevó un día á su adorada hija á la casa de su sobrino; la encargó á la madre de aquel joven; vació todo lo que poseía en sus bolsillos, y con el corazón lacerado, pero lleno de una loca esperanza, partió....—¡la muerte le aguardaba en Veracruz!....

Hé aquí desde cuándo comenzó la verdadera desgracia de la familia, á cuyas escenas hemos asistido. ¡Ay! el funesto pasado que acabo de reseñar con ligereza, en comparación del tiempo presente, era envidiable!

Francisco habia recibido una esmerada educación: era hombre de maneras muy agradables y de talento: lo que lo caracterizaba sobre todo era un corazón de fuego y una imaginación volcánica. Anonadado por un instante al verse responsable de aquella familia, á cuya subsistencia debía proveer, no supo qué

camino tomar: acababa de salir de la opulencia, é hizo un sacrificio al decidirse á pedir un empleo.

Muchos días gastó en visitas de solicitud; pero cada hora le traía un desengaño: ¿quién lo había de proteger? y ¿qué podía hacer sin protección? Al que es rico, todos le ayudan; mas evitan la presencia de un pobre, como evitarían la de un apestado.

Sin esperanza ya de lograr nada por este medio, cada día tuvo que hacer nuevos sacrificios á su noble y justo orgullo. Si hubiera sido solo, se habría dejado morir de hambre; mas ¿podía hacer lo mismo cuando tenía que sostener la vida de su anciana madre y de una joven á quien cada día amaba más y más?

Un año, dos años, crueles, eternos, horribles, se pasaron de esta manera: la desgracia parecía haber llegado á su colmo: la familia no contaba ya con ningún recurso: estaba agobiada de deudores que amargaban con sus exigencias hasta la hora en que silenciosa tomaban un pedazo de pan por alimento. Francisco se había decidido á buscar un destino de escribiente, de tendero, de lo más infimo; mas cuando creía haber logrado su afán, tropezaba con un escollo. ¿Quién podía responder de él?... ¡Maldición! ¿Quién responderá del pobre, por más que su frente esté pura?...

¡Un oficio! el pobre joven se había decidido á aprender un oficio: pero ¿en qué había de ganar al segundo día de trabajar? y mientras él aprendía, mientras sus maestros explota-

ban con sus conocimientos, ¿quién llevaría un pan á su familia? ¿Podría dejarse el hambre para otro día?....

Otro año transcurrió en esta angustia; pero ya la miseria con caracteres horribles no hizo más que desgastar los cuerpos de aquellos desgraciados.

Francisco estaba pálido, flaco, exaltado, nervioso, como si acabara de levantarse de una larga enfermedad.

Su madre, que como tal había sufrido doblemente, aparentaba tener veinte años más de los que tenía: el amor á sus hijos era lo único que la sostenía.

Remedios, más débil, era la que en realidad había padecido más: de un carácter tan angélico como su belleza, jamás pronunciaba una palabra y sufría resignadamente la eterna obscuridad á que estaba reducida y su amarga situación: el único consuelo que tenía era tocar una pobre arpa y cantar sin arte y sólo siguiendo su inspiración. Pero éste era uno de esos consuelos crueles y desgarradores, que empeoran al que los adopta.

En los últimos días que preceden al punto en que he tomado esta historia, las desgracias habían aumentado.

Francisco había reconocido con verdadero terror que en su corazón se desarrollaba una de esas pasiones profundas y exageradas, á que la miseria suele predisponer. Al contemplar hora por hora los padecimientos de su prima; al pasar noches enteras sin sueño, sin



descanso, buscando un medio, aun cuando fuera á costa de su vida, para hacer menos amarga la suerte de su familia; ¡escuchar aquella voz que llegaba al corazón, porque de él salía, cuando Remedios cantaba; al contemplar, finalmente, aquel rostro lleno de melancolía, no pudo menos que amar á su prima. Adormecido con sus ideas y sus esperanzas, no adivinó esta pasión, que en el estado de exaltación nerviosa en que se hallaba debía ser tremenda, hasta el día en que el primer arranque de celos se la reveló.

Como último recurso, este joven había recurrido á la carrera de cómico: siempre había mirado este ejercicio con desdén y aun con horror; pero al grado á que él había llegado ya no se escogía; cualquier medio era bueno, con tal que fuese honroso. Muchos pasos, muchas humillaciones tuvo que sufrir aun para alcanzar este último recurso, y no logró más que una esperanza: se le señaló una noche y se le dió un papel en una comedia para que hiciera su primera salida. El contrato era, que si el público lo recibía bien, se le admitiría en la compañía señalándosele un sueldo corto; pero si no lograba arrancar aplausos, nada habría conseguido, á no ser una humillación más.

Francisco se mordió los labios y estuvo tentado de desechar; pero tres años de miseria son un amo muy duro para que lo hubiera hecho.

Ahora bien, hasta esa esperanza era muy dé-

bil. ¡Cuán pocas son las veces que el público mexicano, descontentadizo hasta el extremo, sabe apreciar los esfuerzos de sus paisanos!.....

En vísperas de esta última prueba, fué cuando Remedios se vió atacada de una enfermedad horrible; suceso que unido á otras circunstancias que revoláremos, hizo aun más cruel la posición de aquel joven.

El dueño de la última casa donde había vivido la familia, era uno de esos viejos cínicos, infames monstruos de depravación, que emplean los medios más rastreros para lograr su objeto. En las diferentes ocasiones en que había estado á cobrar los arrendamientos vencidos, había tenido ocasión de mirar á Remedios, cuya belleza le había sorprendido. Juzgando de los demás por su propio corazón, creyó que no le sería difícil obtener aquella mujer. Sin embargo, á mayor abundamiento puso en planta un plan diabólico: fingió tener confianza en la probidad de Francisco, y en cierta ocasión puso en sus manos una suma de dinero, rogándole se lo guardase, después de haberle exigido seguridades á su satisfacción, abusando torpe é infamemente de su candor é inexperiencia. Aquel viejo estaba seguro de que el joven echaría mano del dinero: su plan era obtener á la doncella cuando esto se hubiera verificado, ya sólo por el terror, ya por las vías de hecho, poniendo en la cárcel á Francisco como reo de estafa,

para lo que contaba con la protección de algunos agentes de policía.

Su plan, como conocerán los lectores, comenzaba á realizarse.

La otra circunstancia que llenaba de hiel el corazón de Francisco, era esta. Pocos meses antes, en una enfermedad que tuvo Remedios, él, lleno de desesperación, porque para uno que ama no hay mayor tormento que ver sufrir al objeto de su cariño, salió decidido á traer un médico, aun cuando para ello tuviera que emplear la hoja de un puñal. Afortunadamente, en este instante supo que en la misma calle vivía un profesor, joven también, que acababa de recibirse después de haber hecho una brillante carrera. Francisco corrió á su casa, le pintó su situación con los terribles colores de la verdad, y el corazón se le ensanchó cuando el médico, lleno de afecto, le ofreció asistir á la doncella.

Desde aquel momento el médico á quien ya conocemos, fuertemente compadecido de tanta desgracia, se dedicó á prodigarle toda clase de consuelos. Francisco al principio lo agradeció con toda su alma; pero de pronto notó que sus visitas eran más frecuentes; los celos adivinan; advirtió algunas circunstancias, y ya no le quedó duda. El médico estaba apasionado de la que él amaba. ¿Hasta esto le quería arrebatar la fortuna?...

La hora de la crisis, el momento en que se iba á decidir por fin la suerte de Francisco, se adelantaba rápidamente.

Habían dado las siete, y á las ocho en punto debía hallarse en el teatro.—La proximidad de esa prueba, terrible en sus circunstancias, infundía al joven una especie de valor que rayaba en desesperación. Para él era un problema de vida ó de muerte el que se iba á resolver..... Si aquella esperanza le salía fallida; si no lograba arrancar del público ocioso ó indiferente, frenéticos aplausos, ¿qué empleo adoptaría?..... La constancia que durante tres años le había sostenido, estaba á punto de abandonarlo....

Afortunadamente el ataque que acaba de sufrir Remedios había cedido á los enérgicos medicamentos que, con tiempo se la habían aplicado.

El médico no se separaba del lado de la enferma, velándola como un ángel de guarda, y Francisco todavía en aquellos momentos dudaba entre los celos y la necesidad fatal que lo arrastraba lejos de allí.

La madre, consolada con la promesa formal que el médico le había hecho de que por aquella noche al menos no se reproducirían las convulsiones de la epilepsia en Remedios, había vuelto á pensar en la posición de su hijo.

La madre, antes que todo, quería evitar á Francisco hasta el menor disgusto. Si ella hubiera sabido la repugnancia con que éste adoptaba el postrer recurso que le quedaba, sin duda á fuerza de amor, á fuerza de consejos le hubiera quitado de la cabeza esa de-



terminación; mas Francisco le había dicho que amaba con todo su corazón esa carrera, donde al mismo tiempo que lograría un recurso con que hacer menos penosa su suerte, alcanzaría la gloria, esa necesidad de las almas grandes.

Sin embargo, la anciana había visto que su hijo no había estudiado en todo el día, y lo instaba para ello. La desventurada mujer ignoraba que es imposible hacer que la cabeza se ocupe de algo, cuando el huracán de las pasiones se desata en el pecho.....

Tristísimas eran las reflexiones á que el médico se entregaba. La desgracia de aquella familia le desgarnaba el corazón: la madre acababa de hacerle una revelación de lo que habían padecido, y él hubiera querido de buena gana poder aliviarlos con su fortuna; pero joven todavía, al principio de su carrera, por más que su nombre estuviera ya bien sentado, apenas ganaba para sostener el lujo con que se presentaba, y que desde el principio había adoptado, conociendo el espíritu de sus conciudadanos.

Otra razón más tenía el doctor para estar meditabundo: aquel amor que desde algún tiempo atrás se había desarrollado en su corazón, á cada hora hacía mayores progresos. No era una de esas pasiones que revientan en el pecho como un trueno, destructoras, pero sin más duración que la de un momento: era una pasión tranquila, pero profunda como lo era su carácter.

La madre había salido á la otra pieza en pos de Francisco, y el doctor se había quedado solo al lado de Remedios, que dormía.— Poco de imprudente tendrá esta acción, si se recuerda que ya he dicho que la familia miraba al médico como á una Providencia, y que el ejercicio de esa profesión tiene algo de noble y de sagrado que eleva al que la ejerce.

Al principio no notó su soledad el médico: tenía los ojos clavados en el pálido y abatido rostro de la doncella, y se preguntaba para disculpar sin duda su amor, si podía verse con indiferencia aquella fisonomía, á la que la vista tal vez habría quitado el aire de angélica resignación con que tanto interesaba.

Después se preguntó con tristeza: ¿qué esperanza podía alimentar? ¿Sabría siquiera aquella muchacha que él existía? ¿Podría conocer la solicitud, el amor con que él velaba por ella?..... ¡Ay! entonces el médico pedía al cielo un milagro; se alucinaba un momento, y creía enrabable su ceguera..... ¡Qué hermosa sería la recompensa de esta curación maravillosa!

Su imaginación, como siempre sucede cuando anhelamos una cosa, y más cuando no hay un objeto extraño que nos vuelva á la prosaica realidad, corría con la rapidez del relámpago.

Se figuraba que Remedios le debía á él la vista..... ¡Cuán hermoso debe ser para una muchacha de diez y ocho años recobrar la

vista!..... ¿Puede concebirse la vida de una mujer sin ver á los que la rodean, sin recrearse á la luz del sol como los pajarillos del campo, sin saber lo que con los colores?... ¡Ay! el universo, la vida entera era lo que daba el doctor con la vista á aquella joven inmóvil y moribunda....¿Y en cambio, qué ama lo que él pedía? un poco de agradecimiento, un poco de amor.....

¡Ay! ¡qué felices eran los dos!... ¡cómo había recobrado aquella niña su alegría, su viveza!... ¡cómo se apresuraba á gozar de todo, y todo al mismo tiempo!..... Ora corría tras de una mariposa.... ora tomaba una flor para arrojarla luego, atraída por otra que creía más bella..... ora se extasiaba ante la agua movible de un arroyo.... ora.... ¡La misma imaginación del doctor se perdía!

Y él, en cambio, gozoso de su obra, miraba correr á aquella niña, que un momento después venía á echarse en sus brazos llamándole su esposo!... acariciándole la barba.... jugando con sus cabellos, para volver á correr luego gentil, robusta, gallarda.....

¡Cruel era el despertar de este sueño encantado! el médico no pudo reprimir un suspiro..... ¡Cuánta diferencia había entre la risueña casa de campo con que un momento antes soñaba, y aquel aposento de enfermo, estrecho, miserable, y donde ni aun se respiraba un aire puro!.....

Todavía en esta triste situación el doctor soñó con la felicidad. Si aquella muchacha lo

amara, ¡con cuánto afán, con cuánta ternura cuidaría él de su suerte! ¡Cómo trataría de crearle un mundo nuevo de sensaciones, de afectos, ya que Dios le había negado el más precioso de sus dones, la vista!..... ¡Con qué inefable placer recibiría él las caricias de aquel ángel caído, de aquella flor delicada!...

Mas ¿cómo llegar á ese grado de celeste felicidad? ¡Ay! él nunca se atrevería á ofender tal vez, con sus palabras, la inocencia en que vivía aquella niña.....

Todas estas ideas, empero, vivas, animadas y no pálidas como las ha descrito mi pluma, se habían sucedido en un momento, iluminando con sus tintas fugitivas la frente del médico.

De pronto Remedios, que hasta entonces había estado sumergida en una especie de sueño letárgico, producido por la postración y debilidad que le habían causado las convulsiones que acababa de sufrir, hizo un movimiento. El doctor se enderezó como el centinela avanzado que dormitando ha oído un ruido á su alrededor.

El corazón le latió con violencia, pues temía la repetición del ataque que acaba de combatir, y él, que conservaba su intrepidez y su sangre fría en los más apurados lances, como el sacerdote que en el ejercicio de su ministerio parece deja de ser hombre, al ver presencia de ánimo, quería llorar, quería morir, ó salvarla á costa de su misma vida.

Remedios levantó con lentitud una mano y



la paseó al rededor de la cama sobre que estaba reclinada; en seguida alzó un poco la cabeza y se detuvo en actitud de escuchar.

—¿Francisco?... dijo con voz muy débil.

El médico, que ya se había levantado, se acercó junto á la cama; la enferma al oír los pasos, se enderezó, y dijo con acento cariñoso tendiendo su mano:

—¿Eres tú?.....

Por un impulso irresistible el médico se inclinó para tomar entre las suyas aquella mano adorada; pero se detuvo en el momento de hacerlo, como si hubiera resentido un choque eléctrico. Repentinamente presintió que no sería dueño de detenerse al sentir la impresión de aquella piel más suave que el raso.....

—Soy yo, ¡señorita! dijo con voz que tenía mucho de turbada y triste, aunque quería darle el acento de la indiferencia.

—¡Ah! dijo Remedios.

Y el médico vió desaparecer aquella manecita, á la que con la vista cubría de mil besos, y notó que la sonrisa dulcísima de aquellos labios desaparecía.....

Entonces una luz atravesó por su cerebro; él también acababa de tener un pensamiento..... ¿Si Remedios amará á Francisco?..... ¡Oh! era natural, le debía tanto á aquel joven.... pero el médico sintió que la tierra faltaba á sus plantas..... su frente se cubrió de nubes.....

—¡Ah! ¿vd. es, señor? continuó Remedios con

voz dulce, pero ya no llena de ese acento particular con que antes había sonado á los oídos de su interlocutor como una armonía celestial. ¡Ay! ¿cómo podremos pagar tantas bondades?.....

—¡Señorita!.....

—Tiene vd. un corazón muy noble..... yo he sentido todos los cuidados de vd.....

Un rayo de alegría iluminó el rostro del médico.

—Y puedo asegurarle..... añadió ella, que ya que en la tierra no nos es posible, en el cielo recibirá vd. el premio.....

El médico no halló qué responder; hubiera querido arrodillarse.....

La doncella continuó:

—¿Será de noche ya, verdad?.... ¡Oh! ¿por qué no viene á verme Francisco?..... Esta tarde no me ha hablado..... ¿Se fué ya al teatro?..... ¡Pobre joven, cuánto hace por nosotras!.....

En aquel momento se oyó en la pieza contigua la voz de Francisco que lanzaba un grito de terror, de desesperación, de rabia.

La enferma se estremeció.....

—¿Oyó vd....? dijo: ¡oh! deme vd. su mano..... lléveme vd.... estoy muy débil..... ¿Qué sucede, Dios mío?

El médico sintió apoyarse en la suya aquella manecita temblorosa, que no pudo menos de llevar á su corazón.

Remedios nada sintió; vacilante daba algu-

nos pasos en dirección á la puerta, hacia donde se oía un murmullo de voces.

Ya no le quedaba duda al médico: ¡Remedios amaba á su primo!..... Entonces le sucedió una cosa extraña; le pareció que desde ese momento amaba más á aquella mujer; como si hubiera temido que le arrebutaran aquel bien precioso, se acercó más á la joven y aun la hubiera estrechado contra su pecho.

Antes de llegar á la puerta, Remedios se sintió desfallecer, y tuvo que apoyar su cabeza sobre el hombro del médico. De esta manera se presentaron en la pieza siguiente, donde se encontraban Francisco, su madre y tres hombres de mala facha.

Si Remedios hubiera podido ver, la hubiera espantado la palidez del rostro del joven; el mismo médico se detuvo conmovido. La anciana sollozaba profundamente: sólo los tres extraños estaban impasibles.

—Pero, señores, tengan vdes. compasión... gritaba la madre con acento desgarrador. ¡Oh! yo les juro á vdes. que mi hijo les pagará mañana... esta noche misma... ¡miren que es horrible!.....

—Señora, dijo uno de los desconocidos, es absolutamente imposible... esa es la orden que traemos... y es preciso que obedezcamos.

—Pero....

El médico no comprendía lo que pasaba, mas la doncella con la exquisita sensibilidad que la caracterizaba, no dudó lo que era. Su seno latió con violencia, quiso dar un paso, pe-

ro sus piernas flaquearon; entonces exclamó con amarga desesperación:

—¡Dios mío, ser ciega!.....

A aquella voz Francisco alzó el rostro y quedó petrificado al ver á la que amaba recostada sobre el pecho del médico: quiso hablar; y sintió la lengua pesada como un tronco. Su cabeza comenzaba á perderse.

Entretanto, la madre lloraba, gemía, suplicaba.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se oyó la campana del reloj de San Francisco que daba las ocho.

—Ya lo oyen vdes., decía la madre, son las ocho y tiene que estar á esas horas en el teatro..... Es preciso que vaya..... porque va á ganar con que pagar esa deuda.

La justicia en México es una de las cosas que están más desarregladas; basta saber el modo como se debe hablar á los ejecutores de ella, para conseguir lo que se quiere. De esta manera se había conducido el viejo de que he hecho mención, y no era extraño que los mismos que debían ser los defensores de la inocencia, se prestan á ser los instrumentos de su capricho. Nada difícil le había sido sacar una orden de prisión para Francisco, de una de esas autoridades, llamadas "alcaldes de barrio."

El médico había comprendido por fin la escena que tenía delante; supo apreciar la posición del joven, y ofreció pagar por él la deuda.

Sin embargo, como esto no se verificaba en el momento, los hombres no admitieron.



La anciana se había arrodillado ante el médico, y le rogaba salvase á su hijo: aquella escena desgarraba el corazón.

El doctor hubiera dado la mitad de la vida por evitarse aquel momento; sin embargo, quiso abreviarlo y logró, después de vaciar sus bolsillos y recurrir á los ruegos y á la promesa formal de quedar por fiador de la deuda, que aquellos hombres acompañasen al teatro á Francisco, y se esperasen hasta que concluida la representación pudieran pagarles.....

Francisco no pudo ni darle las gracias á su libertador: hacia un momento que estaba casi fuera de sí.

Remedios, que había sido testigo de esta escena sin poder verla; que había escuchado aquel murmullo confuso de llanto, de ruegos, de desesperación, no pudo resistir tanta conmoción, y dejó caer su cabeza pesadamente.

El médico alzó á la doncella, como á una niña de pecho, y la madre gritó en aquel instante:

—¡Se muere!.....

Francisco paseó su mirada por todo lo que le rodeaba: miró la angustia pintada en las facciones del médico, y vió á Remedios en sus brazos..... los celos volvieron á clavarle sus uñas en el corazón, y aquella fué para él una sensación inexplicable. Como si una luz lo hubiera iluminado, calculó todo el horror de su posición, y se encontró huérfano en el mundo, sin el único apoyo que por tanto tiempo lo había sostenido..... ¿Para qué quería

la vida sin el amor de aquella muchacha?..... Un relámpago sombrío brilló en sus ojos.—Si yo muriera, pensó él, ese hombre que ama y es amado, les haría la vida feliz á esas mujeres que no pueden esperar de mí otra cosa, que miseria y desgracia!.....

Entonces tomó su sombrero con una lentitud que tenía algo de siniestra, y fué á besar la mano de su madre: los ojos se le anegaron de lágrimas: ¿quién piensa morir al ver á la virtuosa mujer á quien debe la vida?..... Una madre es la imagen de la Divinidad sobre la tierra.....

—En seguida fué Francisco á oprimir sobre su pecho la mano helada de Remedios: clavó su mirada en el médico, y sólo pudo exclamar:

—¡Cuidadla!.....

Y se salió violentamente, seguido de los tres desconocidos, para contener los gritos, el llanto en que tenía ansia de prorrumpir.....

El doctor lo siguió con la vista, y luego la volvió hacia la madre, como para ver si coincidían en el mismo pensamiento.

La anciana había caído de rodillas y lloraba profundamente: al notar la mirada del médico, exclamó:

—¡Oh! ¡yo no sé lo que temo!.....





licadeza: el público tiene sus favoritos, á quienes siempre aplaude, sin cuidarse de si tienen ó no instrucción y talento.

Hay, no obstante, sus excepciones: para el estado de trastornos y revolución en que hemos vivido, la instrucción de las clases es asombrosa, y me complace en creer que con el entusiasmo de algunos, bien pronto podremos ser algo más que un átomo en la república literaria.

La noche del día en que pasan los sucesos que se acaban de referir, el teatro estaba iluminado extraordinariamente: en su frontispicio, bastante mezquino, se veían relucir dos hileras de vasos de colores, siguiendo la figura de las tres puertas: numerosos grupos de jóvenes elegantes se encontraban en la entrada mirando bajar á las señoras, de los lujosos coches en que llegaban.

El interior del teatro también estaba iluminado con más profusión que lo que era de costumbre; y á la luz del candil y de la espenma, se veían relucir las gracias de nuestras hermosas paisanas.

Aquella era, en fin, una de esas noches de "función extraordinaria," que siempre dejan gratos recuerdos en el alma de los empresarios ó beneficiados. . . . .

Cuando salió Francisco de su casa, sin pensar en los que lo seguían, corrió casi como un loco; le ardía la cabeza; y le parecía que era víctima de una horrosa pesadilla. No obstan-

te, el aire frío refrescó sus ideas y le hizo moderar la violencia de su marcha.

Cuando llegó al teatro, había adquirido barto dominio sobre sí mismo para darle á su fisonomía un aire risueño. Aquel era el primer esfuerzo del ejercicio que iba á emprender, pero no sirvió sino para hacerlo más odioso á sus ojos. En efecto, triste condición la del comediante, que tiene que vivir siempre aparentando, y que fingir risa y alegría para divertir á un público insensible, cuando tal vez su corazón rebosa la amargura!

Francisco contempló con espanto la multitud reunida en la entrada del teatro: ¡del capricho de aquella turba dependía su porvenir!

En el momento en que él penetraba en el "sancta sanctorum" de los actores, comenzó la orquesta á tocar la obertura de costumbre. El estrépito hizo temblar todos sus nervios y excitó su sensibilidad. Jamás podía oír música sin dejar de enternecerse; pero los acentos de aquella orquesta le conmovieron doblemente al pensar en la prueba que iba á sufrir, y al recordar involuntariamente las sentidas armonías del arpa de su prima.

El director de escena, los criados, todo el mundo corría detrás del telón; y aquel movimiento no pudo menos de alestar el valor de Francisco: los últimos acentos de la música sirvieron también para animarlo.

Se alzó el telón, y reinó un profundo silencio: las primeras escenas del drama corrieron sin interrupción, pues todos esperaban la sa-

hida del nuevo "actor" que se había anunciado.

Llegó el momento fatal, y Francisco, antes de salir, hizo un esfuerzo de valor: pero su vista se deslumbró con la luz del teatro, y su corazón se sobrecogió ante el espectáculo, siempre imponente, de un numeroso concurso. Sin embargo, aquello fué obra de un momento: alzó el rostro, y en medio de un confuso murmullo se adelantó hasta el medio de las tablas.

La concurrencia era numerosa; mil cabezas se veían agrupadas en el patio, y la vista se paseaba con delicia por los palcos, todos ocupados, y donde lucían á la vez el oro, la juventud, la hermosura, la seda. Un pensamiento doloroso cruzó por la mente del joven al contemplar aquel lujo. . . . ¿Por qué Remedios había nacido tan desgraciada? . . .

El papel que tenía á su cargo era demasiado fuerte; no obstante, Francisco lo había pedido así deseoso de llamar la atención; el pobre joven contaba con fuerzas muy superiores á las suyas. Representaba á un mudo, perdido entre la clase baja del pueblo, ignorante de su origen y educado por una mendiga, quien al morir le había dicho que su madre era una noble señora, á quien ella lo robó, y la que desde este momento por esa causa había quedado sumergida en el dolor. Llena de remordimientos la mendiga, le revela al mudo algunas señales por las que podrá reconocer á su madre y volverla la felicidad. El drama, como se ve, no

era de un gran mérito literario; pero tenía algunas escenas bastante buenas, y una de ellas, tal vez la mejor, era la en que el mudo entre un grupo de señoras, á quienes iba á pedir una limosna, reconoce á su madre; en aquel momento supremo, el mendigo, obedeciendo á un impulso irresistible de su corazón, se arroja á los pies de su madre; pero ésta, equivocando el objeto de aquella demostración, saca una moneda y se la da, diciendo:—"¡Ruega por mi hijo! . . ."—El mudo quiere hablar; su fisonomía se desencaja, y prorrumpe en un grito desgarrador! . . .

Durante el primer acto, Francisco no pudo sostener el carácter que representaba: aquel público le daba miedo, y las lágrimas se le saltaron de los ojos cuando oyó caer el telón en medio de un silencio horrible.

Volvió á escuchar la orquesta; pero para nuestro joven tenía en aquel momento un no sé qué de lúgubre. Todas sus esperanzas venían por tierra; aquellos hombres que le aguardaban como canes hambrientos, le llevarían á una prisión, ya que le era imposible pagar, y Remedios volvería á padecer. . . .

¡Ah! ¿y entre aquel numeroso concurso no habría una alma compasiva que lo salvara? ¿Todos estaban decididos á condenarle? . . . ¡Cuán poco le bastaría para ser feliz! . . .

Volvió á alzarse el telón. . . . el director se acercó á Francisco y le dijo al oído:

—¡Nos vais á echar por los suelos!



El joven se levantó convulsivamente, y salió á las tablas... ¡Todo lo iba á jugar en aquel momento.... De un lado estaba la gloria, el amor, la felicidad... del otro, la prisión, la miseria, la muerte!

La presencia de Francisco fué acogida con marcadas señales de burla; los hombres tosan y "ceceaban;" las señoras se sonreían y ocultaban el rostro detrás de sus pañuelos y sus abanicos....

—¡Cruces!—pensó el joven; ¿y esas son las que blasonan de sensibles?....

Volvió la vista hacia sus compañeros... todos le miraban con desdén... ¡su ruina estaba ya consumada!

Entonces, en el exceso de la desesperación, hizo un esfuerzo y quiso morir; una visión horrible pasó por su mente, y fué á arrodillarse ante la actriz que representaba el papel de su madre....

¡Iba á pedir limosna!... En aquel momento el corazón se le oprimió... Perdida ya la última esperanza, preso él, ese era tal vez el porvenir de la desventurada Remedios!....

¡Terrible idea que anudó su garganta... y demudó su rostro... y puso una nube ante sus ojos!....

Hubo un momento de silencio... y después se escuchó, repentina, simultánea, general, una salva de aplausos....

Francisco estaba fuera de sí, y maquinalmente acababa de arrancar un triunfo, que ni sus más hábiles compañeros hubieran alcanzado, por la

sencilla razón de que ellos representaban, y él sentía en aquel momento.

¿Qué cosa hay más angustiosa que esa lucha de la duda y la esperanza, en que ésta aparece como una moribunda luz, á la que con toda el alma se querría dar vida, y aquella como un viento que trata de extinguirla?... ¡Ah! mil veces son más terribles esos momentos, porque en ellos se vive, se vive con todas nuestras facultades, y se parecen todas las angustias de la muerte, al mismo tiempo....

Francisco escuchó los aplausos que se le prodigaban, y se sintió acometido de una esperanza febril....

Ebrio, temeroso, quiso continuar; pidió desde el fondo de su corazón un milagro á Dios, aunque muriese en seguida, y reunió todas sus fuerzas....

En aquel momento recibía la limosna.... Como movido de un resorte se levanta... titubea un momento, y se acerca hacia su madre... Sus facciones estaban lívidas, naturalmente se le habían erizado los cabellos, sus labios temblaban, sus ojos se salían de su órbita... todas sus facciones querían hablar.

Reinaba en todo el teatro un profundo silencio.... un sentimiento general de terror instintivo se había apoderado de todos, y les hacía contener hasta la respiración para no perder ni el más ligero ademán de aquella terrible pantomima.... Se oía el chisporroteo de las velas, y se hubiera notado el zumbido de una mosca. . . . .



Francisco permaneció en esa actitud un momento....era el esfuerzo terrible, inaudito, bo-  
rroso de un mudo que quiere hablar, que  
quiere gritar: "¡Madre mfa, yo soy!"

Al mirar ársese á su madre; al perder el men-  
digo esa esperanza; al sentirse acometido por  
la más horrorosa desesperación, quiso, hacer  
Francisco el último, el más violento esfuerzo.  
Dió otro paso; extendió con angustia los bra-  
zos; abrió convulsivamente los labios para gri-  
tar...y en aquel momento sintió un calor in-  
tenso en el cerebro; le pareció ver el semblan-  
te risueño de Remedios, mil rostros extraños,  
grotescos, que pasaron ante su vista como el  
rastreo fosfórico de un relámpago.

Sintió una cosa tan horrible, que se volvió  
repentinamente hacia el público.... dió dos ó  
tres pasos desiguales, con la respiración sus-  
pendida... ¡inyectados en sangre los ojos... sa-  
cudió las manos con angustia... y un solo gri-  
to, pero agudo, estridente, nervioso, se escapó  
de su pecho, y recorrió toda la concurrencia  
como un dardo de acero.

Todavía duró un segundo el sepulcral silen-  
cio; pero de pronto, como una reacción terri-  
ble, se escuchó un aplauso frenético, como si el  
teatro se hundiera.

Entonces cayó el telón, cuando algunos ac-  
tores corrían hacia Francisco, gritando: "¡Un  
médico!! ¡Un médico!!"



## VI

¡Cuán frágil es el cuerpo humano para resistir  
al dolor! ¡Cómo abruma, cómo descarnan  
el rostro, cómo envejecen algunas horas de  
amargura!....

Dos días después de las escenas del teatro,  
volvemos á encontrar á Francisco en el mis-  
mo lugar donde le vimos por primera vez; mas  
¡cuán cambiado está! Diríase que ya no es ni  
su sombra....

Su traje no participa del extremado aseó  
que antes; sus cabellos están en desorden; des-  
lustrados por el sudor; una palidez horrible  
reina en sus facciones demudadas, enflaqueci-  
das; sus miradas son inciertas, llenas de una  
expresión indefinible: una línea azulada cir-

vanda las órbitas de sus ojos, y parece que ha crecido la parte blanca de éstos.

Estaba sentado frente a la mesa vacía, tenía la cabeza caída sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas... Así permaneció algún tiempo sin mover la vista siquiera, como un cadáver... De pronto su mirada se animó, abrió los párpados, y sus ojos cintilaron como un diamante... el pecho se dilató extraordinariamente, temblaron sus labios, y se oyó un murmullo monótono.

Entonces se levantó violentamente, corrió por la pieza con las manos en la cabeza, y volvió a caer abatido en su silla, repitiendo el angustioso murmullo...

Así volvió a pasar algún tiempo; de cuando en cuando una tinta leve de carmín coloreaba sus facciones como un relámpago: un sudor glutinoso brotaba de su frente, y su rostro adquiría con lentitud la inmovilidad del abatimiento.

Al cabo de algún tiempo se abrió la puerta de la pieza contigua y salió por ella la madre de Francisco.

También en ella ¡ay! había hecho sus estragos el dolor, de tal manera, que podría creerse que se levantaba de una larguísima enfermedad.

Antes de acercarse a su hijo se detuvo para limpiarse una lágrima que corría lentamente por el surco profundo trazado entre las arrugas de su rostro.

Francisco la miró é hizo un impulso para levantarse; pero una reflexión lo hizo sin duda permanecer inmóvil; sin embargo, clavó su mirada en la anciana, interrogándola con toda su alma.

La madre le tomó la cabeza entre sus dos manos con un ademán de infinita ternura, y le dijo con voz conmovida:

—Está mejor... el médico cree que hay esperanza. Ven, la verás... ¡ha preguntado por ti....!

Imposible sería describir la mirada con que acogió el joven estas palabras; parecía que el alma quería salirse por los ojos: en un mismo momento expresaron mil pasiones diferentes, reflejo de los sentimientos que se tumultuaban en aquel pecho condenado al silencio, hasta que los obscureció un velo de lágrimas.

Entonces se levantó para seguir á su madre. ¡Cómo había cambiado también el aposento donde conocimos á Remedios! Las vasijas de los medicamentos se habían aumentado, en cambio de todos los muebles, que en sus tribulaciones considera el pobre "superfluos," y que habían desaparecido: una imagen de la Virgen Dolorosa estaba á la cabecera de Remedios, y ante otra imagen del Divino Rostro ardía chisporroteando una vela de cera: había en aquella pieza ese no sé qué indefinible que se encuentra en el aposento de todos los enfermos graves, ó en los lugares donde se ha presentado la muerte.



Cuando Francisco, precedido de su madre, penetró en aquel lugar, experimentó una sensación de frío que recorrió todo su cuerpo, y un nudo que le oprimía la garganta.

Sin poderse contener corrió hacia la cama; se arrodilló y tomó una de las manos de la doncella, que cubrió de besos y lágrimas de fuego.

El médico estaba sentado junto á la cabecera y parecía sumergido en una profunda meditación, cubierto el rostro con las manos. Cuando Francisco se precipitó hacia la cama, levantó la cara y lo miró por un segundo, sin celos, sin amor, casi diría sin vida; luego volvió á su postura.—Si Francisco lo hubiera visto, se habría enternecido; aquel hombre sufría tanto como él, y sus facciones estaban también cruelmente alteradas por tres noches de insomnio, después de dos días de constante afán, de incesantes pensamientos por salvar á la joven, de la que no se había separado.

Remedios estaba sumergida en una especie de sueño letárgico; mas á los besos de Francisco, pareció reanimarse; retiró la mano que éste tenía, la paseó á su alrededor como tenía por costumbre, y preguntó con una voz torpe y muy cambiada:

—¿Ya volvió Francisco?... ¿Por qué no ha venido á verme?... ¿Ya no me quiere como antes!... toda la noche lo he estado esperando en la puerta... tengo frío....

Francisco se enderezó, y el rostro se le puso purpúreo del esfuerzo que hizo por hablar.

La madre dijo con cariño:

—¡Oh! no tengas cuidado. Ya llegó Francisco... y te quiere como siempre... Ah! está á tu lado.... ¿No sientes cómo te besa la mano?.....

—No... no, decía la ciega.... Si fuera Francisco, me hablaría... me llamaría su hermana....

Francisco se estremecía, lloraba y no podía articular más que un murmullo, un silbido emboloroso....

—¡Oh! no me lo oculten.... Francisco está preso... y es por nosotras.... ¡Oh! yo quiero verlo.... Dios mío, yo quiero verlo! ¡la vista!... yo no veo.... ¡Oh! ¡quítame este velo de los ojos! gritó con horrible angustia, después de lo cual hubo un momento de doloroso silencio.

La madre se arrepintió al ver lo que padecía Francisco, pues lo había introducido á la pieza creyendo calmar así la ansiedad de Remedios, que á cada momento preguntaba por él, en su delirio incesante, desde que la había atacado la fiebre que la mataba, cuando Francisco salió de su casa para ir al teatro.

—Francisco no viene, porque no me ama.... continuó la enferma; pero yo no puedo vivir sin él... —¡Oh! díganle que éntre... está en la otra pieza... acabo de oír su voz... si él no tiene... si no me habla.... me moriré....

Volvió á caer su cabeza pesada como el plo-



mo, y sus labios sólo se abrieron para dejar pasar su aliento abrasado.

La madre quiso hacer salir al joven, porque temía las consecuencias de aquel horrible tormento; pero él no lo consintió, porque hay en el hombre cierta tenacidad que lo compele á saturarse de dolor...

La anciana se acercó al médico, y le dijo en voz baja:

—¿Qué haremos?....

—No lo sé.... contestó con desaliento, levantándose.

Luego añadió á media voz alejándose:

—Hace tres noches que he conocido la mentira de mi ciencia.... en vano me he afanado.... en vano he secado mi cerebro buscando un pensamiento, una inspiración.... no la he encontrado!.... Ya dudo de mí mismo.... ya no tengo esperanza...

La madre se había quedado helada al oír aquellas palabras.

—Yo daría mi vida por salvarla... Mas ¿con qué atajar los progresos de esa fiebre que la devora?....

Se acercó á Remedios y le tomó el pulso.

—¡Quema el contacto de esta piel árida y reseca!....

Dejó caer la mano de la enferma y permaneció á su lado pensativo.

—¡Nada!.... murmuró al fin. Todo lo he ensayado.... el origen de esa fiebre está en el espíritu.... ¿Y cómo sanar el espíritu?....

¡Oh! si yo pudiese darle la voz á ese joven... ¿Qué me importa?... ¡Ay! que viva ella aunque jamás pague mi amor.... Pero son necesarios acaso muchos días... y dudo que recobre el habla perdida por un esfuerzo violento....

Volvió á alejarse, y el ruido de sus pasos confundido con la respiración desigual y fatigosa de la enferma, era lo único que turbaba el silencio.

Despertó de nuevo Remedios.

—¡Qué hermoso debe ser el teatro! murmuraba entre dientes. ¿Por qué no me quieren llevar? Oíré la voz de Francisco... y será como... si lo viera.... ¿Qué gusto debe tener cuando.... tantas gentes lo aplaudan.... ¿A qué hora volverá?... ¿Pero esos hombres?....

El médico no pudo contener un suspiro de dolor: había podido apreciar aquella alma cándida, aquella naturaleza virgen, y conocía que en el corazón de Remedios el amor hacia Francisco era un sentimiento natural, espontáneo, inocente, como debe ser el amor de una ciega....

Y Francisco ¿qué debía sentir?... ¿Puede calcularse su posición, los tormentos que sentiría al no poder expresar lo mucho que debía tener en el pecho? ¿Al considerar que entre él y aquella que amaba más que á su vida no podía haber ya ninguna relación directa?....

De pronto se enderezó con mucho trabajo

Remedios y pidió en fuerza del delirio su arpa: la música es uno de los sentidos de los ciegos.

—¡Oh! mamá... decía casi con acento infantil la doncella... ya verá usted cómo viene... siempre que oye mis canciones viene á hablarme... y á decirme...

Así duró un instante; pero le era á Remedios imposible sostener un esfuerzo nacido de la calentura: su cabeza cayó sobre la almohada, y su pecho se oprimió. . . . .

Aquella noche comenzó como todas las demás: un velador de seda verde ocultaba la luz; la madre estaba atenta á los menores movimientos de Remedios, contando con ansia las horas, que corrían con horrible lentitud; Francisco estaba sentado en la cama, de donde no había querido separarse, y ya no lloraba porque no podía; sólo el médico, sereno, impasible, silencioso, parecía meditar en su puesto de junto á la cabecera. Remedios, entregada á un sueño fatigoso, á cada momento despertaba, siempre delirando á media voz.

A las once de la noche pidió agua para beber, pero tenía las quijadas trabadas.

A las doce quiso que la volteasen del otro lado, porque no pudo hacerlo por sí sola; no se le entendía ya lo que hablaba.

El médico fué por la vela y le examinó el rostro; la calentura hacía aparecer en sus mejillas chapas de color denegrido. Le tomó el

pulso, le palpó la frente; su piel estaba reseca, sus carnes rígidas.

Volvió á sentarse el médico sin decir una palabra, pero ya no meditaba, y su mirada estaba limpia.

La madre al verlo, sintió un horrible sentimiento.

A los tres cuartos para la una, el médico se levantó y fué á tocar los pies de la joven; sin que su voz revelase sobresalto, pidió botellas de agua caliente.

La madre las trajo llorando, y el médico, sin decir una palabra, las colocó.

Remedios parecía estar sumergida en un profundo sueño.

A eso de las dos de la mañana, la respiración de la enferma se hizo más sensible.

Media hora después se la oía roncar ligeramente.

La madre se hacía ilusión: el médico volvió á ir por la vela para tomar el pulso de Remedios. Largo tiempo tuvo entre las suyas su mano; le tocó después las sienes, puso el oído junto á su corazón... Entonces con voz breve, demudada, dijo á la madre:

—¡Se muere!...

Por muy convencida que la madre estuviera de esta verdad, hacía más de una hora, aquellas palabras fueron como una puñalada á su corazón: se levantó conteniendo apenas el llanto. Remedios se sonrió: la había oído....

Francisco se levantó también, y dió precipitadamente dos vueltas á la pieza.



El médico se acercó á la madre y le dijo:  
—Ayer recibió la señorita el Viático.....  
pero es preciso ahora un sacerdote...

La madre saltó afuera, dando rienda suelta á su llanto.

El médico fué hacia Francisco, y le dijo estrechándole una mano:

—¡Valor!... la vamos á perder....

Francisco cayó de rodillas porque no pudo tenerse en pie.

Remedios deliraba, pero con voz tan confusa, que nada se le entendía.

A las tres de la mañana llegó el sacerdote: era un hombre de cuarenta años, de frente espaciosa y mirada serena. La cruz roja de su manto, indicaba que era "camilo."

Ya el estertor de la enferma era más frecuente y muy elevado.

El sacerdote le miró el semblante, y una sonrisa triste vagó por sus labios. En efecto, los sacerdotes de su Orden, acostumbrados á presenciar tantas agonías, tienen una experiencia infalible.

La madre había encendido una vela de cera amarilla. Todos se sentían animados de un respetuoso temor, y hasta el llanto corría en silencio.

El sacerdote comenzó sus oraciones con una voz triste, pero dulce; todos se arrodillaron.

A las tres y media de la mañana el médico no encontraba el pulso de Remedios en todo el brazo.

Francisco temblaba convulsivamente, y mor-

día la punta de la ropa que cubría á la doncella.

La madre gemía de un modo que partía el corazón; sólo el médico no lloraba, pero sus ojos estaban secos, de una manera que daba miedo....

El sacerdote no perdía un momento. Concluidas sus oraciones, exhortaba con palabras dulces y cariñosas á la enferma, que de vez en cuando sonreía....

¡Santa y consoladora religión!

Algunos minutos después de las cuatro de la mañana, la enferma hizo un movimiento para tomar las manos del sacerdote, y le dijo:

—¡Padre, rogad por mí!...

En seguida se volvió al otro lado, y llamó á la que le había servido de madre y á Francisco, y les estrechó las manos...

—Madre.... bendígame usted.... Adiós, Francisco....

La bendición de la anciana fué un momento solemne, en que el mismo ministro del Altísimo lloró....

—Doctor..... añadió Remedios: Dios los premiará.... tanta.... bondad.... Consolad á.... mi madre.... y á mí.... hermano.... —Pa... dre... rogad... Je... sús....

Un momento de silencio siguió á esas confusas palabras: el sacerdote, alzando los ojos

al cielo como para indicar un camino al alma que se iba, oprimió sobre la boca de la agonizante el Cristo que tenía en la mano: Remedios abrió los labios que se cerraron lentamente..... y las rosas de sus mejillas se fueron marchitando.

El médico se limpió la frente: el sacerdote se levantó severo, sombrío, y con voz lúgubre recitó algunas oraciones.....

La madre cayó de rodillas.... y en aquel momento se escuchó un grito en que prorrumpió Francisco.....

En seguida el "camilo" tomó un ramo de azucenas que había ante la Virgen, y lo deshojó sobre la doncella, diciendo con voz conmovida á los que lloraban:

—No lloréis, porque ella es ya feliz....

El médico abrió entonces de par en par la ventana: comenzaba á cubrirse de carmín el cielo, se oían á lo lejos trinar algunos pajarillos: las campanas comenzaban á sonar: mas ¡qué fúnebre se presentaba toda aquella vida á los ojos del médico!.... ¡el cielo mismo le parecía de duelo, y no pudo contener entonces el llanto que durante tantas horas se había aglomerado sobre su corazón....

Marzo de 1849.

## LA CORONA DE AZUCENAS.

Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in legi peccati, quæ est in membris meis.

SAN PABLO. (Epístola á los Romanos, Cap. VII, v. 23.)

Nous avons non seulement desgouts, des inclinations, des sympathies involontaires, mais encore, des perceptions obscures, qui nous tournent insensiblement, soit au bien comme la grâce, soit au mal comme la tentation.

J. J. VIREY. (L'art de perfectionner l'homme.)



al cielo como para indicar un camino al alma que se iba, oprimió sobre la boca de la agonizante el Cristo que tenía en la mano: Remedios abrió los labios que se cerraron lentamente..... y las rosas de sus mejillas se fueron marchitando.

El médico se limpió la frente: el sacerdote se levantó severo, sombrío, y con voz lúgubre recitó algunas oraciones.....

La madre cayó de rodillas.... y en aquel momento se escuchó un grito en que prorrumpió Francisco.....

En seguida el "camilo" tomó un ramo de azucenas que había ante la Virgen, y lo deshojó sobre la doncella, diciendo con voz conmovida á los que lloraban:

—No lloréis, porque ella es ya feliz....

El médico abrió entonces de par en par la ventana: comenzaba á cubrirse de carmín el cielo, se oían á lo lejos trinar algunos pajarillos: las campanas comenzaban á sonar: mas ¡qué fúnebre se presentaba toda aquella vida á los ojos del médico!.... ¡el cielo mismo le parecía de duelo, y no pudo contener entonces el llanto que durante tantas horas se había aglomerado sobre su corazón....

Marzo de 1849.

## LA CORONA DE AZUCENAS.

Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in legi peccati, quæ est in membris meis.

SAN PABLO. (Epístola á los Romanos, Cap. VII, v. 23.)

Nous avons non seulement desgoûts, des inclinations, des sympathies involontaires, mais encore, des perceptions obscures, qui nous tournent insensiblement, soit au bien comme la grâce, soit au mal comme la tentation.

J. J. VIREY. (L'art de perfectionner l'homme.)



## LA CORONA DE AZUCENAS.

I

Le défaut d'exercice est fatal aux enfants.—BALZAC, "Histoire intellectuelle de Louis Lambert"  
Aux cœurs blessés, l'ombre et le silence.

La "surexcitation" de l'appareil nerveux devient d'autant plus à redouter, que l'activité musculaire est diminuée par le repos, la méditation et l'isolement.—J. J. Virey. De la Physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

Hay criaturas que parecen de propósito echadas al mundo para hacer en él un doloroso aprendizaje; criaturas cuyo dote es el llanto, y cuya esperanza está cifrada en el cielo.  
¡Almas llenas de pureza que atraviesan por este valle de lágrimas como las exhalaciones que surcan el cielo en una noche de estío!

®



¡Flores de un día, que mueren inmaculadas, dejando por única memoria un leve pero grato perfume!

¡Diamantes riquísimos con que el Señor adorna su diadema, después de haberlos probado en el crisol de la desgracia!

¡Ángeles desterrados, que suspiran por la patria amada!

¡Criaturas predilectas de Dios, á las que Él recompensa abreviando el término de su dolorosa peregrinación sobre la tierra!...

Soledad era una de estas santas y humildes criaturas, que viven y mueren desconocidas, como la flor que brota entre los peñascos.

¡Era huérfana! Su madre murió al darla á luz, y la pobre niña desde ese momento, cuando todos son colmados de caricias y de cuidados, se halló sola en el mundo, sin más amparo que el de la Virgen, cuyo nombre llevaba.

Desde tan tierna edad podía ya pronosticarse su belleza; la azucena era menos blanca, menos suave que su frente, y sus labios se asemejaban á la encarnada flor del granado.

A esta infantil belleza debió, sin duda, que una de las vecinas de la casa donde nació, la tomara bajo su protección. Mas ¡ay! esto no fué una felicidad para la niña: aquella mujer era de un carácter inculto y áspero como los frutos silvestres; jamás había tenido hi-

jos, y por lo mismo era incapaz de reemplazar á una madre, á ese ángel de amor y de ternura que Dios ha colocado en las puertas de la vida!

A su lado creció Soledad; pero lejos de ser bulliciosa y juguetona, como todos los niños, era lánguida, silenciosa, tímida.... No lloraba, porque á la anciana que cuidaba de ella la aburría el llanto; pero aquellas lágrimas que no podían desahogarse por sus ojos, caían sobre su corazón!...

Aquella mujer quería ver á Soledad siempre quieta; y ésta sin poder dar curso á los movimientos espontáneos de su cuerpo, reconcentraba en sí misma todas sus sensaciones, de manera que su sistema nervioso adquiría un desarrollo muy precoz, merced á aquel ejercicio.

Muy niña, muy inocente era aún, para conocer y apreciar toda la extensión de su desgracia; pero su frente se inclinaba ya melancólica como una flor carcomida... tal vez con ese instinto admirable que poseen los niños, presentía una vida de dolores....

¡Pobre Soledad! para ella, la niñez, esa edad de oro, esa rosa de la vida, no tenía ninguno de sus encantos y placeres...

A los siete años cayó enferma. ¡Cómo extrañó entonces los asiduos cuidados, los desvelos de una madre!... La mujer que la cuidaba se iba á su trabajo, y Soledad gemía en su pobre lecho sin que hubiera una mano que

limpiara el sudor de su frente, ni una voz amiga que interrumpiese el letal silencio en que yacía.

La desgracia, pesando como una losa de mármol sobre el corazón, hace que el cerebro se desarrolle y madure desde muy temprano. Cuando Soledad se levantó de la cama, hasta la sonrisa huyó de sus labios; desde entonces amó con pasión el silencio; parecíola que en él se olvidaba hasta de sí misma; era que tenía necesidad de entregarse á esos pensamientos vagos que nos arrancan de la tierra, cuando no hay en ella lazos que nos detengan, y nos mecen por el espacio; era que experimentaba en el pecho un vacío de amor, una sensación indefinible que solamente los huérfanos podrán comprender. Entonces, por un efecto natural, su mirada se volvió apagada y triste.

Pasaba los días sentada en el quicio de la puerta mirando á las niñas de la vecindad reír, jugar, ser felices... veíalas correr hacia el regazo de sus madres, y recibir sus besos, sus caricias; las contemplaba con sus vestidos nuevos, bellas, galanas; seguía con la vista todos sus movimientos; y una sonrisa triste, fugaz, vagaba por sus labios; una de esas sonrisas que revelan toda la amargura de un corazón.

Después de estas crueles contemplaciones, en las que hallaba una especie de punzante fruición, se retiraba cada vez más silenciosa y meditabunda.....

A los nueve años la anciana se propuso educar á Soledad. Enseñóla á barrer el suelo, á hilar, y le infundió sus ideas religiosas. Ideas á las que la moral más pura no habría hallado que tachar, pero que tenían el defecto demasiado común de que para inculcar las cosas abstractas y espirituales, se valían de imágenes materiales.

Entonces las ideas de Soledad sufrieron un cambio completo, y su imaginación hasta allí incierta y vacilante, pareció haber hallado un objeto adonde dirigirse. El cielo, esa mansión de oro y azul que le había descrito la anciana; ese jardín eternamente florido; esa atmósfera llena de luz; ese lugar de purísimos placeres, en donde sin cesar cantan los ángeles y las vírgenes acompañadas con arpas de celeste armonía, fué el sueño, el delirio, el anhelo constante de la niña. Llegaron á grabarse tan profundamente estas imágenes en su cerebro, que había momentos en que la niña creía que ese lugar no le era desconocido, y que conservaba de él un vago recuerdo.

Desde esos momentos pareció volverse la vida á ella; la sangre coloreó sus mejillas; sus ojos adquirieron un brillo apacible, y su boca tomó esa forma particular que le imprime la meditación.

¡Pobre niña! á fuerza de entregarse constantemente á esas contemplaciones, hasta el grado de extasiarse, pues nada llamaba su espíritu hacia la tierra; á fuerza de pensar en



las recompensas ofrecidas en el otro mundo á los que han padecido, sin caer en éste, se llegó á formar una voluptuosidad de imaginación, cuyos peligros no podía adivinar... Una imaginación exaltada es, malísimo consejero para una doncella, y más en esa edad en que el cuerpo al comenzar á desarrollarse, necesita sensaciones.

Con la edad crecían los martiros de Soledad: ¡ya sabía cuán amargo es el pan de la caridad! La anciana, á quien sus enfermedades hacían cada vez más impertinente, reñía con aspereza á la niña y la llamaba "holgazana"... ¡Su corazón envejecido no podía comprender cuánto mal hacían estas palabras á la huérfana!

El vestido que encubría las formas, cada día más bellas, de Soledad, era muy pobre y dejaba ver su piel de raso... la niña no envidiaba otro, pero suspiraba al mirarse. ¿Cómo, no había de soñar con los placeres y el brillo del cielo?

Tenía trece años cuando en la casa donde vivía hubo un casamiento. Soledad miró al principio con indiferencia, luego con curiosidad, y al fin con mucho interés, los preparativos de la boda: se deleitó contemplando los adornos de la novia, y escuchó las conversaciones de algunos concurrentes...

Por la noche una especie de picante curiosidad la hizo estarse en vela; miró á la novia bella, amorosa, dar el brazo á un gallardo fo-

ven... Con sólo este espectáculo experimentó Soledad una sensación tan dolorosa como incomprendible, una sensación tan desagradable como la que se experimenta con un golpe eléctrico. Era una semilla que acababa de caer en su corazón...

De pronto la música, que daba la señal para el baile, llenó el aire con torrentes de armonía. Soledad se estremeció, adelantóse como atraída por un encanto magnético... miró á los novios, entrelazados con sus brazos, moverse á compás como la flor acariciada por el aura... Los ojos de la huérfana se arrastraron de lágrimas, subió la sangre á sus mejillas, y conmovida, ruborizada, llena de indelible tristeza, fué á ocultarse, sin saber por qué, entre las ropas de su cama.

Bien pudiera suceder que así como el aura se impregna con el aroma de los campos, así como la atmósfera se carga con la electricidad de las nubes, así el ambiente de un salón se cargara de amor, del amor que exhalaba en sus miradas, en su voz, en sus ademanes, una joven reja feliz...

Desde aquella noche amó Soledad la música: la buscaba con afán, y cuando por casualidad llegaban á su oído algunos acentos, permanecía largo tiempo fuera de sí. En su imaginación se había hecho una mezcla confusa de las cosas de la tierra y las promesas del cielo. Parecía á la huérfana que la música traducía sus

más íntimas sensaciones, que era la voz de su alma.....

En aquel mismo año murió la anciana que cuidaba de Soledad. La pobre mujer, á pesar de todo, tenía un excelente corazón, al que sólo la ignorancia había esterilizado; durante su vida había amado á Soledad tanto como puede amar una mujer que no ha tenido hijos, á uno adoptivo; pero al morir quiso reparar su indiferencia; lloró por la suerte de la joven, temiendo verla expuesta, tan bella, á los peligros de la miseria y del abandono; hablola nuevamente de la religión, con el entusiasmo y desdén terrenal de un moribundo, y concluyó proponiéndole entrar en el convento de Santa C..... en donde tenía una hermana; para persuadirla, pintóle la paz del convento, la solemnidad del culto, la armonía de los cánticos sagrados; el dulce anhelo de las esposas de Cristo.

Escribió una carta la moribunda recomendando á la huérfana á su confesor, y pocas horas después murió! Entonces conoció Soledad que también ella la había amado. ¡Es tan natural al corazón amar!.....

Al día siguiente se vendió todo lo que la anciana poseía, que era bien poco, y se compraron cuatro velas de cera. Soledad pasó el día orando junto al cadáver, mientras las velas se consumían chisporroteando en medio del silencio, único, pero solemne funeral de los pobres!.....

Por la tarde llevaron el cadáver á la última morada, y Soledad, huérfana por segunda vez, sin ninguna afección ya sobre la tierra, se dejó conducir, suspirando, al convento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO VINCULADO DE BIBLIOTECAS

®





## II

Lorsqu'elle pleura, la main chérie d'un frère ou d'une sœur n'essuya point ses larmes; comme les âmes isolées elle dut ne les répandre que devant Dieu.—A. D.

Durante los primeros días, todo el convento fueron mimos y agasajos para Soledad; cada monja quería tenerla consigo; compadecía la por su desgracia; le pintaban un risueño porvenir, y la colmaban de promesas. Sin embargo, cada día fueron siendo menos expresivas estas demostraciones, y cuando hubo pasado la novedad, la pobre niña quedó entregada al olvido común.

La monja á quien había ido recomendada, era una de esas mujeres de carácter frío, apático y egoísta, que tienen, por decirlo así, atrofiado el corazón; mujeres para quienes no

existe el odio, pero tampoco el amor; mujeres para quienes la suprema felicidad consiste únicamente en una absoluta tranquilidad de espíritu.

Desde el primer momento en que Soledad habló con esta mujer, sintió hacia ella un desdago, una antipatía que no pudo disimular, pero que ni aun fué notada; tan profundo así era el egoísmo de la que debiera haber sido su protectora.

Encontróse, pues, la pobre niña con su corazón de trece años y su imaginación acalorada, sola, sin apoyo de ninguna clase, en esa edad tan peligrosa para las mujeres, en que más que nunca necesitan de los consejos de una madre, de una amiga inteligente, para corregir los vicios en que puede incurrir la naturaleza.

Parecióle imposible á Soledad vivir sin ninguna especie de afección, por débil que fuese, y como la yedra que busca un objeto á que adherirse en todo lo que la rodea, buscó entre todas las mujeres que veía en torno suyo, una que pudiera pagar su cariño; un corazón que lo comprendiese, porque la naturaleza humana está compuesta de tal manera, que sin un poco de amor no puede vivir; porque hay momentos en que el pecho tiene necesidad de desahogarse; pero á todos los corazones los halló estériles é insensibles.

No parecía sino que constantemente elevada hacia Dios aquellas almas, no existían ya

para la tierra, y estaban sordas á los gemidos de la humanidad.

Por mucho tiempo la niña renovó sus tentativas, con la tenacidad que el árbol renueva sus retoños, con la tenacidad que el enfermo busca el calor del sol que lo hace vivir... pero las palabras que las monjas le prodigaban en cambio de sus lágrimas, eran tan melosas y tan frías, que su instinto se exasperaba contra ellas.

Al fin tuvo que resignarse Soledad con su suerte; su pobre corazón adquirió el pudor de la desgracia, y se cerró como la sensitiva.

Desde entonces el horizonte que creía haberse abierto para ella, se cubrió de sombras; su corazón agobiado por tantas heridas, comprimido por la tristeza y el desaliento, se enfermó, y la niña tornó á ponerse pálida y enfermiza, como una flor privada del aire y del sol que la hacían vivir...

Por otra parte, Soledad, que nada había llevado al convento, ni tenía quien pagara en él sus gastos, estaba en la precisión de desempeñar las tareas á que están obligadas las niñas que entran de la misma manera.

Débil y enferma como estaba, tenía que entregarse á inusitados ejercicios, superiores á su sexo, á su edad y á su delicada constitución...

Entonces era cuando resentía más la falta de algún corazón amigo; entonces era cuando se le hacía insoportable la soledad y el áu-



lamiento en que vivía; entonces el valor le faltaba, porque una criatura sin afecciones, es como la caña á la que cualquier viento abate!

No se quejaba, porque lo que más temen los desgraciados, es la indiferencia y la burla; pero alzaba sus ojos arrasados de lágrimas al cielo, como una víctima que hace el sacrificio de sus dolores; como una alma desolada que demanda fuerzas y consuelo.....

Para Soledad la vida era una noche oscura y tenebrosa, un viaje por entre abrojos y espinas. Un combate largo, incesante y doloroso.

Y cómo no había de ser en este caso, para ella, una esperanza de consuelo, la muerte?

La huérfana, como lo enseña la religión, no consideraba en la muerte más que un sueño pasajero, un estado de transición entre esta vida terrenal y de amarguras, y la vida inmortal..... La tumba no tenía para ella sombras ni terrores; su alma inocente, cándida y pura, no conocía el mal, y no podía formarse idea del castigo....

Soledad, pues, anhelaba la muerte, como el jornalero anhela la hora del descanso. De esta manera ella se consideraba cada día más extraña á la tierra; su corazón, que no había hallado otro corazón en donde reposar, se elevaba hacia aquel que vino al mundo solamente á padecer para enseñarnos con su ejemplo que se pueden resistir y sufrir todos los do-

res, cuando no se ha perdido la fé y la esperanza.

El alma de la huérfana aspiraba á la inmortalidad; se hallaba, si es que para demostrar nuestra idea nos podemos valer de una comparación material, como una esencia volátil, comprimida en un frasco, que tiende hacia la parte superior y procura evaporarse.

Sin instrucción, el sólo instinto casi, le indicaba á la joven que no puede menos de haber otro mundo superior en donde Dios recompense á los que en esta vida sólo han hallado dolores y lágrimas...

Pero Soledad, no satisfecha sin duda, con esta esperanza, procuraba vivir desde este mundo en el cielo.... Al verla inmóvil, de rodillas, horas enteras, la vista sin brillo, insensible á todo lo que la rodeaba, hubiera podido decirse que efectivamente su espíritu había volado á otras regiones....

Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginación, exaltada desde la infancia, había adquirido mayor poder y mayor extensión en la soledad y el silencio de los claustros; concentradas sus ideas en un solo punto, hacia el cual había hecho converger todas sus facultades, su cerebro poseía, si podemos explicarnos de esta manera, mayor claridad, como un reflector dentro del cual se concentran los rayos de la luz; su alma, enteramente libre de

los sentidos, tendiendo á exhalar, comunicaba, sin duda, una especie de vida al cerebro á expensas de las demás partes del cuerpo. Tal vez esto no era más que el resultado de la vida aislada de la joven; la consecuencia de la imposibilidad en que se hallaba de compartir con otros seres sensibles al amor, la simpatía que encerraba su pecho. . . . .

Desde que entró al convento trató de adquirir algunas nociones de música; pero bien pronto superó á sus maestras. Cuando hubo llegado á este punto, no se limitó á perfeccionar lo aprendido, sino que llegó á crearse, por decirlo así, una música aparte, que tenía algo de lo vago de sus sensaciones; una música que formulaba esa pregunta sin palabras y sin respuesta, que á cierta edad comienzan á hacerse las mujeres. . . . .

Pero sucedía generalmente que la niña se levantaba del órgano con convulsiones. La música, que no limita su acción solamente á los oídos, sino que se extiende generalmente á todo el sistema nervioso, le causaba una especie de sacudimiento general, tanto más fuerte, cuanto que sus nervios entonces muy delicados eran demasiado sensibles á la menor excitación. Y sin embargo, Soledad no podía pasarse sin la música. La conmoción que ésta le causaba, no carecía de placer; era uno de esos dolores agradables que el cuerpo busca con avidez. . . . .

A los diez y seis años el cuerpo de la huér-

fana se había desarrollado completamente. No era ya una niña, sino una joven hermosa á quien se compadece y se respeta.

Era alta, aunque endeble como una planta mal cuidada; pero su continente melancólico no carecía de gravedad; sus formas estaban bien redondeadas, especialmente el pecho, á pesar de la abstinencia; mas á través de su piel delicada, blanca y transparente, parecían que se miraban estremecer sus nervios. Su rostro era ovalado, lleno de expresión y de bondad; su frente ancha y despejada revelaba la inteligencia y el desarrollo de su cerebro; sus ojos pardos, grandes, rasgados y meditabundos, eran el espejo de su alma, pura como un destello de Dios; y su mirada parecía haber adquirido algo de la celeste inmensidad donde con tanta frecuencia se paseaba su vista. . . . . Su nariz era recta y fina, aunque las ventanas parecían algo anchas; su boca, sin ser desproporcionada, era también un poco grande, formada por dos labios abultados y sensuales; pero frescos, húmedos, agradables. . . . .

El cuello que sostenía aquella hermosa é inteligente cabeza, era corto como el de las personas sanguíneas; pero hubiera pasado por modelo de morbidez.

Con los años, Soledad parecía haber olvidado hasta sus quejas, obedecía maquinalmente cuanto se le mandaba; jamás se sonreía y no hacía ruido ni aun para andar; hubiera podi-



do decirse que se deslizaba sobre el pavimento.

¡Pobre Soledad! su aspecto causaba tristeza; su rostro estaba pálido, y sus ojos rodeados de una sombra azulada, que revelaba larguísimas horas de insomnio, de inquietud y de fiebre.

Los tristes resultados de la vida que llevaba, no podían hacerse esperar por más tiempo.

No culparemos esa vida puramente intelectual; para los desgraciados, tal vez no hay otro consuelo; pero no podemos menos de señalar algunos de sus peligros cuando se abusa; harto se sabe que todo extremo es dañoso. A fuerza de concentrar la vida en el cerebro, á fuerza de tener con este motivo "constantemente tirantes las fibras delicadísimas de la pulpa nerviosa, no es difícil que llegue un momento en que produzcan una gran perturbación en todo el sistema, y ésta sea la causa de terribles enfermedades, como el histérico, la enajenación mental, etc." (1)

La calentura que precede á los primeros síntomas de la pubertad, y que la desgraciada niña había descuidado, se convirtió poco á poco en una fiebre nerviosa, que la acometía frecuentemente.

La humedad y el frío del "coro" en donde permanecía de rodillas mucho tiempo entregada á sus oraciones mentales, y los ayunos y las penitencias, le habían lastimado el pecho.

(1) Raciborski, "De la Puberté."

Generalmente al caer el sol, un decaimiento profundo se apoderaba de la joven; su cabeza se inclinaba cual si su cuello no fuera capaz de resistirla. Su sueño era interrumpido por sobresaltos, y un sudor continuo la debilitaba cada día más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL



### III

Hay una fuerza que rige el cuerpo á su pesar, y que gobierna, sin participación de la conciencia, todos los actos que no son de inteligencia, ni de voluntad, ni de libre albedrío. — B. AMADOR, de Montpellier, Discurso sobre la vida de la sangre.

Tout ce qui peut surexciter le système nerveux, est cause d'histérie: tels sont une vie oisive, contemplative; la lecture de certains livres; la culture inmodérée des beaux arts, notamment de la musique, les veilles, les chagrins, ainsi que les peines du cœur. — A. GRISELLE, Traité élémentaire et pratique de pathologie interne. T. II, pág. 718.

A los diez y siete años pidió Soledad el hábito, esperando que con esto se calmaría aquella fiebre que la devoraba y que ella atribuía á la tibiaza de su devoción.

Desde algunos meses antes la joven había comenzado á experimentar una inquietud indefinible que tan pronto la hacía buscar la so-



ciudad de las monjas como huir de todo ruido y compañía; tan pronto la hacía apasionarse y encontrar un secreto placer en las misteriosas ceremonias de la iglesia, como evitarlas cual si le causasen una impresión dolorosa é insoportable; una inquietud que cada día iba en aumento y que á veces la hacía olvidar hasta de sus oraciones.

Por esta razón había pedido el hábito; creía ella que las austeridades y preparaciones del noviciado le volverían la devoción y la calma; creía que la profesión solemne, sublimando su alma y sacudiendo el polvo de la tierra que aún había en su corazón, la haría gozar de la salud, de la paz y de la celeste felicidad á que aspiraba.

Durante el año del noviciado la joven se entregó á las más austeras penitencias; materialmente quiso vencer y destruir en aquel tiempo á su cuerpo, porque vagamente comprendía que no estaba lejos la hora en que éste se sublevara contra su espíritu.

Semejante género de vida había creado un antagonismo fatal entre su cerebro y su corazón, entre su alma y su cuerpo, entre el otro mundo y éste; había trastornado hasta cierto punto las leyes de la naturaleza; destruido la armonía y dado origen, por consiguiente, á una reacción peligrosa y violenta, que según los síntomas no tardaría mucho en verificarse.

El misticismo mal dirigido tiene ese peligro;

concentrando, por decirlo así, la vida en el cerebro, aumenta las facultades intelectuales, pero desarrolla más de lo conveniente la imaginación; aísla al alma de las sensaciones exteriores y humilla, debilita al cuerpo, pero perfecciona al mismo tiempo el sistema nervioso, lo hace excesivamente impresionable y delicado; torpe, tal vez, repetimos, para recibir las impresiones externas, pero vivísimo para transmitir las que tienen su origen en el corazón. Por este motivo, sin duda, como aseguran médicos y fisiologistas respetables, "los arrobamientos místicos no carecen de placer para las personas piadosas y generalmente este estado del alma termina con una voluptuosa languidez." (1)

A medida que el año corría, aumentaba la inquietud de la joven y comenzaba á sentir nuevas necesidades, nuevas sensaciones, deseos inexplicables de los que ni aun idea tenía.

Estos ataques la hacían redoblar sus oraciones, único remedio que para ellos había, según consejo de algunas monjas ancianas.

En esto llegó la época en que es costumbre que la novicia salga á respirar, por unos cuantos días, el aire del mundo; á conocer sus placeres y sus pompas, antes de pronunciar sus indisolubles votos; medida, en nuestro concepto, tan prudente como filosófica, que á cumplir-

(1) J. J. Virey, Raciborski, Leuret, Cerise, Falret, etc.

se con tino, evitaría muchas é irreparables desgracias.

Soledad, á pesar del horror á la sociedad que caracteriza á las reclusas, no pudo menos que fijar su imaginación en esos días de libertad que iba á gozar; había momentos en que su alma se sobrecogía y se llenaba de terror al considerarse lejos del convento, entregada sin defensa á los ataques del enemigo común, olvidada de Dios acaso; pero bien pronto este temor desaparecía ante la esperanza de contemplar el verde de los campos, el azul del cielo sin límites, de correr sin que hubiera una pared que se lo impidiera. . . . ¡oh! ¡cómo le parecía entonces más puro el aire! ¡cómo se ensanchaba su pecho!—Lo diremos también: Soledad recordaba con la melancólica delicia que caracteriza á estas memorias, los primeros años de su vida, y entre éstos, se presentaba á su mente con rasgos muy vivos, la noche del casamiento. . . . Soledad recordaba inocentemente todas las sensaciones de aquella noche, y deseaba con ardor volver á ver otro baile.

Acaso parecerá inverosímil la contradicción entre estos pensamientos y el misticismo de Soledad; pero debe tenerse presente que era mujer, que tenía diez y ocho años apenas, que su candor y su ignorancia no la dejaban percibir los peligros de semejante meditación, y que hay ciertos deseos del corazón que es imposible ahogar.

Por estas razones, pues, experimentó un dis-

gusto profundo cuando se le advirtió que no podía salir á la calle porque no había á quien confiarla. Su corazón, que por un momento se había ensanchado, volvió á oprimirse, reagravándose por lo mismo la enfermedad que le habían causado aquellas constantes alternativas de esperanza y desengaño.

El momento de la profesión estaba próximo. Soledad resignada y arrepentida comenzó á prepararse para este acto tan importante.

Entonces era capellán del convento un anciano rígido y severo, de esos que creen que la virtud consiste en la más estricta austeridad; de esos que después de haber atravesado por las pruebas de la vida, quieren juzgar á los corazones nuevos y ardientes por el suyo envejecido y desecado!

La joven fué á confesarle, no sus culpas porque su vida era pura y limpia como el cielo en una mañana de primavera; sino sus escrúpulos, sus dudas, sus deseos. . . . y el anciano la riñó; la tachó de ingrata, echándole en cara corresponder mal con sus mundanales deseos á las bondades con que la colmaban las religiosas, y la amonestó severamente á que no tuviera esas ideas. . . .

El día de la profesión llegó: Soledad aturdida con los preparativos, compungida con las palabras de su confesor, se dejó conducir casi maquinalmente.

Mientras duró la solemnidad estuvo como fuera de sí; la música sonaba á sus oídos de



diferente manera que otras veces; las ceremonias tristísimas y solemnes de la profesión, le parecían un sueño dulce y extraño, que halagaba sus sentidos.

Aquel día pasó para la joven con una melancólica lentitud. Parecía que efectivamente había muerto, que las gentes que entraban á la iglesia venían á contemplar su cadáver, y que en todos los rostros se veían pintadas la tristeza, el silencio....

Únicamente cuando la iglesia fué quedando desierta, cuando la luz de las lámparas comenzó á reemplazar á los rayos del sol que se elevaban lentamente, para apagarse en los cristales de la cúpula, fué cuando pudo conocer qué era lo que había hecho....

Involuntariamente sus ojos se bañaron en lágrimas, y su pecho se estremeció!.... Aquella noche la pasó en oración.

Una idea punzaba incesantemente su cerebro: "¡Sin esperanza!"....

¡Ángel del cielo! ¿qué podía esperar sobre la tierra?....

Y sin embargo, esa idea la espantaba. ¡Están tan necesaria al corazón la esperanza!

Pasaron muchos días. . . .

Soledad se había encargado definitivamente del órgano. Nuestros lectores notarán la frecuencia con que hablamos de la música: es que nunca nos cansaremos de manifestar la poderosa influencia que ésta tiene sobre el organismo de las jóvenes.

Cada día se sentía Soledad más y más enferma; era para ella una cosa inexplicable, parecía que su alma tan libre hasta entonces, se hallaba como aprisionada; las oraciones más eficaces perdían para ella su unción, eran palabras frías que sus labios repetían por costumbre.

¡Ay! y lo que á Soledad la entristecía era no tener con quien quejarse, porque las lágrimas solitarias empeoran más bien que alivian los dolores del alma.....

Lo único que la consolaba un tanto, á pesar de las consecuencias que producía, como hemos mencionado en nuestro anterior capítulo, era la música, pero una música fúnebre que expresara el estado de su alma, que fuera como los gemidos de su corazón....

Cuando el pecho se encuentra devorado por ese vacío terrible que produce en él la falta de afectos, la imaginación se complace en todo lo vago y lo misterioso; el espíritu parece perdido en un caos. Semejante es entonces á la golondrina, que da vueltas por el espacio, en busca del nido que le destruyeron; aspira las emanaciones del aire y lo busca por todas partes, sin saber por dónde hallarlo....

La religión entonces, como una madre amorosa, recibe en su seno nuestra cabeza febricitante, derrama algunas gotas de dulce rocío en nuestro corazón, y nos señala en el cielo lo que vanamente buscamos sobre la tierra.....

La instrucción que Soledad había adquirido

en el convento era demasiado incompleta, y aun diríamos peligrosa. En realidad no había hecho más que fortificar ciertas creencias de su niñez.

Este es el grave defecto que hemos notado en algunos de los libros más comunes de devoción. Con el objeto de hacerse comprensibles á todas las inteligencias, materializan hasta donde es posible sus comparaciones, se identifican con los diferentes géneros de vida, é inician á las mujeres en ciertos misterios de que acaso no debieran tener conocimiento.

Hay varios libros destinados para las monjas, en que, suponiéndolas sin duda instruidas en los deberes del matrimonio, se hacen comparaciones entre este estado y el suyo. Materializan, le dan cuerpo á Jesucristo, su esposo espiritual, y pretenden imprimir en el corazón de las monjas afectos muy semejantes á los que se profesarían á un esposo.

Y ¿no es de temerse que la lectura de libros de esta clase, especialmente en la época de la pubertad, cuando el sistema nervioso recibe con avidez y ardor toda impresión viva, sea el germen de peligrosas pasiones y de trastornos profundos?

Sobrado tiempo se ha atacado á las novelas de producir resultados funestos en la juventud; nosotros creemos que el mismo peligro tienen la mayor parte de los libros comunes de devoción que se ponen en las manos de personas inexpertas y candorosas.

Es preciso tener presente que las pasiones son una necesidad y una consecuencia de nuestro organismo; una herencia dolorosa, pero inevitable, de la falta de nuestro primer padre, y que Dios las permite para probarnos. Que ellas pueden dormir más ó menos tiempo en el fondo de nuestro corazón; pero que así como llega un momento en que la flor abre sus pétalos, así para ellas llega el instante en que espontáneamente se desarrollan.

Pues bien: ¿no será más precoz y más violento ese desarrollo, cuando de propósito se estimula al corazón á afectos que tienen mucho de sensuales? Porque, lo hemos observado continuamente; en los libros de devoción se trata de producir sensaciones y no de inculcar sentimientos. Hé aquí por qué la religión cristiana, la más sublime, la religión de los desgraciados, no ha sido comprendida por nuestro pueblo, y aun tal vez ni por muchos de las clases superiores.

Esos libros con sus pinturas del cielo y con sus descripciones de la bienaventuranza, han hecho del cristianismo una religión sensual; la han convertido en un epicurismo inmoral, si se nos permite explicarnos así.

¿Esos libros le han quitado al cristianismo toda su poesía y su grandeza, grabando en las imaginaciones la idea de un cielo donde la beatitud consiste en aspirar eternos perfumes, en experimentar continuamente las sensaciones que en este mundo nos encantan, como si



al despojarse el alma, por la muerte, de su cubierta carnal y grosera; conservase estos mismos órganos y sentidos tan imperfectos!

¡Esos libros han envejecido hasta la idea de la virtud; la han desnaturalizado completamente, haciendo creer á la multitud ignorante que la virtud consiste en una inalterable tranquilidad de espíritu, en no experimentar jamás combates y tentaciones! De manera que para los autores de esos libros, el hombre más mal organizado es el más virtuoso; para ellos es, pues, la virtud, una cuestión de organismo, proposición que, á ser cierta, daría un golpe de muerte á la moral.

Y ¡cuán funestas pueden ser las consecuencias en personas ignorantes que sin fuerzas ni luces para resistir, se dejan arrastrar por halagos, que juzgan inocentes hasta el momento en que ven á sus pies el precipicio!

Soledad se había entregado á semejantes lecturas, que en el estado de su alma ocupaban su espíritu y su corazón. Empero, esto no era más que un veneno que iba tragando lentamente, un combustible que amontonaba sin prudencia.

La pubertad, que puede ser retardada á veces, acababa de verificar en Soledad esa revolución que arranca á las mujeres de la tranquilidad de la infancia, para lanzarlas en el mar borrascoso de las pasiones.

El corazón, la sangre, trataban de recobrar

por un momento sus derechos; levantaban su voz hasta entonces sofocada, y su grito era imponente, irresistible como el de la naturaleza.

Y Soledad, débil, nerviosa, apasionada, ignorante, ¿con qué elementos contaba para resistir? ¿sabría siquiera lo que demandaba aquella voz imperiosa?...

La fiebre, que desde tanto tiempo antes minaba su existencia, creció extraordinariamente. Su espíritu se ofuscó; relajáronse los resortes de su alma...

Era la reacción inevitable de la vida ignorante é ideal que había llevado.

El sueño huía de los párpados de Soledad... En vano recurría la joven á las oraciones. Pasaba, es cierto, muchas horas arrodillada frente al altar, mas cuántas ocasiones se levantó distraída preguntándose:—¿En qué pensaba?

Poco á poco se había aislado completamente de las demás religiosas, y sin embargo, cada palabra consoladora, de sus dulces caricias,....

Con frecuencia solía apoyarse en una de las ventanas que caían al inculto jardín, y allí permanecía tardes enteras entregada á una meditación involuntaria. Entonces una tinta fugitiva de carmín coloreaba sus mejillas, brillaban sus ojos y sus hermosos labios se entreabrían con la misma voluptuosidad que la flor abre su corola al éfiro enamorado....

Contemplaba las aves que volaban por el espacio, y no podía reprimir un suspiro cuando

las perdía de vista. La libertad de esos animales que pasan su vida cantando, la lastimaba....

Los recuerdos de su infancia se presentaban á su mente con una tenacidad horrible. Soledad quería materialmente huir de ellos; les tenía miedo; parecían tentaciones de Satanás... pero la seguían por todas partes como su sombra; brillaban en su cerebro como un sol fatídico.... Volvía á ver aquella novia, reclinada en los brazos de un joven gallardo... oía la música del baile, y su corazón se estremecía como se estremeció aquella noche.

Un consorcio mortal la agobiaba; le dolían las espaldas como si hubiese resistido un peso excesivo; otras veces le faltaba la respiración, y la infortunada joven tenía que correr hacia una ventana en busca de aire; quería gritar, y un nudo horrible en el pecho cortaba su voz.

Había momentos en que se ponía fuera de sí; un vértigo se apoderaba de su cabeza; sus labios se ponían secos, ardientes, el aliento la abrasaba, se estremecía su corazón, y agitaban su cuerpo terribles convulsiones...

Cuando estos ataques terminaban, quedaba la joven desfallecida por muchos días; triste, anegada en lágrimas.

Pedía consuelo á Dios; pero no hallaba en su alma la confianza de otros días; se contemplaba manchada, indigna de la clemencia del Señor, y su fe comenzaba á vacilar; buscaba á su alrededor quien le diera consuelo,

y nada encontraba; deseaba ir á demandar fuerzas y aliento en el tribunal de la penitencia; pero tenía miedo á las palabras severas del confesor.... Y en estas terribles vacilaciones pasaban los días; y el remordimiento roía su pecho y le quitaba el poco sueño que sus males le dejaban.

¡Cómo extenuaron estos días de angustia á Soledad! Acababa de cumplir diez y nueve años, y cualquiera la hubiera creído mayor; el círculo azulado que rodeaba sus ojos había crecido, al paso que éstos se hundían, y la sombra de sus pestañas al proyectarse sobre sus mejillas, les daban un aspecto de sufrimiento que comprimía el alma; la nariz se había afilado; solamente sus labios, formando un extraño contraste, parecían ponerse cada día más frescos, más encarnados!.....

Entretanto, algunos acontecimientos habían tenido lugar en el convento.

El antiguo capellán había muerto y le reemplazaba un sacerdote de mucha virtud y de grande instrucción.

Soledad recibió esta noticia con indiferencia, pero al oír alabar el profundo saber, la dulzura y la bondad del padre Rafael, que así se llamaba el capellán, se animó, tuvo un vislumbre de esperanza, y resolvió irle á hacer una confesión que la aliviara del grande peso que experimentaba.





IV

Dieu n'engage aucun de ses enfants sur une voie qui tôt ou tard ne le conduise au bonheur, et il n'arrache à un être sensible aucun soupir qui ne finisse par se transformer en un cri de reconnaissance.

HISMANN.

Mais sa véritable paix, sa paix parfaite ne se trouvera que dans le ciel; c'est là qu'elle sera inondée d'une fleur de paix, dont Dieu lui-même est la source. En attendant cette heureuse paix, elle a des combats à soutenir sur la terre.

— LHOMOND, Histoire abrégée de l'Eglise.

¡Con cuánto afán hizo la pobre niña el examen de su conciencia! ¡Con qué escrupulosa exactitud examinó y guardó en la memoria todas sus sensaciones, todos sus involuntarios deseos!...

Durante muchos días y muchas noches permaneció entregada á ese difícil y peligroso trabajo que revivía sus heridas y las hacía más terribles, más dolorosas.

Pero debe decirse, en obsequio de la verdad, que desde el momento en que formó la resolución de confesarse, sintió un grande alivio; y aunque con la exaltación eran más frecuentes y más vivos los ataques que padecía, también recobraba la lucidez de su espíritu y el imperio de su imaginación, por largas horas; ¡tal es el poder de la fe! ¡Y qué dulces eran aquellos momentos de calma después de la tempestad! ¡Con cuánto placer aspiraba el aire su pecho! ¡con qué inefable regocijo daba su alma gracias al Sér Supremo, porque la dejaba ver de nuevo la luz!

Su espíritu comprimido experimentaba una agradable sensación expansiva al volver á tener por suyo el celeste espacio, del que ya se creía para siempre privada.

¡Ah! los que atacan el Sacramento de la penitencia jamás han probado sin duda las dulzuras del arrepentimiento y de la esperanza; jamás han sentido ese dulce consuelo que experimenta el pecho cuando se siente aliviado de una de esas faltas que pesan sobre la conciencia y se arrastran en la vida, como un ropaje de duelo que todo lo entristece. . . . De otra manera, es incomprendible cómo, después de haber experimentado alguna vez las gratas sensaciones que produce la absolución sacramental, haya quien se atreva á acusarla de infíl y aun de nociva.

¿Qué sería á veces la existencia si no hubiera esa posibilidad de descargarla de un pe-

so que abrumba, que mata, que carcome el corazón? ¿Cómo tendríamos valor para soportar las penas de la vida, si no viniera de tiempo en tiempo la religión á consolarnos y fortalecernos con un reflejo de la verdadera felicidad, cuando el cansancio y el hastío comienzan á hacer vacilar nuestra esperanza?.....

Preparada de esta manera, una hermosa mañana de estío fué Soledad á arrodillarse, pálida, contrita, ante la rejilla del confesonario.

El capellán era uno de esos hombres que desde los primeros años de su vida han consagrado toda la fuerza de su alma y de su corazón al estudio; uno de esos hombres de superior inteligencia, que hallando la tierra estrecha é injusta para ellos, aspiran á otro mundo más espacioso, más puro y más feliz también. Su frente era elevada y majestuosa; faltábanle los cabellos; pero no era la edad sino el estudio y las vigiliass los que los habían hecho caer.

El padre Rafael tendría cuarenta y dos años; pero la austeridad de su vida y la pureza de sus costumbres habían conservado intactos la frescura de su rostro, la viveza de sus colores y la virginidad de sus sensaciones.

Era uno de esos sacerdotes pensadores y benévulos que el cielo envía frecuentemente para sostener la fe de los hombres; un sacerdote dulce y clemente con todos, porque su misión es de paz y de consuelo; un sacerdote ilustrado y evangélico, que conociendo la marcha de



la humanidad y la diferencia de los tiempos, se había dedicado con especialidad al confesionario, porque creía que en este siglo de duda y de investigación ese era el verdadero lugar del sacerdote cristiano, que debe curar con sus inspiradas palabras las llagas más secretas del corazón.....

Y ¡qué eficaces eran, en efecto, las palabras perdidas para siempre debieron á sus palabras sentir renacer en su pecho la fe y la esperanza, esas dos virtudes que Dios ha infundido en nuestro corazón! Era porque él creía que los errores se deben perdonar fácilmente, y que la mayor parte de las faltas no provienen más que de ignorancia y de debilidad; por esta razón no se limitaba solamente á oír una relación de las faltas, sino que hacía un estudio del carácter y las circunstancias de sus penitentes, y aun después de este examen, creía que hay muchas acciones de las que á los ojos de los hombres parecen malas, que Dios, que lee en el fondo de los corazones, que mide la intención, debe perdonar fácilmente. ....

El padre Rafael no conocía á Soledad; pero lleno de esa bondadosa clemencia que inspira la religión, se preparó á escuchar la confesión de la joven.

Soledad se turbó un poco al comenzar; sus labios temblaron; ¡era tan íntima la relación que iba hacer! ¡era tan profundo el respeto del padre Rafael! cuanto que se creían ya

No obstante, comenzó. Su voz era dulce, su acento sencillo y contrito, y las palabras que usaba, tan ingenuas y naturales, que el sacerdote no pudo menos de sentirse arrastrado desde el principio por ese atractivo poderoso que tiene la inocencia, y conocer que el alma de Soledad estaba limpia y pura, como la de los ángeles, y que no eran penitencias, sino consuelos y sostén lo que necesitaba aquella criatura débil é ignorante.

Soledad pintó con el vivo colorido de la verdad, su infancia, su adolescencia, su entrada al convento, su profesión.... sin ocultar ningún rasgo, sin atenuar ninguna tinta.

El padre Rafael no la interrumpía, porque se hallaba profundamente conmovido. La historia de aquella monja era como un eco de la suya. El también había probado la hiel de la orfandad y la miseria; él también, como todos los desgraciados, no había tenido más consuelo en sus horas de amargura, que levantar su mirada al cielo, á ese cielo donde no hay las diferencias que dividen al mundo, donde no existe esa línea fatal, impía, entre ricos y pobres, donde reina la libertad que los hombres tienen siempre en los labios, pero que jamás ponen en práctica....

Bien pronto llegó Soledad á la parte más difícil de su confesión; á la época en que creía haber perdido su fe, su confianza en Dios. En esos momentos su voz había adquirido animación y elocuencia; la pintura que hacía de su

corazón era viva, enérgica, palpitante.... Era una pintura seductora, que fascinaba los sentidos la voz del genio del mal que el Señor permitía por un momento para probar la virtud de sus escogidos.

El padre Rafael escuchaba sin perder una sílaba de aquella relación... pero su espíritu estaba agitado; la dulcísima voz de la joven conmovía su corazón; las imágenes de que ella se servía venían á grabarse profundamente en su cerebro. El también había sufrido esos combates, y había sofocado, no vencido, la voz de sus pasiones; él, que como todas las personas que viven en la castidad, tenía un corazón ardiente, impresionable, ávido de sensaciones, como un campo desecado por los rayos del sol está ávido de riego.

El sacerdote, confiado en su austera virtud, aspira sin temor aquel perfume de inocencia, sin sospechar que podía por un momento embriagar sus sentidos.....

¡Tal vez había mucho de mundanal orgullo en aquella confianza en su virtud!

Soledad continuaba sin detenerse con mayor vehemencia; su narración era como un espejo donde se retrataban las imágenes vivas, distintas, animadas; refería hasta las más leves circunstancias y descubría con tanta verdad y candor su corazón, que hubiera sido preciso tener el cuerpo en la tumba para no conmovirse!

Sus palabras habían como adormecido poco á

peco la inteligencia del confesor; sin causar una revolución súbita en sus sentidos, los habían ido excitando lentamente hasta el momento en que se sintió subyugado.... hasta el momento en que corría hirviendo la sangre por sus venas, comunicando á sus miembros movimientos involuntarios y animales.....

Los sollozos y la fatiga cortaron la voz á Soledad.....

Sucedió un momento de silencio terrible, durante el cual ninguno de los dos se atrevía á hablar; era uno de esos momentos en que la razón vacila, y habla solamente la sangre; en que el corazón no cabe dentro del pecho, y quiere exhalar lo que siente por los labios.....

Sin embargo, el sacerdote hizo un esfuerzo poderoso y con su voz profunda y grave, pero temblorosa, comenzó á hablar á la joven:

—Levanta tu frente, pobre niña... ha pasado sobre tu cabeza el ángel del mal, mas no ha mancillado la túnica de tu inocencia, ni ha dejado en tu corazón el germen del error. Eleva tus candorosas miradas á Dios, virgen pura... Sin fuerzas y sin instrucción has resistido las pruebas en que tantas otras criaturas hubieran acaso sucumbido. Da gracias al Señor por su clemencia hacia ti; mas no éntre en tu alma el orgullo, y llora y pide por aquellos á quienes el Señor prueba con más rigor....

Nosotros, criaturas de carne, estamos sujetos á estas debilidades; padecerlas no es un crimen; ninguna naturaleza está exenta de ellas;



el mal está solamente en abandonarnos á sus culpables halagos; el mal está en desoir la voz de nuestra conciencia....

Inmensos eran los esfuerzos que el sacerdote hacía para sujetar sus palabras y darles flicción. Los latidos de su corazón lo sofocaban; su razón estaba oscurecida. Era una sensación extraña, pero que muchos de nuestros lectores la habrán experimentado; le parecía al padre Rafael que allá en el fondo de su cerebro vacío cruzaban algunas ideas relucientes, como rastros de fuego en una noche tempestuosa....

Se hallaba entregado en aquel momento á una lucha terrible entre su sangre que se comovía rebelde, después de tantos años de virtud, y su razón, su inteligencia que le hacían entrever un peligro. "La ley de sus miembros se rebelaba contra la ley de su espíritu." (1)

Conocía que el sacerdote en el momento de escuchar las palabras de la confesión, debe estar inmaculado, debe tener su alma en Dios... y quería huir, porque sus pasiones hablaban en aquel momento; quería huir, porque presentía que "lo bueno que deseaba, eso no lo hacía; mas lo malo que detestaba, eso hacía." (2)

Pero un encanto fatal, irresistible, lo tenía clavado en aquel asiento, escuchando los sollozos de la penitente, que por intervalos baña-

(1) San Pablo.

(2) *Nam enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago.*—S. Pablo, Epist. á los Romanos, cap. VII, v. 19.

ban su rostro con un aliento tibio, húmedo, embriagador, como el perfume de ciertas flores que trastornan los sentidos y sumergen á la imaginación en sueños voluptuosos é inevitables.

¡Hora terrible de angustia! El virtuoso sacerdote pedía desde el fondo de su alma auxilio al Señor, como el naufrago á quien comienza á faltar la esperanza....

La confesión es muchas veces una prueba, así para el penitente como para el sacerdote; es como un fuego purificador.

Por algún tiempo el sacerdote luchó con energía, con heroísmo; pero faltáronle las fuerzas, y llegó muy pronto el instante en que se sintió arrastrado por la corriente...

Entonces ya sus palabras no tuvieron freno; hablar era para él una necesidad.... si hubiera habido algún modo de contener las palabras dentro de su pecho, hubiera muerto.

Soledad, tan desgraciada y tan pura, aparecía á la imaginación del sacerdote como un sér superior, como un ángel enviado por el Señor para servir de ejemplo y de guía á los hombres.

Al principio las palabras de Rafael fueron confusas; mas poco á poco cobraron claridad, elocuencia... eran una confesión íntima, espontánea... eran como las lágrimas que se derraman á los pies de un sér de quien se espera el alivio y el consuelo!

A los ojos del mundo hubiera sido aquello un escándalo; á los ojos de Dios eran dos ángeles afligidos, más puros, más santos, más hermosos en aquel momento, que no podían sofocar la voz de su corazón, y depositaban en su seno sus penas....

¡La intención, no la acción, es la que hace el pecado!

Pero de pronto Rafael se detuvo aterrorizado, como si una luz hubiera brillado sobre él.... Soledad lanzó un grito; el velo de su inteligencia se acababa de rasgar.

El padre Rafael conoció que no habían sufrido aún todas las pruebas necesarias para que sus inteligencias sondearan sin peligro todos los abismos; que tenían aún mucho de terrenal para atreverse impunemente á tender sus alas hacia el cielo!

—¡Padre! ¡padre mío!... gritaba angustiada Soledad; vos que sois santo y digno.... vos, de quien Dios no ha apartado sus miradas.... rogadle á él por mí.... pedidle que escuche mis gemidos....

—¡Hermana mía, contestó conmovido el sacerdote; Dios escucha siempre la voz de sus hijos! No te desanimas; la virtud consiste precisamente en el combate: si no hubiera lucha, ¿cuál sería el mérito?... Si no hubiera dolores que sufrir en el martirio, ¿con qué títulos poseerían los mártires una corona? ¡Ten esperanza! ¡Dios es justo, Dios es bondadoso! Nos sujeta á la prueba, mas nunca nos abandona.... y mientras mayores son los dolores que

sufrimos, más hermosa y más pronta es la recompensa....

¡Ambos se separaron, llorando, con el corazón destrozado; pero con la frente limpia!

El sacerdote, extenuado, como si aquella hora hubiera sido un siglo de tormentos, se arrojó ante un Crucifijo, y golpeando su frente ardorosa contra el mármol del altar, repetía gimiendo:

¡Señor! ¡Señor! ¡ten piedad de mí.... aparta esa voz de mis oídos!... ¡derrama ceniza sobre mi corazón, que se rebela contra mi espíritu!... ¡Señor! ¡Señor!... ¡dame fuerzas!... sin tu auxilio, ¿qué va á ser de mí?...

Soledad se había retirado del confesonario más pálida, más débil que nunca. Durante algunas horas vagó como insensata por los claustros.... Tenía miedo del reposo; tenía miedo de examinar el fondo de su corazón... Al fin fué á caer de rodillas ante una imagen de la Virgen Dolorosa, y allí la sorprendió la noche llorando hilo á hilo.

Le parecía que se había abierto á sus pies un abismo; que se había apagado la luz de sus ojos; que entre Dios y su alma levantaba el pecado una invencible barrera.

La primera semilla que cae en un terreno nuevo, fecunda prontamente; ¡así en los corazones vírgenes y ardientes hay ocasiones en que la primera palabra viene á realizar sus más vagos, sus más incomprensibles deseos!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



Y para tener de nuevo el dominio de la vida, el dolor se convierte en un dolor de amor, un dolor que se transforma en un dolor de esperanza.

V  
Lorsqu'une nature mélancolique

se tourne du côté des idées religieuses, la solitude devient pour elle un véritable enfer. On se figure alors qu'on est abandonnée de Dieu... on a horreur de ses semblables et l'on se fait un tourment des dogmes de religion qui devraient être une efficace consolation. — ZIMMERMAN, "De la Solitude."

Desde aquel día fatal comenzó á decaer Soledad con una rapidez espantosa. Materialmente se la veía enflaquecer y marchitarse como una flor azotada por el viento.

Huyeron para la monja las horas de descanso y de consuelo. Su alma estaba agobiada por el peso del remordimiento.

No se atrevía á levantar su espíritu al Señor, como en otros días más felices, porque le parecía que era indigna de su clemencia.

Así, á fuerza de cavilar en la gravedad de la falta que creía haber cometido, á fuerza de

atormentar de esa manera su conciencia, había comenzado á perder la esperanza. ¡La esperanza, que es la vida del alma; la esperanza, única luz que nos guía por en medio del mundo; bálsamo celeste que reanima nuestras fuerzas!...

Y para vencer de alguna manera el desaliento que á toda prisa se apoderaba de su pecho, se entregaba sin cesar á esas penitencias terribles que inspira una imaginación exaltada, cuando cree que con dolores materiales puede borrar sus faltas. Y como todas las gentes ignorantes, en este caso, sofocaba las aspiraciones de su corazón, que se elevaba hacia Aquel que hizo del amor el más dulce precepto de su religión.

La desgraciada joven se hallaba entregada á esa lucha cruel y terrible en las personas fogosas cuando se creen abandonadas de Dios: lucha fatal que provoca el escrúpulo, y que sofoca los más dulces y naturales impulsos de devoción.

Noche y día se la miraba arrodillada besando convulsivamente los pies de una Dolorosa, más no con la confianza dulce, con la fe consoladora que Dios desea; sino con la angustia de un naufrago que ha perdido toda esperanza, y que reza maquinalmente. Las religiosas que en esos momentos pasaban cerca de ella, la oían repetir en voz baja y temblorosa:

¿Conque no merezco piedad?... ¿Conque Dios me abandona?...

Así Soledad ahogaba en su corazón hasta los impulsos de la fe, y de esta manera crecía cada día más la desolación de su alma.

Su corazón estaba acongojado y su imaginación enfermiza; las veladas y los ayunos, tan débil como estaba, la hacían caer en frecuentes deliquios.

Soledad tenía miedo de dormir sola en su celda, y la presencia de cualquiera persona la molestaba. La inacción la mataba, y sin embargo, no se atrevía á moverse; triste, sobresaltada, se sentía devorar por un pánico, un terror invencible.

Las teclas del órgano, que con su armonía ma de Soledad en una dulce y religiosa meditación, estaban inmóviles y mudas.

La joven tenía miedo hasta de entrar al coro. Parecíale que se iba á levantar una voz que la arrojara como indigna de aquel santo lugar.

Soledad había llegado á ese punto en que la oración no es ya un suave rocío que baña nuestro corazón, sino una ponzoña que lo roe.

Había llegado á ese estado de las imaginaciones místicas y exaltadas, en que se obstinan por decirlo así, en atormentarse; verdadera monomanía muy frecuente en las religiosas, por el género de vida á que están sujetas; "ideas negras" que comprimen el corazón y llenan el espíritu de abatimiento y de terror: ideas más frecuentes en las personas que, por su ignorancia, se imaginan á Dios como á un



sér celoso, sombrío, cruel implacable, que aparta su vista de aquel que lo ofendió; un sér para quien no hay diferencia entre los errores, las faltas y los crímenes.

Hasta el sueño era un martirio para Soledad. Parece que á medida que sus párpados se cerraban, se dibujaba en su corazón una imagen indefinible, que ocupaba toda su mente, que hacía hervir toda su sangre.

Era una imagen que señalaba á Soledad el cielo; pero de la cual ella desconfiaba, porque ¡cuántas veces vino á interponerse entre su corazón y Dios en sus oraciones! ¡cuántas veces vino á robarle su atención y hacerle olvidar hasta las palabras de una comenzada plegaria!

Por una rareza de imaginación que no se puede explicar, Soledad consagraba por un momento todas sus facultades hacia aquella visión; pero de pronto, cuando más embelesada estaba, despertaba sobresaltada, dando un grito, para volver á caer luego en el mismo ensueño, y tornar á despertar violentamente. . . . hasta que se levantaba para pasar en vela las largas horas de la noche.

Sin embargo, á pesar de la tenacidad con que la monja parecía rechazar todos estos pensamientos, había ocasiones en que se éxtasiaba repitiendo un nombre suave, dulce; un nombre que encerraba para su corazón todas las armonías de la tierra, todas las promesas de la felicidad celesta.

Era aquel un encanto involuntario que se apoderaba lentamente de sus sentidos; que embargaba poco á poco sus facultades, como un sueño invencible.

Era la voz de su corazón. Era ese amor, necesidad del alma, que las criaturas deben experimentar precisamente alguna vez. Amor tan natural ex. el corazón, como el perfume en las flores.

¡Amor! dulcísimo afecto que Dios mismo ha infundido, y del cual ha hecho un ángel para sostener á sus escogidos en medio de la soledad y amargas de la vida.

“El hombre tiene necesidad de amar; y la base de la religión es el amor.” (1)

Y ¿podía ser un crimen esa simpatía, ese lazo misterioso, esa comunidad de destinos que unía así á dos criaturas en su tránsito por la tierra?

¿Debía desconfiarse de aquel amor, que reunía sus corazones para elevarlos juntamente al cielo? ¿de ese afecto que como un ángel purísimo reunía sus manos al verlos desfallecer?

Soledad, sin embargo, lo combatía con angustia; lo rechazaba á todas horas, y cuando se había dejado arrastrar por el encanto de ese afecto, la reacción que se verificaba en su pecho era violenta y tempestuosa; generalmente despertaba de este ensueño sobresaltada.

La joven, ignorante de las necesidades de la

(1) Dr. D. Jaime Balmes.

naturaleza y de las afecciones innatas del corazón, creía un pecado esa "necesidad de amar" que la agitaba á ella, como agita á todas las criaturas; esa inquietud indefinible, cuyo nombre le había revelado involuntariamente el sacerdote...

Y no pudiendo vencerla, se creía predestinada para el pecado; viendo lo inminente del peligro, le parecían muy lentas las oraciones... y no confiaba en Dios como antes, y se creía abandonada, y perdía la esperanza... ¡y se agitaba y se estremecía bajo las garras del remordimiento!!.....

¡Pobre joven á quien la infinita pureza de su alma le hacía entrever el peligro aun mayor de lo que era!....

En estos combates pasó el invierno.

Volvió la primavera; los árboles reverdecieron y las flores reventaron; mas para Soledad no volvió ya la salud.

¡Cuánta pena causaba mirar entonces á la desgraciada joven, tan bella, tan linda en otros días, y hoy desfallecida, extenuada, casi moribunda, con su frente marchita y tostada por el dolor!

La enfermedad que la había acompañado paso á paso toda su vida, hizo en los últimos años progresos muy rápidos. Soledad había soñado materialmente la llama de su vida.

Pasó la primavera, también el estío y llegó el otoño.

A medida que se acercaba esta última esta-

ción, con sus vientos y sus hojas secas, Soledad parecía tranquilizarse un poco, porque se le iban acabando las fuerzas. No lloraba, porque no tenía lágrimas en sus ojos.

A fines de septiembre, ya le faltaba la voz. Entonces comenzó á tranquilizarse, y á medida que se despejaba su mente, su alma recobraba la fe y la esperanza; hubiera podido decirse que iba descubriéndose el azul purísimo del cielo á través de los nubarrones que la brisa perfumada de la mañana hacía huir.

Entonces se arrepintió, pero de muy diferente manera: ¿cómo había podido dudar un momento de la infinita clemencia del Señor? ¿cómo había desconfiado del que templa el rigor del cierzo al abrigo de los pobres?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

INSTITUTO VINCULADO DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



VI

L'homme peut manquer à la Providence; la Providence ne manque pas à l'homme. Elle envoie sans doute des chagrins à notre cœur, ainsi que des douleurs à notre corps; mais lorsqu'il n'y a point de notre faut, le bonheur, qui s'est terni par instant, refléurit sous les larmes comme la santé sous les sueurs de la fièvre, jusqu'au jour marqué pour l'éternelle félicité.

EMILE DESCHAMPS.

El día 4 de Octubre anunció Soledad á sus hermanas que deseaba hacer una comunión el próximo domingo, para implorar la clemencia del Señor.

Desde aquel momento se recogió dentro de sí misma, y tal vez se despidió de todo lo que la rodeaba.

Los vientos que habían agitado aquella flor del cielo se extinguieron entonces como se extinguen las brisas de la tarde al aproximarse la noche, y la calma volvió al pecho de la joven.

Soledad pudo llorar todavía algunos momentos, mas no fueron ya las lágrimas amargas que le arrancaba el dolor, sino el llanto dulcísimo del hijo que vuelve á ver á su padre, el llanto del desterrado al mirar de nuevo á su patria.

No obstante, no fué un gozo el que experimentó Soledad al recobrar la tranquilidad, sino una plácida tristeza. Era que tenía el presentimiento de que ella no pertenecía ya á este mundo; era que sentía que su vida comenzaba á declinar.

Habíase cumplido sin duda el número de las pruebas, y su alma tendía las alas hacia el cielo, aguardando solamente el instante de partir.

Y en efecto, parecía que en Soledad no vivía más que el espíritu. Era imposible que su cuerpo se extenuara más.

Las huellas que había dejado en su rostro el dolor eran profundas, terribles, irremediables; como las que deja la lava á su paso por los campos.

Su frente y sus mejillas estaban más pálidas que nunca, pero no era esa palidez repugnante de la enfermedad, á pesar de que la religiosa estaba muy mala; sino una palidez agradable, transparente, con un levisimo tinte amarillento; esa palidez mística, por decirlo así, que se nota en las Vírgenes y en las imágenes de los santos; color tristísimo, sin embargo; nuncio de muerte, como el color de las hojas á fines del otoño. ....

Sus ojos, siempre rodeados de un círculo lívido y sombrío, que crecía cada día, brillaban con un resplandor celeste y apacible, como el del lucero de la tarde.

En los últimos días una sonrisa dulce y melancólica había brotado de entre sus labios; una sonrisa triste que causaba pena al corazón, porque parecía la flor que brota sobre un sepulcro.

¡Ay! Soledad había sofocado el amor que nacía en su pecho, y junto con él dado la muerte á su corazón!

Por eso estaba tan tranquila, tan melancólica, tan resignada.

Por eso se notaba en todo su rostro un no sé qué de angelico que no era de esta tierra.

Por eso al mirarla arrodillada ante la Virgen María, esa poética y sublime personificación del dolor y de la pureza, con la vista levantada al cielo, con los labios entreabiertos en dulce anhelo, no podía menos de tomársela por una imagen.

Soledad se acercaba rápidamente al fin de su vida, de esa vida toda llena de dolores, de pruebas, de amarguras; de esa vida muda, oculta, perdida entre las sombras de un claustro; de esa vida que la ignorancia, la inexperiencia y el candor habían hecho tan agitada.

La paz de que comenzaba á gozar era la paz de la tumba, de que tanta necesidad tenía su cuerpo. El cansancio que la tenía tranquila, era esa especie de somnolencia que precede de



lejos á la muerte, como la calma que anuncia la proximidad de la noche desde mucho antes que el sol se oculte.

Su alma presentía cercana ya la aurora del día inmortal; y si nos fuera permitido expresarnos de este modo, diríamos que se sentía más ligera, más rejuvenecida, que aspiraba ya á las frescas brisas de la mañana.....

Jamás, en una palabra, había percibido Soledad de un modo tan claro la diferencia que había entre su cuerpo y su alma. Aquél tendía hacia la tierra como las ramas secas de los árboles, mientras que ésta se sentía cada día más libre, más desembarazada.....

Por esta razón la joven había experimentado la necesidad de tranquilizar su conciencia y purificar su alma.

Se sentía próxima á comparecer ante la presencia del Supremo Juez; sentía que las cosas de la tierra le eran ya extrañas, y su espíritu anhelaba la pureza de los ángeles, entre los que antes de poco iba á confundirse.

Los dos días anteriores al domingo señalado para la comunión, los pasó sin salir de su celda, sin hablar con nadie, preparándose para el acto terrible y solemne que iba á cumplir.

El sábado por la tarde, serena, modesta, tranquila, confiada en la clemencia de Dios, bajó al confesionario.

El padre Rafael estaba allí.

El también había padecido lo que la lengua humana no puede expresar; él también había

combatido cuerpo á cuerpo; y resignado á la voluntad del Señor, aguardaba todos los dolores con que le pluguiera probarlo.

Al saber Soledad que el padre Rafael se hallaba en el confesionario, titubeó un momento, tuvo intención de volverse; mas, confiada en el auxilio del Señor, continuó su camino.

Rafael la sintió venir; desde mucho antes que se aproximara comenzó á palpar su corazón, á hervir su sangre.

En medio de aquella agitación se vino también la idea de huir. Pero ¿con qué derecho, él, sacerdote de un Dios de paz, que siempre tiene abiertas sus manos para derramar el consuelo en el corazón de quien lo invoca, se negaba á escuchar las faltas de un penitente que venía en busca del perdón? ¿Con qué derecho le negaba la facilidad de descargar sus culpas, haciéndole perder tal vez el momento oportuno?

Hizo un esfuerzo inmenso sobre sí mismo y no se movió del lugar; pero alzó las manos al cielo y demandó fuerzas al único que puede dispensarlas.....

¿Cuán solemne fué aquella confesión! Hubiera podido decirse que no eran dos criaturas humanas quienes la hacían. Soledad y Rafael sentían que sobre sus corazones pesaba ya la eternidad. No era la voz de la sangre la que en ellos hablaba; era algo más elevado, más noble, más etéreo.

Era que sus corazones habían sido ya purificados.

Soledad repitió la misma confesión que había hecho algunos meses antes; pero su voz no se alteró.

Su acento era dulce, sencillo y lánguido, pero con un no sé qué de sonoro que recordaba las armonías del órgano; grato como esa voz melodiosa que oímos en los sueños de nuestra infancia; suave como la que murmura en los campos alabanzas al Creador.

Rafael escuchaba en silencio, con la cabeza inclinada; tampoco su corazón latía con la vehemencia de antes. La dulzura y la humildad de la monja calmaban su pecho.

La confesión era triste; para ambos el cielo era su único anhelo, su única esperanza; y sin embargo, al separarse de la tierra, al volver á lo pasado sus miradas, no podían menos que entristecerse un poco. ¡Tal es el corazón del hombre!

Bien pronto llegó Soledad al punto en que la confesión anterior había sido cortada.

En aquellos momentos el sol se ocultaba; sus últimos resplandores doraban débilmente los cristales de la cúpula; las sombras se iban extendiendo con lentitud, y reinaba un silencio profundo, interrumpido solamente de tiempo en tiempo por el melancólico y religioso silbido del saltapared, cuyos acentos eran repetidos por el eco de las bóvedas.

Nada hay más solemne en la naturaleza como esta hora en que todos los ruidos del mun-

do se van desvaneciendo, para dejar al alma que se eleve naturalmente hacia lo infinito.

Nada tampoco hay más religioso é imponente como una iglesia desierta á esas horas. El corazón se llena de respeto; Dios se presenta á nuestra alma con todo su poder, con toda su majestad.

Soledad y Rafael no pudieron permanecer indiferentes á la solemnidad de aquella hora.

El respeto apagó la voz en los labios de la segunda. ¡Cuán miserable y débil era ella ante aquella majestad! ¡cuán grandes eran las ofensas que había cometido!

Rafael experimentó la misma sensación; mas conociendo que Soledad se dejaba arrastrar por esa desconfianza, que Dios castiga tal vez más que las mismas ofensas, le dijo:

—Hermana mía... ¿por qué se apaga la voz en tus labios?... ¿por qué sofocas esas palabras que brotan del fondo del pecho?...

—¡Padre mío!, murmuró Soledad, he ofendido tanto al Señor...

—¿Y temes que no alcance su infinita clemencia para perdonarte?... ¿dudas del que vino á derramar su sangre en medio de los más crueles tormentos, por redimir al hombre?...

—¡Ay! no dudo; pero yo tan pequeña he ofendido á su inmensidad!

—Por lo mismo está más dispuesto á perdonarte... ¿Crees tú que el Señor no tiene en cuenta nuestra debilidad? ¿Crees acaso que él quiere medir nuestras escasas fuerzas por las



suyas? ¿Crees tú que sus juicios son como los de los hombres, que miran nada más la superficie de las cosas?... ¡No, no! el Señor es tan clemente como justo; para él no es criminal sino el que quiere caer... por eso, ¡cuántos seres á quienes el mundo ha condenado, habrán recibido en el cielo la corona de mártires!

—Pero yo ¿qué podré alegar en mi defensa?

—Tu ignorancia, tu aislamiento, tu debilidad... —Tu alma ha quedado pura y sin mancha; las pasiones no la han empañado... has sufrido largas y dolorosas pruebas, y de ellas has salido adolorida, moribunda, pero más casta y más pura que antes... has quedado intacta como el cielo después que el viento se lleva los nubarrones que lo entoldaban...

—¡Ay, padre mío! vuestras palabras llenan de dulce esperanza mi corazón... pero es tan grande mi falta, que temo que el Señor no quiera perdonármela... ¿No os figuráis cuán grande debe ser su ira contra mí, que he manchado con pensamientos de amor este casto lugar?...

—¡Su ira, dices!—Dios no tiene ira; es un ser perfecto, exento de pasiones... ¡Ay! los que suponen en Dios ira, los que nos pintan su venganza ¡cuánto rebajan su dignidad! ¡cuánto mal hacen á los corazones débiles ó ignorantes como el tuyo!—Dios es justo, pero no vengativo; severo, pero no irascible... ¿Crees tú que pudiera ser Dios si fuera vengativo é

iracundo? Crees tú que pudiera ser Dios si se dejara apoderar de una rabia delirante contra sus hijos, cuando por debilidad ó ignorancia cometen un error?... ¿Qué sería entonces del mundo?... ¡Ah! no; por el contrario: Dios parte iracundo al que perdona los crímenes más grandes con sólo un acto de arrepentimiento? ¿al que ha instituido el sacramento de jóvenes que han destruido su salud, su vida, antes de comparecer en su presencia?...

—¡Gracias! ¡gracias! Dios os inspira sin duda, porque vuestras palabras calman mi cruel ansiedad... Ya siento que la esperanza alienta mi corazón; ya siento que la fe tiende sobre mi cabeza sus bienhechoras alas... ¡oh! cuán grato es al alma creer y esperar...

—¡Es el signo de tu perdón! ¡Crear es un reflejo de la felicidad celeste, que desde esta tierra ilumina y baña á los justos!...

Hubo un momento de silencio; luego continuó el sacerdote:

—Perdóname... yo he sido el instrumento de que el Señor se valió para probar la pureza de tu alma, y yo también he padecido mucho.

El Señor es justo contigo y va ya á premiar tu fortaleza y tu virtud; pero para mí ¿cuándo llegará el día feliz en que la tumba me abra sus brazos?

Ya miro lucir sobre tu frente la diadema de estrellas con que el Señor premia á las que han

conservado su pureza y su castidad en medio de las pasiones, como el cisne que atraviesa los pantanos sin manchar la blancura de su plumaje.

El camino que de aquí te conduce á la tumba está sembrado de flores; flores que ya no verás marchitar; flores que te sobrevivirán adornando el lugar donde repose tu cuerpo; hermosas, puras y fragantes como el recuerdo que dejas de tu tránsito por el mundo.

¡Ay! vamos á quedar huérfanos y solitarios... ¿qué ángel me enseñará de hoy en más con su ejemplo y su virtud?

Te vas, y dejas en mi corazón un rastro sangriento... ¿á dónde iré yo con mi dolor?

Pero me queda tu memoria... y yo la conservaré en mi pecho, como una flor nacida entre las ruinas de mi corazón, alimentada con mi sangre...

Me queda tu ejemplo; yo seguiré tus huellas; yo imitaré tus virtudes...

Ruégale al Señor que se acuerde de mí...

No he orado como debiera, pero he padecido mucho.

¡Ay! pídele que nos volvamos á ver en el cielo; allí, donde el amor es puro, ferviente, infinito...

Acá en el mundo, Dios no quiere que hallemos en las criaturas un amor tranquilo y perfecto, para que esa necesidad de un amor completo, espiritual, que experimentan todos los corazones, nos tenga sin cesar anhelantes, esperando la hora de ir á gozarlo en el cielo.

Porque en el cielo todas nuestras almas no formarán más que un solo espíritu; la comunión de los santos.

Dios es el centro del amor, y todas las almas gozarán con el amor que ellas le tienen á él y él les tiene á ellas...

Entonces dos almas no formarán más que una sola alma, y los que se han amado en esta tierra, gozarán la verdadera felicidad, reuniéndose en un solo ser, como dos gotas de agua cristalina que se confunden y no forman más que una sola gota de agua.

¡Ah! y ¿así hay quien tenga miedo á la muerte?

¡Oh! dichosa tú, mil veces dichosa, á quien la muerte viene á sorprender en medio de la juventud. ¿No sabes que morir joven es una felicidad? Un privilegio que Dios concede únicamente á las criaturas puras y santas como tú...

¡Oh! ruégale que se acuerde de mí...

Ruégale, por la corona de virgen que adornará tu frente...

Quando Soledad concluyó su confesión, cuando su conciencia quedó limpia hasta de la más leve falta, dobló la frente sobre el polvo de la tierra y levantó su corazón al Señor.

El padre Rafael la contempló un instante, ahogó un suspiro, y pronunció la absolución con voz firme y solemne.



Al día siguiente, todo estaba preparado para la santa ceremonia. Se había adornado el altar con suma sencillez, y en él, á deseo de Soledad, no se pusieron más que azucenas.

El sol, atravesando los cristales de la capilla, iba á besar el pie del altar. Parecía un rayo de bendición.

Comenzó la misa, esa patética y religiosa ceremonia.

El órgano sonaba á lo lejos con dulzura; sus acentos llenaban de unción el aire; hubiera podido decirse que eran el eco de un coro de ángeles.

Las religiosas, llenas de fervor, estaban arrodilladas detrás de Soledad, á quien contemplaban en aquel momento más hermosa que nunca.

Rafael, pálido, grave, pronunciaba las oraciones de la misa.

Todos los corazones estaban conmovidos, porque aquella ceremonia era casi una despedida.

Quando el sacerdote tomó en sus manos el Pan de la Vida, ya consagrado, para ofrecerlo en holocausto al Creador del cielo, todos se prosternaron; el órgano sonó más suave, más dulce, más religioso, como el trino de una ave, como el suspiro de un corazón amante; el incienso se elevó en cándidas nubes al cielo, como una oración, esparciendo ese místico aroma, tan grato para el pecho.

Aquel fué un instante lleno de felicidad y

de religiosa ternura, que se prolongó sin que nadie lo sintiera.

En seguida el sacerdote se acercó á Soledad. La joven estaba arrodillada; sus mejillas se veían animadas de un dulcísimo carmín; sus ojos brillaban llenos de pureza como unas estrellas..... Su rostro respiraba la paz del cielo.... parecía que á través de su piel de rosa se miraba irradiar su alma...

El padre Rafael levantó la hostia al cielo, y oró un momento por aquel ángel que tan pronto iba á partir..... después la puso entre los macarados labios de la joven, que ruborizada de ventura y de felicidad bajó los ojos al suelo.....

Estaba tan hermosa, había en su rostro tanta santidad, que el padre Rafael no pudo resistir y cayó de rodillas ante ella...

Soledad lo miró bondadosamente, y levantó con lentitud su mano derecha, señalándole el cielo...

En aquel momento el sol bañó con un reflejo de oro la cabeza de aquellos dos ángeles.

Parecía que Dios derramaba sobre ambos su bendición; parecía que ambas criaturas quedaban purificadas después de la sagrada ceremonia.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



VII

Elle s'endort, elle ne meurt pas; son visage conserve une douce expression; elle s'endort sans crise, sans combat, belle et blanche comme un ange. Biografía de Luisa de Holtei.)

Quando je considère que les chrétiens ne meurent point, qu'ils ne font que changer de vie; que l'apôtre nous avertit de ne pas pleurer ceux qui dorment dans le sommeil de la paix, comme si nous n'avions point d'espérance; que la foi nous apprend que l'Eglise du ciel et celle de la terre ne font qu'un même corps. . . . quand je considère, dis-je, que celle dont nous regrettons la mort est vivante en Dieu, puis-je croire que nous l'avons perdue? --FLECHIER Oraison funèbre de la duchesse de Montausier.

Desde el instante en que Soledad celebró aquellos celestes esponsales: desde que, como una prenda de eterno amor, recibió dentro de su pecho el Cuerpo de Jesucristo, se retiró a su celda, de la que ya no volvió a salir.

La calentura que hasta entonces la había devorado poco á poco, aumentó rápidamente. A instancias de las religiosas se puso en ca-



ma y vinieron algunos médicos, quienes la examinaron en silencio y movieron tristemente la cabeza, con ese ademán que quiere decir: ¡Ya es demasiado tarde!

Pero parecía que la muerte no se presentaba á la joven rodeada de ese aparato siniestro y terrible, que comprime tanto el corazón.

Cuando todos á su alrededor estaban afligidos, sólo ella parecía feliz y contenta.

Durante los cuatro días que Soledad permaneció en la cama, no cesó de consolar y exhortar á sus hermanas, pero con expresiones tan tiernas, con un acento tan dulce, que hasta las más insensibles lloraban.

El día 8 amaneció la enferma más bella que nunca; su rostro tenía la transparencia, la serenidad, la dulzura de una imagen; sus mejillas aparecían bañadas de un suavísimo carmín, como el que tñe los celajes en la hora postrera del día.

A las diez se vistió con sus hábitos y pidió las azucenas del día de su comunión, que había rogado le guardasen.

Con sus propias manos tejó una corona sencilla, pero bella.

—Miren ustedes, dijo sonriendo á las religiosas que la acompañaban; ¡jamás en mi vida me he adornado; pero quiero en mi muerte estar muy linda!...

En seguida pidió que pusieran sobre su frente, cuando espirase, aquella corona virginal que conservaba todavía un leve perfume de incienso.

El convento parecía sumergido en un triste y profundo silencio; sólo se oía de vez en cuando el gorgojo de algunas avecillas en el jardín.

.....

A eso de las tres de la tarde, dijo Soledad con acento apagado:

—Se acerca la hora.... rogadle á Dios por mi alma....

Todas las religiosas se arrodillaron entonces, y á la luz amarillenta de la "vela del alma," entonaron con voz triste y monótona el "Credo."

Pocos minutos después comenzó la agonía de Soledad; una agonía dulce, lenta, tranquila, como la de todas las enfermedades de consumición.

Parecía que el alma se separaba sin trabajo y sin dolor de aquel cuerpo; parecía que se iba apoderando de él un sueño apacible y agradable....

Cerca de las cuatro y media la moribunda tomó en sus manos "La Corona de Azucenas" y rogó que cuando la fueran á enterrar, quitasen de su frente aquella corona y la mandasen al padre Rafael, su confesor, para que la conservara como una memoria suya.

Hicieron las religiosas llamar al capellán para que auxiliara los últimos momentos de su hermana... pero antes que éste llegase, ya había entregado Soledad su alma al Señor, en medio de los sollozos de la comunidad, á la

licra en que el sol se sepultaba, cuando las hojas secas de los árboles gemían lúgubrenmente al ser arrastradas por el viento...

Cuando el padre Rafael entró en la estancia con el corazón agitado, ya las religiosas habían tendido á su santa hermana, y adornado su frente virginal con la "Corona de Azucenas," símbolo de la pureza y castidad de su alma.

Soledad parecía dormida, y era tan tranquilo su aspecto, que involuntariamente andaban las religiosas de puntillas para no turbar su reposo.....

El sacerdote se arrodilló junto á las monjas que oraban.... contempló por un instante aquel aposento que parecía desierto y vacío desde que no lo animaba Soledad con su aliento, y en medio del silencio interrumpido solamente por el fúnebre chisporroteo de la cera, se adelantó hasta junto el cadáver... Allí volvió á caer de rodillas, y con la solemnidad con que hubiera tomado en sus manos una reliquia, quitó de la frente de Soledad "La Corona de Azucenas."

Gruesas lágrimas corrían de los ojos de Rafael; mas cuando pudo estrechar contra su corazón aquella herencia preciosa, aquella corona simbólica; cuando escuchó la última voluntad del ángel que acababa de partir, que encerraba para él un sentido misterioso, su frente se serenó y sus ojos se limpiaron.

Guardó sobre su pecho, encima del corazón,

aquella prenda de esperanza que le revelaba el cielo.... y al día siguiente, después que hubo concluido con las obligaciones de su ministerio, cuando el cuerpo de Soledad, como un lirio marchito fué entregado á la madre común... mientras las campanas tañían lúgubrenmente.... mientras los blandones que habían servido para el entierro se iban apagando poco á poco.... el sacerdote se retiraba del convento, murmurando dentro de su pecho: "¡Dios es justo, Dios es bondadoso! Nos sujeta á la prueba, mas nunca nos abandona.... y mientras mayores son los dolores que sufrimos, más hermosa y más pronta es la recompensa!".....

Dos días después se supo en México que el padre Rafael, sin más equipaje que una cruz, había partido á predicar la palabra del Evangelio á los pueblos bárbaros de la frontera.

Agosto de 1849



®



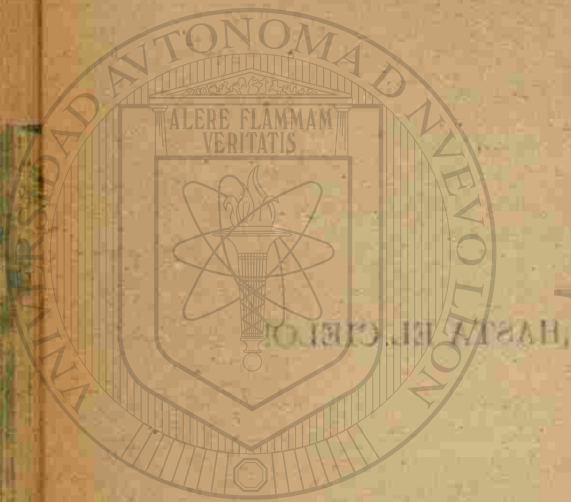


¡HASTA EL CIELO!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡HASTA EL CIELO!

I

¡Cuán triste y lúgubre es siempre el aposento de un enfermo! Parece que se respira allí el ambiente frío y húmedo de una Iglesia; parece que el silencio de las tumbas pesa sobre el corazón y comprime sus latidos. Nada importa que el aposento sea lujoso: podría decirse que el dolor es como una nube que empaña el brillo del oro; parece que la enfermedad adquiere, tal vez por el contraste, un aspecto más sombrío junto á esos muebles y esos adornos, que para su comodidad prodiga el hombre....

Hé aquí lo que sucedía á principios del año de 1847, en una de las más bellas y elegantes casas del barrio de San Cosme, á donde vamos á ser espectadores de uno de esos dramas de



familia, terribles, pero que pasan y quedan para siempre desconocidos, porque no tienen más testigos que los mismos actores.

Serían las diez de la noche, y en una de las piezas de dicha casa se hallaban reunidas tres personas, sumergidas en ese silencio que anuncia la gravedad del enfermo á quien se cuida, ó la profundidad de las meditaciones á que se entregan los que velan.

La pieza era de bastante extensión, pero aunque estaba adornada con esmero, tenía ese aire de solemnidad peculiar de los aposentos grandes, que tanto impone á la imaginación: una tupida alfombra cubría el pavimento y ahogaba el ruido de las pisadas; en una de las paredes laterales había dos ventanas anchas y grandes que daban hacia un primoroso jardín, iluminado á aquellas horas por los rayos pálidos y apacibles de la luna; empero estas ventanas estaban interiormente cubiertas con dobles cortinas azules y blancas. En el extremo más lejano del aposento, sobre una mesa de mármol, frente á un rico espejo, había un quinqué encendido, que á través de su bomba de cristal deslustrado, recubierta con una mascarada de gasa verde, derramaba una débil claridad, que aumentaba la melancolía del lugar. No lejos del quinqué, sobre otra mesa pequeña estaba la imagen de la Virgen Dolorosa, esa inseparable compañera de los que padecen; esa estrella de consuelo á la cual vuelven sus ojos en las horas de angustia...

Por último, en el centro de la pieza y frente á las ventanas, se veía una cama pequeña con las colgaduras recogidas.

Sobre la cama descansaba un hombre, y su respiración áspera y desigual era lo único que interrumpía el silencio. De este hombre sólo se percibía el rostro, y una parte del pecho por entre la abertura de la camisa; todo lo demás estaba cubierto con la ropa de la cama..... Parecía dormido; pero como si se hallase agitado por un sueño terrible, su pecho se elevaba con violencia, y se señalaban distintamente todas sus costillas. El rostro no participaba de esta agitación, y por el contrario, con su inmovilidad y con la palidez verdosa y desagradable que lo cubría, se le hubiera tomado por el de un cadáver; sus mejillas estaban hundidas, y llena de arrugas la frente; alrededor de sus ojos, que á causa de la extenuación del rostro parecían de un tamaño extraordinario, se distinguía un círculo obscuro; su nariz estaba afilada y transparente, y bajo sus labios secos se percibía la punta de los dientes, amarillos y deslustrados por la calentura. Asemejábase aquel rostro al de un anciano achacosos, más examinándolo con atención, se conocía que el enfermo era un joven, pero uno de esos jóvenes que han destruido su salud, su vida, en los excesos, y que envejecen á los veinticinco años. En efecto, en aquel hombre que apenas contaba veintisiete, todo anunciaba una de esas muertes tempranas y terribles,

que son el fruto del libertinaje, todo en él estaba marchito, á excepción de su mirada, en la que brillaba todavía la vida y la juventud, como si allí se reuniesen todas sus fuerzas antes de extinguirse, como se reúne toda la llama en la punta de la lámpara, y brilla un momento, antes de volar hacia el cielo.... ¡Mirada llena de poder, de expresión, de encanto, como la vida cuando se va á abandonar!.... ¡Mirada en la cual se revelaba toda una alma llena de fuego y energía!.... ¡Lástima y tristeza causaba ver á aquel joven inclinado hacia la tumba, como la planta que no tiene jugo de qué alimentarse, cuando debiera alzar su frente orgullosa!

A ambos lados del enfermo velaban dos personas; un hombre y una mujer.

Esta última estaba arrodillada sobre el suelo junto á la cama, y tenía entre sus manos la izquierda del enfermo, estrechándola contra su corazón como si quisiera comunicarle su propia vida.

Era una muchacha de diez y ocho años, de estatura mediana, delgada de cintura, pero de formas bellas y torneadas; de piel suave y delicada como el pétalo de la rosa; color apilónado, labios un poco gruesos, pero rojos, húmedos, entreabiertos, excitantes.... Sus ojos eran negros como el terciopelo, y su frente ancha, tersa y tranquila como un lago. Su cabello negro, con visos azulados y relucientes se asemejaba al plumaje de un cuervo.... Era

una de esas jóvenes por cuyas venas circula fuego; mujeres dotadas de un encanto irresistible; criaturas formadas para el amor; pero para ese amor lleno al mismo tiempo de idealismo, de voluptuosidad y de delicias, que absorbe el alma, que extravía la razón, que hace concebir el deseo de agotar la vida en una hora, instante de felicidad indescriptible!.... Era una de esas mujeres que necesitan de las impresiones, como la tierra sedienta necesita de la lluvia, como las plantas necesitan del calor del sol.

Y sin embargo, la postura que conservaba aquella mujer, junto á la cama, era tan llena de inocencia, de abandono, de gracia y sencillez, que sin mirarle el rostro, sin sentir el relámpago eléctrico de su mirada, con su vestido blanco parecía una niña que jugueteaba junto á la cama de su madre. Su alma era pura como un cielo de primavera.

La otra persona que se hallaba en la estancia, era un joven que permanecía en actitud meditabunda, á la derecha del enfermo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y los brazos cruzados sobre los muslos; apenas se veía una parte de su frente, blanca como la azuena, y su cabellera fina y rizada, que caía hacia los lados en desorden; todo revelaba en él una hermosura noble y varonil.

En esta posición pasarían media hora; media hora eterna, porque el tiempo es muy lento en su marcha cuando se acompaña con el silen-



cio y el dolor. Al fin el enfermo se movió y clavó su mirada en la joven que tenía al lado.

—¡Pobre Dolores!, le dijo con una voz áspera, pero en la que se conocía el sentimiento; ¡pobre Dolores, cuánto te hago padecer!...

Un sollozo interrumpió sus palabras, pero en tanto su vista no se separaba del rostro de la joven; era una mirada elocuente que decía lo que los labios nunca podrán expresar.

—Perdóname, continuó; pero soy tan egoísta, que no quisiera separarme de tí... Cuando estás lejos, no sé lo que siento; es como si me arrancaran el alma... porque tú eres mi alma... porque tú reanimas con la luz de tus ojos la llama de mi vida que se extingue.... Vas á reírte de mí, añadió con una sonrisa llena de dolor; pero cuando no te siento á mi lado, tengo miedo como un niño... tengo miedo de la muerte, de la eternidad.... ¡Ay! si fuera á morir en un momento en que estás lejos... no sé lo que sería de mí!.... me parece que mi alma se extraviaría....

—¡Pobre niña!... ¡yo te compadezco!... tan joven, tan linda ¿verse unida á mí?... ¡á mí, á quien Dios castiga de un modo tan terrible?... Pero ¡si supieras cuánto te amo!...

Volvió á interrumpirse el enfermo, agobiado por la amargura de aquellos pensamientos, y su respiración fué lo único que se oyó.

—Vete á descansar, dijo al cabo de un rato con voz más tranquila; ve á dormir, niña de

mi alma.... Si te desvelas esta noche también, mañana estarás pálida y tus ojos no brillarán como ahora.... ¡Vamos!, añadió, procurando sonreírse; ya sabes que yo vivo en tus ojos; no quieras acortar mi vida marchitándolos....

—Y tú lo mismo, Manuel, hermano mío, dijo volviéndose del otro lado, hacia el joven pensativo; ve á dormir... me siento aliviado, y dormiré también....

—No tengo ganas de dormir, respondió Manuel con voz triste, levantando su rostro y dirigiendo su mirada dulce é inteligente hacia su hermano.

—Hace algún tiempo que te veo triste, Manuel... ¿qué tienes?... ¿por qué no me cuentas tus pesares? ¿No sabes que te amo como á un hijo?... Pero ¡vaya!... Si es por mí, no te aflijas.... Dios es clemente, y me volverá la salud....

Después de esto, el enfermo atrajo hacia sí, con un ademán de amor inefable, á su esposa y á su hermano; los rodeó con sus brazos y los estrechó sobre su corazón.... las mejillas de los tres se tocaron; el enfermo dejó caer su cabeza sobre la almohada, sonriendo; pero Dolores se separó ruborizada, y Manuel más meditabundo fué á tenderse sobre un sofá.

A pocos momentos salió Dolores de la estancia, después de haber disminuído la llama del quinqué.



Para que nuestros lectores puedan apreciar los sucesos de esta historia, nos es preciso volver los ojos hacia atrás; pero seremos breves en esta revista.

Antonio era uno de esos jóvenes a quienes pierde una educación demasiado severa; muchas cosas que permanecen mucho tiempo encerradas, y que cuando salen á la luz, el primer rayo las deslumbra.

Era hijo de un comerciante español, de aquellos que llegaban á México en tiempo del gobierno virreinal, y que traían de su país todas las preocupaciones de la gente baja, sin poseer ninguna de sus virtudes, ni la más ligera instrucción. Harto conocido es el carácter de esta clase de hombres, de los que, como un recuerdo de nuestra esclavitud, quedan aún algunos vástagos, para que sea necesario hacer una descripción minuciosa.



Antonio recibió del cielo en dote una figura esbelta y graciosa, un talento despejado, imaginación vivísima y alma llena de energía; cualidades todas que, dirigidas con tino, conducen al bien; pero que cuando se abandonan á sí solas y se tuercen su inclinación, les sucede lo que á los aceites esenciales, se arrancian y aumentan el mal.

El padre de Antonio tenía ese horror instintivo hacia la instrucción, que caracterizaba á los comerciantes españoles del siglo pasado: quería que su primogénito siguiese la carrera del comercio, en la cual él había hecho una fortuna considerable, y Antonio durante sus primeros años, no aprendió más que á leer, y á escribir mal, á contar muy bien, á rezar y á bajar los ojos delante de su padre. Tal vez esta educación se hubiera extendido á otros ramos de primera necesidad; pero los sucesos políticos de aquella época lo impidieron.

El padre Antonio ni por sus creencias, ni por su instrucción podía mirar con simpatías la emancipación de América. Creía firmemente que éste era un crimen por el cual los mexicanos todos iban á recibir del cielo un castigo terrible, y atribuía tantos desórdenes á la y deseando preservar á su familia del contagio terrible, que comprime tanto el corazón.

Entonces se despertaron sucesivamente en su mala educación que recibían los jóvenes, á esa instrucción, á esa libertad tan fuera de propósito que se les daba.

Exaltado por esas reflexiones que creía justas, conmovido por los sucesos contemporáneos y deseando preservar á su familia del contagio, el comerciante se aisló entre las paredes de su casa, abandonó los negocios y adoptó para Antonio un método de educación enteramente conforme con sus mezquinas ideas y rancias preocupaciones.

Antonio no fué nunca á la escuela; no tuvo amigos, no trató con nadie, á excepción de su padre, quien para hacerlo humilde, según decía, aparentaba para con él una rudeza y severidad extraordinarias. Así, pues, para Antonio no hubo esa edad florida en que los niños gozan de su libertad, ríen, juegan, charlan... Desde muy chico, por el contrario, fué silencioso, tímido, hipócrita. Pasaba el día entero leyendo el "Electo y Desiderio" ó haciendo cuentas; las únicas personas con quienes á veces hablaba eran las criadas, que le contaban cuentos espantosos de brujas y muertos; estaba acostumbrado á no dirigirle nunca la palabra á las personas "de respeto;" sus paseos se reducían á ir todos los domingos á la iglesia, y para él no había más mundo que su casa...

En esta ignorancia profunda, en este aislamiento terrible, pasaron sus primeros años; esa época en que el hombre se forma, en que recibe las primeras impresiones que se graban de un modo indeleble en su alma, que la modelan, por decirlo así.

Antonio había llegado á los quince años, era un joven esbelto y bien formado por su figura, pero respecto á su carácter, á sus ideas ó inclinaciones, no era más que un niño. A esa edad, cuando la imaginación se despierta ya en los hombres, cuando el horizonte de la vida empieza á colorearse con los primeros destellos del amor, Antonio se ocupaba todavía en arrullar á su hermanito Manuel, que contaba seis años, en reñir con él por los juguetes, y cuando estaba más serio, en cantar una misa.

Nadie visitaba su casa; las vidrieras de la sala permanecían semanas enteras y aun meses sin abrirse, y he aquí que Antonio no conocía de la hermosa mitad del género humano más que las viejas que servían en su casa.

Imposible le era al comerciante conocer los peligros á que exponía á su hijo con aquella clase de educación: nacido en un país frío y montañoso, acostumbrado al trabajo desde niño, su alma apática no podía comprender esos caracteres de fuego, esas imaginaciones exaltadas que podrán ser comprimidas hasta cierto punto, mas nunca ahogadas, y que el día que estallen se precipitarán como la lava, escondida bajo el hielo de los volcanes, que todo lo abrasa, todo lo destruye á su paso!

No obstante esta severidad, á los diez y seis años hubo en la vida de Antonio un suceso notable, del cual conservó eterno recuerdo.

Una anciana achacosa y habladora, pero de

un corazón excelente, parienta lejana de su padre, fué á vivir en su casa por un mes, á causa de la muerte de su hija. Esta anciana llevó consigo á su nietecita, niña á la sazón de seis años, viva, graciosa, juguetona, que reía y hablaba de su mamá, como hacen los niños, sin saber que al perderla había perdido el mayor tesoro!

Antonio cobró un cariño extraordinario á aquella niña, porque era lo primero que sus ojos veían de un mundo que no conocía y que apenas sospechaba en sus primeros pensamientos de joven, que fecundados por la edad, pagaban ya por romper la corteza de ignorancia que los sujetaba, como sucede con algunas semillas á las que el tiempo hace germinar, sin necesidad de la tierra.

Además, ¿cómo era posible mirar aquella niña morenita, cuya boca parecía un botón de rosa, apenas abierto por el beso del aura matutinal, y no amarla?...

Antonio la amó tanto como amaba á su hermanito, y el día en que Dolores, que este era su nombre, se separó de su casa, fué uno de los más tristes de su vida.

Este acontecimiento tan sencillo tuvo para él una influencia muy grande. Desde entonces Antonio se puso pensativo; presintió que algo le faltaba; olvidó sus juguetes; se miraba en los espejos... ¿pero qué hacer? La cubierta que lo envolvía era de hierro, y el aire apenas llegaba á sus pulmones...



El recuerdo de Dolores no se apartó un momento de su imaginación; aquella criatura tuvo para él el encanto del primer pensamiento de amor; la amó como se ama la montaña que los indica de lejos las costas de nuestra patria... fué como el rocío que reanima á la planta próxima á morir.

Antonio sintió que poco á poco se despertaba en su corazón un vago deseo de amor, que por grados tomaba color y cuerpo como los primeros rayos de la aurora. El respeto, el terror que tenía á su padre, le impidieron siempre amarle; pero su corazón, que necesitaba un objeto, que lo buscaba, como busca el ciego la luz, consagró todos sus sentimientos al único ser que tenía á su alcance. Antonio, pues, amó desde entonces, á Manuel como una madre ama á su primer hijo, como una doncella al primero que pronuncia á sus oídos las palabras cálidas del amor!

Mientras estos cambios se efectuaban lentamente, transcurrieron algunos años, hasta que ía muerta, esa infatigable segadora, cambió en un momento el aspecto de las cosas.

Antonio estaba próximo á cumplir veinte años, cuando su padre enfermó de muerte.

Desde que las primeras revoluciones ensangrataron nuestro suelo, y más especialmente desde la expulsión de los españoles, de la cual casi por milagro escapó el padre de Antonio, se había vuelto avaro; ocultó sus riquezas y se fingió pobre, de manera que su lecho de

muerte estuvo solitario y nadie vino con el interés de ser nombrado albacea ó tutor de sus hijos.

Antonio sintió á su padre, tanto más, cuanto que de repente se encontraba sin un apoyo al cual estaba acostumbrado; mas la fuente de sus lágrimas se agotó; borróse su dolor, por que todo pasa en el mundo, y el joven sonrió al verse dueño de sus acciones y poseedor de una riqueza que á sus ojos inexpertos pareció un tesoro fabuloso ó inagotable.

Sin embargo, los primeros días de esta libertad fueron más bien amargos y dolorosos para Antonio, que dulces y agradables. Se encontraba enteramente aislado en el mundo; no sabía ni saludar; se ruborizaba ante cualquier mujer; tropezaba con todos los muebles; estaba encogido, fuera de su elemento.

Mas esto duró lo que tarda un águila en abrir sus alas para lanzarse hacia el espacio. Antonio no había sido hecho para la obscuridad; además, como era rico, y gastaba á marcos llenas un dinero que no le había costado trabajo adquirir, bien pronto tuvo más amigos y directores que los que hubiera sido de de á su buen éxito en la sociedad.

Empero, Antonio en medio de los triunfos y placeres que comenzaban á fascinarlo, no se olvidó de su hermano Manuel; tan cierto así es que los primeros sentimientos no se borran jamás. Rodeólo de maestros, fué para él un padre amoroso y complaciente, y experimentó



un vivo placer cuando vió que Manuel correspondía á sus esperanzas.

¡Pobre Antonio! ¡qué feliz hubiera sido á poderse detener al borde del precipicio á donde se inclinaba! Mas no fué suya la culpa, sino de la educación que le dieron: el caballo que ha estado mucho tiempo sujeto, cuando llega á romper sus lazos se desboca.

Las primeras emociones que Antonio experimentó en medio de ese mundo, cuya belleza nunca se había podido imaginar, fueron demasiado vehementes; lo embriagaron por decirlo así. La música lo hacía llorar unas veces, delirar otras; las mujeres lo arrobaban con sus encantos; cualquier conversación lo entusiasmaba; creía sinceras todas las promesas; verdaderas y fieles todas las palabras de amor; ¡pobre joven candoroso! Creía á todos los hombres leales como él; á todas las mujeres ángeles, como el tipo que se había formado en su cerebro... y por las noches, cuando volvía á su casa, el sueño huía de sus párpados ante los recuerdos dulcísimos que se agolpaban á su mente; lloraba de felicidad y levantaba los ojos hacia el cielo por haberlo hecho tan venturoso.

Entonces se despertaron sucesivamente en su pecho todos los deseos, todas las pasiones que la ignorancia había tenido adormecidas. Su imaginación adquirió vuelo, y su voluntad no conoció obstáculos, ayudada del oro que derramaba.

Salió el joven de un extremo, y fué á caer en el otro.

Al principio, sus amigos lo arrastraron; luego, él mismo necesitó del ruido; de las sensaciones que lo hacían vivir.

Como joven que despreciaba á la vida, sediento, apuró la copa del placer hasta las heces. Sin una mediana instrucción que le sirviera de freno, sin ninguna experiencia, no supo detenerse en los límites prescritos por la razón.

Amó á las mujeres de quienes se veía rodeado; pero su amor fué tan efímero como las gracias que lo provocaron. La luz purísima y eterna de las estrellas no se percibe nunca á través del rojizo resplandor de las bujías.

La sangre hervía en sus venas; su corazón se exaltaba fácilmente, y los atractivos lúbricos de las bellezas que lo circundaban lo precipitaron. Probó la manzana, y fué tan intenso el placer que experimentó, que abusó de él....

¿Era suya la culpa?

En cinco años Antonio había recorrido un espacio inmenso; enteramente entregado al bullicio, no tuvo ni un momento para reflexionar; sin cesar excitado por las pasiones y los festines, no resintió su debilidad; entregado á los bailes, á las diversiones nocturnas, nunca pudo mirar en un espejo, á la luz clara del día, los estragos que los excesos habían hecho en su rostro.....

En aquellos cinco años, Antonio había consumido su vida; semejante á una lámpara á la cual se hubiera echado todo el aceite, había



brillado ni instante, pero no tenía ya con que alimentarse más. Era una flor marchita con el contacto de unos labios ardientes.

Hay sucesos que parecen providenciales. Una noche brillaba la luna con todo su esplendor; Antonio encontró en las "Cadenas" á una lindísima muchacha, morena, voluptuosa en todos sus movimientos, acompañada de una anciana.

Desde que Antonio la percibió, sintió que su corazón latía con violencia; pero, hombre gastado por los excesos, sin creencias, juzgó que aquella joven sería una de tantas desgraciadas que venden su cuerpo y marchitan su corazón, para comprar un pan!... Se adelantó para mirar su rostro; mas tan grande como había sido su alucinamiento al percibir por detrás su paso ineluctante, sus formas llenas de suavidad, que prometían mil placeres, tanta así fué su admiración al contemplar la frente de la niña, llena de inocencia, su mirada pura y candorosa como la de la tortola.

Antonio permaneció por algunos momentos pensativo; aquel rostro despertaba en su memoria un recuerdo vago y lejano, como un celaje perdido en el espacio.—Por primera vez después de la muerte de su padre, Antonio volvió su vista hacia atrás y experimentó esa especie de tristeza y consuelo que causan siempre los recuerdos de nuestra infancia.

A través de la atmósfera de que se hallaba rodeado, percibió á lo lejos el rostro encantador de aquella niña Dolores, de la cual no ha-

bía vuelto á acordarse en medio de las fiestas.

Yo no sabré explicar cómo sucedió; pero lo cierto es que nuestro joven, en aquel momento conoció que todos los placeres que tan encantado le tenían, no habían hecho otra cosa que surcar su frente y derramar hiel y hastío en su corazón.

Siguió de lejos á Dolores y á su abuela, y cuando las vió entrar en una pobre casa de la calle de "Necatitlán," se volvió á la suya.

Aquella noche no salió, y á la mañana siguiente hizo saber á todos sus amigos admirados, que iban á preguntar si se hallaba enfermo, que se ausentaba de México, por algún tiempo.

A las diez del día, Antonio se miró á un espejo y retrocedió espantado; no era ya ni la sombra de lo que había sido; su juventud estaba perdida; los cabellos caían de su cabeza como las hojas secas de los árboles.

En seguida se vistió sencillamente, y lleno de emoción, como un joven escolar, se dirigió hacia la pobre habitación de Necatitlán. Deseaba saber si Dolores se había conservado pura é inocente, ó si también á ella la había arrestrado la fuerza de la juventud.

Entonces conoció que amaba á aquella niña, pero con un amor muy distinto de los que hasta entonces había experimentado; con un amor que absorbía todas sus facultades, que lo



hacía desconfiar como un niño, que lo hacía celoso como una doncella...

Parcía que entre los años tranquilos de su niñez y el momento presente, había pasado una de esas noches de orgía que marchitan el rostro y turban el espíritu... mas el aura de la mañana refrescaba sus sentidos é infundía nueva vida á su corazón.

Volveremos á decirlo: "tan cierto así es que las primeras impresiones no se borran jamás," y que cuando parecen adormecidas, es porque germinan y se transforman en el silencio, como el botón que se convierte en flor, como el gusano que se torna en mariposa.

Antonio subió á la casa de Dolores; era una pieza pobre, pero aseada. Se dió á conocer, y como aquellas mujeres no tenían idea de la desconfianza ni del vicio, le recibieron con agrado y cariño, como á un miembro de la familia.

Antonio frecuentó sus visitas, y cada vez se arrepentía más de haberse dejado arrastrar por el vértigo del mundo.

Dió gracias al cielo por que Dolores se había conservado pura, como la gota de rocío que duerme en el seno de la flor, y se convenció de que el alma de aquella niña era una de esas emanaciones purísimas del espíritu del Señor, depositadas en un cuerpo hecho por el enemigo de toda castidad, sin duda para vencer su arrogancia. ¡Criaturas que, si no estuvieran dotadas de tanta virtud, arrastrarían consigo al abismo el alma de mil hombres!

Un año se pasó de esta manera; Antonio se había transformado completamente, si bien no siempre podía dominar sus pasiones acostumbradas á desbordarse. Dolores había llegado á amarlo con todo el cariño de un hermano.

Entonces se enfermó la anciana, y Antonio le pidió la mano de su nieta.

Ocho días más tarde, se verificó el casamiento, y la abuela, después de una vida oscura y llena de virtudes, entregó su alma al Señor, eterno remunerador de los justos.

Hasta aquí la fortuna había sonreído á Antonio, como suele lucir á veces por entre dos nubes tempestuosas un rayo de luna.

Pero no era dueño de detenerse en la pendiente por donde una vez se había precipitado. Su misma salud resintió la falta de aquella excitación que sostenía sus fuerzas en los días anteriores; á poco de haberse casado comenzó á enfermarse: las fuerzas le iban faltando por grados, mas no perdía la esperanza de restablecerse.

En este estado, cuando se paseaba por el jardín de su casa, apoyado en el brazo de Dolores, parecía el emblema de la debilidad sostenida por la religión.

La enfermedad hizo no obstante rápidos progresos, y á los seis meses de casado Antonio se encontró clavado en su cama, imposibilitado hasta de los menores movimientos, presa de uno de esos males terribles y asquerosos, provenientes del libertinaje; en un estado en que, lejos de causar amor y compasión, sólo pro-



ducía asco y horror. Terrible castigo de sus extraxios!

Durante los primeros días de esta enfermedad, Antonio padeció lo que no puede decirse. Su humor se agrió, volvióse áspero, irascible, perdió la esperanza, y su vida se convirtió en un tormento horroroso. Sin embargo, las promesas de la religión y las dulces palabras de Dolores, que con una abnegación digna de todo elogio se consagró á cuidar á su marido, si no fueron suficientes á encadenar el torrente de sus pasiones, acostumbradas á no tener dique, á lo menos pudieron prestarle algún tanto de paciencia y dulzura.

Mas no era éste el verdadero martirio de Antonio, sino el amor y los celos. Amaba á Dolores con pasión, con delirio, y lo único que sentía en sus males, era llegar á convertirse para aquella mujer en un objeto repugnante: esta duda lo atormentaba sin cesar, no lo dejaba ni en sueños... Como todos los libertinos que se casan, era celoso; pero su amor, su posición y sus vehementes pasiones habían hecho que este defecto adquiriera un vuelo enorme en su corazón; Antonio tenía celos de todo el mundo; del médico que lo asistía, de los amigos que lo visitaban, del mismo viento que movía las flores del jardín y acariciaba los rizos de su mujer... No quería nunca separarse ni un instante de Dolores, y los más punzantes pensamientos desgarraban su alma cuando estaba lejos de ella.

Al cabo de algún tiempo más, el mal de An-

tonio hizo tales progresos, que los médicos declararon que todos los recursos de la ciencia humana eran casi insuficientes para salvarlo de la muerte.

Entonces toda su casa tomó ese aspecto lúgubre y silencioso que ya hemos hecho notar. Manuel salió del colegio en que hacía sus estudios para abogado, y vino á pasar con su hermano, al cual amaba como á un padre, esos últimos días de tristeza, que son como el crepúsculo que separa la vida de la muerte....

Parece que á medida que se acercaba la última hora de Antonio, se concentraban sus afectos; nunca como entonces amó tanto á Dolores; nunca tuvo tanto cariño á su hermano; nunca tampoco fué tan dulce y tan religioso como en aquellos momentos... es que la vida hufa delante de sus ojos, como esas nubecillas que el viento se lleva, y su alma presentía ya la proximidad de otro mundo....



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



### III

Como la historia que narramos no es de esas en que los lances y los acontecimientos se amontonan, sino por el contrario, de aquellas en que la acción parece caminar con sencillez y lentitud, como ciertos ríos, suaves y apacibles en su superficie, pero impetuosos y terribles en su fondo, que engañan los cálculos del viajero; nos es preciso detenernos á cada paso para hacer conocer los diversos matices del carácter de nuestros personajes.

Dolores, como ya se sabe, era una mujer voluptuosa en todas sus formas, en todas sus sensaciones, y también diríamos, en todos sus pensamientos, si no temiéramos disminuir la idea de pureza que debe formarse de esta criatura.



tura angelical, que parecía uno de esos habitantes del cielo sometidos por un momento á todas las pruebas y debilidades de la humanidad. Sin embargo, la voluptuosidad de los pensamientos de Dolores no debe entenderse por ese deseo animal de un goce grosero, que embota los sentidos y empaña la mente cuando se obtiene, sino más bien por su natural ternura y poesía; por ese anhelo vago de una felicidad desconocida é ideal, en la que para ella se hallaban mezclados los placeres sensuales del cuerpo y los goces indefinibles del espíritu; anhelo que podría llamarse un presentimiento de la inmortalidad del alma, y que formaba el carácter indeciso y confuso de esa muchacha, fruto de la educación que había recibido y de las inclinaciones de su temperamento.

Indudablemente Dolores parecía una de esas criaturas exuberantes de vida y de fuerza, destinadas por la ciega naturaleza para el ardiente placer de los sentidos: he aquí por qué, más que nadie, necesitaba ella una de esas educaciones ideales y religiosas, que siembran de espinas el camino, es cierto, pero que son las únicas que pueden evitar los excesos del cuerpo, tan dañosos para la salud temporal, como para la eterna.—El porvenir depende siempre de las primeras lecciones de educación que se han recibido; la razón abandonada á sus propias fuerzas, ó se prostituye con mucha facilidad, ó es como una planta frondosa

pero débil, que el más ligero soplo doblaga.

Empero, por fortuna la anciana que cuidó de la niñez de Dolores, fué una de esas mujeres que después de una vida de agitación, vuelven al ejercicio de la virtud por convencimiento, desengañadas de lo falso y dañoso de los placeres del mundo; mujeres demasiado útiles para dirigir la educación de una niña, porque ellas más que nadie conocen los escollos donde puede zozobrar la inocencia, y saben el modo de evitar ó arrostrar el peligro.

Dolores recibió, pues, desde sus primeros años, las más útiles lecciones para formar su espíritu y su corazón. La virtud vino desde muy temprano á purificar su alma y á servirle como de una antorcha que ilumina el sendero de la vida, como una estrella que muestra desde lejos el término de nuestra peregrinación en la tierra.

La anciana calculó muy bien que el único modo de salvar á su nieta de los peligros á que se iba á ver expuesta, por el temperamento de que había sido dotada, era el de hacerla concebir un idealismo religioso, de amor y anhelo hacia la otra vida, que la hiciera tener sin cesar los ojos fijos en el cielo, esperando el cumplimiento de las promesas del Cristo, como el prisionero que aguarda la hora de su libertad y la recompensa de su cautiverio.

No es esto decir que Dolores fuera fanática; por el contrario, gozaba dulcemente de la vida admirando sus bellezas, como el viajero que al

volver á su patria atraviesa un país contemplando todo lo que se le ofrece á la vista.

Así creció nuestra heroína; de la niñez pasó sin transición á la pubertad, y se desarrolló como una flor bien cultivada. Los afanes de la anciana habían dado por resultado el predominio de la naturaleza ideal en Dolores, sobre la naturaleza corporal, si nos podemos expresar así; tal vez hubo exceso en esto; tal vez los trabajos de la abuela fueron más lejos de lo que debían; lo cierto es que en la niña no se presentó la pubertad con los signos morales que la caracterizan; hubiera podido decirse que en este punto no iban de acuerdo su alma y su cuerpo.

Otra de las cosas que procuró la anciana, fué mantener á Dolores en la más profunda ignorancia de ciertos sentimientos, creyendo tal vez, cegada por su amor de abuela, que su nieta jamás despertaría de su sueño religioso, ó acaso temió que mientras no madurase su razón, serían más fuertes que ella sus deseos y las sensaciones que le demandara su cuerpo. Como quiera que sea, á los diez y siete años Dolores era tan candorosa como una niña; lo único que la edad había hecho en ella, era que su imaginación tomara un vuelo extraordinario y la hiciera contemplar todos los objetos como al través de un prisma encantado.

Como ya se ha dicho, la vida para Dolores no era más que un vasto jardín, en donde las almas descansan para proseguir su camino hacia el cielo, como ese vapor que se eleva de la

tierra por las montañas. Si se le hubiera preguntado: ¿cuál es nuestro objeto al hacer esta peregrinación? no hubiera podido responder.

Así, pues, cuando Dolores conoció á Antonio, lo amó como á un hermano; se apoyó confiada en su brazo, y tal vez creyó mirar en él la personificación de ese ángel custodio que sostiene á las almas en sus pruebas.

La anciana era pobre, y la niña había experimentado desde muy temprano las privaciones de la miseria. Por esto, cuando Antonio la rodeó á ella y á su abuela de comodidades, no pudo menos que sentir un gozo inocente y experimentar por el que les hacía este beneficio una especie de afecto, que Antonio calificó con el nombre de amor, y que en realidad no era otra cosa que una gratitud ingenua y sencilla.

Por más extraño que esto parezca en nuestra sociedad corrompida y materialista, Dolores no conocía y ni aun tenía idea del amor, tal como nosotros comprendemos este afecto.

No puso, pues, dificultad ni experimentó repugnancia alguna cuando Antonio la pidió en matrimonio; por el contrario, creyó pagar con su mano y sus fraternales cuidados la deuda de gratitud que tenían con su generoso pariente.

Sin embargo, ¿cuánto influyó este suceso en su porvenir!

Dolores admitió el matrimonio con el más puro candor; pero de improviso miró rasgarse



el velo de su inocencia. Antonio, arrobado por su amor, arrastrado por sus vehementes pasiones, y gastado por el libertinaje, no supo apreciar, ni sospechó siquiera, las ideas que formaban, por decirlo así, la existencia ficticia de su esposa, y holló materialmente su virtud!

Dolores, preciso es confesarlo, gustó, apuró con delicia, con avidez, con delirio, aquellas primeras sensaciones que no había ni aun sospechado, y que ofrecían bruscamente un nuevo camino á su existencia. ¡Sus deseos materiales, hasta entonces adormecidos por la ignorancia y por el idealismo, se desarrollaron, se levantaron como la llama de una inmensa hoguera!

Podría decirse que en aquella noche, fué cuando pasó violentamente de la niñez á la pubertad; hasta aquel momento, por lo menos, se verificó en su cuerpo aquella revolución de sensaciones, de deseos, que modifican, que entarbian las ideas. . . . Y la revolución fué terrible, porque fué tan repentina como era tardía. . . .

Por la primera vez de su vida, la joven conoció que su razón se oscurecía y se debilitaba; mas, por desgracia, la anciana, que hasta esa época la dirigiera, había muerto, y no tuvo á quien consultarle. . . .

Entonces cayó enfermo Antonio, y Dolores arrastrada de nuevo á una vida de tranquilidad y de reposo, se halló presa de la duda, como el marino que ha perdido su rumbo. . . .

¡Terribles fueron entonces las noches de silencio á que se vió condenada aquella ardiente mujer! ¡Terrible el combate que se trabó entre sus ideas llenas de virtud, que le señalaban instintivamente un abismo á su paso, y sus deseos, sus necesidades, que la arrastraban con una fuerza irresistible, que le demandaban sensaciones tanto más vehementes, cuanto que apenas las había saboreado! . . . .

Horas había en que Dolores recobraba la ideal pureza de su alma; en esos momentos volvía los ojos hacia el cielo, pedía fuerzas á Dios, y se dedicaba con celeste virtud á consolar á su marido, y á hablarle de la religión, bálsamo suavísimo que sana todas las llagas del corazón; pero había horas también, y por desgracia eran las más frecuentes, en que sucumbía agobiada por aquel anhelo terrible, por aquella cruel irritación. . . y entonces, con el corazón oprimido y palpitante, con la garganta reseca y el alma abatida, se dejaba caer devorada por la fiebre sobre su lecho.

Hé aquí los efectos de esa educación puramente religiosa; las mujeres como Dolores son en este caso unas mártires: la virtud les sirve, es cierto, como de un faro; mas para llegar á él, ¡cuántos tormentos!

de los que se le conceden las licencias de  
 de los que se le conceden las licencias de  
 de los que se le conceden las licencias de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
 DIRECCIÓN GENERAL DE



El día siguiente á la noche en que hemos co-  
 menzado esta historia, amaneció frío, triste,  
 nublado; fué uno de esos días durante los cua-  
 les no cesa de caer una lluvia menuda, lenta,  
 monótona.

Manuel se levantó del sofá donde había pa-  
 sado la noche; atravesó de puntillas la pieza  
 para no despertar á su hermano, y fué á pa-  
 sarse por el jardín.

Hacia muy pocos días que este joven se ha-  
 llaba en casa de Antonio, y había perdido ya  
 su aire alegre y juvenil; no parecía sino que  
 bajo aquel techo se respiraba una atmósfera le-  
 tal que marchitaba todos los rostros.

Manuel era un joven de veinte años, robusto  
 y buen mozo. Había recibido una esmerada



educación, y estaba próximo á concluir sus estudios. Desde la edad de catorce años había entrado á un colegio, y allí, entre la meditación y las conversaciones de sus compañeros, se había desarrollado su imaginación. Cuando vino á la casa de su hermano, su rostro estaba velado por esa suave melancolía tan natural en los jóvenes estudiosos; pero no se notaban en él las huellas profundas del dolor y del insomnio, que ahora se miran impresas en su frente.

Alguna pena secreta debía roer aquel corazón virgen y enérgico, porque Manuel fué á sentarse bajo un fresno, y allí permaneció mucho tiempo, inmóvil á pesar de la lluvia, con la cabeza caída y las manos enclavijadas sobre las rodillas.... Luego se levantó y midió á largos pasos el jardín.

A eso de las diez de la mañana, Antonio llamó á su hermano.

—Manuel, le preguntó como tenía de costumbre; ¿nadie ha venido?

En seguida añadió con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Ay! ¡hermano mío, hermano mío! ¡cuán desgraciado soy!.....

En aquel momento entró en el aposento Dolores; Antonio le tendió sonriendo los brazos, y la joven se acercó silenciosamente á besarle las manos, con una especie de compasión, como si la agitara un remordimiento oculto.

Como siempre, llegaron á reunirse aquellas tres personas; pero cuando Antonio los estrechó contra su corazón, lejos de tocarse los ros-

tros de Manuel y Dolores, cada uno hizo un movimiento repentino para retirarse.

Aquel día los males de Antonio se habían agravado de tal manera, que se hallaba en un estado violento; hubo instantes en que pidió al cielo poder llorar, lágrimas que calmaran el ardor de sus ojos, que aliviaran el peso que oprimía su corazón; hubo instantes en que se le representó ante la mente toda su vida pasada.... Entonces hubiera dado un tesoro por levantarse de su cama y huir de aquellas ideas que calcinaban su cerebro!... En estos momentos, que eran unas verdaderas crisis, todas las pasiones fermentaban en su corazón como la lava de un volcán; luchaba contra su impotencia, y hallándose más débil que un niño, ímpetus le venían de convertir aquel pasajero furor contra sí mismo!....

Estaba rodeado el enfermo de su esposa y su hermano, cuando llamaron á la puerta.

Antonio volvió prontamente el rostro, y Dolores se levantó para ir á abrir.

—¿Qué prisa tienes por ir á abrir?, dijo Antonio con voz agriada por los celos.

—¿Quédate! ¿no hay criados?....

—Será el médico, respondió con dulzura Dolores.

—¿El médico!... Y ¿desde cuándo tiene el médico un toque particular para que lo conozcas tan bien?...

Volvieron á llamar y Dolores salió.

—No me ama Manuel!, exclamó con amargura Antonio, volviéndose á su hermano, cran-

do hubieron quedado solos. ¡No me ama!... Se aparta de mi lado cuando yo padezco.... Pero ¿tú crees que ese médico se atreva á amarla? ¿á amarla cuando yo la adoro tanto, cuando ella es mi vida, mi alma, mi todo?..... ¡Oh, qué loco soy!... Pero dime, ¿cómo no he de tener celos cuando ella es tan linda? ¿No crees que es imposible verla y no amarla?.... ¡Oh! ¡qué hombre no daría su vida por tocar sus labios!... Porque ¿has visto los botones de la rosa antes que el sol venga á marchitarlos? Pues más frescos, más suaves, más dulces que ellos son los labios de mi Dolores.... ¡Ay! Por eso no quiero que venga nadie; nadie, ¿lo oyes? Dile á ese médico que no vuelva; ¿qué me importa la vida sin el amor de mi Dolores?—¡Oh! ¡si pudiera explicarte el estremecimiento de placer que agitó todo mi cuerpo cuando recibí de su boca el primer beso!... este recuerdo sólo me volvería á la vida!.... —¿Mas por qué se tardan tanto?... ¡hablan! ¡Si yo pudiera levantarme!....

En ese momento entró en la pieza un joven vestido de negro y de aspecto agradable, acompañado de Dolores.

Antonio clavó en el recién venido una mirada profunda y amarga, llena de cólera, de celos, de dolor; luego la fijó en su mujer y cerró los ojos para ocultar una lágrima que brotaba lentamente de ellos.

El médico se acercó al enfermo y trató de tomarle una mano; pero éste la retiró bruscamente.

—¿Qué tal vamos, preguntó el médico.

—Muy mal, señor, muy mal, respondió Dolores, al notar el silencio de su esposo.

Antonio miró á Dolores, y luego murmuró ocultando su cabeza entre las manos de su hermano:

—¡Ah! Manuel, sólo tú no me engañas, sólo tú me amas!... ¡Cuán desgraciado soy!....

El médico escribió una receta, ordenó un medicamento y se dispuso á salir.

—Y por fin, ¿no hay alguna esperanza?, le preguntó en voz baja Dolores.

—La esperanza, señora, contestó gravemente el médico, es una estrella del cielo que luce aún cuando todo ha desaparecido.... Para Dios nada hay imposible... Espere usted en él, porque la medicina no puede ya hacer más... que endulzar un poco sus últimos días...

Después de una corta vacilación, añadió:

—Sería muy prudente hacer que se dispusiera....

Dolores se quedó petrificada al oír aquellas palabras, y el médico se alejó en silencio.

—Dolores, dijo Antonio á su esposa, Dolores.... perdóname!... yo te he hecho desgraciada.... ¡Te amaba tanto, que no conocí que no era correspondido!... Pero... siento que voy á morir... dentro de pocos días serás libre... dime que me perdonas... y acuérdate alguna vez de mí!...

Los sollozos le cortaron la voz: Dolores no pudo resistir á aquellas palabras, incoherentes, pero llenas de tanta amargura y tanto



amor, que revelaban perfectamente el triste estado de Antonio, y vino á arrodillarse junto á su lecho.

Es incomprendible el corazón humano; ante la presencia seductora de aquella mujer, desaparecieron todos los tristes pensamientos del enfermo.

—¡Conque me perdonas!, exclamó lleno de gozo. ¡Conque es cierto que me amas!..... ¡Ah! ámame y yo viviré.... y no me separaré nunca de tu lado.... y seremos tan felices!..... —Oyeme, nos pasearemos en el jardín, tú te apoyarás en mi brazo..... yo besaré tus pies, jugaré con tus cabellos.... te adornaré como una imagen, y vendremos á esta misma plaza..... á recordar sonriendo estos tristes pensamientos de ahora.... —Y tú nos acompañarás también, Manuel..... ¿Pero qué tienes? ¿apartas la cabeza?... Mira, Dolores mía, está sentido porque cree que no me amas..... Pero ya lo ves, Manuel, me ama tanto como yo la idolatro.... ¡Perdónala!... —Es que nosotros somos unos locos, y ella debe ser nuestro maestro. Hagamos las paces..... ¿Me amas, Dolores? Repítemelo... Hoy es día de felicidad..... me siento aliviado, sí.... ¡vuelvo á la vida!... —¡Qué! ¿tú también, bien mío, estás sentida con mi hermano?... Vamos, yo quiero hacer la reconciliación.... Manuel, te pido que la ames.... —Dolores, ama como yo á mi buen hermano.... —Dale un abrazo, Manuel; un abrazo, y no volvamos á ocuparnos de estas niñerías.... Pero qué, ¿es tan pro-

fundo ese rencor que no me concederéis lo que os pido?

Por una de esas rarezas tan frecuentes en la especie humana, aquel hombre tan enamorado, tan celoso, no tenía ningún recelo de su hermano; y por el contrario, se obstinaba materialmente en poner á su esposa y á Manuel en posiciones demasiado peligrosas siempre para los jóvenes, por más pura que sea su virtud.

Manuel titubeaba en obedecer á su hermano: tan pronto tenía deseos de huir, como de arrojarse á los pies de Dolores...

Pero hubo un momento en que ésta alzó su vista y se encontró con la de Manuel.... entonces el joven se adelantó fuera de sí, atraído por el magnetismo de aquella mirada; tendió sus brazos, y por la primera vez de su vida, estrechó á una mujer sobre su corazón.... ¡Y esta mujer era Dolores, la voluptuosa Dolores!.....

Antonio se sonreía de ventura, y no cesaba de repetir alborozado:—¡Ah! Dolores mía, al fin me amas como yo te amo!...





sus deseos; despertar su corazón; rasgar el velo de su inocencia; lanzarla, en fin, á una nueva senda, por donde él, enfermo, moribundo, ya no podía acompañarla.... Y después de esto, cuando aquella pobre mujer se sentía devorada por una sed febril; cuando su corazón buscaba ávidamente un objeto que lo llenara, ¿cómo era posible que pudiera resistir á la vista de aquel joven hermoso, robusto, candoroso y bueno como una mujer?... ¿Cómo podía permanecer fría su sangre y desocupada su imaginación durante aquellas larguísimas horas de silencio, pasadas entre su marido, que no podía inspirar ninguna clase de amor, y Manuel, tan lleno de salud, Manuel, cuyo rostro revelaba una alma llena de fuego, de poesía?... ¿Cómo podría resistir ella, pobre mujer, cuando todo conspiraba en su daño; cuando hasta su marido tan celoso se obstinaba en reunirla sobre su corazón con Manuel; en estrechar las manos de ambos; en hacer que el aliento de aquél acariciara el cuello, las mejillas de éste; cuando hacía que ambos lo curaran?....

¡Ah! ¡la tentación era demasiado fuerte! Para resistirla hubiera sido necesario que la edad hubiera apagado el hervor de su sangre y robustecido su espíritu.....

Nació el amor, el amor impetuoso, en el corazón de Dolores: primero como un deseo vago, lejano; pero creció en silencio.... y cuando la joven examinó su pecho, conoció que no había sitio en él que no estuviera ocupado por aquel sentimiento.

Una vez descubierto, Dolores sintió que todas sus facultades, todos sus pensamientos, todas sus sensaciones, en fin, si nos es permitida esta redundancia, tendían hacia él; fué aquel el objeto ideal y vago con el cual tanto tiempo había soñado, que tomaba de pronto nombre y cuerpo; fué también ese constante deseo de goces, que se tornaban de pronto en promesa irresistible!....

Dolores, en aquellos momentos de angustia, midió sus fuerzas y se encontró débil ante aquel amor, que halagaba al mismo tiempo su idealismo y su voluptuosidad.... ¡Pobre mujer! que creía hallar en ella misma la energía para vencer! ¿Quién podría socorrerla en aquel trance sino el mismo que la sometía á aquella prueba terrible?.....

Entonces fué cuando la joven calló de rodillas y oró...

Manuel hacía también muchas noches que no dormía; había huido la paz de su pecho; la noche no tenía para el joven más que horas eternas de insomnio, de fiebre, de delirio, durante las cuales hierve la sangre, y la cabeza se vuelve un volcán; noches terribles en que el cabello se encanece y se ruga la frente; noches que destruyen como la lava, pero que lejos de extinguir la llama del amor, la avivan,

la aumentan, la soplan, como el huracán hace crecer la llama de un incendio!

Manuel amaba á Dolores, y la imagen de aquella criatura seductora visitaba la soledad del pobre estudiante, excitaba su imaginación y lo sumergía en esos delirios tan crueles del insomnio!

El hermano de Antonio se hallaba en esa edad en que la sangre comienza á hervir, en que el corazón reclama las sensaciones del amor como un rocío fecundante; en que el roce de un vestido de mujer conmueve todas las fibras del cuerpo; en que el hombre vacila ante los caminos que se le presentan á la vista.

Hasta entonces no había salido el joven de su colegio; había visto á algunas mujeres, pero con ninguna había pasado junto horas enteras; á ninguna le había estrechado la mano como á Dolores; con ninguna se habían rozado sus mejillas, encontrado sus pies; á ninguna había visto con un traje descuidado....

¡Ninguna de las conversaciones más libres que había tenido con sus camaradas, había llegado tampoco al extremo que las terribles y apasionadas confidencias de Antonio!

En el corazón de Manuel se había, pues, desarrollado el amor, lo mismo que en el de Dolores, con la diferencia de que aquél había conocido desde el principio su pasión, y más confiado en sus humanas fuerzas no lo había combatido desde entonces; y por el contrario, fascinado por la hermosura tan atractiva de Dolores, se había dejado arrastrar al abismo;

había paladeado el veneno hasta la última gota, creyendo escudo suficiente estas tristes palabras: "¡Nunca lo sabrá ella; morirá este amor en mi corazón como una flor desconocida!".... Pero ¿quién podrá resistir, sin temor de caer, la presencia continua, y el contacto de una mujer á quien se ama?.....

Sólo aquella noche conoció Manuel, después del abrazo delicioso que lo había embriagado y que aun lo hacía delirar, toda la extensión y la fuerza del peligro; sintió entonces que no tenía ánimo para combatir, y su corazón se oprimió al pensar que sería un crimen y una infamia ante Dios y los hombres, engañar á aquel hermano tan bueno.

¡Terrible fué la resolución que tomó entonces, después de muchas horas de duda, de angustia y de combate!





## VI

Comenzaba el Oriente á teñirse con una luz blanquecina; las estrellas iban desapareciendo, y el aura matinal, fresca y embalsamada, traía en sus ondas el canto lejano y alegre del gallo madrugador.

Manuel, después de una noche en vela, con los ojos irritados, se decidió á partir; mas no pudo resolverse á hacerlo, sin ver siquiera por la última vez á aquel hermano que tanto lo había amado y á quien abandonaba en la agonia...

Entró en el aposento de Antonio creyendo que aún dormía; pero lo encontró despierto.

—¿A dónde vas?, le preguntó á Manuel con cariño, viéndolo tan temprano con capa y sombrero.

Manuel, por toda respuesta se apoderó de una de sus manos, y murmuró sollozando:

—¡Adiós!....

—¿Te vas y me dejas?, replicó con ternura y tristeza el enfermo. ¡Me abandonas en mi lecho de muerte, cuando no tengo más consuelo que verme rodeado de los que me aman!.... ¿Y por qué te vas?

El joven titubeó un momento; no sabía qué contestar; al fin pronunció con voz breve y ahogada estas únicas palabras:

—¡Es preciso!....

—¿Preciso dices?... ¡Está bien, vete!... Yo creía, ingrato, que me amabas como yo te amo!.... ¿Y qué podía costarte permanecer aún algunos días?... ¿Cuántos podrán quedarme de vida?... ¡Pero vete!.... personas extrañas cerrarán los párpados de tu hermano!....

¿Cómo resistir á estas quejas tristísimas? ¿Cómo abandonar un hermano al borde de la tumba?

Manuel titubeó algunos momentos; mas al fin lo vencieron las palabras de Antonio.

¡Se quedó, pero levantó los ojos al cielo, por que sólo Dios podía sostenerlo en aquella prueba terrible!....



## VII

Trancurrieron algunos días. Durante ellos, Dolores y Manuel procuraban evitar todo contacto, toda mirada, sin sospechar ninguno el amor del otro; pero Antonio siempre se empeñaba en enlazar sus manos, en tenerlos juntos. ¿Qué horribles momentos eran esos en que cada uno temía sucumbir!

Manuel, extenuado por el combate que sostenía sin descanso en su pecho, se demudaba visiblemente.

Dolores también se desmejoraba cada día; pero aquella debilidad sólo acortaba las fuerzas con que contaba para resistir, redoblando por consiguiente la fuerza de los ataques.

Una tarde Antonio notó la extenuación de su hermano, y se conmovió profundamente.

Estaban solos los dos. Dolores se bañaba en una pieza cercana.

—Manuel, dijo Antonio, ¿qué tienes?....



Hace muchos días que te veo triste... Hay en tu alma alguna pena que me quieres ocultar... Eso no está bueno....¿No soy yo tu hermano? Si padeces, ¿por qué no divides conmigo tus penas?...¿Por qué he desmerecido tu confianza?...¿Crees que no te puedo yo consolar?... ¿Necesitas consejos?... ¿Quién mejor que un moribundo puede dártelos?...¿Necesitas dinero?...A tu edad se necesita siempre....Pero ¿por qué no me lo pides?.....

Era tan cariñoso el acento de Antonio, que Manuel no podía responder una sola palabra; sin embargo, en su interior se avergonzaba de su proceder villano, como si tuviera él la culpa, y no pudiendo reprimirse, por un impulso repentino, se arrojó junto á la cama gritando con una voz que brotaba del corazón:

—¡Perdóname....perdóname!.....

Antonio no lo comprendió; iba acaso á preguntarle el sentido de aquellas palabras, cuando notó que los ojos de su hermano se abrían lentamente, como contra su voluntad; que sus labios temblaban y se enrojecían, y su rostro todo expresaba un sentimiento de angustia, como si hubiera una fuerza que lo atrajera hacia cierto punto.

El mismo Antonio volvió su rostro atraído por ese presentimiento vago, al que podría darse el nombre de atracción, y distinguió á su esposa que volvía del baño, más bella, más excitante que nunca: traía el cabello suelto, flotando sobre sus espaldas desnudas; su mirada parecía templada por la humedad de sus

ojos; sus labios estaban entreabiertos por esa dulce fatiga que se experimenta después del baño; su vestido, finalmente, se hallaba en cierto abandono.....

¡Estaba tan bella, que su marido la contempló extasiado y le tendió los brazos!

Por un momento, Antonio, Dolores y Manuel no formaron más que un grupo...pero de pronto mil ideas, mil recuerdos, brotaron en el cerebro del primero, como una inspiración: un presentimiento se despertó en su pecho; tuvo celos de su hermano....y lo rechazó....

Manuel, espantado con aquel cambio repentino, lanzó un grito y cayó sobre la cama. Aquel grito, nervioso, apasionado, fué al mismo tiempo una terrible revelación y una acusación para Dolores.

No podremos explicar lo que pasó en aquel momento en el corazón de la mujer, porque hay cosas que jamás podrán escudriñarse; pero sí aseguramos que experimentó una mezcla de placer, de terror, de vergüenza, de arrepentimiento, y se cubrió el rostro con las manos....

¡Antonio vió entonces á su alrededor claramente! celoso, lo habían engañado las personas de quienes nunca hubiera sospechado: ¡su hermano y su esposa!

No es más terrible un volcán al estallar, que lo fué en el primer momento el corazón del celoso marido: hirvieron en su pecho todas las pasiones....Lávido, brotando fuego por los ojos, se levantó Antonio como un espectro, y

tusó con la vista una arma para asesinar á los miserables que bajaban ante él los ojos.....

No pronunció una sola palabra; pero aquel fué un momento solemne.

De pronto se dejó caer como herido por un rayo: la energía que había sostenido su cuerpo por un instante, lo abandonaba; á su vez se cubrió el rostro y lloró como una mujer.... ¡Pobre corazón!.....

—¿Ya lo ves, hermano?—dijo en voz baja y triste Manuel:—por eso quería huir.

En seguida este pobre joven tomó la mano del enfermo, la oprimió en silencio contra su corazón; dirigió una mirada llena de profundo dolor á su cuñada; levantó la mano señalando el cielo, y salió sollozando de la casa.

Antonio lloraba también; miró alejarse á su hermano, pero no lo llamó.... Cuando hubo atravesado la puerta, el enfermo se arrodilló con trabajo sobre su lecho, y bendijo solemnemente á su hermano. . . . Luego se enjugó las lágrimas, besó con paternal amor la frente pálida de Dolores, y le dijo:

—¡Pobres mártires, perdonadme! . . . .



## VIII

Desde aquel momento, como si Antonio hubiera sido herido de muerte, ya no volvió á levantar la cabeza. Recibió el Viático y aguardó con la dulzura de un justo la agonía.

Dolores experimentó también una transformación completa. Como si hubiera querido hacerse perdonar á fuerza de virtudes su falta involuntaria; como si su alma, después de la prueba, participara algo de la fortaleza de los espíritus celestes, no fué ya una mujer al lado de su marido, sino un ángel de esperanza que endulzaba los últimos momentos de Antonio.

La postrer noche de su vida hizo éste llamar á su hermano Manuel, que no había tenido valor para alejarse.

A eso de las diez reunió á su hermano y á Dolores sobre su pecho como en otros días, y les pidió que lo perdonaran.

¡Qué tristes y qué solemnes son esos momentos en que el hombre arregla todos sus asuntos



para emprender ese viaje del cual jamás se vuelve!

—No tengo yo que perdonaros, dijo Antonio su hermano y á su esposa al mirarlos llorar; no habéis sido culpables sino mártires. Habéis resistido la prueba..... y sólo es culpable aquel que sucumbe, porque jamás nos envía Dios pruebas superiores á nuestras fuerzas.... No lloréis porque hay otro sitio donde nos volveremos á reunir. "Los lazos de la familia no se rompen en el cielo," (1) y allí espero que seremos felices no formando todos más que un solo cuerpo!

Luego añadió:

—Vais á quedar expuestos todavía á los ataques del mundo: aun está para vosotros distante el puerto.... mas si queréis llegar á él con bien, no dudéis nunca.... mirad que la fe es el principio de la esperanza.... Que sea la religión vuestra estrella polar.... ella os alumbrará el camino. Esos mismos tormentos que habéis sufrido son la prueba más evidente de la existencia de un Dios, porque ¿qué sería del mundo sin un Dios justo y remunerador? ¿A dónde irían á parar los hombres y las sociedades el día en que ya no se creyera en la inmortalidad del alma?.....

A las doce de la noche comenzó la agonía de Antonio

Dos sacerdotes camilos rezaban junto á su cabecera, y Dolores y Manuel estaban arrodil-

(1) Sermones del P. Domingo Lacordaire.

lados á ambos lados de la cama, calentando con sus lágrimas las manos del moribundo.

A las cuatro y media de la mañana, cuando ya se sentía el fresco de la aurora, Antonio levantó los ojos al cielo, estrechó las manos de su hermano y su esposa, y espiró dulcemente con la sonrisa en los labios, como un niño que duerme en el regazo de su madre.

Dolores y Manuel permanecieron llorando en su mismo lugar, hasta que las manos de Antonio se pusieron heladas como el mármol de una tumba. Entonces se levantaron y se separaron como dos extraños, como dos enemigos, sin mirarse siquiera.... Es que instintivamente conocían que una vez encontradas sus miradas, ya no serían dueños de separarse....

Tres días después, Manuel daba un casto abrazo á Dolores, en la portería del convento de \*\*\*\* de esta capital.

Sonó el órgano, oyóse el canto lejano de las esposas de Cristo, que parecían llamar desde el cielo á su nueva hermana, y nuestros dos jóvenes, en el momento de separarse para siempre, levantaron los ojos y pronunciaron á un tiempo:

—¡¡HASTA EL CIELO!!

¡Adiós tristísimo, pero lleno de esperanza!

Dolores tomó el hábito, y Manuel marchó á incorporarse con las tropas mexicanas, que de-

bían conquistar una victoria inútil y sangrienta en la Angostura.

¿Qué fué la virtud para estos dos seres?—  
En la tierra, mansión transitoria, una dolorosa prueba; en el cielo, lugar de eternas delicias, una corona resplandeciente. El crisol donde se purifica el oro.

Diciembre 25 de 1849.

DOLORES OCULTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





bían conquistar una victoria inútil y sangrienta en la Angostura.

¿Qué fué la virtud para estos dos seres?—  
En la tierra, mansión transitoria, una dolorosa prueba; en el cielo, lugar de eternas delicias, una corona resplandeciente. El crisol donde se purifica el oro.

Diciembre 25 de 1849.

DOLORES OCULTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### DOLORES OCULTOS.

Si lourde est la masse des infortunes qui présent sur le faible, sur le pauvre, sur le travailleur, que les coeurs se tournent instinctivement vers des destinées moins inexorables. — A. Esqirkoz. "De la Vie Future."

Ce sont le travail, la peine, l'austérité et les besoins de la misère qui poussent souvent une âme à cette exaltation extrême, ou au désespoir, et qui rendent un homme atrabilaire, capable de tout entreprendre. La vie lui devient odieuse et léonible, la mort est pour lui un refuge. — J. J. Virky. "L'art de perfectionner l'homme."

Al entrar en algunas de esas casas de vecindad que abundan en México, ¿no se os ha oprimido el corazón pensando cuántas lágrimas correrán en silencio, cuántos dolores, cuántas virtudes heroicas, se ocultarán tras de esas paredes sucias, tristes, sombrías, donde la pobreza va á buscar un asilo? . . . .



Porque las llagas más dolorosas, los sufrimientos más amargos, y las virtudes más sublimes, son siempre las que menos buscan las miradas del público.

Es que la desgracia tiene su pudor, así como la belleza.

Y la miseria es la más cruel de todas las desgracias que Dios suele enviar á sus escogidos para probar su valor y su constancia.

¿Jamás os habéis puesto á calcular la situación de esas familias, á quienes, como vulgarmente se dice, "la suerte ha perseguido?" Esas familias, tal vez ricas en otro tiempo, acostumbradas á la comodidad, y que hoy no tienen un pan que llevar á la boca.... esas familias que luchan entre la vergüenza y la miseria; que tienen que huir de sus relaciones, de sus conocidos... porque para el mundo es un crimen y una infamia la pobreza?

Por lo que á mí toca, os aseguro que jamás he podido contemplar sin que mis ojos se humedezcan, esos dolores tan crueles! Jamás he podido entrar á una casa de vecindad sin entristecerme, pensando cuántas de las familias que viven allí, esconderán en su seno los sufrimientos de la miseria; cuántas de esas frentes que buscan el sol del día, como las flores del campo, se inclinarán en el silencio de la noche, nubladas, meditabundas....

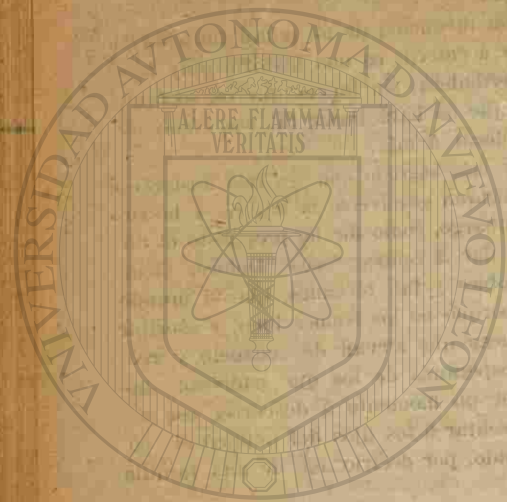
Os voy á contar la historia de una de esas familias; una historia que se parece á la de otras muchas, porque en todas generalmente

hay la misma abnegación, la misma virtud, el mismo heroísmo; porque sólo en los corazones perversos y viciados produce la miseria el odio y la maldad.

No es una invención de mi pobre fantasía la que os voy á referir; es una historia muy triste, pero verdadera; sin lances que os sorprendan, pero que os hará llorar tal vez como me ha hecho llorar á mí....

Nada hay más sagrado que ese velo misterioso con que procuran envolverse la miseria y la virtud; sin embargo, como me he propuesto el doble fin de dar á conocer esos "Dolores Ocultos" tan nobles y tan terribles, que el mundo desprecia porque no los conoce bien, y escribir algunas líneas que sirvan de consuelo y reanimen la esperanza de los que padecen, me atreveré por un momento á descorrer ese velo, y á presentar á los ojos del público el corazón desnudo, por decirlo así, de una familia entera.





## INTRODUCCION.

### DOS HORAS EN EL HOSPITAL

DE S. ANDRÉS.

## IMPRESIONES.

I

Algunos fisiólogos creen que cuando el cerebro se engrandece, así el corazón debe estrecharse.—BALZAC. "Los Célibes."

Era el 13 de octubre de 1847: aun no se orea la sangre de los mexicanos derramada en la capital durante los días infaustos de septiembre, y los primeros excesos de un ejército vencedor habían sembrado en todos los ánimos un terror profundo y un desaliento sin límites.

México no era en esos días la sombra de lo que antes fuera: multitud de familias habían emigrado; y aquellas cuyas circunstancias no



les permitían trasladarse lejos, guardaban en su corazón y en sus costumbres un duelo completo. Los balcones de las casas permanecían cerrados; las señoras no embellecían ni animaban con su presencia las calles; pocos hombres salían; faltaba aquel aire de fiesta y de confianza que hacía tan hermosas las calles de la ciudad, antes reina y señora, entonces pobre cautiva; se notaba un no sé qué de temor y de tristeza en todas las fisonomías, que daba un aire despavorido aun á la misma naturaleza; no era raro tropezar con personas cubiertas de luto, enflaquecido el rostro, por un esposo, por un padre, por un hijo, muertos en las malhadadas campañas del Valle..... Los soldados americanos invadían todas las calles, y el pueblo todavía no podía acostumbrarse á su vista. ¡Ay! México guardará por mucho tiempo el doloroso recuerdo de estos días llenos de duelo y de pruebas!....

La noche era triste, sombría, tempestuosa... Las calles estaban desiertas, como si hubiese pasado por ellas el soplo desolador de la muerte; reinaba un profundo silencio, y se hubieran podido decir que las casas estaban también vacías y desiertas.... sólo los relojes elevaban tristemente su voz, y tenía algo de lúgubre y de siniestro ese acento melancólico de la campana, que se elevaba sobre el dolor general, para marcar lento, impasible, invariable, las horas, granos de arena que van cayendo del edificio. . . . .

—¡Es la plegaria!... ¡son las ocho! ¡Con qué tristeza se oyen esos acentos de oración y muerte en medio de este siniestro lugar!

Rafael se interrumpió en su monólogo.

Reinaba una profunda soledad en los sombríos corredores del hospital de San Andrés, y el practicante, que acababa de entrar en la larga galería que media entre "las habitaciones" y el corredor cerrado de donde sube la escalera que da á las salas de cirugía y ginecó, se detuvo poseído de un sentimiento natural de terror.

Esta especie de salón sin luz, sin ventilación, porque las ventanas por donde debería recibir la luz están muy altas, muy estrechas y muy mal colocadas, es en extremo largo, muy elevado y sobremanera lóbrego, aun de día, en que á pesar del ruido y animación que á esas horas se nota siempre, causa una impresión triste é imponente el eco de las paredes, repetido por aquellas paredes desnudas...

De noche se halla iluminado apenas por una delgada bujía de sebo, metida dentro de un farol sucio, colocado en el ángulo más retirado de la pieza, lo que hace que los rayos de luz se pierdan antes de llegar á la extremidad del aposento, y sólo se retrate en las paredes y en el techo esa pavorosa claridad, esa especie de penumbra que hace dudar si el objeto que se ve es una creación de las sombras ó un objeto positivo; si está tan cerca que se le puede tomar con las manos, ó tan lejos que apenas

le divisa la vista.... No es difícil ver alrededor de a vela, merced á la suciedad del fatol, formarse una especie de atmósfera de luz opaca, azulosa, como cubierta por un velo, encerrada entre el estrecho espacio que forman los cristales, y más allá del cual, los rayos de luz no sirven sino para hacer más visibles las sombras, como el rayo de la luna moribunda, que se pierde antes de retratarse en las profundidades del cielo.... O bien cuando el pábilo de la bujía ha crecido de tal manera, que la luz toma un color opaco y rojizo, que se retrata en la espesa atmósfera de este lugar como un fúnebre resplandor; al agitarse convulsivamente la flama, á crecer violentamente para agonizar en seguida, como sucede cuando el pábilo pasa más allá del punto donde se está verificando la combustión, parece que se agitan y se mueven, que se alejan y se acercan, y crecen y se pierden las sombras al moverse irregularmente los rayos de la luz... y entonces ¡cuán fácil es que la imaginación se alucine con estos cambios fantásticos, y le parezca que las sombras toman cuerpo!....

Como se recuerdan entonces los cuentos con que nos arrullaban de chicos, y el profundo terror que se apoderaba de nosotros al grabar en nuestro tierno corazón esas fúnebres historias de espantos y de muertos, que volaban como sombras, al dudoso reflejo de la vela paveseando para confundir con su presencia á algún malvado, ó para girar tristemente

en torno de la persona que más amaron: precoces impresiones que dejan para siempre en nuestra imaginación un germen de miedo, de terror invencible, que es muy fácil de excitarse cuando nos encontramos en circunstancias semejantes!....

Añádase á esto, que hay ocasiones en que el ánimo está medroso, débil y abatido, acaso como consecuencia de una impresión fuerte, ó como presintiendo algo de funesto, y en que sin saber por qué, un mueble que cayera, los pasos de un gato, nos helan de terror, nos quitan las fuerzas en nuestro sillón....

Y sobre todo, la impresión que causan en nuestra imaginación ciertas horas, á las que la costumbre ha revestido de no sé qué atavío ó propiedad lúgubre, funesta.... Dicen que á las ocho de la noche, en medio del tristísimo clamoreo de las campanas, vienen las sombras de los que murieron á vagar tristemente á nuestro rededor, como si los pensamientos religiosos que en esa hora nos ocupan, formasen un lazo de unión entre ellos y nosotros...

Rafael era un muchacho franco, valiente, despreocupado; pero todas las circunstancias que hemos mencionado, habian venido á agolparse por un instante, y como también poseía un carácter dulce y en extremo simpático y sensible, una imaginación ardiente ó impresionable, y su constitución era linfática y nerviosa, no era extraño que produjesen en él



ese sentimiento de terror que había helado su lengua y sus pasos en aquel lugar....

Ha dicho un escritor francés que las almas más fuertes son las que más pronto sucumben, y esto se verificaba en él. Sea porque aquella noche el practicante estaba triste, sea porque aún tenía impresos en la mente algunos dolorosos pormenores de varias historias que había oído referir en su aposento á sus compañeros antes de salir, lo cierto es que de repente sintió esa impresión de terror vehemente y profunda....

En efecto, su imaginación se debía comprimir al verse rodeado por aquella media luz, al hallarse solo, en un lugar tan triste, tan funesto como un hospital.... y luego un hospital tan lóbrego como el de San Andrés.

Aquella impresión de terror, al difundirse por su cerebro, despertó toda su sensibilidad... Impotentes sus facultades físicas, como para contrapesar la extraordinaria viveza de su imaginación, apenas pudo tender á su derredor la vista, y entonces conoció que tenía miedo.... y le pareció que aquel hijo de las sombras era un sér material, extraño y grotesco....

¿Habéis visto por dentro el hospital de San Andrés, tan triste, tan lúgubre por fuera?

Figuraos un patio estrecho, sucio, con poca luz, en donde todo á vuestro derredor tiene impreso el sello de esta terrible realidad que

parece tener allí su mansión:—¡la muerte!.... ¡la miseria!....

Si volvéis la vista á la izquierda, veréis una larga galería de arcos, que á cada paso va siendo más oscura, más lúgubre, y que va á terminar en una puerta negra, la botica, ese mezquino arsenal de donde el hombre saca sus armas para combatir contra la voluntad de Dios.

¡Oh! apartad a vista y el pensamiento de este segundo patio, á donde acabamos de entrar, más obscuro, más estrecho, más negro que el primero y en cuya fuente corre un chorro de agua, que con su murmurio lento, triste, invariable, marca los instantes de vida ó de agonía que van corriendo para los infelices moribundos que lo escuchan; porque esas estrechas ventanas que veis ahí, en el piso alto, cerradas, cubiertas de polvo y telarañas, son las de las salas en donde la civilización ha relegado á los que padecen....

—Estáis muy triste, ¿es verdad? Es imposible que en el hospital, en un lugar tan estrecho y tan negro, pueda existir un pensamiento de alegría.... ¡Oh! creedme: yo he visto una flor marchitarse luego que la introdujeron en esos lugares, en donde el aliento que se respira es veneno... fiebre... "¡podredumbre de hospital!"...

—Para distraeros, porque la distracción no es más que la variedad, os voy á conducir á otro lugar.... ¡Venid!

Hemos atravesado este patio, y entramos en un callejón muy estrecho, muy largo, muy obscuro... ¿Se os comprime el corazón? ¡Y si supieseis que así es la vida!...—Vamos á terminarlo... El piso está húmedo.

—¡Ah!—¿Respiráis? Pues ved que más horrible es este último patio á donde hemos llegado; más largo que ancho, fangoso, cubierto de matraques secos, amarillos, que resuenan tristemente con el viento, cuando puede bajar hasta aquí!...

—¿Qué estáis mirando?... Eso es una mata de cabellos... ¡Vamos! todo el suelo está sembrado de eso. Hay toda clase de despojos humanos... —¿Qué tristes ideas inspira este patio!... También aquellas ventanas que veis arriba, son de los enfermos... Pero venid conmigo.

—¿Veis aquellas tosacas rojas de madera que están á nuestra izquierda? ¡Entrad!—Es el "anfiteatro"!... ¡Qué horrible humedad!... El aire está frío, condensado; parece la tumba, ¿verdad?... El suelo está verde, resbaloso como el pavimento de una bóveda abandonada, y las paredes también... El agua fría, helada, mana y se infiltra por todas partes gota á gota... —¿Por qué está tan horrible este lugar? ¿Por qué se acongoja el corazón, con sólo alentar en este recinto?... La humedad ha descascarado las paredes, y el techo se halla cubierto de telas de araña, como un calabozo destahado....

¡Oh! ya os lo he dicho... una tumba no puede ser bonita... y esto es más que una tumba, porque aquí sorprenderéis las escenas de la destrucción en su más pronunciado misterio!...

Parece que la luz no quiere penetrar aquí... —¡La muerte es tan obscura!...—Los vidrios que cubren esas ventanas estrechas, enrejadas como las de una prisión, son verdes y opacos... todo respira tristeza!

—¿Tenéis frío?... ¿Os parece que esa humedad penetra hasta a médula de vuestros huesos, como si la muerte os tocase con su dedo?... —¡Seguidme!

¡Oh! esos que veis allí, ¿son esqueletos pintados?... ¿Ibais á tomarlos por testigos mudos de una escena terrible?... En efecto, son los diputados de la muerte que presiden el examen que los vivos, que los sabios orgullosos hacen para curar las dolencias... de un hombre que ya murió!!!...

—Porque, aquí para nosotros, eso que estos médicos, en cuyo gabinete nos hallamos, llaman "ciencia"... ¡es mentira!... ¡sombras!... ¡equivocación siempre!!!...

—¿Lloráis?... —¡Ay! ¡pobre cabeza humana! Si ni aun la ciencia es verdad, ¿en qué podré creer?....

—No tengáis miedo: los esqueletos no bajarán á mano que tienen levantada, ni oiréis el crujido de sus huesos, al girar sus cráneos emblanquecidos sobre su espina dorsal, para fijar en vos sus ojos vacíos, ni percibiréis el silbido



de la sonrisa de sus labios que anima sus huecas facciones. . . . . Porque ¿no os parece, como á mí, que hay en las calaveras no sé qué expresión indefinible, como si fuese una sonrisa sarcástica, el reflejo de un pensamiento maligno que se hubiera fijado ahí? . . . . ¡Oh! por un momento hubiera yo llegado á creer que era la realidad que se mofaba y se compadecía de los sueños que llamamos juventud, amor, felicidad, y del empeño que tenemos por conservar una vida toda de miseria! . . . .

—Acercaos: esto es la "plancha" . . . . ¡Ay! es un cadáver. . . . Os dejaré meditar, porque en este instante sólo la meditación será capaz de quitar de vuestro corazón el peso que lo agobia. . . . .

—¡Ved aquí lo que es el hombre! . . . . ¡Hé ahí el último grado de miseria y degradación á que puede llegar! . . . . Ya no es compasión, sino asco el que inspira aquí. . . . —La tierra, la madre común, no cubrirá sus formas, ni recibirá en su seno los despojos del hijo desgraciado. . . .

¡Si quedase en el cuerpo algún resto de sensibilidad! ¡Si huida el alma, si extinguida a facultad pensadora quedasen aún las propiedades de la materia! . . . . —¡Oh! no tener un lecho en donde dormir el último sueño! . . . . Que no haya ni un velo que oculte la postrer disolución de la materia. . . . esa transición que Dios ha querido ocultar de todos los ojos profanos? . . . . ¡Qué miseria! ¡qué desventura!

Si este cadáver aun dejase en el mundo una

madre, una hija que lloraran su muerte. . . . ¿á dónde irían á buscar su tumba? ¿no tendrían ni el triste consuelo de ir á visitar el lugar de la sepultura! . . . . ¡Y si fuese cierto que los muertos necesitan de un lugar donde reposar para no vagar errantes y sin consuelo! . . . .

—¡Ay! . . . —¿Lloráis? . . . . No; debéis reiros: —¡reid!! . . . . Porque la desgracia de ese consistió. . . . ¡en no tener dinero! . . . . ¡Miserable humanidad! . . . . —No tener dinero, tener que implorar la caridad de sus semejantes; hé aquí lo que después de muerto lo ha traído á esta plancha á servir tal vez de irrisión á una turba ignorante y orgullosa. . . . —¿Sería que los hombres quisieran pagarse su caridad? —¡Oh! eso sería un horrible sarcasmo. . . . .

—¿Os llaman más la atención las ideas que os inspira este cadáver, como hombre muerto? . . . . .

Hélo aquí inmóvil, insensible, inanimado, el que há un momento estaba lleno de vida y de razón. . . . . ¡Qué cambio fatal se ha operado en él! ¿Que se hizo la vida? . . . . ¿Dónde está el corazón? ¿dónde el cerebro? . . . . .

¡Hélos ahí! . . . . El corazón era ese bulto asqueroso de carne. —¡Ay! en vano le palpáis. —¿Os parece imposible, ahora, que él haya sido el centro de tan diversas y poderosas sensaciones? . . . . —Y el cerebro, ¿qué encontráis de la divina razón en él? . . . . .

¡Oh! ¡qué ideas tan terribles se tienen de la vida y del alma, al lado de un cadáver!

Este cuerpo, destrozado por una mano torpe, por un apéndice, ¿sería tal vez el de un hombre que tenía sueños de grandeza?

Nada hay más repugnante, nada que nos muestre mejor la miseria de la humanidad, que el estudio de la anatomía.

¿Esa masa tan asquerosa, tan débil, que basta un ligero soplo para destruirla, era la que creía regir los destinos de un pueblo, arrancarle á Dios sus secretos, hacer frente á todos los obstáculos? . . . . .

¡Pobre vanidad humana! . . . . . ¡Grandes de la tierra, tiranos insensatos para quienes el globo es estrecho, venid conmigo; yo os enseñaré un cadáver mutilado! . . . . . —El término de vuestra elevación.

Es verdad, esa masa ya nada vale. . . . . ¿pero cuáles eran los resortes que hacían mover la máquina? ¿Dónde están los efectos y las causas de eso que llamáis sentir y pensar? El espíritu y la materia. . . . . ¿qué es lo que le ha destruido aquí?

¡Ay! sacadme de aquí, porque me espanta pensar en esto. . . . .

—Vámonos! ¿Queréis que os conduzca ahora á las salas de los enfermos, á los oscuros y nefíticos corredores. . . . . ?—¿No? Tenéis razón: es horrible una visita semejante, á unos lugares adonde hasta el aire tiene un no sé qué de frialdad y de pesadez que comprime el pecho.

Y sin embargo, ya que visteis la muerte, yo

quería conducirlos á que observaseis uno de los grandes principios de la vida,—sentir.

El viento silbaba con furor por debajo de la lluvia se azotaba tristemente en los huecos cristales de las ventanas, y el eco lejano y moribundo de las campanadas de la plegaria venía por intervalos á morir en las lóbregas cavidades del hospital.

Rafael tenía razón. ¿Por qué moribundo? ¿Qué triste es oír en el hospital la "plegaria," esa periódica oración que los vivos hacen por todos los que ya murieron; ahí, donde á cada instante hay que entonar lúgubramente el "credo" por los moribundos. . . . . donde la muerte parece mecerse siempre, como el milano sobre el gallinero!

¡La muerte! ¿Por qué, hasta la oración que revela la esperanza detrás de la tumba, nos causa una sensación tan imponente? ¿Por qué al escuchar esos acentos de fe y de religión se viene á nuestra mente como una idea tristísima y terrible, el último "¡adiós!" de un moribundo? . . . . . ¿Por qué nos fija de par

vor esa idea? ¿No va á emprender un viaje tan sólo el mismo que nosotros tenemos que hacer, mañana tal vez?

¡Ay! . . . . . es que detrás de ese "¡adiós!" detrás del velo que la muerte extiende sobre nuestras facciones, hay una idea terrible, imponente, majestuosa. . . . .

¡¡La eternidad!! . . . . .



¡La eternidad!... El corazón se hiela de terror, y la mente se pierde ante esa inmensidad de tiempo sin fin!

¡Oh! sí, es muy triste oír la plegaria, y más cuando débil y acongojado el cerebro, sólo nos presenta ideas de dolor y de muerte.

¿Qué pensarán los enfermos al oír el triste y débil sonido de las campanas, que parecen llorar y pedir piedad á Dios? ¿Qué ideas cruzarán por su mente al oír esa plegaria que les revela la muerte, y que les hace palpar la inseguridad del porvenir? Porque, ¿mañana oírán acaso la misma súplica?...

¡Mañana! cuando sepan ya lo que es esa pavorosa eternidad, esas campanas pedirán á Dios por ellos...

¿Y si el enfermo adormecido por la calentura, excitada con los sufrimientos su imaginación, había cerrado los ojos, y soñaba tal vez con su niñez, acaso con su primer amor, con su madre, ó en las esmaltadas campiñas de su país, en la vida, en la salud, en el aire dulce que se respira bajo ese cielo azul, calentándose con los rayos del sol, aspirando el perfume de las flores que llena su pecho de calma y de placer... y de repente vienen á despertar esos acentos de oración y de muerte, que tal vez en su delirio tomara por el alegre vuelo de la esquila de su pueblo?...

¡Oh! ¡qué horrible transición! pasar de esos sueños de ventura, tan dulces, tan engañosos,

á la realidad inevitable, fúnebre, que murmura lentamente al oído del enfermo:

—Reza; reza; reza por los muertos, para que otros recen por ti mañana.

Rafael se había quedado inmóvil... La indiferencia es propia sólo de los hombres comunes y sin talento... y el practicante pecaba tal vez por muy sensible. Todas las ideas que hemos estampado en el papel habían cruzado rápidas y fascinadoras por su imaginación, revestidas con la solemnidad del sagrado, porque hay ciertas ideas que sólo en ciertos lugares pueden aparecer con toda su pompa y valor.

No era miedo, simplemente miedo, lo que había detenido á Rafael; era un terror indefinible, porque él no era cobarde. ¡Cuántas veces, solo, en el lóbrego anfiteatro, en las primeras horas de la noche, se había entregado al estudio, rodeado de cadáveres!...

Pero ahora su espíritu abatido, ha dado cabida á la primera idea de terror al poner el pie en el umbral del salón, y nadie ignora que á las ideas de terror no hay más que darles cabida, para que luego ofusquen y avasallen nuestra razón.

Y el resultado es que el practicante se halla, bajo el poder de una alucinación que imprime en su corazón mil penosísimas sensaciones. La moribunda claridad del aposento le da miedo, porque su imaginación da cuerpo y animación á las sombras; y ya le parece oír detrás

de él un paso lento, leve, compasado, ó un quejido triste y suave que parece exhalado en su oído mismo. . . . ¡O quién sabe si la voz tristesísima y sepulcral, que algunos sacerdotes han oído pidiendo "una confesión?"

Rafael había perdido el uso de sus movimientos; le parecía tener embotados los miembros, y sólo su imaginación cobraba fuerza y vigor á medida que se entorpecían sus sensaciones. Un sudor frío humedecía lentamente la raíz de sus cabellos; experimentaba en el pecho no sé qué extraña impresión de frío que corría su corazón; tenía seca la garganta, y el terror contraía sus facciones.

El practicante comprendía perfectamente este estado; pero le parecía estar bajo la fuerza de un encanto: quería hablar para disiparlo, pero se hallaba en el mismo estado que si estuviera bajo la mirada de una serpiente.

Estaba fascinado. . . . y sólo la idea de oír detrás de sí el eco lento y lúgubre que repitiera sus frases, le tenía fijo é inmóvil, como si su sangre se hubiese helado.

Estaba fascinado. . . . y nada hay más horrible que esa fascinación ejercida por el miedo en nuestros sentidos. Especie de fatal encanto que embota todas nuestras sensaciones, y sólo nos deja en cambio una imaginación delirante en un cuerpo muerto!

El viento seguía siempre silbando, ora con

furor é imponente, como un toro herido, al arrastrarse por las azoteas y al cortarse en las torres, ora gimiendo con tristura al variar de dirección y al colarse por los agujeros y los cristales rotos, como una mujer que llora.

De pronto el sonido metálico, agudo, de una campana, vino á vibrar en los oídos de Rafael.

El practicante se estremeció, como si lo hubieran despertado violentamente de un sueño, porque el encanto se había roto de improviso. El sonido que distraía la atención de Rafael, como huyen las tinieblas ante el resplandor del relámpago.

Y sea por esto, sea por otra causa, al practicante le pareció que aquel sonido tenía algo de palpable. . . . Diría que había sentido en todos sus nervios a vibración de o que los físicos llaman "onda sonora."

El sonido de aquella campana le recordaba al practicante sus deberes: olvidó por un momento sus temores, y se dirigió á la puerta con ánimo de recibir al herido que la campana anunciaba.

Los primeros pasos los dió sin temor. . . . Después, cuando en la mitad de la sala el eco lúgubre y mesurado hizo renacer sus terrores, no pudo contenerse: sintió que la sangre, como hirviendo, se agolpaba á su cerebro. . . . y luego no sintió más. . . . y hubiera creído que sus pies no hollaban el pavimento.

Un momento después el viento frío y húmedo



que penetraba por las ventanas del corredor, le volvió la calma; y riéndose de sus temores, comenzó á subir la escalera que en ese instante tenía á su izquierda, y que iba á dar á la sala que entonces llevaba el nombre de "cirugía provisional," á causa de haber sido colocados allí algunos de los soldados heridos en Chapultepec (1) y en las garitas de México.

(1) Debe tenerse presente que este capítulo y el que sigue, fueron escritos en octubre de 1847. Posteriormente el hospital de San Andrés ha recibido muchas é importantes reformas; sin embargo, no nos ha parecido conveniente alterar la anterior descripción, pues que algunas de las escenas de esta novela debieron pasar en dicho hospital el año que hemos mencionado.



## II

¡Ultimo confidente  
Del alma que se va! ven, y á la mía  
Habla y dile lo que ella te decía  
Cuando su voz muriente  
Sólo llegaba á ti, Padre elemento.  
El Crucifijo, Lamartine. Traducción  
de Berriozábal.

La sala en que acaba de entrar el practicante tiene un golpe de vista muy siniestro.

Es angosta como todas las salas del hospital, pero no tan larga como las demás. Al tender la vista desde la entrada, lo primero que se presenta es el altar colocado en el fondo detrás de una tosca reja de madera pintada de verde, y sobre un piso elevado por tres ó cuatro escalones de cantera.

Nada hay que comprima más el alma que el espectáculo de una de estas salas, y más de noche.

Figuraos en aquel recinto lóbrego, sucio, asqueroso, en donde la atmósfera está pesada, calenturienta, infecta, una hilera de camas, casi la una junto á la otra, á cada lado de la pared.....

Haced de cuenta que os halláis en medio de esta sala, y os veréis rodeado por todos lados de enfermos tristes, abatidos, en un silencio penoso, el silencio de la enfermedad, interrumpido por algún quejido, que parece extenderse por toda la estancia, como una ondulación en el agua tranquila, ó por la voz mesurada y confusa de uno que reza, ó por el acento extraño y doloroso y las palabras incoherentes de otro que delira..... y luego reina un silencio tan profundo, que oiríais los latidos de vuestro corazón y el zumbido de una mosca... Pero de pronto el quejido se vuelve á oír..... tal vez la campana de un reloj que trae su vibración hasta aquí, para marcar las horas de sufrimiento, ora viva y distinta, ora ahogada por el murmullo del que reza.

Todas estas escenas iluminadas por un farol cubierto de una funda, colgado en medio de la sala, pero tan opaco, que la luz que arrojaba al través del lienzo no puede llegar hasta las paredes, que os parecerán por esto demasiado lejos, como si la distancia fuese quien les diera esa sombra, é impidiera percibir todos sus accesorios. Sólo los cristales del altar retratan, como una lejana estrella entre nubes, el resplandor del farol, y prestan á la imagen

una claridad sombría, que da pena al corazón porque contrastando las sombras del rostro del Cristo con la luz que reflejan los cristales parece que su faz tiene una expresión dura é implacable, como si en aquel lugar, más que clemencia, severidad respirase la fisonomía del Salvador.

Figuraos, pues, en medio del silencio de la noche todo este conjunto, y decidme si se podrán cerrar tranquilamente los ojos, y si el enfermo, ó dormido ó desvelado, podrá encontrar la calma y el reposo que necesita para curar sus males.... Porque el primer remedio, acaso el único seguro que hay, es la tranquilidad de espíritu, la dulzura, la esperanza: porque parece seguro que debilitadas las fuentes de la sensación, es la imaginación, es el cerebro quien guía al cuerpo y sus funciones. ¿Y podrá tener el enfermo esa esperanza, esa calma, cuando todo á su derredor respira muerte, descuido, inhumanidad, y cuando se tiene por verdadera desgracia el demandar un lugar en aquellas salas?.....

Rafael se había detenido á pocos pasos de la puerta....

Entrar de noche en las salas le daba siempre pena, porque parece que de noche se agravan todos los males, y se anonada el espíritu de los enfermos....

El ruido de muchos hombres que en este instante subían la escalera, y la claridad que



penetraba, le hicieron volverse para recibir al herido que la campana había anunciado.

Varios mozos conducían una camilla: Rafael se acercó.—Un hombre, cubierto el pecho de sangre, venía en ella como aletargado.

Uno de los conductores que parecía servir de guía, sacó un papelito, y pronunció señalando una cama vacía:—Al número 10, donde murió el amputado.

Los de la camilla se detuvieron, porque el herido, al oír hablar, se había levantado, como quien vuelve de un sueño profundo, y murmuraba delirante y aterrado:—No!... no! no!!!...

Un momento después, Rafael, acompañado de un mozo que tenía en una mano una vela, hacía "la primera curación" al herido.

Reinaba un profundo silencio, porque los demás enfermos, que miraban con estúpida curiosidad la curación, se habían distraído; y la respiración agitada y el lúgubre estertor del herido eran muy roncós para interrumpirlo.

Tendido sobre la cama, harto corta para su huésped, se veía un hombre alto, al parecer muy bien formado, porque el cobertor le cubría desde la cintura abajo.

Su fisonomía era noble y expresiva, pero pálida, mortalmente pálida, como si toda la sangre hubiera huido debajo su piel; su frente era ancha, despejada, prominente, y los cabellos que la coronaban parecían levantarse orgullosos, para caer en rizos castaños, blondos y

lucientes, por los lados; pero empañados ahora y tiesos por el sudor que brotaba de su cráneo. Sus cejas eran negras; un poco espesas, pero muy delgadas, como si fueran una sola línea curva que coronaba las órbitas de sus ojos hundidos, é iba á unirse sobre el nacimiento de la nariz, donde había una notable depresión, que muchas veces revela talento y energía.

Sus ojos estaban cerrados con la languidez de un moribundo; pero bajo sus párpados transparentes, rodeados de larguísimas pestañas rectas, se señalaba el globo del ojo, grande, pero notablemente hundido, como si el individuo hubiera padecido moralmente mucho.

La nariz era afilada, atrevida, y un tanto aguda, como si revelara un carácter perspicaz y firme. Las mejillas estaban hundidas, cruzadas de arrugas, y haciendo resaltar mucho la prominencia de los pómulos, lo que dicen indica fuerza: la boca era pequeña y delgada, bajo unos bigotes espesos; y la barba aguda y saliente.

A primera vista se conocía en la fisonomía del herido, uno de esos hombres duros, gastados empero por el sufrimiento; un fuerte gladiador, que ha luchado, sin abatirse, contra un enemigo invencible... pero en la actualidad se creería estar viendo un cadáver, porque una palidez blanca, transparente, se ha extendido sobre él: tiene la frente húmeda, las mejillas y los párpados desfallecidos, la bo-

ca, entreabierta y los labios horriblemente secos, bajo los cuales se mira el extremo de unos dientes finos y blancos, pero deslustrados por el aliento abrasado.

Su cuello redondo, corto y bien hecho, demostraba pujanza, y una constitución sanguínea y biliosa. Los hombros anchos, y el pecho alto, abovedado, perfectamente formado, aunque cubierto enteramente de sangre. Los brazos musculosos, blancos, y redondos, aunque ahora desfallecidos.

Este era el herido;—hombre, al parecer, como de cuarenta años, aunque más acabado de lo que debiera.

Rafael estaba de pie á su lado, y pálido también, porque á un hombre nervioso le es imposible mirar sufrir sin conmoverse, y porque la sangre tiene un olor nauseabundo y fuerte, que pocas veces deja de afectar la cabeza.

La herida era horrible; una de esas heridas que no se pueden mirar sin que involuntariamente se encoja y estremezca el corazón.

Una bala, que antes de penetrar en la cavidad del pecho había rasgado la piel y roto la quinta costilla del lado derecho, sobre la que había corrido cerca de dos pulgadas, cambiando luego de dirección y penetrando en el pecho, sin alterar notablemente, al parecer, los pulmones, era lo que había producido la herida, y seguramente la muerte del individuo. La sangre que había salido al principio con mucho exceso, había manchado todos sus vesti-

dos, había formado grumos sobre el pecho, al borde mismo de la herida, y había tomado, al secarse, ese color obscuro propio.

La pérdida de la sangre había sido mucha, y el herido había tenido parálisis frecuentes y prolongados á causa de esto; pero los grumos formados al borde y en parte de lo interior de la herida, habían contenido la hemorragia que, otra vez desarrollada, debía ser mortal.

¡Horrible es el espectáculo de una herida! el corazón palpita; y se necesita más valor para ser cirujano, que para ser soldado.

Rafael, el practicante, estaba en apuros: aquel herido le había simpatizado, y él no era uno de esos troneras que curan sin temor y cuidado.

Bien sabía que el herido no tenía remedio; pero curarlo era su deber; curarlo era darle alguna esperanza, era darle tiempo de salvar su alma, y estaba decidido.

Rafael se resolvió: lo más interesante era extraer la bala que debía sofocarlo; el herido parecía desmayado.

Tomó el practicante las pinzas, y se inclinó... ¡Oh! cómo palpitaba su corazón, cómo detenía el aliento al ir introduciendo el instrumento poco á poco, según la dirección de la herida hasta tocar con la bala.

Merecen elogios sinceros los jóvenes practicantes, porque solos, sin más ayuda que su experiencia, su estudio y su buen corazón, se



dedican á curar á los infelices heridos, por un sueldo tan mezquino como mal pagado.

No hay duda que éste es el medio más seguro de que aprendan, y un día sean buenos médicos y cirujanos; pero debía ayudárseles.

El hospital, si estuviera en manos de personas inteligentes y dedicadas, debería procurar que hubiera siempre un médico que asistiera á esta difícilísima "primera curación," pues aunque, como he dicho antes, todos los jóvenes practicantes desempeñan honrosamente su empleo, no siempre se presentan casos comunes: los hay raros, en que se hallan notablemente apurados; además, aprovecharían mucho mejor, siguiendo los consejos de un maestro, y el herido, por último, ni temblaría al verse en manos de un joven imberbe, ni se expondría á caer, tal vez en las manos de un practicante novicio y totalmente ignorante, ó de otro abandonado, porque no siempre el hospital estará servido como hoy. . . . .

Se hubiera podido contar los minutos por las palpitaciones del corazón del practicante: se le hubiera creído de piedra al verlo sin respirar casi, sobre el pecho del herido. . . . . En cuanto á éste, el más inexperto hubiera presagiado su muerte, porque visiblemente se iban demudando sus facciones, y el ligero sonrosado que aparecía sobre sus mejillas era el ardor de la fiebre. La parte de sus ojos que se distinguía bajo sus párpados, tenía un brillo vidrioso y seco, y al rededor de la "órbita" se distinguía

una sombra morada; la nariz se le había afilado, y sus labios, que se habían tornado morados, aparecían terrosos y como bañados de humedad glutinosa. . . . .

Rafael, que había sentido al principio su piel helada y rígida, se estremecía ahora al notar su ardor, su resequedad y su blandura, porque veía con dolor lo pronto que había entrado la fiebre. . . . .

Pero no se detenía en su operación, y un ligero grito que lanzó estremeciéndose el herido, fué del mejor éxito. Rafael se dio histeriamente los parabienes porque acababa de sacar, sin necesidad de más, una bala de fusil, acaso demasiado grande. . . . .

Pero la sangre volvía á correr, y era preciso detenerla. . . . .

El practicante había logrado dominarse, y con una velocidad y una seguridad admirables, procedía á quitar los grumos y contener la hemorragia. . . . .

Pero de pronto una idea lo detuvo. . . . .

Su experiencia le demostraba que aquel hombre no tenía dos horas de vida, y era necesario, inútil ya los esfuerzos de la ciencia, pensar en la salvación de su alma. . . . .

¡No había esperanza sobre la tierra! sólo el cielo podía darla.—Rafael se apresuró á contener por el momento la hemorragia, á costa de infinitos esfuerzos, porque era lo único que se podía hacer ya. . . . .

La agonía iba á comenzar.

Instantes terribles, en que la naturaleza parece luchar con la muerte!.... Nada hay más imponente, nada más terrible, nada más sombrío que estos últimos instantes de vida que se llaman "agonía"....—Yo quisiera tener la firmeza de ánimo necesaria para estudiar ese último período de la existencia, esos momentos de padecimientos, ese postrer combate entre el hombre y la destrucción; porque creo que se pueden sacar lecciones útiles: horribles tal vez y tremendas, pero seguras, porque ahí desaparece toda aflicción; y la vida, el alma, el hombre todo, se muestra natural, descarnado, sin careta!....

El confesor vino.

¿Qué cosa hay más solemne y más consoladora que la religión, que nos ayuda, nos guía y nos da esperanzas en esa hora terrible, en que el alma va á dejar la duda en que ha vivido hasta entonces, para presentarse ante el Juez inexorable?....—Yo me he sentido profundamente religioso, cuando de rodillas, en obscura alcoba iluminada por la vela de cera amarilla, he oído las palabras del sacerdote y he acompañado sus rezos, arrojados sobre la cabecera del moribundo, como las instrucciones con que se debe presentar ante Dios!....—Me ha parecido que mis rodillas no huellan la tierra, y mi mente me ha transportado á otra re-  
hacia "la primera curación" al herido.  
gión, desde donde he creído ver dos escenas distintas; la una terrible, sombría, como es te-

terrible y sombrío morir.... la otra dulce, consoladora, espiritual, como lo es el pensamiento de la religión y la esperanza....

¡Morir! ¡morir!....¿Qué piensa el hombre en esa hora?....¿En qué nuevos mundos va á entrar?....¡Oh! ¿la muerte nos lleva á lo... ó nada hay más allá?....¿Y de cualquiera manera, la muerte debe ser muy obscura!... ¡Oh! nos confundimos; pero por eso está ahí, dulce y santa, la religión, como una mujer que calma, con sus caricias y su amor, la fiebre en nuestra frente....

Si al agonizante se le ocurre alguna de estas ideas, ahí está el sacerdote que lo instruye que lo consolará....¡Oh! por eso los sacerdotes en la tierra son la figura ó imagen de Jesucristo....

¡Pobre moribundo, el sacerdote es tu único consuelo!....

El sacerdote entró, y Rafael se retiró... Allí estaba el herido desmayado; pero restañada la sangre, y á impulsos de la fiebre iba volviendo lentamente en sí....

No es una sátira contra ciertas personas lo que escribimos: es la verdad, la verdad desnuda, aunque sea monstruosa. No nos deleitamos tampoco en pinturas horribles; si escribimos esto, si descendemos á ciertos pormenores, es porque en ellos hay abusos, y abusos que pueden y se deben corregir....

El confesor, que era un clérigo pequeño, gordo y colorado, de aspecto estúpido, de esos que á



mil leguas se conoce que se han ordenado "de idioma," se sintió impasible á la cabecera del moribundo, y se puso tranquilamente á aguardar.....

El confesor al lado del moribundo es la expresión más sublime de la religión cristiana..... Por esos es nesario que el sacerdote, nada terrenal en este instante, inspire confianza al enfermo, y tenga el talento y el tino necesarios para desempeñar esa postrer obligación..... ¿Y podrá inspirar confianza un clérigo adusto, que cree cumplir con su deber sentándose á la cabecera del lecho á oír una relación de faltas, y á llenar de terrór el último instante del moribundo con el indefinible murmullo de—"Jesús te ayude?....."

Muy lentamente cobraba la razón el herido, y el sacerdote, que lo había movido ya dos veces, esperaba....

El herido se estremeció, como si saliera de un sueño, clavó en el sacerdote sus ojos calenturientos, y lanzó un gemido, pasándose la mano por la frente, como para desechar una idea penosa.....

¡Morir! ¡La terrible verdad había penetrado, aguda como un dardo y fría como la hoja de un puñal, hasta el fondo de su corazón!.....

La vida.....¿ya no había esperanzas?

El alma se le comprimó dentro del pecho, y la mente se le turbó, porque pasaron por su cerebro vivas, palpitantes y rápidas, las escenas de su vida, y luego tinieblas; ¡la muerte!.....¡La muerte!—Sentía calosfríos.....

Había corrido tan presto la vida, para encontrarse de pronto en frente de la muerte..... como el caballo que ufano ha salvado la vega y de pronto tiene que detenerse despavorido tembloroso ante la profundidad.....¡La vida!

Cuarenta años de vivir, y no había vivido.... ¡Oh! ¡morir! ¡morir!..... Esa idea es horrible, porque no se puede evitar.....

¡Oh! él, cuya frente jamás nubló el temor, tenía ganas de llorar; llorar como una mujer, como un niño, porque no quería morir... —Aun podía vivir, aun lo esperaba.

Pero no había esperanzas ya, había llegado el término de su carrera; porque ese dolor, esas esperanzas eran..... "¡la agonía!"

¡La agonía! palabra terrible que hiela en nuestras venas la sangre, porque cuando ella sobreviene, sólo Dios podrá salvarnos.....

Y para el herido había comenzado ya; era la primera parte, la parte animal, por decirlo así.....lucha larga, penosa, porque la agonía en los hombres fuertes y enérgicos es más larga y angustiosa que en los hombres débiles, que mueren dulcemente y sin transición, como un enemigo inerme que se rinde sin combatir.

Y entretanto el sacerdote, en la cabecera, miraba impasible retratarse sobre la frente del herido las angustias de esa lucha terrible y silenciosa entre la muerte y la vida. ¡Dejaba llenos de amargura, de terror y de duda, esos instantes que debía endulzar con su voz santa y evangélica!.... Pero, lo repito, este sacerdote no era

digno, porque para ser sacerdote no se necesita sólo saber latín, moral y "otomí", no, no; para serlo se necesita tener mucho talento, mucho corazón, y haber sido destinado á ello por Dios; porque el sacerdocio es una misión y no un oficio... ¡Pero la "ilustración" nos ha hecho adelantar tanto!....

Y él, que había asistido á la agonía de muchos hombres; él, que los había visto, fuertes, irse debilitando por grados hasta morir, jamás había hecho reflexión alguna, creía que el silencio que el herido guardaba era porque estaba examinando su conciencia, como se lo había mandado;—como si en esos instantes pudiera el hombre entregarse á un examen!....

Pero se cansó de esperar, y pronunció, con aire duro y seco, acercando su cabeza á la del herido:

—¡Confiesa tus pecados!....

Y esas palabras, arrojadas sobre el oído mismo de un moribundo, fueron á resonar hasta el fondo de su pecho, como el grito de un juez airado, del cual no hay que esperar clemencia....

—Sí, la religión, por tan poco tino, perdió su unción y su consuelo para el herido, y sólo se figuró á Dios como un juez severo, que infunde terror y no esperanza. Y lo que resultó fué hacer más terrible la agonía, porque al terror animal de morir se añadió el terror de la eternidad....

Y esos últimos momentos que, guiados por la mano hábil y delicada de un digno sacerdote, deben ser tan dulces, tan llenos de consuelo y de esperanza; porque ante esa voz, voz del mismo Dios, deben desaparecer los terrores y el dolor, só-

lo fueron para el herido los momentos más angustiosos, más horribles; porque á medida que pasaban iba teniendo menos esperanzas, y se le dejaba entregado á él solo, á él, que no quería morir; ó cuando más, oía, por el bulto negro que tenía á su lado, porque sus ojos empañados ya no veían, palabras terribles, espantosas pinturas de la eternidad, del infierno; del enojo de Dios, para obligarlo á arrepentirse....

—¿Cómo te llamas?....

—¡Francisco!.... Se oyó su voz débil, como si su aliento se hubiera perdido en las concavidades de su pecho antes de llegar á su garganta.

—¿Eres casado?....

Francisco lanzó un grito pequeño, pero agudo, nervioso... se le vió cerrar los ojos, estremecerse y palidecer... se oyó el rechinar de sus dientes y los gemidos que se formaban en su pecho y morían en su garganta ahogada... Después, dos lágrimas llenas de tristeza y amargura, porque hay lágrimas tan tristes que la revelan en su aspecto, corrieron lentamente por sus mejillas....

El sacerdote dejó pasar un instante en silencio... y luego reiteró su pregunta.

Esta vez recibió una contestación... pero ya no la pudo oír, porque aunque los labios otra vez blancos del herido se movían, sólo podían arrojar un débil soplo... La herida se había vuelto á abrir... la sangre corría, y el aliento se le escapaba por ahí....

El sacerdote no halló palabras de consuelo: de



buena fe creyó que su misión sólo se extendía á oír, á hacer arrepentirse por el terror, y á perdonar.....

Oyó con grande trabajo la confesión del herido, confesión incompleta, porque faltaba la reflexión y la calma; confesión hecha por el terror, y luego murmuró la absolución..... En seguida sacó de su relicario la Hostia sagrada y la dió al herido.....

Después marchóse indiferente.....

¡Esto se ve en el hospital!—Nada añado, nada exagero, y por el contrario, suprimo muchas cosas!!!.....

¡Cuántas reflexiones amargas, terribles, desconsoladoras, nacen de este relato!

¿Y en un establecimiento dedicado á la caridad, en un país tan moralizado, tan religioso como el nuestro, se ve esto, cuando es tan fácil el remedio?

Esto que hemos visto en el hospital, sucede más monstruoso, más horrible en los pueblos.

Para nadie es misterio la conducta, la dureza, la ignorancia de ciertos curas!

¿Y no se pone remedio?

Suprimanse de una vez esas órdenes de "idioma," ó cuando menos, háganse con más tino. ¿Se sabe lo que es? ¿Se sabe qué personas las pretenden siempre?—El hijo de un ranchero, muchacho que se le ha criado hasta la pubertad en la más crasa ignorancia; que se ha embrutecido con ciertas ocupaciones, con el trato de sus compañeros; que ha contraído tal vez muy malas cos-

tumbres, y que cuando más ha servido en su pueblo de "acólito" ó sacristán, aprende á esa edad á leer mal, y es enviado á un colegio de esta capital ó de otra ciudad. Allí pierde dos años en mal aprender latín, y se ordena de menores; entonces, con la corona ya abierta, estudia "moral;" á los seis meses se ordena para asegurar "la torta," como dicen ellos mismos en su lenguaje burdo..... después acaba de recibir las sagradas Ordenes, y es enviado, solamente porque sabe "otomí" ó "mexicano," sin más examen de la ciencia, de su conducta, de sus costumbres, á su pueblo de cura.....

Y ahí la religión se vuelve idolatría: ahí Dios, ó es un padre consentidor, ó un tirano..... ahí el cura es el Dios, la religión su oficio, los feligreses sus súbditos.....

¡Harto se ha dicho sobre esto!.....

Y no sólo en los pueblos, en el hospital mayor de la capital se ven estos abusos. ¿No tiene bastantes fondos el establecimiento para dotar más de dos capellanes, sacerdotes escogidos, que endulzaran los últimos momentos del moribundo? ¿No sería esta mayor caridad, que otras que se hacen de preferencia? ¿Se cree sin consecuencia la ignorancia y la dureza de un sacerdote en esos últimos momentos?—¡Ay! ¡entonces siquiera la muerte no sería tan penosa en ese hospital, donde todo revela miseria, desconfío; donde es una desgracia ir! Sin embargo, no he dicho la verdad; nada he dicho del "tecolote" de esa horrible irrisión..... ¡La pluma se cae de la mano!

Volvió á reinar el silencio....

Francisco, el herido, lloraba é iba acabando por grados, pero rápidamente, como la luz de una lámpara sin aceite, cuya mecha se va carbonizando.

Rafael estaba de pie al lado de la cama, mudo, espantado, pensativo....

La sangre había sido detenida.... ya sólo se trataba de hacer menos penosa la muerte. ¡Triste compasión!

La luz, como he dicho, apenas llegaba hasta su rostro, y sus ojos ora vagaban con indefinible ansiedad por todos los objetos que lo rodeaban, como si á cada uno quisiera pedirle auxilio; ora se fijaban llenos de terror, y dolorosa esperanza en el farol velado, como si la luz fuera el símbolo de la vida; ora se cerraban desfallecidos y moribundos y se volvían á abrir llenos de lágrimas....

Rafael seguía todos sus movimientos; sin saber por qué aquel hombre le había causado simpatía; y él, que sentía siempre el ver padecer á sus semejantes, sentía doblemente ver morir á aquel hombre tan fuerte; tan fuerte, que su agonía era prolongada, como si le costara trabajo á la muerte vencer esa naturaleza tan completa, porque á cualquiera otro hombre una herida semejante no le hubiera dejado media hora de vida....

¡Morir en un hospital y morir aislado de todo el mundo; sin uno que recoja la última mirada y el último suspiro, que tantos miste-

rios, tanta ternura, tantos dolores encierran, es muy triste; y por eso Rafael permanecía ahí, para procurarle este último consuelo á lo menos!

Los momentos corrían con pausada solemnidad, como cuando atravesamos la pieza donde murió nuestro padre....

Tal vez Rafael creería sorprender alguno de los misterios de la muerte; esos terribles misterios, que más de una vez han desvelado su imaginación....

¡Oh! ¡si la muerte se pudiera estudiar á la cabecera del moribundo!....

Pero se acaba de convencer que es imposible: ¿qué otra cosa puede estudiar sino la fisonomía del moribundo? cuando más, como poco á poco se va extinguiendo la vida, como un sonido que se aleja: algo es, pero para lo que él desea, nada. Dios cubrió de eterno é impenetrable misterio la muerte, ¡porque si el hombre lo adivinara!....

La verdadera muerte está en el cerebro: ¿qué ideas se tienen? ¿qué se siente?... ¡Oh! ahí está el misterio!

¡Morir! si no fuese más que doblar la cabeza, no volver á sentir y deshacerse en polvo, sería indiferente.... pero morir, en realidad es algo más....

¡Ah! hé aquí lo que el hombre quisiera saber....

¿En esos últimos instantes de vida, vuelve el hombre su vista atrás, y contempla su existencia...



tencia tal cual ha sido?—¿Ve todas sus acciones con un solo golpe de vista? ¿recuerda todo lo que ha amado?—¡Oh! qué triste debe ser en tonces!

¿O todo lo olvida, y su alma se estremece al temor animal de morir... de no volver á ver la luz... de no volver á ver lo que sucede en el mundo?...

¿Sus ojos penetran algo ya de la eternidad que se abre silenciosa ante su vista?...

¿Cobran más vida y energía las ideas en su cerebro, por lo mismo que va á romperse la vida, ó van muriendo una por una hasta quedar un solo pensamiento, que se rebulle un instante en el cráneo vacío para extinguirse en seguida? ¿Cuál será ese pensamiento?... ¡Morir! ¿También el alma muere? ¿Qué es la otra vida? ¿Queda algún resto de sensibilidad en nuestros cuerpos? ¿Tinieblas, misterio, eterno misterio!...

¡Oid, oid! la respiración del herido no es ya tranquila y débil; ahora es trabajosa, y parece que resuena en su pecho como en una bóveda vacía... ¡es el "estertor" de la muerte!

¡Qué momentos tan penosos!—Rafael con un ojo hábil y experimentado va mirando uno por uno todos los síntomas que preceden á la muerte, y cada uno que sobreviene contrista más su alma.

Ya el herido ha perdido el tacto: sus manos vagan inciertas sobre las ropas; como un ciego que busca algo: en el lenguaje de agonía

eso se llama "coger moscas"... su cuerpo está inmóvil y sólo su cabeza desfigurada, cadavérica, como si esa hora y media que ha transcurrido para él hubiera sido más que un siglo de aflicción; se mueve de vez en cuando como la de un niño á quien no gusta la almohada.

¿Por qué á medida que se acerca más y más á la muerte, parece que se oprime el pecho, y la respiración es ronca y difícil, como si la garganta estuviera escabrosa?...

Aquella agonía, en aquella hora y en aquella sala tenía algo de solemne y terrible: aquel herido que moría silencioso, sin despegar los labios, y Rafael á su lado, pálido, triste, inmóvil, como si fuera más que un hombre, rodeados ambos de aquellos moribundos también, de los que unos dormían indiferentes, porque esa es la vida; otros fijaban sus ojos, brillantes por la fiebre en medio de la sombra, en el herido, sin comprender el drama que tocaba á su fin... otros, compasivos, con la triste esperanza de que mañana otro lo hiciera por ellos, rezaban en voz baja y compungida; otros, por fin, se llenaban de miedo y de terror, y tal vez prorrumpían involuntariamente de vez en cuando en la lúgubre exclamación: "¡Jesús te ayude!" ¡Y luego reinaba el silencio!... y el miedo embargaba sus voces, hasta que volvían á exclamar con la voz seca y nerviosa del terror, que parece formarse en lo hondo del pecho estremecido: "¡Jesús tenga piedad de ti!"

¿No es, en efecto, horrible esa agonía, á la vista de tantos á quienes la idea de morir mata tal vez más que la enfermedad? De pronto el herido abrió los ojos, que brillaron con todo su fuego, como en medio de su juventud, alzó la cabeza y se dirigió á Rafael....

—Dadme, buen joven, un vaso de agua—dijo con voz honda pero firme.—Rafael se estremeció como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

Aquella energía de vida le afligió, porque era el último chisporroteo de la lámpara antes de morir, la última vivísima vibración de la cuerda que se revienta... era el último esfuerzo del gladiador herido, que se levanta para caer después, como muerto por un rayo. Era el espíritu al romper los lazos que lo ligan al cuerpo....

Se apresuró á cumplir su último deseo; pero cuando llegó con el agua, el herido ya no la pudo tomar: había vuelto á caer su cabeza, pero débil, muy débil ya, tanto, que su respiración no llegaba á los labios, sino que parecía apagarse hirviendo en su garganta....

Rafael se quedó con el vaso de agua en la mano: las lágrimas se le venían á los ojos, y su corazón se comprimía de pesar....

El herido lo miró,....

—No lloréis—le dijo con voz fatigosa y apagada, y al mismo tiempo dulce....—Las lágrimas.... son inútiles.... —Se detuvo fatigado, porque el aliento le faltaba.

—Una oración.... —continuó—eso sí.... os

lo pido.... una oración por mi alma.... por que tengo miedo. ¡Ay!....

Y temblaba.

—¿Tendrá piedad de mí el Señor?....

Rafael quiso responderle, porque el acento del herido era indefinible.... pero no pudo mover los labios: tanto dolor lo tenía mudo é inmóvil.

Varios de los enfermos cercanos habían corrido que ya estaba "acabando" el herido, y se habían puesto á rezar en voz baja y monótona, que formaba como un murmullo lúgubre.

El herido puso atención un momento y se estremeció.

—¡Oh!—murmuró.—Dios se los pague.... pero me llena de terror ese coro....

Su voz no era ya sino soplo imperceptible....

Los enfermos cercanos, tal vez muy experimentados en los síntomas de la agonía, porque habían visto morir tantos á su lado, empezaron entonces el patético ejercicio que se llama "ayudar á bien morir."

A la primera de las fúnebres exclamaciones que, pronunciadas por varias voces enfermas, resonaban de un modo extraño y siniestro en medio del silencio, el herido lanzó un grito débil y se puso á temblar de espanto.

El aparato de la muerte le daba miedo.

En cuanto á Rafael, no sentía nada: estaba saturado de dolor, insensible: le parecía todo un sueño, y los sonidos llegaban á sus oídos sin comprenderlos, y se encontraba inerte, impotente, como presa de una pesadilla.



—¡Oh!...—murmuraba cada vez más débil el herido:—¡Señor!...¡Señor!...á todos... los perdono... perdóname... perdóname... me....

—“¡Ora por él!”...—murmuraban lentamente los agonizantes desde sus camas....

—Y ampara... ampárala... Dios mío... ¡pobre de ella!... pobre... pobre... pobre!

Las lágrimas ahogaron su voz... y se oyó gemir un instante.

—“¡Misericordia, Señor!”

Rafael sentía una convulsión interior, como si estuviera suspendido en un precipicio....

—En tus manos... la pongo... Virgen Madre de los... afligidos... sálvala... sálvala... Ten... piedad... de mí

...añadió, clavando los ojos en el cielo con indecible angustia y esperanza....

Era una voz salida de un cadáver, porque en aquel hombre sólo vivía el pensamiento ya....

Rafael lloraba... el coro seguía....

Después nada se oyó.

Todos creyeron que había acabado, y los enfermos reclinaron la cabeza tristemente... y suspendieron “su agonía”... para llorar tal vez....

La luz parecía participar del duelo.

Pero de pronto el herido se estremeció, y Rafael formó un grito de terror, desde el fondo de su corazón, que se ahogó antes de salir por sus dientes, nerviosamente apretados....

Los demás enfermos, ocupados en tristes y particulares pensamientos, nada notaron.

Abrió los ojos el moribundo, y pronunció leu- ta, muy lentamente, con acento solemne, pero sordo y apagado:

—¿Qué horas son?

Rafael quiso contestarle; pero no pudo abrir los labios, y la respuesta que había formado fué á resonar al fondo de su corazón y á hacer resquillas en su pecho, como una serpiente que se desliza por una bóveda vacía.

—¿Qué horas... son?...—repitió con la misma solemnidad y con la voz suplicante de uno que va á morir, pero con el acento más confuso, como si fuese la respiración de un asmático.

Aun hubo un instante de silencio, y luego, como si Dios se encargase de darle la respuesta que los hombres no podían, se oyó el martillo de un reloj cercano....

El herido, aunque le faltaba el aliento, lo suspendió con infinitas angustias, para contar las campanadas, que llegaban distintas á sus oídos, aunque tristes como una cosa que se oye por última vez....

—¡Las diez!—pronunció muy bajo Rafael.

Una palidez verde se extendió instantáneamente por la fisonomía del herido; los ojos le brillaron forfóricamente un momento y se le hundieron; gotas de sudor brotaron de su frente, los cabellos se le erizaron; alzó las manos extendidas....

—¡Las diez!—repitió convulsivamente, con un acento tan sordo y tan terroroso, que hacía huir al alma de su asiento.

Un velo corrió por los ojos de Rafael.....

Cuando los volvió á abrir, retrocedió ante la expresión de helado terror que tenía el rostro del herido.

Luego se acercó, lo tocó: estaba frío y rígido; lo miró: tenía los labios abiertos y blancos, la nariz afilada y transparente, los párpados alzados, y el globo del ojo fijo, vidrioso, espantado... el color del rostro amarillo.....

Había muerto. ....

Rafael se retiró silencioso y grave, á largos pasos, y el eco de la sala, y la mirada de los enfermos le dieron miedo.

Ya al salir de la sala tropezó con un "enfermero" y se detuvo, porque sintió ese misterioso aviso del corazón, que anuncia algo.

Dos mozos desnudaron brutalmente al cadáver, dejándolo enteramente descubierto y á la vista de todos sobre su cama.

Luego, riendo, chaneando brutalmente, sin conciencia, sin piedad, empezaron á ensayar su "ciencia," dando palmadas sobre el estómago, sobre el pecho y otras partes del cadáver, que resonaba de un modo frío, particular, indefinible... y á hablar de lo bueno que estaba el cadáver para la "preparación" de la cátedra de anatomía.

Y por último salieron á traer las "parihuelas."

Rafael pensó en la tristísima y funesta impresión que esta escena brutal debía producir en los enfermos..... ¿Ni aun se les ocultaba el triste y desgraciado fin de sus cadáveres?

Entonces, lleno de melancolía, fué á donde el último estaba, para darle el postrer adiós.

¿Quién podrá mirar indiferente un cadáver?

Rafael cruzó los brazos, y su mirada se perdió sobre el rostro del cadáver.

Repentinamente sintió que le tomaban una mano... si hubiera podido, hubiera gritado.

Era uno de los mozos, á quien no había visto, que le daba una cartera sucia y abultada, que tomó maquinalmente, porque después de un susto permanecemos estúpidos por un momento, como si las fibras, hondamente conmovidas, no pudieran recibir por el pronto nueva impresión. La filantropía del siglo llegaba hasta allí. Los mozos, para evitar que las prendas que el muerto poseía fueran á engordar los arcones de los superiores, con notable escándalo de la civilización, se las repartían entre sí, excepto la cartera, que, como de ninguna utilidad la consideraban, la daban al "leído" practicante....

No eran muy lerdos, pues este último miró en el dedo de uno de ellos un anillo delgado de oro, con un rubí... y en las manos de otro un relicario dorado, que contenía un rizo de cabellos de mujer, negros, suaves y perfumados, que fueron arrojados al suelo.



Rafael no movió los labios, pero alzó con tristeza el rizo despreciado.....

Algunos momentos después, el cadáver estaba en el anfiteatro, los mozos solazándose, y Rafael en su cuarto repasando en su mente las diversas escenas del lúgubre drama de que había sido testigo.....

Después de haber visto al sol, nos queda en la retina una sombra; después de haber sido testigos ó actores de una escena fuerte, el recuerdo que por el pronto nos queda de ella, nos parece el de un sueño.

Rafael se encontraba en este estado, y á pesar de ser una cosa común y que sucede cada día la que había visto, no hubiera dado crédito á su memoria, á no tener entre sus manos la vieja cartera y el negro rizo de pelo.

Pero estos objetos le llenaban de curiosidad; la cartera era grande y contenía una multitud de papeles y algunos objetos sólidos; el rizo de cabellos era de una extraordinaria finura, y el olor que despedía era ese olor vago, indeterminado, pero suave y agradable, que desprende el cabello de toda mujer hermosa y bien educada.....

Luego, la fisonomía del herido no correspondía á su traje, que era humilde.

Entonces recordó Rafael otras circunstancias, que antes había pasado por alto.

¿Quién trajo al herido? ¿De dónde lo habían recogido?

Nada dijeron los conductores, y á lo que parece, ni aun el nombre sabían. En el hospital lo recibieron porque traían una orden del regidor del cuartel; pero éste nada decía tampoco, ni lo encargaba como preso....

Todas estas circunstancias despertaron la curiosidad de Rafael.... Pero en seguida pensó en tristeza, que tal vez este herido lo había sido en alguna calle, en alguna de las frecuentes rieras que día á día había con los americanos, y el regidor lo había mandado al hospital por pronta providencia, no sabiendo su morada ni su nombre....

Pero, volvió á reflexionar el practicante: si así hubiera sido, algo habría dicho antes de morir, y por el contrario, sus palabras habrían sido tristes y misteriosas....

Nada hay más fuerte que la curiosidad. Rafael resistía apenas al deseo de abrir la cartera que tenía entre las manos, y que probablemente le haría conocer á un hombre que, sin saber por qué, tanto le había interesado.

Pero la cartera es el objeto más sagrado del hombre, porque es el santuario donde deposita sus secretos, acaso su honor.... y abrirla, aunque fuera la de un cadáver, era cometer una violación, un crimen, un sacrilegio....

Rafael daba vueltas á la que tenía en la ma-

no, desesperado porque el rizo nada cierto le revelaba, cuando notó cosa de ocho líneas, escritas muy mal y con lápiz, en uno de los lados donde la badana estaba lisa y limpia.

Leer aquellas líneas, pensó él, no era gran indiscreción, porque estaban, por decirlo así, públicas; se acercó, pues, á la delgada vela que había, y leyó:

"Indudablemente voy á morir: el corazón ja-  
"más engaña.... ¡Morir! Dios mío... ¡cuanto  
"mi presencia es tan necesaria! A aquel que  
"recoja mi cadáver, por el amor que su madre  
"le tuvo, le ruego lea todo lo que hay escrito  
"en esta abultada cartera. Tal vez Dios hará  
"que caiga en manos de uno para quien salvar  
"á los oprimidos no sea un vano pensamiento.  
"Pero si teme comprometerse acaso por inte-  
"reses ajenos.... ¡Oh! ¡no!  
"hágase tu voluntad... Entonces, que no lean  
"estos papeles; que no conozcan al menos se-  
"cretos y debilidades, que Dios sabrá por qué  
"oculta.

"Octubre, 13 de 1847.—A las diez de la mañana.  
"¡Siempre las diez!"

Rafael quedó inmóvil: aun cuando se le hu-  
"biera prohibido la lectura, no habría podido re-  
"sistir más, porque aquellos renglones envolvían  
"una historia de muerte... ¡Luego, esa espe-  
"cie de venganza legada contra la sociedad ente-  
"ra, acaso inflamó su sangre de joven.... y no  
"pudo resistir hasta el día siguiente!

¡Algo de solemne había en esa lectura hecha  
"en medio del silencio de la noche!... El prac-  
"ticante se recogió un momento, porque el co-  
"razón le palpitaba de un modo extraordinario,  
"tal vez como si fuese un presentimiento.

En seguida, con una especie de respeto su-  
"persticioso, abrió la cartera y comenzó á leer  
"la primera página suelta....



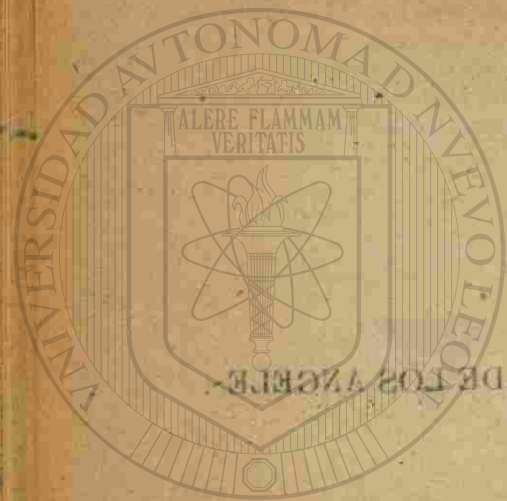


HERMANA DE LOS ANGELES.  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



### HERMANA DE LOS ANGELES.

La naturaleza, ha dicho Zimmermann, nos parece triste y desolada cuando nuestro corazón está comprimido por algún pesar: por esta razón, los últimos rayos del sol del martes 13 de noviembre de 1849, que teñían de oro las torres de México y daban vida y animación al campo, parecían pálidos, opacos y fúnebres á las personas que en aquel momento se hallaban reunidas en la recámara de una de las casas de la calle de San Juan, cuya ventana tenía vista hacia el Occidente.

Eran una joven y dos hombres, quienes, desde luego se conocía, formaban una sola familia.

La primera se hallaba reclinada en un sillón



cerca de la ventana era una muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, pero descolorida y lánguida como las flores del invierno. Estaba vestida de muselina blanca, y tenía la cabeza caída sobre el pecho. Todo en ella revelaba una pena profunda, uno de esos dolores latentes que devoran el alma.

En cuanto á los demás personajes, el uno yacía tendido en una cama que estaba en el fondo de la pieza, y el otro parecía velar á sus pies. Aquél medio cubierto por las sábanas, dormía con un sueño agitado y febril; el último, sumergido en uno de esos éxtasis que elevan á las almas hasta la unión, tenía clavada la vista, con una especie de arrobamiento y beatitud, en la joven que estaba junto á la ventana.

Reinaba un silencio profundo, y el tiempo se deslizaba sin hacer sentir sus horas.

El postrer rayo del sol al ocultarse ya tras los montes, iluminaba la recámará con una finta rosada como el reflejo lejano de un incendio. La joven, cuya cabeza se encontró de pronto bañada con aquella atmósfera de oro y grana, hizo entonces un movimiento volviendo en sí; fijó su vista en los cristales de la ventana, y al cabo de un momento murmuró, como hablando consigo misma, con esa voz que también parece exhalararse cual un perfume, del corazón, que salir de los labios:

—¡Qué tarde tan triste, Dios mío!

Estas palabras, dejadas caer casi involunta-

riamente en medio del silencio, produjeron un efecto inesperado.

El hombre que estaba sentado en los pies de la cama se estremeció, y repitió suspirando:

—¡Muy triste....!

El que dormía se enderezó repentinamente; tendió hacia adelante las manos, cual si buscara con angustia alguna cosa, y gritó con un acento breve, seco y nervioso:

—¿En dónde estoy?

La muchacha se levantó como movida por un resorte; y el joven, que la miraba cual se contempla á una imagen, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancar de ella su vista y tomarla hacia el enfermo, que había vuelto á dejarse caer sobre la cama.

La muchacha, vestida de blanco, vino á arrojarse junto al lecho: tomó entre sus manos las del enfermo, ardientes y reseca, y acercando su rostro al de éste, le decía con una voz llena de amor y de ternura:

—¡Manuel! ¡Manuel mío! ¿dónde has de estar, sino al lado de los que te aman?

Conmovidó por aquel acento de armoniosa dulzura, volvió á enderezarse el enfermo. En seguida oprimió las manos de la joven sobre su corazón, que latía como si quisiera hacer pedazos el pecho que lo encerraba; y cual si tratase de convencerse á sí propio con el acento de su misma voz, exclamó:

—¡No es verdad, Rafaelita, que todo ha sido un sueño....? ¡Oh! sí, ¡un sueño horrible....!

Rafaelita nada respondió; y el joven, que no había podido ver al enfermo sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, se levantó del lugar donde estaba sentado.

Al oír el enfermo el ruido de los pasos, volvió la cabeza y dijo:

—¿Eres tú, Lorenzo?

Lorenzo se detuvo, y solamente contestó con voz apagada este monosílabo:

—Sí.

—¡Cuánto he sufrido!, prosiguió Manuel. Si supieras, hermano mío, lo que siento aquí parece que el corazón se me hace pedazos y me ahoga...

Y volvió á caer fatigado sobre sus almohadas.

El sol, en esto, se había ocultado enteramente; ya no quedaba en el horizonte más que una zona amarillenta y sin brillo, y en la pieza no había otra luz que esa débil y moribunda claridad del crepúsculo, que parece confundir los objetos, borrando suavemente sus contornos.

—¡Pobre hermano mío!, murmuró Lorenzo acercándose al enfermo y dejando caer sobre él una de esas miradas en las cuales la compasión infunde no sé qué claridad benéfica. ¡Pobre hermano mío! Quiera Dios volver á tu corazón la calma, y borrar esas ideas fatales que tanto mal nos hacen á todos...

Y luego, volviéndose á Rafaelita, que había quedado arrodillada junto á la cama, añadió, no sin alguna alteración en su voz:

—No esté Ud. triste, ni pierda la esperanza. ¿Cree Ud. posible, Rafaelita, que pueda tener fin el amor verdadero y espiritual? ¡Ay, no! para las almas que han probado esa fruición anticipada de la beatitud celeste, amar es vivir... Por un momento puede enturbiarse su dicha, como se nubla la luz del sol, porque estamos en el mundo; pero después es preciso, es indispensable que el corazón extraviado venga á implorar su perdón... Las almas que Dios ha creado la una para la otra, cuando por ventura se han reunido en esta tierra, no se divorcian nunca: sufren, padecen, lloran, porque el Señor quiere que se perfeccionen, y el dolor es una escuela de purificación; mas no se olvidan, porque esto sería degenerar, sería apartarse de Dios, (1) sería hasta perder la noción instintiva que tenemos de El, porque ¿qué es el amor, sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una vaga reminiscencia, una imagen lejana de su belleza impresa en nuestros corazones?... (2) ¡Oh! no; ¿qué sería de la humanidad, qué sería del alma, si también ese amor purísimo, ese amor santo y celeste fuera precedido como las necesidades y las pasiones de la tierra?... ¿qué significaba entonces esa facultad, ese anhelo de amar del espíritu, que no encontraría sino objetos imperfectos y limitados?... Amar es elevarse á la

(1) San Juan, Epíst. 5 Cap. IV, v. 8 y 16.

(2) Mr. Jules Simon, Etude sur Espinoza.



perfección; es sacudir los lazos de esta cárcel que sujeta nuestro espíritu; es hacer ofrenda de esta vida, para elevarse por medio de la contemplación hasta la unión estática: las almas más privilegiadas del Señor han sido las que han amado más; son aquellas en que Dios reverbera, como en un espejo purísimo; aquellas que primero reciben la luz, como las montañas encumbradas que dominan un valle... Sin este amor perfecto, sería imposible comprender el destino del hombre en el mundo; sin este amor, que exalta nuestras facultades, que purifica nuestras ideas, que absorbe nuestra alma en Dios, que la atrae, como dice la mártir del amor divino, "á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y sube la nube al cielo, y llévalos consigo;" (1) sin este amor, Rafaelita, sería imposible la inmortalidad del alma, y la religión un absurdo; porque la misma fe, la poderosa fe, ¿qué otra cosa es sino un acto, un éxtasis, "una creencia por amor?" (2) No, no, hermana mía, el Señor no separa lo que ha unido.... Entre Ud. y Manuel puede elevarse por un instante una sombra, pero no desvanecerse el amor casto y radiante que une sus almas....

—Gracias, hermano, gracias, respondió Rafaelita enjugando las lágrimas que corrían de sus ojos: esas palabras me consuelan y me dan

(1) Santa Teresa de Jesús. libro de su vida, cap. XX.<sup>o</sup>

(2) Joseph du Maistre, du Pape, lib. I, cap. I.

valor.... Es cierto; yo no tendré términos para explicarme; pero mi corazón siente lo que Ud. dice: ¡amar al escogido de mi alma, es como hacer oración á Dios!.... Y perder su amor sería morir. ¡Sí! ¡sí! ¿cómo podría vivir mi alma, huérfana y hecha pedazos....?

—¡Morir!, respondió tristemente Lorenzo. No, Rafaelita, no piense Ud. en eso, cuando ha hallado el alma compañera de la suya.... Los que deben anhelar la muerte, pedirla al cielo como un bien, son esos seres solitarios que Dios echa al mundo para que conquisten una corona de martirio.... esos seres que sin una hermana entre todas las almas, no pueden resistir esa que turbar á los que se aman... y consumir en el silencio y la soledad los tesoros de amor con que había sido dotado su corazón.

Estas últimas palabras quedaron ahogadas entre los sollozos.

Después Lorenzo se apresuró á decir, como para dar un giro nuevo á sus ideas:

—¡Rafaelita, Rafaelita, Manuel padece demasiado.... está enfermo del corazón, y sólo Ud. puede consolarlo.... ámele Ud. mucho, muchísimo....! ¡Está en un peligro mortal, en que el amor tan sólo con sus fuerzas sublimes puede salvarlo!....

La muchacha se volvió hacia el enfermo, que permanecía detargado; acercó su rostro al suyo, clavó sus ojos grandes y expresivos en la frente de éste, como si quisiera adormecer sus dolores por medio de ese encanto magnético

que posee la mujer amada, y se confundió la respiración de ambos por algún tiempo. Manuel fué despertando, como la naturaleza cuando viene la luz del día... Fué aquél un momento de felicidad silenciosa, indescriptible, de esa beatitud sin crisis ni convulsiones, que anega el corazón en un mar de delicias. El aliento, la vida íntima, por decirlo así, del uno, se infiltraba en el pecho del otro, como ese ambiente de la mañana que infunde la salud: era la comunión de dos almas que se exhalan y se reflejan la una en la otra, confundándose en un arrobamiento de amor, que gozan más bien con la dicha que dan, que con la que reciben....

Por una especie de fascinación se detuvo Lorenzo á contemplar aquella escena, pero no pudo resistir por mucho tiempo á cierto malestar extraño é inusitado, y se retiró hasta la ventana, murmurando con una voz llena de sentimiento:

—¡Oh! ¡más vale morir!....

Manuel y Rafaelita, envueltos en ese fluido amoroso que aisla á los amantes del universo entero, oyeron aquella triste exclamación, pero sin comprender casi su sentido.

Ambos aspiraban con delicia ese beleño que laxa las fuerzas; y sin embargo, cuando más arrobado parecía Manuel, un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, y su frente se ponía alternativamente pálida y encendida.

Rafaelita decía entonces, acariciándole los

tabellos con las manos, como se hace con el niño:

—Desecha, amor mío, desecha esa pena. ¿no ves que te hace tanto mal? ¡ay! y á mí también. ¡Si supieras cuánto he llorado de anoche acá....! Pero ¿no es cierto que soy una loca? Cuando yo te amo tanto, ¿querrías tú dejar de amarme?....

Estas palabras, que repetidas parecen frías y secas, tenían en aquel momento, animadas por la vibración del alma de Rafaelita, perfumadas con el aliento de sus labios, una dulzura infinita, una ternura, una seducción irresistibles.

Manuel las escuchó como se oye una armonía celestial, é iba á responder, cuando repentinamente, como quien se estrella en un obstáculo imprevisto, retrocedió prorrumpiendo en un juramento.

Rafaelita, que había presentado otra respuesta más en consonancia con su corazón, se quedó inmóvil de sorpresa, sin voz ni aliento: al fin brotaron de sus ojos dos lágrimas, y se dejó caer gimiendo con profunda desesperación, con esa voz que rasga las fibras del pecho:

—¡Oh, Dios Santo, es verdad! ¡ya no me ama...! ¡ya no me ama...!

Por una impulsión tan rápida cuanto involuntaria, se precipitó Lorenzo hacia la muchacha; pero antes de llegar á ella vaciló un momento, como si hubiera un combate entre sus



sentimientos; alzó los ojos al cielo cual si buscara una inspiración, y al último, haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, salió lentamente de la pieza. Hay momentos en que el hombre mejor dotado se siente al borde de un precipicio, y conoce que un paso, un solo movimiento le harían perder el imperio de sí mismo y precipitarse.

Manuel sintió que el corazón se le desgarraba con aquel grito de dolor. Echóse en cara su crueldad con toda la exaltación de su carácter, y pasando en un instante de un extremo á otro, decía llorando á Rafaelita:

—¡Que no te amo....! ¡Oh! no digas eso, por Dios. ¡Si tú eres la luz de mi alma....! Y, ¿cómo no he de amarte, si eres el único ser que tiene compasión de mí...? ¡si tú sola no tienes de mis dolores, pobre ciego....! ¿Amarte? es poco. Te adoro... quisiera poderte colocar sobre mi corazón y guardarte en mi pecho como en un santuario....! Pero ¡Dios mío!, añadió, ¿cómo puedo ser yo digno del amor de ese ángel, cuando mi corazón es tan imperfecto y le falta luz, como falta á mis ojos....?

Calló Manuel, y durante algunos segundos se restregó convulsivamente con ambas manos sus ojos, muertos é insensibles á la luz.

—¡Ciego! ciego!, murmuraba sordamente con esa voz que anuncia el delirio: ¿qué sería de mí en este estado, sin tu amor....? ¿No sabes que ser ciego es ser esclavo; es no poder dar un paso sin auxilio extraño; caer si la mano

que nos sostiene se retira un punto...? ¡Amame! ¡ámame....! ¡Cuando pienso que podrías dejar de amarme, me parece que se retira esa misteriosa claridad que alumbra mi alma....! Pero, ¿por qué está mi corazón turbado? ¿por qué pierde ahora su ciega confianza? ¿será que me amas menos que antes....?

—¡Amarte menos!, repitió la joven; y pensó en lo más íntimo de su mente: ¡El sí ha dejado de amarme, ó su corazón degenera! El amor es un acto de fe... y la fe ya no existe desde que la duda empieza á asomar....! Pero yo también, ¿qué tengo hoy que dudo? ¿Es posible que tan pronto caiga el corazón en sus errores y su debilidad, desde que el amor que lo exaltaba se turba....?

Manuel apartó de sí las manos suaves y delicadas de Rafaelita, y se levantó. Su figura elevada y robusta tenía un no sé qué de terrible y lúgubre en medio de las sombras. La sangre se había agolpado á su cabeza, y el delirio hacía cruzar y sucederse sin dilación los pensamientos en su cerebro, como los relámpagos en un cielo sombrío y tempestuoso.

—¡Qué noche la de ayer!, continuó el ciego después de un rato de silencio: hasta los más leves sucesos han quedado grabados en mi memoria....! ¡Cómo aborrezco á esa multitud bulliciosa que pasa junto á mí burlándose de mí que no puedo verla....! ¡Cómo quisiera hundirlos en la hiel que rebosa mi alma cuando me exigen que coopere con mi violín á sus placeres!

tes, que encienda en sus corazones fríos y muertos el amor, con la armonía de mis composiciones... ¡Oh! ¡cuán injustamente está repartida la dicha! ¡qué felices son ellos! pueden contemplar el rostro de la mujer que aman, mientras que yo... yo jamás pude mirarlo...!

Rafaelita contempló admirada al ciego al escuchar un lenguaje tan nuevo y extraño en sus labios. Manuel se detuvo un momento llorando; luego prosiguió huyendo con la incoherencia del delirio, sus pensamientos que parecían tan diversos los unos de los otros, como lo parecen los picos de las montañas cuando los ilumina el relámpago y no se percibe la cadena que los liga.

—¡Qué encanto desconocido tiene su voz! ¡la oigo todavía...! ¡Silencio! silencio: los latidos de mi corazón no me dejarán oírle.

Y después de un nuevo instante de recogimiento, durante el cual parecía haber prestado profunda atención á la voz que se repercutía por decirlo así, en su mente, exclamó con uno de esos arranques que hacen vibrar el corazón:

—¡Señor! ¡Señor! ¡un rayo de tu luz...! quiero ver á esa mujer cuya acenta es tan poderosa que embriaga el alma.

El ciego dió un paso, y tropezó con Rafaelita que había lanzado un grito y no tenía fuerzas para moverse, muerta de dolor al escuchar en las palabras de Manuel la continuación de lo que más temía.

—¿Quién eres tú?, preguntó él sacudiéndola violentamente con esa acción convulsiva de la fiebre.

La pobre muchacha no pudo contestar: tenía la garganta anudada con los sollozos.

Manuel la empujó con una especie de espanto; después, todo en un momento, se adelantó hacia ella como atraído, y volvió luego á retroceder.

Al fin se detuvo, exclamando con angustia, como si implorase á las dos fuerzas contrarias que lo agitaban y lo atraían:

—¡Dolores...! ¡Rafaelita...! Pero esto es estar loco, Dios mío...! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazón con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, mientras que Rafaelita oprimía sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.



®

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE  
 DIRECCIÓN GENERAL DE ADMINISTRACIÓN



hallamos que se nota en las vírgenes que  
 de los templos heróicos del cristianismo. En  
 tanto que en la escultura bien formada, o sea  
 una perfecta escultura en que Dios se re-  
 presenta como se refleja el firmamento en un lago  
 tranquilo, y como sus ojos misteriosos, serenos y  
 melancólicos, miran el dolor y la desesperación  
 de una raza de carne, y se elevan hacia el cielo  
 como de una escultura larga y serena, de una  
 forma un tanto de resaca y de melancolía.  
 con una forma de una escultura.

Para ella, Rafaelita, estaba en un edad en que  
 la vida comienza a ser una y la realidad.  
**Rafaelita, la muchacha á quien acabamos de  
 conocer, era una de esas mujeres de las que el  
 mundo dice, al verlas de lejos: ¡es lindísima!  
 pero los que la trataban de cerca, los que po-  
 dían apreciar las cualidades de que estaba do-  
 tada, exclamaban: ¡es un ángel!**

Era de cuerpo mediano, pero bastante delga-  
 do; de una de esas constituciones nerviosas y  
 excitables, que parecen muy débiles, y que, sin  
 embargo, tienen una fuerza asombrosa para  
 sufrir; seres semejantes á la caña, que un leve  
 soplo doblégala y que no troncha el huracán:  
 criaturas delicadas, naturalezas de ángel, "an-  
 gelificata caro," ¡mujeres, en fin, á quienes es  
 imposible ver sin adorarlas!  
 Su rostro, perfectamente ovalado, tenía cier-

la expresión enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacían en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heroicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y meditabundos, tenían el color y la transparencia de una gota de café, y se adormecían bajo la sombra de una pestaña larga y sedosa, derramando un tinte de recogimiento y de meditación sobre todas las demás facciones.

Parecía hallarse todavía en esa edad en que la mujer conserva el perfume y la sensibilidad virginal de los primeros días de la adolescencia: al verla bajar tímida sus lindos ojos, y colorearse levemente sus pálidas mejillas, cualquiera la habría tomado por una niña que salía del convento. Sin embargo, contemplando su rostro, se percibían en él esa benevolencia maternal y grave, esa dulzura celeste, esa paciencia incansable que iluminan las facciones de las Hermanas de la Caridad, y que son la aureola de la buena esposa: ángel custodio que Dios, en una hora de bondad, concedió al hombre para que lo consolara en sus horas de sufrimiento, para que lo sostenga cuando vacila y para que por medio del amor lo rescate para el cielo!

Su actitud era muelle y lánguida y su paso

grave, cadencioso y leve, como si sus pies diminutos y torneados apenas tocaran el suelo; todos sus movimientos tenían impreso un carácter de gracia y de reflexión particulares.

La historia de Rafaelita está de tal manera enlazada con la de Manuel, que sería imposible separarlas. La amistad, la simpatía y el amor forman lazos tan estrechos entre dos almas, que las confunden, y logran que desde este mundo la una viva de la otra.

Manuel fué el hijo único de uno de aquellos hombres del campo, toscos y rudos, que aparecieron cuando la insurrección; hombres que, bajo un exterior áspero, ocultaban un corazón noble y caballeresco, un carácter leal y firme, un valor incontrastable y una fe profunda. Este hombre tenía un amigo de la infancia, que fué el padre de Rafaelita. Vivían unidos como hermanos, con esa amistad que llega á convertirse en un lazo de sangre, y se querían de tal modo, que cuando el primero se casó, el segundo formó la resolución de hacer lo mismo para que entre sus hijos sobreviviera y continuase su fraternidad.

Manuel nació el año de 1823, cuando su padre, después de la consumación de la independencia y en los días de la abdicación de Iturbide, no aspirando á empleos ni recompensas, se había retirado á una hacienda del interior á reparar los descabros de su fortuna.

Siete años después, el de 1830, vino al mundo Rafaelita, pero heredando una de esas ec-



fermedades orgánicas del corazón, que si bien aceleran y duplican la sensibilidad, son el germen de una muerte prematura. Su nacimiento costó la vida á su madre, que sucumbió como esas plantas á las cuales sólo es dado producir una flor.

Los dos niños crecieron como hermanos, arrullados por el amor de la madre de Manuel, que no hacía distinción entre ellos. Desde entonces se confundieron sus destinos como los riuicuelos que mezclan sus aguas y no forman mas que uno solo. Desde entonces también sus padres le pidieron á Dios que no los separase nunca.

El año de 1836 murió el padre de Rafaelita en los brazos de su amigo, y desde este momento, puede decirse con exactitud, comenzó á declinar para aquella familia el sol de la felicidad.

Al año siguiente cayó enfermo Manuel de una erisipela en la cabeza, que durante muchos días hizo desesperar de su vida. ¡Hubierais visto entonces á aquel rudo campesino dar pruebas de sensibilidad tan exquisita! ¡no separarse por un momento, ni de día ni de noche, de la cabecera de su hijo...! Al fin salió Manuel del peligro; pero por un error fatal en la curación, quedó completamente ciego!

Este último golpe fué terrible para el padre. Esas naturalezas fuertes, que no tienen flexibilidad para doblegarse al sufrimiento, reciben

de lleno los golpes en el corazón, y sucumben hechas pedazos, como el acero. ¡A principios de 1838 Manuel quedó huérfano!

Cuando al referir en breves líneas la historia de una existencia, hay que amontonar desgracia sobre desgracia, la mente se resiste á creer que pueda haber suerte tan cruda; pero que cada cual apele á sus propios recuerdos, y no creo haya quien dude después de este examen. ¿Quién no tiene en su pasado días negros que se suceden y se relacionan; larga cadena de dolor que arrastramos en la vida? Por el contrario, ¡cuánto distan frecuentemente de la realidad las más exageradas novelas! ¡Cuántas historias hay ocultas en el interior de las familias, que se pierden entre Dios y el alma, que sobrepasarían á todo lo que se ha escrito si llegaran á revelarse algún día!

Durante los primeros meses de su viudedad, la madre, en cuyo corazón había ido atesorándose todo el amor que antes estaba repartido entre los miembros de la familia, empleó cuantos recursos eran posibles para volverle la vista á su hijo. Arrastrada al último por una de esas esperanzas imposibles, como sólo puede alimentarse ya una madre, se vino á México para apelar á todos los recursos de la ciencia. Pero la ciencia no hizo más que decir á Manuel con su voz fría, inflexible y severa: ¡Adiós ilusiones! ¡ya no hay luz para ti en el mundo.....!

¡Horrible sentencia! Hay dolores contusos

que no tienen siquiera el alivio de las lágrimas; dolores silenciosos y sombríos que se concentran en el corazón y lo sofocan...

Manuel, que á los quince años se veía de esta manera condenado á perpetua obscuridad, perdió hasta el último resto de energía y cayó en el más completo desaliento, esa enfermedad mortal del alma que destruye hasta los deseos, que nos deja impotentes y sin voluntad de detenernos en la pendiente de nuestra ruina...

¡Todo parecía concluído para el pobre ciego, todo! Pero ahí donde terminaba el esfuerzo humano, Dios, que no abandona á los que sufren, ponía el amor; ¡el amor, esa luz, emanación de la Divina Esencia, que señala á las almas el camino de la vida...

Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la misión á que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fue su apoyo, la "luz de sus ojos," para servirnos de una de las expresiones de éste. Puede decirse que sólo para él vivía, sólo para él respiraba; y nunca, aun en las horas de más negra melancolía, lanzó el ciego un suspiro que no lo recogiera su hermana.

Rafaelita era una de esas criaturas que el infortunio hace desarrollar muy temprano: para ella no hubo infancia, esa edad de risa y juegos en que todo es de oro y grana para los niños. Desde el momento casi de formarse su razón, tuvo que olvidarse de sí propia para consagrarse á consolar y aliviar al que veía su-

frir á su lado; era un ángel alimentado con lágrimas y creado para el amor.

Educada bajo la amorosa é incesante vigilancia de la madre, su corazón se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que más tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones. Cuando el alma permanece de esta manera virgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imagen de la belleza esencial, grabada en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfección, (1) y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hacia el Creador, y que la obliga á concentrarse en sí misma y elevarse más allá del mundo de los sentidos para gozar anticipadamente de la dicha que la espera. Tal era, en resumen, el fondo ó el carácter de Rafaelita: una mujer sencilla, criada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos é instintos tendían á elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religión, para ella no era obra de la razón, era un sentimiento de amor natural, reflexivo, espontáneo: amaba á Dios, no porque era Dios y le había dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque había en su corazón una especie de apego, de afición, de tendencia, de parentesco, no sé cómo, ex-

(1) Platón, in Phodr. Cicerón, I de Leg. (1)



presarme—hacia ese Sér infinito, del cual provenía y hacia el cual se sentía atraída como por una vorágine. Era la religión de uno de esos corazones ignorantes y amorosos, para los cuales, como dice San Agustín, orar es espirar (1) corazones llenos de fe, que se ignoran á sí mismos, y que Dios debe acaso preferir, porque son como unos diamantes purísimos que absorben y concentran en sí, como en un foco, los rayos del amor divino y lo esparcen entorno suyo sin mezcla ni sombras, como una irradiación luminosa.

Si no hubiera sido por Rafaelita, fuerza es repetirlo para que se comprendan los tesoros de amor que encerraba su alma; tal vez habría sucumbido Manuel al peso de su dolor. Pero la niña, sin comprender todavía la santidad de su papel, instintivamente, por sólo el presentimiento, la tendencia de su corazón de mujer, se consagró con toda su alma al pobre ciego, hallando palabras de consuelo, atenciones delicadas para reanimar su valor é infundirle la resignación, ese heroísmo del sufrimiento.

Absorta en tan piadoso ejercicio creció Rafaelita. ¿No os parece que esta excitación perpetua de su alma, debía influir poderosamente en su organización física y moral? ¿No creéis que la concentración de sus facultades debía disipar más temprano las sombras de la infancia en que yacía adormecido su corazón? Y

(1) Orare spirare. San Agustín. De Civit. Dei.

éste, ¿no era natural que se ensanchara, como la retina del ojo cuando la hiere de lleno la luz? . . . . .; Así fué; y desde muy tierna había en su fisonomía, siempre pálida, cierto aire de gravedad y de meditación que la distinguía entre las demás niñas; es que las otras desparramaban en torno suyo, pródiga é inútilmente, la vida, mientras que ella la concentraba en su corazón para elaborar los tesoros de amor de que se alimentaba su alma! es que las otras se extendían sobre la tierra, como esas plantas muy frondosas que gozan de la naturaleza; mientras que ella, erguida y solitaria, se elevaba buscando la luz y el aire puro!

De esta manera había llegado á adquirir un aire de ascetismo que parecía desprenderla de la tierra. Esas criaturas que concentran sus facultades morales en un solo punto, logran al fin aislarse de cuanto las rodea, é imprimen en su naturaleza el sello de su pensamiento. Al verlas se diría que son seres cuya carne tiene algo de etéreo, que se sostienen en el aire "sicut virgula fumí," que sólo aguardan el momento de elevarse hacia donde el alma se siente atraída, como un perfume visible, como un rayo de luz encarnado! . . . . .

Concentradas de semejante manera las facultades del alma en un solo punto, adquieren, es cierto, mayor potencia y claridad, como los rayos de la luz reunidos en un foco, pero aceleran la vida animal, hacen "vivir mucho

en poco tiempo, y consumen el cuerpo como una lámpara que arde toda á la vez. (1) Esta es la causa de esa madurez precoz que se advierte en las personas consagradas al culto interno del alma.

Yo creo, y la ciencia lo confirma, que el cuerpo sigue hasta cierto punto las leyes de perfección á que está sometida el alma. ¿No habéis reflexionado alguna vez en que hay una escala ascendente en la organización animal? ¿No convenís en que entre los mismos hombres se nota cierta diferencia: linfáticos, sanguíneos, nerviosos; (2) los unos torpes, pesados, lentos; los otros ardorosos, impresionables y delicados, como si su carne hubiese ido depurándose de malas las partículas pesadas, acuosas y corruptibles que contiene la carne de esos hombres que vemos crecer y vegetar inclinados hacia la tierra como una planta, aquéllos necesitando alimentarse mucho para mantener su economía animal; éstos aspirando, con el rostro levantado al cielo, no sé qué fluido luminoso, impalpable, como si éste fuera el alimento principal de esas naturalezas espiritualizadas: "vescitur aura aetheria?"

(1) J. J. Virey. De la physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

(2) Prescindiendo de la diferencia que existe entre las diversas razas que forman la especie humana, yo creo, y las ciencias fisiológicas lo confirman, que hay entre los individuos de cada una de ellas cierta escala ascendente.

Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres, (1) ha dicho San Pablo.

Rafaelita había llegado al último grado de perfección; á aquel en que el mismo cuerpo se purifica y se eleva, por decirlo así, arrastrado por el alma.

Yo creo, repito, que así el alma como el cuerpo están sometidos á una serie de progresos y desarrollos que van elevando al hombre de esfera en esfera á medida que se perfecciona. ¿No es éste en realidad el efecto de lo que él llama ensancharse el círculo de las ideas?

La religión y la filosofía no pueden menos que estar de acuerdo en este pensamiento: ¿qué otra cosa es el mundo sino la escuela del alma, el lugar de la prueba, el extenso palenque en que aquélla conquista su corona de gloria ó sucumbe vencida? . . . . .

Rafaelita había llegado á adquirir una verdadera superioridad sobre Manuel: el ciego era fuerte, tenfa una inteligencia clara, viva y creadora; y nis embargo, al ver juntos á los dos jóvenes, se adivinaba que el alma de Rafaelita estaba más elevada que la de Manuel. Había entre ellas no sé qué luz, y aquélla la comunicaba á éste. ¿No es esa siempre la misión de la mujer? . . . El cielo, ha dicho madama de Krudner, para indemnizar á las muje-

(1) St. Paul, Epist. I ad Corinth, cap. XV, v. 40.



res de las injusticias de los hombres, les dió la facilidad de amar mejor.....

Yo creo que el alma de la mujer, así como su cuerpo, es más delicada, más fina, más bella, más espiritual que la del hombre.

Un escritor místico moderno (1) piensa que los ángeles y las mujeres se parecen en el rostro. ¿No habría más razón para decir que las mujeres son ángeles encarnados? Tertuliano, Orígenes, San Clemente y otros Santos Padres creen que los ángeles son seres corpóreos, bien que revestidos de una carne tan hermosa como sutil: San Hilario, Teodoro y otros, creen que los ángeles ocupan un lugar intermedio entre la tierra y el cielo.

¿La mujer! creada dentro del paraíso en un momento de ternura y de bondad, ¿no será cargarle la protección del hombre?... ¿No es un ángel á quien Dios llamó del cielo para en esta idea la que ha hecho pensar á los doctores de la Iglesia de la manera que hemos apuntado?....

Manuel y Rafaelita sabían vagamente, mejor dicho, presentían que estaban destinados el uno para el otro; pero nunca habían fijado en ello su atención. ¿Ni cómo era posible que un pen-

(1) Mr. Blanc Saint-Bonet. L'Unité spirituelle.

samiento de amor, tal como comunmente se imagina, hubiera desendido al alma de aquél, casi sofocada por el pesar y la inacción? Y sin embargo, la hora en que á la voz poderosa de la naturaleza, todo corazón despierta, no tardaba en llegar.

El ciego se había desarrollado completamente: era un joven alto, robusto y muy bien formado, cuyo pecho revelaba la fuerza y la energía. Su rostro era franco, movable y expresivo, sin que se le notara al primer momento la falta de la vista, porque tenía los ojos claros, aunque sin brillo ni transparencia. Su frente ancha y cruzada por gruesas venas que indicaban una complejión sanguínea, estaba coronada de abundantes cabellos negros, que armonizaban con una barba fina, pero espesa.

Manuel era fuerte como un atleta y candoroso como una doncella: tal era el resultado de la manera como había vivido. Protegido por el amor maternal, pero aislado de todo comercio exterior, sus sentidos y su imaginación se habían conservado enteramente vírgenes, sin desarrollar su sensibilidad ni malgastar el calor de su sangre. Era un niño con el corazón de un hombre.

Sería ciertamente un estudio curioso examinar uno á uno los padecimientos de aquel corazón enérgico, pero infantil, en el cual todo se grababa profundamente; analizar el entorpecimiento y atonía en que estuvo hundida su alma; y luego contemplar, cómo sin recobrar la

esperanza ni el consuelo, esa misma alma arrastrada por la fuerza que llamaríamos vital, comenzó poco á poco á existir para los sentimientos, aunque conservando siempre un resto de su inveterada melancolía, como el fondo obscuro de su carácter; pero esto nos conduciría más lejos de lo que nos proponemos.

Manuel había nacido con una organización eminentemente musical, que se reveló desde muy temprano con tanta franqueza y espontaneidad, que sus maestros quedaron asombrados de sus rápidos adelantos: es que ellos no hacían más que metodizar, dirigir, desarrollar lo que era un instinto, una necesidad para aquella naturaleza poética y fogosa. Pero desde que perdió la vista, no había vuelto á tomar en sus manos el violín, instrumento al cual profesaba una afición verdadera.

Tan completo abandono, porque la música era el alma de Manuel, tan profundo abatimiento, inquietaban á la madre.

El ciego se resistió por mucho tiempo á sus ruegos, porque temía los efectos de la armonía, porque él solo, que lo presentía, era capaz de apreciar la poderosa influencia que en toda su organización ejercía ese arte divino, al cual el cisne de Eisleben llamaba la primera ciencia después de la teología; mas como no hay alma, por fuerte que sea, que no se rinda al fin á la acción lenta pero eficaz de la súplica, Manuel volvió á tomar el instrumento favorito, y entonces descubrió que su alma no había muerto, que tenía un corazón dentro del pecho.

Este hallazgo produjo en él una revolución. Durante muchos días estuvo más silencioso y distraído que nunca; pero no era ya el marasmo del sufrimiento, sino la abstracción del genio que concentra sus fuerzas.

Una tarde, cuando la familia contemplaba la caída del sol, Manuel, que había permanecido largo tiempo apoyado sobre el hombro de Rafaelita, se retiró de pronto sin decir una sola palabra ni solicitar el apoyo de costumbre.

Pocos instantes después, las dos mujeres oyeron una cosa extraña cual nunca había llegado á sus oídos. Era una armonía sentida que parecía formada de gemidos y lágrimas; era esa música que se siente en el alma, como dice el Petrarca: "che nell'anima si sente!" era una cosa sobrenatural que pasaba con infinita suavidad y dulzura de acentos aéreos y vagos como los suspiros de la brisa nocturna, á ciertas notas voluptuosas y convulsivas como las confesiones de una virgen enamorada...

Sin decirse una palabra, sin comunicarse su pensamiento, la madre y Rafaelita se levantaron como fascinadas, y palpando, por decirlo así, el aire, para guiarse por los sonidos, llegaron á la pieza vecina.

Era Manuel, que con la frente apoyada sobre su violín como para infundirle su propia alma, no las sintió venir; Manuel, que al escuchar la voz de su madre que lo elogiaba llorando, se estremeció cual un sonámbulo á quien arrancan de su sueño.



Desde aquella tarde, el placer del ciego consistió en encerrarse en un cuarto para llorar con su violín. Semejante desahogo era para él una verdadera necesidad; y sin embargo, la música, perfeccionando, educando la sensibilidad de su sistema nervioso, hacía mayores sus dolores; pero el corazón es de esta manera: ¡a medida que siente mejor, quiere sentir más!

La música para Manuel no era ese arte que simplemente combina y arregla los sonidos; era la voz espontánea, de sus sentimientos, una verdadera inspiración. Era algo más todavía; una especie de poder mágico que lo elevaba y lo purificaba; que ensanchaba el círculo de sus ideas y de sus sensaciones, y lo hacía aspirar y presentir el supremo amor. "Finis musicae pulchri amor." (1)

Manuel se sentía poeta, y la música era su idioma; idioma fácil, flexible y expresivo en la medida que lo será la palabra. El ciego se había olvidado de las lecciones del arte; pero esto no servía sino para hacer más original su estilo, más vehemente, más natural: el violín en sus manos era su corazón que vibraba....!

(1) Aristid. pág. 130, edit. Meibom, cit. por el P. André. IV disc.

La madre tuvo una enfermedad de riesgo, y Manuel y Rafaelita velaron juntos á su cabecera durante muchas noches.

Nada acerca más los corazones como una desgracia común: los jóvenes, á quienes la enfermedad de la anciana tenía consternados, se comunicaron sus temores y sus esperanzas; y á pesar de haber vivido juntos, de necesitarse el uno al otro, de ser hermanos por el alma, puede decirse que hasta entonces fué cuando se conocieron realmente.

La madre sanó; y la amistad tan nueva como tierna que se había formado entre sus hijos subsistió. Rafaelita, que había llegado ya á esa edad en que las mujeres comienzan á percibir su misión, sentía un verdadero placer en consolar á Manuel; y éste, por su parte, gustaba de conversar con ella, no por lo que le decía, sino por oír el acento de su voz que tenía una armonía, un encanto indefinible para su alma. ¡Era la aurora del amor....!

Dios ha puesto en el corazón de sus criaturas leyes y necesidades que es preciso satisfacer; y la más dulce y santa, la más vehemente y pura de ellas, es el "Amor."

¡El amor, luz que ilumina, dice San Juan, á todo hombre que viene al mundo!

El amor, ley de progreso, ley de unión que liga á la creación entera y la atrae hacia el centro común que está en el cielo; ley de vida, porque el que no ama está en la muerte. (1)

(1) San Juan, epíst. I, cap. I.

¡El amor, sublime inquietud del alma, que se siente destinada á una felicidad desconocida, y de la cual tiene una idea indecisa como un recuerdo de otra época, como una promesa de inmortalidad, porque el amor no puede concebirse sin la eternidad!

¡El amor, germen divino que existe en las almas y las ayuda á salir del estado de embrión, atracción celeste, sol que ilumina la vida, anhelo, simpatía irresistible, que impele á las almas hermanas á buscarse para volar unidas á gozar de la beatitud eterna, misterio sacrosanto que se siente y no se explica....!

Más temprano ó más tarde, llega siempre un momento en que el corazón siente el influjo de esta ley.

¿Cómo podía ser que aquellos dos niños, creados el uno para el otro, no llegaran á amarse algún día? ¿Era creíble que cuando viniera para ellos la estación del amor, fueran á buscar lejos lo que tenían junto de sí? Y luego, ¿cómo habían de ir á buscar ese bien si no lo reconocían; si se amaban antes de saber que existía el amor:...?

¡Manuel y Rafaelita se amaban: no me pidáis que os analice el principio de este amor; buscadlo según vuestras opiniones en la necesidad de amar del corazón humano; atribuidlo á la soledad en que los jóvenes vivían, á la desgracia que con tan estrechos lazos los unía, al parentesco ó "cohesión" de las almas entre sí, ó tal vez á la simpatía de la sangre que cor-

ría por sus venas; lo cierto es que se amaban y que ese amor que existía desde el corazón de sus padres, desde el seno de Dios, comenzaba á desarrollarse como el árbol que ya existía en la semilla!

Entonces fué cuando empezó á despuntar entre ellos esa amistad que abre nuevos horizontes al pensamiento, que lo baña de una luz clarísima, que hace animarse todo en torno suyo, y que sacando á la mente del limitado espacio en que antes vegetara, la eleva de esfera en esfera, porque todo progreso es ascensional; esa amistad que regenera y fecunda nuestro sér, y que nos hace gozar de una especie de vida nueva....!

"La división del amor profano y el amor divino, ha dicho una mujer notable, (1) es en cierto modo una división falsa de la metafísica." En efecto, el amor, el verdadero amor no es ni puede ser más que de una sola especie.

El hombre ha sido creado para el cielo. "Nostra conversatio in coelis est," (2) De ahí viene y allá vuelve después que ha cumplido la revolución á que las almas como los planetas, están sometidas.

El alma es soplo, emanación del mismo Dios, (3) que contiene en sí el germen de su perfec-

(1) Carolina Coronado. Los Genios Gemelos; paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús

(2) Sancti Pauli, Epistolae ad Philippenses, cap. III, v. 20.

(3) Génesis, cap. II, v. 7.



cionamiento futuro, y que como un recuerdo del tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, como una promesa y un distintivo de familia, trae en el fondo de sí misma, como un espejo purísimo, una imagen, tipo de belleza ideal que siempre encontramos en nuestro corazón cuando la razón despierta.

Pero al alejarse de Dios, cual se debilitan los rayos de la luz, cuanto más se separan del cuerpo luminoso, las almas descienden y se debilitan. Es que el Señor en su justicia y misericordia infinitas ha querido que cada alma se libere por sí misma su dicha para que sea capaz de apreciarla.

El verdadero amor no es ese sentimiento á que el mundo da ese nombre, porque las almas no tienen sexo.

El alma es una unidad, pero en el mundo no está completa.

¿No os ha parecido siempre que no vivíais más que á medias, y que debíais de buscar fuera de vos alguna cosa que completase vuestra existencia?

¿No será formada "el alma" por el cruzamiento de dos rayos, como se produce la luz con el choque de dos corrientes eléctricas, emanados el uno del corazón, el otro de la mente de Dios; rayo de amor, rayo de inteligencia?

Y al descender al mundo, ¿no se separan los dos elementos? ¿no se dividirá el alma como una gota de agua en el espacio, conservando cada mitad sus cualidades? ¿no irá á buscar

cada una de ellas la cubierta correspondiente? Yo creo que Dios lo ha permitido así para que exista en el mundo entre las almas esa fuerza poderosa de atracción, de cohesión diremos, porque dos almas hermanas no hacen más que un todo.

¿Y no pensáis ahora que la mujer puede ser superior en corazón al hombre? ¿No es ella la que ha recibido el don del alma de amor, mientras que al hombre tocó el don del alma de inteligencia?

Ahora bien: ese tipo de belleza celeste y va go que hallamos en nuestro corazón, ¿no será por ventura la imagen de la otra mitad de nuestra alma, grabada en ese momento en que ambas estuvieron reunidas antes de venir al mundo? ¿no creéis que sea el signo, por medio del cual se deben reconocer algún día...? ¿no sucede á los que han hallado su compañera, que les parece como que han visto ya otra vez á aquella mujer antes de conocerla, aunque no sea mas que en sueños?...

El amor, en tanto que humano, es la fuerza, la necesidad de las almas para completarse. Realizada esta divina comunión, el alma iluminada por su transfiguración no obedece ya más que á la atracción de Dios, en el cual va á absorberse, no amándose entonces á sí misma, sino por Dios; último grado de perfección, al cual no sé, dice San Bernardo, si alguna persona llega en este mundo. (1)

[1]San Bernardo, Epist. XI ad Guig. Prior, Carth.

Las almas acá en la tierra necesitan de este misterio de amor para desarrollarse; el ingenio sin amor es infecundo, ha dicho un célebre filósofo. Podría decirse que una alma sola en el mundo es un ser incompleto, un rudimento detenido en su desarrollo. . . . .

Manuel y Rafaelita habían llegado á confundir sus almas en una sola, de tal manera que la una necesitaba de la otra como de una parte propia para existir: eran como dos rayos de luz que se mezclan, como dos vibraciones unísonas de una arpa que se confunden. . . . . Hasta en sus fisonomías había llegado á existir esa semejanza que se forma entre las personas que viven largo tiempo unidas, y que suelen tener los mismos sentimientos, los mismos goces y á veces hasta las mismas ideas, fenómeno psicológico que la fisiología se encarga de demostrar: tan unidas así están en el fondo estas dos ciencias, que parecen las más opuestas. Semejanza que revela hasta dónde puede ir el amor, y que hace pensar á veces que el matrimonio de los corazones en este mundo no es más que el ensayo, el principio de una unión más perfecta, más absoluta en el otro, en esa celestial Jerusalén donde la Iglesia nos ofrece la "comunidad de los santos y la vida perdurable."

Naturalmente, sin esfuerzos, sin percibirlo casi, los dos jóvenes habían llegado á confesar-se su amor: y ¿qué necesidad tenían de decirse

lo que ya sabían? ¿para qué habían de emplear las palabras, lenguaje de los sentidos, cuando sus almas se entendían por medio de un idioma etéreo y espiritual?

Quédense enhorabuena los juramentos y las convulsiones de la pasión para ese otro amor bastardo, cuyo elemento está en la sangre y que vive de los sentidos.

El amor verdadero, el amor del alma, vive de sí propio y pasa á través de la carne como la luz entre el cristal; no tiene palabras que lo expliquen, y su fruición no por puramente espiritual, es menos activa que la del otro amor.

Ese amor puro se comunica por emanaciones palpables tan sólo para aquellos que se aman; especie de magnetismo misterioso, es una luz que sólo para ellos brilla, de manera que dos seres pueden comprenderse á través del espacio y de la multitud, sin temor de que un tercero se mezcle entre ellos, ni su idioma vaya á despertar la imaginación de otro, que para aquel á quien va dirigido. ¡Preciosa facultad! porque ¿cuántas ocasiones las almas hermanas no vienen ni á un mismo punto ni en una misma época. . . . ? ¡Idioma indefinible que hace entenderse á veces á una alma por medio de divagaciones con la otra alma, que vive lejos, y con la cual debe reunirse en el cielo! ¿Qué otra cosa son esas simpatías que ligan á ciertas almas con seres que ya pasaron, que viven bajo otro cielo, ó tal vez con ese fantasma ideal sin nombre que viene á animar sus sueños. . . ?



Ese amor puro es un sentimiento que tiene mucho de religión y que participa de la eternidad, de la cual es un reflejo; es una amistad "casta y trashumina, por medio de la cual los espíritus se aman entre sí espiritualmente," como dice San Agustín: (1) es una operación del alma, semejante á la que los místicos llaman oración de quietud, en la cual el espíritu está absorto y el corazón recibe los rayos de amor, devolviéndolos como un espejo de profundo deliquio; es un amor que se alimenta de miradas, que vive de la admiración; un amor cía, que regenera el cuerpo, que lo sublima hasta que purifica el alma, que exalta la inteligencia hacerlo digno de la resurrección. Hay en la continencia algo de celeste que clave al hombre, que hace más claras y brillantes sus facultades y que comunica cierta transparencia á su cuerpo: (2) es que éste, al contrario del otro amor, recoge dentro de sí, como en un foco, y no desparrama la suma de vitalidad que le ha sido concedida!

Este es el mayor grado de perfección á que puede llegarse en la tierra. Entonces comienza el progreso ascendente sin más prueba ni obstáculo, porque está terminada la revolución mundana.

¡Amor sacrosanto que mira en la mujer no el cuerpo, sino el alma; el alma, rayo de amor!

[1] San Agustín. Confes., cap. II.

[2] Joseph de Maistre.—Pascal—J. J. Virey.—Esquiros, San Cyrilo, etc.

—¡Cuántas veces las almas hermanas al dividirse no van á animar los cuerpos que las tocan! ¡Cuántas veces al obedecer los cuerpos las leyes de atracción á que también ellos están sometidos, hay repulsión en las almas! ¿No creéis que entonces pueda suceder que cuerpos distintos tengan almas de un mismo nombre...?

Manuel definía de una manera admirable el amor que lo unía á Rafaelita, llamándola "la luz de su alma." En las largas horas que pasaban juntos sin hablar, gozando tan sólo con su presencia, el ciego casi veía con ella y por ella.

El estaba humilde, atento, casi adorándola, porque sentía en su pecho que la mujer es un sér superior; y Rafaelita, con los ojos elevados al cielo, parecía aspirar esa luz que comunicaba al ciego!

Así, Rafaelita se elevaba hacia Dios, llevando tras sí á Manuel.

El cuerpo de aquella era más delicado; el de éste, más terrenal: el de la primera era nervioso; el de Manuel, sanguíneo.

¿No os parece que hay algunos cuerpos opacos, terrosos; así como hay otros, según dice un estatuario moderno, David, que relucen con un brillo particular, como si su carne estuviera compuesta con átomos de mármol ó de diamante? (1) ¿No habéis encontrado alguna vez una

(1) A. Esquiros. De la vie future.

de esas mujeres que parece que dejan un rastro de luz á su paso?... ¿No creéis que esos sean ya seres perfectos, que sólo aguardan el momento de ir á confundirse entre los ángeles sus hermanos?...

Yo creo que esos cuerpos opacos son los que no se han purificado todavía; aquellos cuya alma comienza á salir del limbo, retardada porque no ha hallado aún á su hermana, ó porque se ha dejado extraviar por el amor de los sentidos.

Porque así como el amor casto espiritualiza, el amor de los sentidos rebaja, animaliza, disminuye la personalidad y enturbia la esencia del alma.

Dios ha dado fuerzas terribles, halagos seductores á este amor, para que del combate resultara la virtud.

Pero ha querido que á medida que el alma se perfeccionara, robusteciéndose con el combate, los ataques fueran más y más impotentes hasta que llega el momento en que el alma contempla de lejos, sin que pueda llegar á ella, la borrasca.

Por el contrario, las almas que no combaten sucumben y degeneran. No vuelan al cielo, sino que están condenadas á volver á la tierra á comenzar su peregrinación, hasta que triunfen del peligro, y hallen como un premio, el alma hermana que gime solitaria.

Los cuerpos transparentes son los que han salido ya fuertes con el combate, y cuya alma

recoge dentro de sí la facultad de amar. Aquellos que experimentan ya esa sed de amor, esa necesidad de buscar una compañera que atrae á dos almas hasta que se confunden sus destinos.

¿Cuán raros son en el mundo los seres que se han visto exentos del combate!

Y ¿cuán impensa es la bondad del Señor, que ha hecho necesaria esa lucha, que vigoriza é instruye el alma, porque sin ella, ¿no creéis que muchas almas que han comenzado ya su ascenso, sucumbieran á una prueba como un niño ignorante?...

Los cuerpos radiantes son los que están animados por una alma que ha hallado su hermana, su mitad, su complemento; por una alma que ama, que se ha encendido, que se ha enbebido en la luz del cielo y brilla como un fanal, para las almas que siguen su camino!

Ahora bien; ¿no os parece que hay una idea filosófica en pintar el amor como una llama?...

Para las almas que siguen su camino, he dicho, porque las que no aman no pueden comprender lo que pasa en un mundo al cual aun no han llegado. Cuando la fe no alumbró los corazones, en vano se afana la razón por comprender.

El hombre animal no puede hacerse capaz de estas cosas, que son del espíritu, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas.



puesto que se han de discernir como una luz espiritual que no tiene." (1)

"Las almas puras, dice Mr. de Gerando, (2) tienen entre sí un comercio íntimo y un idioma peculiar que el vulgo difícilmente comprende; algunos hombres salidos del vulgo no lo entienden, y por esto se creen con derecho para dudar de su sentido y de su valor."

El año de 1846, Manuel y Rafaelita recibieron la bendición nupcial: poética y santa ceremonia que purifica los afectos humanos, que santifica las caricias, que liga desde este mundo a dos criaturas de tal manera, que no son ya dos, sino una sola carne, según dice el Evangelio: Sublime alianza humana y divina: "Divini et humani juris communicatio."

Entonces la madre, como el jornalero que ha cumplido su día, volvió sus miradas al cielo, y el Señor compadecido la llamó á su seno para reuniría allí con la otra mitad de su alma.

[1] Sanct. Paul. Epis. I, ad corinth. Cap. II. 14. Versión del padre Amat.

[2] Du perfectionnement moral, lib. II, sec. III, ap. 246.



Qué nombre le daremos en nuestro lenguaje á esa atracción invencible y misteriosa, á esa simpatía que reúne en este mundo á seres homogéneos; si nos es permitido emplear esta voz de la ciencia? Este lenguaje de espíritu es tan mudo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces, acierte á que venga bien la comparación." (1)

En una de las pocas veces que Manuel antes de su matrimonio entró en sociedad, se encontró con un joven, casi un niño, melancólico y meditabundo, hacia quien se sintió singular-

[1] Santa Teresa de Jesús, libro de su vida, cap. XI, 3.

mente atraído. ¿La causa?—No sabré decirlo, porque las leyes de la simpatía son oscuras y desconocidas.

¿Será que, como dice ese hombre admirable, Swedemborg, las almas exhalan en torno suyo una atmósfera particular de amor ú odio, de atracción ó repulsión? ¿Será que en la escala ascendente de los seres, los que pertenecen á una misma esfera, tengan un aire de familia que los haga reconocerse?

Entre Manuel y Lorenzo no tardó mucho en desarrollarse una amistad verdaderamente fraternal.

Lorenzo era un joven alto, pálido, nervioso, en cuya frente se dibujaba esa sombra misteriosa que parece ser el presagio de una muerte prematura. Huérfano desde el momento en que vió la luz primera, y criado por personas extrañas, había vagado por el mundo como un ser extraño y solitario. Era tímido como una doncella, melancólico como un ángel desterrado del cielo, delicado como esas flores de otro clima á las cuales hasta la luz ofende.

Manuel había sido su primera afeción; él fué quien vino á despertar su alma. En el comercio de aquellos dos corazones había, pues, algo del amor que enlaza á la madre y al hijo. Este cariño llegó á tal grado, el alma de Lorenzo se puso hasta tal punto acorde con la de Manuel, que así como la vibración de una cuerda conmueve la que está unisóna con ella, así

el amor que el alma del ciego profesaba á Rafaelita, fué á reflejarse en el alma de Lorenzo. ¿No es así como se forman nuestras primeras afecciones de niño? ¿No es por una repercusión semejante, como se imprimen en nuestro corazón las simpatías ó antipatías de nuestros padres, de la madre especialmente?

Temo que los que no tienen más universo que el de los sentidos, me tachen de obscuro ó visionario si les digo que Lorenzo amaba de esta manera, á través de Manuel, á Rafaelita, sin conocerla de vista; ¿pero no creéis que la esfera de acción del alma es mucho más extensa que la de los sentidos?

Lorenzo no miró á Rafaelita sino hasta el día en que asistió al casamiento de Manuel; hasta el momento en que vió sus almas lanzarse radiantes, transparentes, la una hacia la otra en las alas de la mística armonía del órgano, y luego volver mezcladas, confundidas, como una lluvia de rocío celeste, á animar sus cuerpos que adquirirían cierta diaphanidad indescriptible, y no despararara la suma de vitalidad que sobre ellas su bendición, como un rayo de luz del cielo.

Pero entonces Lorenzo sintió una cosa extraordinaria: le pareció como que su alma abandonaba por un momento el cuerpo ó iba á mezclarse con las de Rafaelita y Manuel, á contraer con ellas un matrimonio espiritual. Y las almas de Lorenzo, de Rafaelita y de Manuel no formaban más que un todo completo, armó-



nico, homogéneo.... ¿No habéis tenido alguna vez un éxtasis semejante, al ser testigos de la dicha de un sér querido?

Rafaelita fue desde entonces una hermana para Lorenzo.

¿Será que á veces por un fenómeno se forman tres almas en una sola emanación de Dios, y experimenten esta necesidad de unirse? ¿O será que de tiempo en tiempo el Señor permite esa clase de amores á ciertas almas solitarias, para que no desfallezcan en su larga peregrinación, como dispone ciertas visiones ópticas para alentar al cansado viajero?...

Era en verdad apacible la reunión de aquellas tres criaturas, que se entendían y gozaban muchas veces sin hablarse, porque no tenían necesidad de la palabra para comprender sus pensamientos, para participarse sus afecciones.

El amor que Lorenzo profesaba á Rafaelita era tan santo y tan puro, que no podía ofender á Manuel ni mancillar á la joven; un amor tan místico que hubiera podido existir en el alma de un sacerdote, sin tener que arrepentirse de él al acercarse á la mesa de los ángeles; un amor tan casto que no conocía los celos.

Para marcar más aún la posición relativa de cada uno de nuestros principales personajes, diremos: que Manuel amaba á Rafaelita como á su apoyo en el mundo; Rafaelita amaba á

Manuel como el ángel que desciende del cielo para conducir allá á una alma; y Lorenzo amaba á Rafaelita como el sér solitario, sin compañía en el mundo, que levanta sus miradas al Señor y ve allí una imagen, y al bajarlos encuentra acá otra semejante, y ama á aquélla en ésta. Los dos primeros se amaban entre sí; el tercero los amaba en Dios, con ese amor que es el lazo de cohesión del cielo, donde todas las almas completas, sin perder, por un misterio sublime, su atracción particular, se funden en una sola alma que al propio tiempo se absorbe en Dios y es su reflejo, su resplandor.... El amor es la más grande recompensa del amor, dice San León el Magno. (1)

Empero cuando los tres jóvenes se reunían, se acercaban perfectamente sus almas; había concierto entre ellas. La que estaba más inferior se elevaba; la que poseía mayor suma de luz la repartía entre las otras, para que resultara la armonía, ¡origen del verdadero goce!

[1. San León papa, serm. XC.





restos de la fortuna; pero repetidas veces fué víctima de su candor y falta de experiencia.

Cuando Rafaelita, por su muerte, le sucedió en la dirección de la casa, ya casi nada existía; no obstante, á fuerza de vigilancia y de esos esfuerzos inmensos en los cuales se conoce toda la energía de la mujer, logró hacer frente á las necesidades por mucho tiempo. Pero llegó al fin la hora en que fué indispensable instruir á Manuel.

Era á principios de 1849.

El golpe que recibió el ciego fué cruel. ¡Despertar de un sueño de amor y de paz, para encontrarse frente á frente con la miseria, es en efecto cosa horrible!

¿Qué iba á hacer? Como todos los hombres de imaginación ardiente, Manuel se ponía en los extremos; no sabía reflexionar, sólo sentía; se espantaba y gemía de desesperación al contemplarse ciego, impotente, sin conocimientos, sin modo alguno de evitar la desgracia que lo amenazaba. ¿Cómo podría ver padecer á Rafaelita? ¿Cómo la miraría careciendo de todas las comodidades de que el amor quisiera rodearla?

Entonces se acordó que era músico, y ebrio de gozo, cual si hubiera hecho un descubrimiento, corrió hacia su violín y lo estrechó contra su pecho como á un salvador.

Rafaelita lo miró y lloró también de gozo, porque allí donde el ciego veía un recurso contra la necesidad, ella contemplaba un elemento

de gloria; una aureola para la frente del hombre á quien en su amor quería ver sobre todos los hombres, aplaudido como un genio, reverenciado como una divinidad.

Entonces apareció Manuel ante el público como una notabilidad, y su estilo nuevo y original causó una sensación profunda, cosa hártamente en México, donde el mérito y el talento de los hijos del país es mirado con la más cruel indiferencia.

El ciego llegó á convertirse en el ídolo de la moda. Su violín era un instrumento encantado que avasallaba los corazones, que iniciaba aun á los más fríos en los placeres del cielo, anegándolos, por decirlo así, en las melodías más tiernas, más sentidas, más llenas de unción; eran notas aprendidas del murmurio de las Irisas; eran pensamientos de amor traducidos en el idioma de los ángeles.

Semejante música abría un horizonte nuevo de sensaciones é ideas á los que la escuchaban; pero por desgracia era muy delicada para los oídos sensuales de la multitud. Pagaron con aplausos el mérito del artista, pero exigieron que descendiera hasta su nivel. He aquí cómo el ciego fué arrancado de la esfera en que vivía, para venir á respirar la pesada y deletérea atmósfera en que se agitaban sus oyentes.

El corazón del pobre músico, tranquilo y feliz hasta entonces, resintió aquel nuevo género de vida y se encogió; empezó á perder su antigua

confianza, y fué adquiriendo poco á poco una sensibilidad enfermiza.

A los pocos meses, una alma delicada hubiera podido percibir cierta degeneración en la música del ciego; ¡se había humanizado!

Yo creo que en la música puede hacerse una división entre esa parte noble y elevada del arte, que conmueve dulcemente el alma y la hace gozar olvidándose de sí misma, y esa otra puramente material, que tiene influencia tan sólo sobre los nervios; entre aquella que traduce las impresiones de un sér que se aísla, que se desprende de la tierra, y entre la que agita y pone en movimiento á la multitud frívola de un baile, entre la que se eleva como una mística y santa oración, y la que se arrastra por la tierra, como una vibración de placer.

Cuando Manuel hubo llegado á este punto, entonces fué cuando la sociedad le comprendió. Pero esa música, que antes era un bálsamo divino para sus dolores, una luz misteriosa que iluminaba su corazón, un idioma claro y simpático de sus sentimientos, en medio de la multitud se convirtió en un excitante extraño que lo llenaba de confusión, en un eco de pasiones y placeres que no comprendía!

¡Pobre Manuel! ¡Por todas partes era solitario; no había fiesta completa sin él; pero los aplausos que alcanzaba no lo satisfacían, y cuando volvía á su casa se dejaba caer fatigado, lloroso, con fiebre! ¡Al despertar en medio de la multitud, al descender de su esfera,

se halló verdaderamente ciego, más ciego que antes; y su corazón se golpeaba dentro de las paredes que lo encerraban y comprimian, buscando en vano un rayo de su antigua luz, algo de su pasada atmosfera....! Y cuando gemía de esta manera, el mundo aplaudía en su derredor, y la juventud lasciva y ebria le demandaba canciones de amor y placer.... ¡y el hombre desgraciado, venciendo el pudor del alma que sufre, tenía que convertir los gemidos de su angustia en notas suaves y voluptuosas, hasta que sus lágrimas laxaban las cuerdas del violín!

¡Horrible posición! ¿No habéis pensado nunca en que ese hombre á quien convertís en instrumento de vuestros placeres, tiene también un corazón dentro del pecho y sangre en sus venas? ¿No creéis que el ruido y la embriaguez de la fiesta han de turbar la calma de sus sentidos....?

Yo creo que el músico hubiera podido muy bien conservar su antigua posición, adquirir en aquel combate nuevas fuerzas para elevarse más y más; pero se dejó resbalar al principio, y luego no pudo detenerse en el plano inclinado. No meditó lo que iba á hacer, ni supo comprender después su posición. Dios ha hecho á la naturaleza débil; mas le ha dado la razón para dominarla, fortalecerla y guiarla; mientras el hombre no abdica su razón, los dolores y los peligros no sirven sino para purificarlo, para fortalecerlo, para elevarlo; pero



cuando se deja abatir por las pasiones "deprimidas," entonces se debilita y cae.

El dolor es una escuela de perfección, pero cuando se le sabe comprender, cuando se sabe apreciar la misión que el Creador le ha impuesto. El sufrimiento sin la razón sería un exceso inútil de crueldad; la razón sin el sufrimiento, sería un poder inerte é inútil. Aquélla sin éste, ó éste sin aquélla, quitarían á la humanidad su gran resorte, y la dejarían sometida á la ciega fatalidad ó la predestinación.

Rafaelita conoció con terror, que lejos de haber hallado Manuel una distracción en aquel género de vida, se había lanzado en un abismo. Quiso retirarlo; mas ya era tarde. El ciego, entregado á excitaciones contrarias, experimentaba la necesidad fatal de la embriaguez; caído de su antigua elevación, sentía un vacío en sus sensaciones, y buscaba aquellos sacudimientos que podían aturdirlo.

Pero un estado tan violento no podía durar mucho sin dañarle profundamente. El ciego comenzó á debilitarse á grande prisa; había ocasiones en que de una especie de delirio caía en un sueño letárgico; otras, de un estado completo de atonía pasaba á una inquietud enfermiza, y el resultado de esto era que cada vez se le hacía más difícil recobrar el imperio de sí mismo y verificar una reacción intelectual.

Entonces la inteligencia entre las tres almas comenzó á enturbiarse. No había aún ningún

elemento extraño entre ellas; pero la turbación de la de Manuel se reflejaba de tal manera en las otras, que todas se hallaban agitadas como una agua cristalina, que sin perder nada de su transparencia, quiebra y confunde los rayos de la luz.

Rafaelita, cuyo tierno y amante corazón no podía menos de conmoverse con los dolores del ciego, lo acompañaba á todas partes sirviéndole de sostén, de guía, de consuelo. Como una madre que vigila á su hijo enfermo, lo atenúa en todo y se desvelaba por prevenir hasta sus más leves deseos; á veces era tanta su preocupación, que ni aun percibía las palabras que le dirigían.

Manuel no había dejado de amar á aquel ángel; su pasión no había sufrido el más leve menoscabo; el ciego no deseaba nada, ni aun pensaba qué más podría desear; y sin embargo, había momentos en que su corazón anhelaba algo desconocido y vago para él... Era la reacción de su naturaleza dominada por tanto tiempo y suelta en estos últimos meses; era la fiebre obscura y torpe de la sangre: "ánima carnis."

"El que es débil todavía en la vida espiritual —dice el autor del libro divino de la "Imitación de Jesucristo;"—el que en cierta manera no se ha desprendido aún de los lazos carnales, ni ha

logrado que el hombre espiritual domine al hombre terrestre, tiene mucho trabajo en des- prenderse enteramente de los deseos y las influencias del cuerpo."

Manuel se sentía agitado, inquieto, pero no conocía el remedio de su mal; sufría un malestar, y no hablaba el sitio del dolor.... ¡Era la aurora del sensualismo....!

Este amor de los sentidos, pues que á falta de otro nombre tenemos que darle éste, tiene también sus leyes y sus atracciones. En el universo todo tiene relación, como los círculos que se forman y se ensanchan sobre el agua. Pero sucede que así como el uno concentra el alma en un punto para elevarla, así el otro la esparce, la abate, por decirlo así, para hacerla ir á animar los sentidos inferiores, teniendo por agente de su vitalidad á la sangre. ¡Por esta razón, la aurora que en el uno es dulce, suave, apacible como los primeros albores de la mañana que empiezan á disipar las sombras, en el otro es agitado, indefinible, sofocante, como los anuncios de la tempestad, como el principio de la fiebre!

Manuel era casto ó ignorante como una virgen. ¡El amor de Rafaelita, todo del alma, no había despertado sus sentidos; pero esta misma calma le era al presente funesta, porque había condensado en aquéllos tal suma de vitalidad, que el momento de despertar iba á ser terrible!

Yo creo que éste es el gran peligro que trae

consigo la profunda ignorancia en que algunas personas quieren mantener á los jóvenes sobre ciertos puntos, creyendo sea éste el medio mejor de conservar pura su alma.

¡Inhorabuena que se observe una casta reserva con las mujeres; su naturaleza, en las condiciones comunes, es más débil, al paso que su alma es más espiritual, más propia para elevarse; pero en cuanto á los hombres, pienso que es necesario darle alguna luz á su entendimiento para prepararlos al combate. De otra manera, en la hora terrible sucumben indefensos.

La elevación del espíritu es una obra de esfuerzos; la pureza es un premio concedido al luchador infatigable!

¿Qué se habían hecho aquellas horas en que una muda contemplación reunía las almas de Rafaelita, de Lorenzo y de Manuel; en que el ciego se sentía alumbrado, como si la presencia de la joven fuera un rayo de sol que penetraba hasta el fondo obscuro de su corazón?

Ahora el malestar se iba haciendo general y cada día mayor: el alma de Manuel, como un instrumento destemplado, no vibraba acorde con las demás; Rafaelita estaba triste; Lorenzo sentía la influencia de aquella falta de armonía, y empezaba á sentir ese vacío, ese anhelo indefinible que llaman celos; pero celos no por él, sino por los otros.

La penetración de una alma iluminada por



el amor es asombrosa. Rafaelita fué la primera que leyó en el corazón de Manuel. El ciego amaba á otra mujer; y sin embargo, conocía que el amor que á ella le profesaba era el mismo. ¡Cosa extraña! Eran dos sentimientos que existían al mismo tiempo, sin destruirse el uno al otro!...

Un descubrimiento semejante hizo una impresión viva y profunda en la pobre muchacha, que amaba al ciego con todas sus potencias; lloró muchísimo, y la enfermedad de corazón que había heredado al nacer como un presente de muerte, empezó á desarrollarse.

Era para Rafaelita tan cruel la idea de perder el amor de Manuel, que no podía convencerse de la realidad. El ciego la amaba como siempre; estaba triste, inquieto cuando ella estaba lejos; la joven no podía desconocer esto, sentía, igualmente reflejarse su imagen en el bienestar de Manuel; pero ¿cómo no conocer también la influencia extraña de un nuevo sentimiento en el corazón de su marido? A veces creía equivocarse, y entonces se echaba en cara como un crimen dudar de su amor. ¿Quién podía venir á disputarle el corazón de Manuel? ¿Qué imagen podría grabarse allí, si el infeliz era ciego, si no podía conocer otra mujer?...

Entretanto, como el sol cuando se envuelve en nubes, se oscurecía cada momento más y más la inteligencia de aquellas almas. Ese amor de los sentidos debe ser una cosa bien impura, cuando así podía trastornar aún á las almas que estaban libres de sus vapores.

Rafaelita seguía con toda la solitud de un amante, todos los movimientos reflejos del alma de Manuel; pero nada descubría. ¿No sentimos así á veces pasar en torno de nosotros una corriente eléctrica, sin que esté en nuestras facultades palparla?...

Una noche, era por el mes de agosto, en que ambos se hallaban en una casa que visitaban con frecuencia, la de D. Diego de Mirafuentes, rico solterón que había venido á pasar una temporada en México, Rafaelita notó que de tiempo en tiempo Manuel se ponía encendido. Esta circunstancia era insignificante, pero á ella le llamó por instinto la atención.

Don Diego tenía una hermana, Dolores. Esta era la que ocupaba una parte del corazón del ciego? ¿Pero cómo, si Dolores era muy orgullosa y apenas había hablado unas cuantas ocasiones al músico?... Y luego, Rafaelita la miraba con cuanta atención é imparcialidad le eran posibles; hacía un esfuerzo para dominar su sentimiento, y no acertaba á descubrir en ella una belleza que fuera capaz de conmover un corazón como el de su marido. La joven era de una naturaleza muy casta, muy escogida, para poder comprender esa otra hermosura magnética, embriagadora, que influye sobre la sangre,...

Rafaelita quedó de nuevo humida en sus dudas; sólo que ahora su pensamiento tenía un punto á donde dirigirse. Mas no tardó mucho en llegar uno de esos

acontecimientos que hacen vibrar ante la razón la luz de la evidencia.

El lunes 12 de noviembre era el cumpleaños de D. Diego, y este acontecimiento se solemnizaba en su casa con una de esas fiestas á que son tan afectos los hombres de fuera de México.

D. Diego era un hombre bastante pequeño de cuerpo, que representaba cincuenta años, cuando no había cumplido aún los cuarenta. Era uno de esos seres degenerados, que viven en medio del mal, como ciertos insectos que vemos agitarse en el fango: era uno de esos solterones perversos, fríos, supersticiosos, que no tienen idea alguna de la virtud, porque ya no tienen alma, y que con sólo su aliento manchan á una mujer... Pero D. Diego tenía dinero y ocupaba uno de los mejores puestos en la sociedad.

El salón estaba adornado con lujo, y la concurrencia era numerosa y brillante.

La llegada del músico y de Rafaelita fué acogida con un murmullo de aprobación, y todas las miradas se clavaron en la joven, que estaba hermosísima con un sencillo vestido de muselina blanca y sin más adorno que una rosa té entre sus cabellos castaños, finos y brillantes como la seda.

D. Diego corrió hacia ella y quiso conducirla á una silla; pero Rafaelita le dió las gracias con aquella dulce amabilidad que formaba la base de su carácter, y continuó guiando á su

marido, cuyo brazo estrechaba con angustia, porque Manuel empezaba á sentirse muy agitado por aquellas corrientes misteriosas que ella no comprendía.

Durante la primera parte de la noche nada hubo de particular. El baile y la música habían conmovido todos aquellos corazones gastados, y reinaba entre la concurrencia esa animación facticia que es el encanto de los bailes.

Todos los ojos estaban brillantes, todos los pechos fatigados, todos los labios enrojecidos; tan sólo Rafaelita permanecía tranquila é indiferente á lo que la rodeaba, porque concentradas sus facultades en Manuel, seguía con atención absoluta todos los movimientos de su corazón.

Y sin embargo, Rafaelita á su turno era el objeto de la atención interesada de varios de los concurrentes, D. Diego el primero, que había concebido por ella un deseo vehemente, y que como las demás creía su conquista fácil.

La indiferencia de la joven, esa indiferencia desdeñosa que ni siquiera percibe el peligro, había excitado el amor propio del solterón; así es que mientras aquella trataba de leer en el corazón de su marido, D. Diego buscaba en su mente un proyecto para separarla por un momento del músico. ¡La trama del drama silencioso, pero terrible, que iba á comenzar, empezaba, pues, á enredarse!

Rafaelita experimentaba un disgusto y un



malestar profundos al hallarse en medio de aquella reunión; su arco delicado percibía la discordancia de sus voces, como su alma conocía la falta de unión de aquellos seres. Esto es lo que el vulgo llama misantropía en las almas elevadas que no pueden hallar placer en el concierto destemplado de mil voces, mil deseos diferentes, egoístas y fríos; y que saben percibir la trama grosera que une á esa reunión, como el ojo del artista percibe los trazos del dibujo mal acabado. Rafaelita pensaba que á veces es tan desagradable el comercio de los hombres, que si no fuera por esa facultad preciosa que poseemos de aislarnos por dentro de nosotros mismos, bien pronto la vida sería insoportable; y esta idea la hacía afirmar se más y más en la creencia de que hay un mundo superior, espiritual, con el cual está en comunicación el alma, aun desde este mundo.

En esto Dolores se dispuso para cantar, y D. Diego, poco fecundo en planes, aprovechó inmediatamente la ocasión, invitando á Manuel á que acompañara á su hermana.

—¡Era la hora de la lucha! ¡esa hora que siempre llega, y que hace concebir la idea de la fatalidad!

Rafaelita sintió un dolor agudo y frío; y Manuel, con el corazón agitado, se levantó tomando un violín que le ofrecieron.

Dolores era una mujer de treinta y dos años, blanca, fresca y robusta. Fué casada, y con el matrimonio adquirieron todas sus formas,

pero con especialidad el pecho y el cuello, cierta morbidez que daba mucha seducción á su persona. No era bella en el sentido que los filósofos, los poetas y los hombres de gusto elevado dan á esta palabra; pero era hermosa, agradable, atractiva: era, en fin, una de esas mujeres que parecen creadas para inspirar pensamientos voluptuosos; tenía esa magia que fascina los sentidos, que excita los instintos obtusos de la sangre.

Era uno de esos cuerpos mates, opacos, que revelan una alma que se ha "viciado," si se nos permite emplear aquí ese término vulgar aplicado á las plantas que no han dado fruto, sino que por el contrario, se extienden frondosas y robustas sobre la tierra.

—Pero Manuel no conoce el acompañamiento de esa canción, dijo Rafaelita, para quien en aquel incidente se jugaba nada menos que su reposo.

—Es cierto, contestó con indiferencia Dolores, cuya alma vulgar estaba tan distante de la elevación y el perfeccionamiento del espiritualismo, como de esa perversidad que se recrea en el mal.

Y se disponía á buscar otro músico que la acompañara, cuando Manuel, que se hallaba bajo su influencia, la detuvo balbuceando:

—No es un inconveniente.

—¡Daría Ud. una prueba de su habilidad, siguiendo la voz!, exclamó D. Diego con objeto de excitarlo.

—¿Se atrevería usted?— preguntó Dolores clavando sus ojos negros y ardientes como una llama, sobre la frente del ciego, como para conocer toda la medida de su talento. Es una canción muy hermosa que me ha dedicado uno de los jóvenes poetas de México, añadió con coquetería.

Rafaelita estrechaba convulsivamente el brazo de su marido, y le pedía á Dios un milagro para arrancarlo del peligro; pero el ciego, completamente fascinado por la mirada, cuyo poder había sentido hasta el fondo del pecho, apartó á Rafaelita y se adelantó hacia Dolores diciéndole con voz alterada:

—¡Oh! cante Ud.... ¡cante Ud....!

Este altercado, la singular proposición del músico, y la influencia que la hermosura de Dolores ejercía sobre todos aquellos seres vulgares y carnales, fueron causa de que se interesara vivamente la curiosidad general.

Reinó un profundo silencio, y Dolores, sonriéndose y paseando su vista por el salón como si buscara á alguno, comenzó así:

Breves son del placer los momentos,

Los del tedio larguísimo son.... (1)

Manuel, con la frente erguida y lleno de animación el rostro, escuchó por un momento

1) Estos versos son tomados de una canción compuesta por nuestro amigo el joven poeta D. Luis G. Ortiz

aquella voz tibia y aterciopelada; y antes de que concluyera el primer verso, ya su violín la seguía fielmente.

Cantos, flores, licor y placeres,

Ilusión, algazara y festín;

Lindos ojos de bellas mujeres,

Luz y amor, que gozar es vivir!

Era una canción extraordinariamente voluptuosa, que hacía palpar de placer los labios de la viuda.

De la música al eco sonoro,

Se confundan en giro veloz,

De las bellas el férvido coro

Y la voz del amante cantor.

El órgano de Dolores era de corta extensión, pero lleno, dulce y acariciador como un beso. No era una de esas voces blancas, cristalinas, que se elevan hasta la pasión, como la de Rafaelita, y que penetran hasta el alma como un dardo de acero; era por el contrario una voz mate, amarillenta, llena, como el sonido del bronce, que no expresaba más que la voluptuosidad, y que de los oídos se difundía por los nervios, como un baño de placer y sensualidad....

La voz de la viuda temblaba cada vez más de emoción.

Manuel hacía prodigios en su violín. Era una



lucha de habilidad, en que el artista derramaba á torrentes la armonía, haciendo resaltar á la cantatriz.

En los brevísimos instantes en que la una y el otro callaban, no se oía en toda la sala más que la respiración agitada y ardiente de los oyentes.

Manuel sentía dentro de sí convulsiones extrañas y sensaciones desconocidas....

Rafaelita, que tenía clavada la vista en el ciego, vió encenderse su rostro, abrirse sus labios para aspirar aire que refrescara su pecho, y miró en su frente, tan tranquila siempre, tal agitación, que no pudo contener sus lágrimas. Entonces D. Diego, á fuer de hombre galante, pasó su brazo por entre el suyo y la arrastró suavemente. La pobre joven, enervada por el dolor, se dejó conducir como una masa inerte.

De la hermosa, en los labios de grana,

Sacie el hombre lascivo su sed;

Y que lo halle al lucir la mañana,

Desmayado de amor y placer....!

¿Habrá pluma que pueda pintar esas sensaciones vagas, y sin embargo poderosas, de un ser virgen que por primera vez comienza á aspirar el perfume deleitoso de la copa del placer....? Manuel sentía dentro de sí el ruido sordo de su sangre, que corría como un torrente que ha roto sus diques. Su razón se

iba oscureciendo, y le parecía como que la atmósfera tomaba cuerpo y pesaba sobre el suyo.

¿No creéis que hay momentos en que el aire que se respira, lleno de luz y de aromas, húmedo con el aliento de tantas personas reunidas, cargado de diferentes emanaciones sensuales, obra directamente sobre los nervios y embriaga y fascina?...

Y embebida en las dulces caricias

Del amante que causa su afán,

Ella pague con dulces delicias

Los halagos que tierno le da....

¿No creéis que la carne tiene su alma, la sangre sus necesidades, sus instintos, sus simpatías?...

Y arrancando la bella guirnalda

Que aprisiona su cándida sien,

Deje libre flotar por su espalda

Su cabello bañado en clavel;

Y rasgando la gasa, que el pecho

Palpitante de amor ocultó,

Brinde al joven feliz, blando lecho

Do mitigue su férvido ardor....

Manuel, lanzando un grito agudo, nervioso, cayó de rodillas ante aquella mujer, Eva tentadora que lo arrancaba de su esfera, para lanzarlo en un mundo nuevo. Tendió los bra-

zos buscando á Dolores, pero no encontró más que el vacío, el horrible vacío; luego llevó con desesperación las manos á los ojos, como para arrancarse la venda fatal; y al último, cuando todo de un instante, estrellándose contra la inexorable realidad que lo encadenaba, cayó al sentido.

En aquel momento postrero en que su razón sucumbía, oyó un grito de Rafaelita, y al mismo tiempo, casi diríamos miró, por que la intuición es á veces demasiado poderosa, á Dolores que se dirigía rápidamente y radiante de gozo, á un joven que estaba en el salón; era Lorenzo.....!

Cuando Manuel, al día siguiente, volvió en sí se encontró con Rafaelita y Lorenzo que vigilaban su sueño al lado de la cama.

Débil y rendido como después de una lucha el ciego no tenía fuerzas para moverse; ofuscada su razón por la violencia de las impresiones parecía despertar de una pesadilla; y fluctuando entre la vigilia y ese sueño pesado y fatigoso que sucede á las crisis nerviosas, su imaginación solamente conservaba recuerdos trágicos y terribles.



## V.

Los días que se sucedieron á la escena que hemos referido al principio de esta historia, fueron tristes, silenciosos, opacos, eternos para la familia del ciego.

Manuel permanecía encerrado en su aposento. Rafaelita, inquieta, enferma, vagaba por la casa con esa agitación de una persona que no halla consuelo en ninguna parte; Lorenzo, taciturno, sombrío, contemplaba el dolor de aquellos dos seres queridos, y tenía deseos de morir, porque se sentía huérfano y abandonado sin el amor de Manuel y de Rafaelita. En los breves instantes que el joven estuvo en el baile, había hecho descubrimientos terribles que más y más lo disgustaban de la vida. Como si su alma no hubiera podido salir inmaculada de aquel lu-



gar, al ver que otro hombre se atrevía á querer á Rafaelita, á esa mujer á quien él adoraba de rodillas sin atreverse ni aun á ofenderla con el pensamiento, había sentido encenderse en su pecho la llama de los celos! ¡El, tan puro, tan lleno de abnegación; él, que veía con tanto regocijo el amor de Rafaelita y de Manuel, contentándose con vivir de los reflejos de aquella luz, tenía celos desde esa hora mil veces maldita.....!

Manuel pasaba noches enteras llorando con su violín, único amigo á quien se atrevía á revelar sus dolores, sus dudas, sus deseos; pero siempre concluía, frecuentemente sin quererlo, por repetir la canción de Dolores: esa canción fatal, que con su armonía voluptosa renovaba sus angustias..... ¡Entonces, agitado, tembloroso, inyectados en sangre los labios, perdía la razón, atrojaba el instrumento y corría como frenético de un extremo á otro de la pieza cual si quisiera huir de sí mismo!

La voz suave, atrevidamente de la viuda, zumbaba incesantemente en sus oídos, y el ciego la sentía como un soplo tibio y perfumado que lo hacía estremecerse de placer.....!

¡Amaba, sí! Había llegado, al fin, á conocerse de esta horrible verdad; pero era aquel un amor extraño y delirante que en nada se parecía al que profesaba á Rafaelita, el cual crecía en medio de estos mismos combates.

¡Hubo momento en que Manuel tuvo una opresión verdaderamente espantosa, y se llevó

las manos al pecho para saber si tenía dos corazones, que acordes hasta entonces, acababan de separarse por un fenómeno; porque se le figuraba imposible que en uno solo pudieran haber aquellos dos amores tan distintos, tan contradictorios, sin dañarse el uno al otro!

¡Amaba á Dolores! ¡Extraño misterio del corazón! La amaba, y ni siquiera la conocía; mas hubiera adivinado su presencia entre mil... —La sintió pasar á su lado y se estremeció, porque este amor es un verdadero fenómeno fisiológico; experimentó una vez el contacto de su piel sedosa, eléctrica, y su sangre se inflamó; oyó su voz, y su corazón presintió placeres nuevos; despertaron entonces sus sentidos, y la amó, la amó... ¿No creéis que hay momentos en que se separan así el alma y el corazón...?

¡Y en medio de esta angustia, cuando trataba de negarse á sí propio que pudiera amar á aquella mujer, recordaba su última impresión al caer desmayado, y tenía celos de Lorenzo! ¡celos terribles, brutales, de todo el mundo, porque todos tenían ojos para ver, para devorar á Dolores, y él no podía ni aun mirarla...! ¡Oh! ¡cómo aborrecía entonces á los hombres; cómo hubiera querido anonadar á Lorenzo, aunque hubiese muerto con el mismo golpe, porque amaba entrañablemente al joven...!

Semejantes inquietudes no daban otro resultado que aumentar su mal de una manera extraordinaria; pero el corazón es como los niños: decidles cuando sufren que la tranquilidad los

salvará.—Mientras mayores esfuerzos hacía por olvidar aquellas impresiones, más profunda era la huella que en su imaginación cavaban.

Era cosa indudable: el ciego amaba con la sangre á Dolores, así como amaba con el alma á Rafaelita; pero hé aquí que como el asiento de todos los sentimientos se encuentra en el corazón; el de Mannel, virgen y enérgico, era el teatro de dos amores opuestos....

Cruelles y terribles eran las horas de delirio que el músico sufría, fluctuando entre aquellos dos sentimientos, atraído por ambos, repeliendo sucesivamente al uno y al otro sin saber á punto fijo á cuál, y padeciendo mucho más, porque excitado su corazón en tan singular lucha, cada amor parecía crecer con las fuerzas de su antagonista, y hacerse á su turno, más grande, más seductor, más impetuoso....!

"Cada vez que el hombre concibe un deseo desordenado, inmediatamente cae en la inquietud.

"No hay paz en el corazón del hombre carnal: no la puede haber en el hombre consagrado á las cosas exteriores; este d'vino bien no se encuentra sino en el hombre ferviente y espiritual." (1)

En efecto, tanto como es tranquilo, apacible, estático el amor verdadero, espiritual, así es convulso, tempestuoso este delirio de la sangre. ¿No son estos caracteres la prueba que revela mejor sus diversos destinos...?

(1) Imitación de Jesucristo. Lib. I, cap. VI.

El ciego huía de todas las miradas, porque creía que quien lo viese, luego leería en su rostro su culpable pasión. No salía de su aposento, y el silencio y la soledad exacerbaban sus dolores. Sufría respirando lejos de Rafaelita, y no quería tenerla á su lado por temor de perderla; la adoraba como nunca, y presentía que si la tuviera cerca la rechazaría....

Rafaelita por su parte interpretaba aquel insitado alejamiento, y lloraba desconsolada creyendo haber perdido el amor de Manuel, ese amor que era una necesidad vital de su existencia.

Separada del lado de su marido, ella, que hallaba en su alma una fuerza sobrenatural para sostener, para consolar á aquel hombre, se encontraba entonces viuda, débil, sin apoyo, y todo la espantaba. La declaración de amor de D. Diego, á la cual ni siquiera dió oído la noche del baile, porque su imaginación estaba pendiente del canto de Dolores, poco á poco se fué fijando en su mente como esos caracteres escritos con tinta simpática, que aparecen en un momento fatal; y la desgraciada muchacha, al considerar en las intenciones de este sér maligno, á quien había desdeñado porque se sentía fuerte con el amor de Manuel, se llenaba entonces de un terror profundo y nervioso. El primer efecto de estos grandes pesares es acobardar y comprimir el ánimo.

Todo lo sentía Rafaelita vacío y muerto á su alrededor, como si su corazón hubiera cesado



de latir al mismo tiempo: y sin embargo, ¡cuánto sufría en medio de aquel aniquillamiento!

“Si mi alma no está contigo, pensaba la joven recordando las palabras elocuentes de una mujer célebre por su amor; si mi alma no está contigo, no puede estar en ninguna parte, porque es imposible que exista sin ti.” (1)

Velando al pie de la cama del ciego, Rafaelita oyó todo el delirio; y aquellas palabras inconexas, pero ardientes, acabaron de revelarle toda la verdad funesta.

La soledad y el aislamiento fueron también terribles para ella. Comparóse la desgraciada con Dolores para adivinar qué podía haber en ella que cautivase á Manuel, y su dolor engrandeció á la viuda. ¡Hay siempre en la vida de las mujeres un momento solemne, decisivo, en que acuden á su espejo!

Entonces Rafaelita se creyó un obstáculo para la felicidad del músico, y con el alma llena de amargura le pidió á Dios la muerte. Amaba tanto á su marido, que quería hacerle el sacrificio de su vida para verlo dichoso.

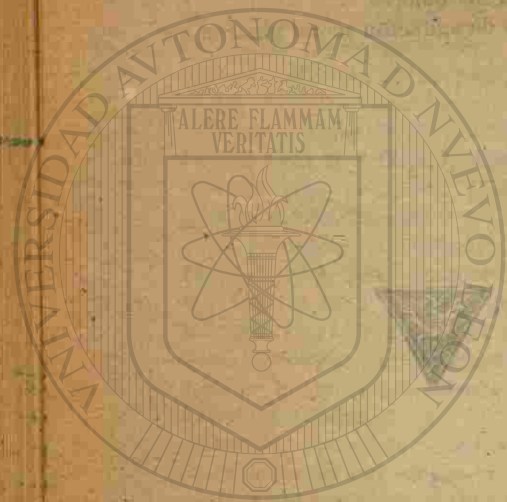
¡Era lo último que podía darle, ella que le había dado su juventud, sus placeres de niña, su alma entera!

Pero notó entonces, á medida que la reacción se operaba, que no por tanto sufrir se llegaba á morir, sino que por el contrario, las facultades del entendimiento, las potencias del alma, se engrandecían en medio del dolor; y entonces com-

(1) Carta de Eloísa á Abelardo.

prendió que la muerte es un beneficio, y que ese desarrollo de sus facultades hace más sensible á la criatura los dolores.

En este estado de agitación moral pasaron algunos días.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE B



La repentina retirada de Manuel de las reuniones (en donde era el primer elemento de placer, causó una profunda y general sensación. Durante los primeros días, todos los que alguna vez habían aplaudido al simpático artista tuvieron á punto de honor informarse de su salud; pero la terquedad con que el ciego se rehusaba á recibir las visitas que le hacían, y más que todo, los días que fueron transcurriendo, hicieron que cayera en el más completo olvido. El mundo no es tan pronto en elevar un ídolo, cuanto en olvidarlo; y la indiferencia que sucede á esas popularidades de un día, es impasible y terrible como la muerte.

Esto era precisamente lo que aguardaba D. Diego, personaje secundario y nulo en nuestra historia, pero que sirve en ella como uno de



tantos resortes involuntarios que vemos figurar en el mundo, y cuya acción no se conoce sino cuando ya han dado el impulso que la suerte les encomendara; cuando el hombre dice gimiendo entre sí: ¡si no hubiera existido!....

Hombre sin corazón, frío egoísta, D. Diego sabía calcular y aguardaba los acontecimientos que pudieran coadyuvar á sus planes. Jamás se precipitaba; dejaba siempre que la suerte lo hiciera todo, y su talento consistía en no despreciar la ocasión. Era el reptil que acecha días enteros su presa, sin moverse; pero que una vez que ésta se ha puesto á su alcance, no la abandona nunca.

Los deseos que en aquel corazón corrompido hizo nacer la hermosura de Rafaelita, lejos de amortiguarse con la ausencia de la joven, habían crecido hasta convertirse en esa monomanía erótica que en los hombres gastados como él, suple á la pasión. Acostumbrado á triunfos fáciles, á amores venales, que son á los que los calaveras de cierta edad dan el nombre de buenas fortunas, no podía comprender una resistencia firme y obstinada; y Rafaelita era para él un objeto de deseo y una cuestión de amor propio.

Empero, en vez de desalentarse con las repulsas que había sufrido, creía firmemente que llegaría una hora, un instante en que la joven vendría á echarse en sus brazos: para esto contaba con el tiempo, que gasta todas las afeciones; con la uniformidad y monotonía de la vida solitaria, que desencanta del amor; con

la miseria, esa consejera terrible que rinde y humilla las almas más fuertes.—D. Diego era un hombre hábil que había estudiado con fruto el corazón de sus semejantes.

Vió, pues, con siniestro placer, la retirada de Manuel; y astutamente, sin comprometerse, porque era hombre de sobrada prudencia, coadyuvó á que el mundo le olvidara más pronto, esparciendo algunas de esas voces vagas que hieren la reputación y manchan el crédito de un hombre.

Entonces sucedió punto por punto lo que esperaba. El ciego, que no tenía para vivir más recursos que su talento, que gastaba cuanto recogía, porque para los artistas como él, el dinero nada vale, comenzó á decaer desde la hora en que no vendió su ciencia.

Había pasado apenas un mes, y ya ese abismo sin fondo que cada día abre más y más su boca, había tragado los objetos de que el hombre se desprende primeramente, llamándolos superfluos para engañarse á sí mismo.

Al ver realizarse así una parte de sus cálculos, D. Diego tuvo un arranque de amor propio y creyó que lo demás era acaso más fácil. Presentóse en consecuencia en la casa del músico, con quien llevaba, si no estrechas, á lo menos buenas relaciones.

No era necesario mucha penetración para comprender el estado en que Manuel y Rafaelita se hallaban mutuamente: bastaba mirar la frente arrugada y envejecida del uno, los ojos rodeados de un círculo morado y sombrío de la otra.



El hombre del mal se sonrió con esa sonrisa que sólo tiene de ella el nombre; y si en su pecho pudiese haber habido otra cosa que hielo, diríamos que su corazón palpitó de gozo.

—¡He aquí el momento oportuno, se dijo á sí mismo; ahora un golpe hábil y certero, y ya veremos lo que son esas virtudes invulnerables!

Y D. Diego llevó entonces á casa del músico, olvidado de todos, á su hermana Dolores.

El solterón era demasiado impasible para que pudiera escapársele algo de lo que pasaba en torno suyo. Desde el primer día conoció el amor que su hermana inspiraba á Manuel; y este amor, que le importaba poco fuera ó no correspondido, entró en sus cálculos como un agente poderoso.—Si el señor de Mirafuentes hubiera echado mano de un puñal para alcanzar su objeto, la sociedad hubiera gritado: ¡infamia! ¡escándalo!; pero en vez de un arranque que revelara un corazón apasionado, se servía de la intriga, sin reparar en los medios: ¿cómo había, pues, de censurarle el mundo, que sólo quiere el oropel?....

El día en que D. Diego, acompañado de la señora su hermana, se presentó en la casa del músico, Manuel y Rafaelita se hallaban accidentalmente reunidos en la sala; pero entre sus almas existía siempre ese vano obstáculo, creado por la debilidad del uno y la imaginación de ambos; obstáculo que acaso iba á separarlos para siempre, y que, sin embargo, una sola palabra, un apretón de manos, hubiera podido hacer desaparecer. ¡Es tan poder-

rosa la influencia de la mujer cuando tiene fe en su valor!....

Rafaelita miraba con dolorosa atención á su marido, contemplando los estragos que en aquel rostro hermoso y varonil causaba la lucha interior, y pensaba tristemente en una próxima muerte que le devolviera á aquél su libertad, cuando de pronto sintió en el corazón un choque, como si toda la sangre que corría por sus venas hubiera retrocedido de golpe.

Volvióse violentamente, y recibió un estrecho y afectuoso abrazo de Dolores y un saludo de D. Diego, lleno del más profundo y galante respeto.

¿No habéis experimentado algunas veces este fenómeno misterioso, especie de adivinación, que llamamos corazonada, y que jamás engaña?... ¿No os parece que estos presentimientos son una prueba irrefragable de las sobrenaturales influencias á que nuestro ser está sometido?....

¡Dolores en casa de Rafaelita!.... La casta esposa tuvo un momento de indignación; mas se contuvo, y con santa y divina humildad recibió á la que le robaba el corazón de su marido. Aquello era la abnegación llevada hasta el heroísmo!....

Manuel balbuceó las primeras palabras de un saludo, como un niño tímido, y no pudo recobrar su calma y espíritu habituales.

La visita fué corta; y Dolores, que entrara animada, alegre, expansiva, salió triste y vio-



lenta como si se le hubiese desvanecido alguna esperanza.

La conversación no pasó de lugares comunes, de frases de estampilla sobre el tiempo, los vestidos, el teatro; y sin embargo, D. Diego salió satisfecho; Rafaelita se retiró á un extremo de la casa á llorar libremente, y Manuel quedó confuso, agitado....

¡Amor! apenas habrá otra palabra en el lenguaje de los hombres de que más se abuse. ¡Amor! con ella se expresa la unión perfecta, casta y pura de dos almas; con ella también una necesidad torpe y grosera, un capricho, un crimen, una enfermedad! ¡Amor! la pasión de una hora, y el sentimiento que sobrevive á la muerte y va á ser el lazo de unión de dos seres en el cielo.....!—Los idiomas son aún demasiado imperfectos y necesitan purificarse muchísimo para llegar á ser siquiera el alfabeto del alma!

Acaso por la misma razón que D. Diego amaba á Rafaelita, Dolores amaba á Lorenzo. La naturaleza está llena de estas singulares contradicciones; así como el amor espiritual tiende á la armonía, pues que es el principio de ella, así esas naturalezas terrenales buscan en los contrastes lo que puede excitarlas.

La viuda que en la flor de sus años, tan ardiente y hermosa como era coqueta y egoísta, se había divertido en encender pasiones de

que nunca participaba; que se había casado sin amor, porque para ella no había en el mundo más que el placer, y que después de haber enviado no buscaba sino lo que pudiera satisfacer su naturaleza robusta y voluptuosa, había llegado á amar á Lorenzo. Tan cierto así es que para todas las naturalezas luce aunque sea un destello de esa emanación divina, y sólo las muy depravadas se agitan en su perpetua é infecunda obscuridad!... ¡Era éste un amor extraño que tenía rasgos de la pureza de una pasión perfecta; pero que no era en realidad sino la expresión del carácter de aquella mujer, ángel caído! ¡Era ese amor violento, impetuoso, que quiere avasallar al propio tiempo el alma y el cuerpo; que no se contenta con miradas y luz, sino que anhela caricias, besos, placeres; amor, que si llega acaso á formarse idea de la fusión de las almas, no cree pueda efectuarse de otra manera que en un embriagador abrazo!....

Pero este cariño no era correspondido: Lorenzo, meditabundo, concentrado dentro de sí mismo, no comprendía los ojos de Dolores, ardientes y húmedos de voluptuosidad que se clavaban en él; elevada su alma á las más altas regiones del sentimiento, no percibía tampoco la dulzura fascinadora de la voz de la viuda, que se derretía en cada una de sus palabras....

Tal era poco más ó menos la situación respectiva de los ánimos, en el momento en que arrastrados por sus sentimientos nuestros personajes, iban al fin á estrellarse los unos contra los otros.

La historia que hemos tomado á nuestro cargo referir, es uno de esos dramas complicados, pero silenciosos, sin testigos, sin acontecimientos casi, que se forman, crecen y se desarrollan dentro de la conciencia, á semejanza de los volcanes que nacen lentamente en las entrañas de la tierra y no se hacen sentir sino en el momento de una súbita erupción. ¡Historia difícil por cierto de narrarse, donde una mirada es una peripecia, una palabra una crisis!



## VII.

Dolores, que ninguna idea tenía del drama que se urdía lentamente, y ni aun había sospechado el amor del ciego, se sentía atraída hacia Rafaelita por ese encanto de la virtud modesta, y la visitaba con frecuencia. Era muy poco observadora, y estaba demasiado ocupada con la imagen de Lorenzo, para advertir los profundos estragos que causaba su presencia.

Nada había más terrible que la perpetua excitación que sufría Manuel con la presencia de aquella mujer; eso era un tormento atroz, sin nombre, de todas horas, de todo momento; un martirio que agitaba y conmovía profundamente su sistema nervioso, y que estaba á punto de desarrollar en él una de esas enfermedades funestas, que la ciencia describe y bautiza fríamente, sin investigar las causas que las han producido.



Rafaelita, resignada como una víctima, ocultaba sus lágrimas, por pudor, á su rival, y se sonreía pensando en la muerte.

El domingo 10 de febrero de 1850, Dolores excitaba con interés á Rafaelita á que sacudiera aquella melancolía profunda que hacía algunos meses se extendía como un velo fúnebre sobre sus lindas facciones. La tenía abrazada por el talle, y con la mano derecha le alisaba los cabellos.

Rafaelita la dejaba obrar y la miraba con atención, como para descubrir hasta dónde llegaba la perfidia de sus palabras; mas el acento de la viuda era tan sincero, tan franco, tan natural, que no sabía si rechazarla como á un monstruo de hopicresía, ó pedirle perdón por sus injustas sospechas.

Pero Dolores no la dejaba hablar. Estaba en uno de esos períodos, en que las naturalezas como la suya sienten una fuerza expansiva que las impele á interrumpir á los demás para poder dar curso á las ideas que se amontonan en su cerebro.

—Vamos, le decía riéndose para enseñar su hermosa dentadura; vamos; en este mundo para ser amada se necesita ser coqueta; donde no hay inquietud, bien pronto se extingue el cariño.... Mira, si tu marido está seguro de tu amor, y no imagina que alguno pueda arrebatárselo, bien pronto de la confianza pasará á la costumbre.... y de ésta al fastidio no hay más que un solo paso.... Anda, yo quiero verte linda, muy linda; lo exijo..... aunque tú

no quieras, es mi voluntad, y yo soy impetuosa....

La inocente joven se rehusaba á desechar su aire de duelo, y Dolores insistía.

En estas circunstancias se abrió la puerta de la sala donde estaban las dos mujeres solas, y entró lentamente Lorenzo con aquel aire enfermizo y lánguido que había adquirido desde que se interrumpió la calma y la armonía que reinaba entre las tres almas.

Rafaelita lo recibió con una sonrisa y lo llamó á su lado, porque sabía que aquello era lo único que disipaba las nubes de su frente. Dolores le dirigió, aun antes que el joven la percibiese, un saludo con palabras tan armoniosas, que la esposa del ciego volvió rápidamente la vista hacia su amiga.

La entrada de Lorenzo interrumpió la conversación, y le dió un giro nuevo cuando llegó á reanudarse.

La encantadora viuda dirigió á Lorenzo una de las chanzas tan comunes sobre su palidez y su melancolía, y el joven se ruborizó y balbuceó algunas palabras sin sentido. Este incidente dió lugar á una de esas discusiones sobre el amor, que se repiten todos los días; pero en la cual Dolores empleó mucha elocuencia y pasión, como si hubiera pretendido conmover al objeto de sus suspiros.

Verdaderamente estaba hermosa aquella mujer en semejante momento; tenía el pecho agitado, y levantaba el rostro con un ademán tan noble, que era casi imposible resistir á su mirada de águila.

—¡Amor! decía: ¿y es posible existir sin amor? ¿es posible vivir sin luz, ni calor, sin que el corazón palpite, ni la sangre circule....? No, Lorenzo, no diga Ud. que tiene algún afecto á ciertas personas.... eso es difícil; el amor no puede ser sino exclusivo, absoluto y completo. Si yo amara;—y envolvía al joven con la llama de sus miradas;—si yo amara, sería con todo mi sér, pero también exigiría un amor semejante.... daría mi sangre toda por el escogido de mi corazón; pero querría que él sufriese ó gozase lo mismo que yo.... la muerte misma, pero juntos, ha de ser así un éxtasis de placer....

—¿Y qué más podría desear quien obtuviera ese amor?—tronó detrás de ella, de improviso, una voz agitada y temblorosa.

Ambas mujeres volvieron la cabeza á un tiempo, y Rafaelita tuvo que detenerse de la silla para no caer á tierra; mientras que Dolores hacía un gesto de disgusto clavando la vista en Lorenzo, como si maldijera al importuno que venía á interrumpirla en el momento decisivo.

Era Manuel; mejor dicho, su sombra; tan pálido, tan extenuado así estaba con aquel combate de cuatro meses, que hacía huir el sueño de sus párpados, que se renovaba cada hora, caía minuto, calcinando su cerebro, rasgando su corazón, lastimando sus fibras, enloqueciéndolo, enfermándolo, matándolo....!

—Hermano, le dijo Lorenzo tomándole una mano con ternura.

El ciego no sintió aquella caricia, y dió un paso hacia la viuda.

—Dormitaba fatigado, le dijo, pero oí la voz de Ud. hasta mi cuarto. Hace tanto tiempo que no respiraba el aire, que no he podido resistir al deseo de salir.... ¿Sabe Ud. que aquellas paredes me sofocan?...? ¿Está muy hermosa la tarde, verdad? siento un consuelo infinito.... Cuando el sol calienta de esta manera mi frente, me parece como que rejuvenezco.... ¡Qué dichosos deben ser los que á estas horas, á la luz de la tarde, lejos de aquí, entre las flores, suspiren juntos y calmen su fiebre de amor con dulces caricias....!

Un silencio profundo sucedió á las palabras del ciego.

Rafaelita lloraba; Dolores miraba con fijeza á Lorenzo, y éste por primera vez adivinaba algo de las pasiones que se agitaban en torzo suyo.

Manuel se puso la mano sobre su corazón para moderar sus latidos, y comenzó á sentir que había llegado para él una de esas horas que deciden de la vida entera.

Rafaelita, á quien aquel silencio sofocaba, se levantó y quiso huir. La infeliz se creía loca. Estaba en aquellos momentos en que la violencia del dolor quita el uso de la razón y el imperio de sí mismo. Lorenzo, que vió la profunda alteración de sus facciones, se levantó tras ella, la tomó por la mano y la llevó á respirar al balcón el aire libre.

Todo fué obra de un momento; la luz de un



relámpago hubiera podido alumbrar aquel cambio; verificóse tan rápidamente, que no pudo tomar parte en él, y se quedó contra toda su voluntad al lado del ciego, quien permanecía de pie.

—Pero la vida retirada que lleva Ud. puede perjudicarle, le dijo Dolores por decirle algo, porque nada hay tan molesto como el silencio entre dos personas.

Manuel se estremeció como si por primera vez oyera el acento de la viuda.

—¡Me muero! murmuró. Hace tiempo que me consumo, que siento cosas extrañas...

Y después de una pausa, añadió haciendo un esfuerzo:

—¡Qué horrible tormento, Dolores, es amar, amar, amar con todo el corazón, con la sangre, con los pensamientos, y no ser amado...!

—Pero es que Rafaelita.... balbuceó sorprendida la viuda.

Manuel se retiró convulsivamente, como si aquel nombre fuese un hierro ardiendo, y repitió con esa voz sofocada por los latidos del corazón:

—¡Rafaelita...! ¡Oh! ¡no! no pronuncie Ud. su nombre!

Y se arrancaba los cabellos, lleno de angustia y desesperación.

—¡Manuel, cálmese Ud., por Dios...!

El ciego cayó de rodillas, y exclamó con esa voz que es el último estallido de un corazón que se hace pedruzcos:

—Mujer, ¿qué encanto hay en ti, que me mata tu presencia?...!

Aquel grito hizo correr á Rafaelita y á Lorenzo; pero cuál fué la sorpresa de ambos al ver á Manuel que permanecía de rodillas, y á Dolores delante de él, que lo miraba con curiosidad.

Hay momentos en que la sorpresa quita la voz, de tal manera, que la imaginación hace inútiles esfuerzos para desatar la lengua.

La paciencia de la esposa había llegado á su colmo. Rafaelita buscaba en su mente la injuria más amarga que lanzar á aquella mujer hipócrita; y en el entretanto no atinaba á socorrer al ciego, que al sentir la venir cayó de espaldas convulsó.

Al fin halló lo que buscaba, y se adelantaba hacia Dolores para tomarla del brazo, cuando la detuvo una voz melosa detrás de sí:

—¡Pero Manuel se muere!

Era D. Diego.

Rafaelita lo miró y retrocedió aterrada, olvidando su venganza, al aperebir la siniestra alegría que iluminaba las facciones de aquel hombre...

Manuel había caído herido por un ataque de epilepsia, súbito, violento como un rayo.

Era indispensable; el choque de aquellos dos amores en su corazón se había prolongado por todos sus nervios lastimándolos. La excesiva

tensión había concluido al fin por reventar las cuerdas; y el joven músico, á falta de poder desahogar sus penas, sucumbió á su enorme peso.

La noche fué agitada para Manuel: dos veces se repitieron las horribles convulsiones, y los médicos creyeron que si sobrevenia una tercera, moriría sofocado el ciego.

Rafaelita y Lorenzo no se despegaron un momento de su lado.

La joven en la hora del dolor olvidó todas sus penas y sólo pensó en el que sufría: su corazón era todo de amor y abnegación. Hasta hubo momentos en que se creyó ella la culpable, y entonces á fuerza de atenciones, de cuidados y de delicadeza, quería hacerse perdonar su arrebató. Hay sentimientos que sólo las almas muy nobles pueden apreciar.

Durante tres días la vida del músico estuvo en inminente riesgo. En este tiempo, Rafaelita no permitió á nadie que entrara á verlo; y con esa resistencia, con esa fuerza, con esa infatigable paciencia que sólo las mujeres de su clase saben sacar de la conciencia de su deber y su amor, no se separó del lado del enfermo ni un solo minuto.

El jueves le hizo una visita D. Diego, y Rafaelita, aterrada por la frialdad de bronce de aquel hombre, no tuvo valor para decirle una palabra.

El sábado volvió el señor de Mirafuentes y trajo á su hermana.

Manuel estuvo peor aquel día, y D. Diego

exigió que Dolores se quedara á ayudar y acompañar á Rafaelita. El solterón conocía la fascinación que producía en la joven, y se aprovechaba de aquel poder. Era el terror que inspira un animal venenoso.

En la noche, cuando Manuel después de algunas convulsiones quedó sumergido en el sueño letárgico que sucede á los ataques de esa naturaleza, Rafaelita, haciendo un esfuerzo, se separó del lado de su marido y fué á velar con Dolores en la sala, para evitar que esa mujer estuviera cerca del ciego.

Lorenzo quedó con Manuel.

Las dos mujeres estuvieron mucho tiempo en silencio, porque se sentían inquietas después de la escena pasada.

Poco después de las doce, Dolores, que á pesar de su robustez sucumbía muy fácilmente al cansancio, se durmió.

Rafaelita se levantó entonces y no pudo menos de quedarse delante de su rival con los brazos cruzados mirándola fijamente, recordando en su mente todo lo que había pasado desde que la encontró en su camino, y meditando en la funesta y misteriosa influencia de algunas criaturas.

¿Cuánto había variado su suerte, su vida, su porvenir entero, desde que Dolores proyectó su sombra sobre su camino!

¿Por qué había venido esa mujer á desvanecer su dicha? ¿Qué funesto placer hallaba en turbar la armonía de dos almas?

¿Con qué objeto había Dios permitido que el



mal triunfase así sobre dos corazones que se elevaban hacia el cielo?

Rafaelita no hallaba solución á estas preguntas; y sin embargo, se sentía muy superior para aborrecer á la viuda.—Hay almas tan puras que no conocen el odio; se retiran del sér que las lastima, pero al mismo tiempo le piden su perdón y su enmienda á Dios, que no arroja nunca inútilmente las gotas de hiel y de absinto!

Quién sabe cuánto tiempo pasó de esta manera Rafaelita. Cuando se volvió, halló á su lado á D. Diego, que á su turno la contemplaba también; pero la mirada de la joven sobre Dolores era la del ángel sobre el pecador; la de D. Diego era la mirada fría, penetrante, embriagadora de la serpiente.

El señor de Mirafuentes se apresuró á saludar á la esposa de Manuel y le dijo, que venía á ponerse á sus órdenes, para servirle en aquellos momentos.

Dicho esto, tomó un asiento distante, pero con el ademán de un hombre resuelto.

El uso y la sociedad autorizan y exigen esta clase de servicios prestados entre las personas ligadas por los lazos de la amistad; sin embargo, ¡cuán raras veces son verdaderamente útiles y apreciables.

Rafaelita quiso retirarse; pero la idea de que esta falta de atención social podría dar á entender á D. Diego que lo temía, la hizo permanecer. Luego pensó en despertar á Dolores con cualquier pretexto; pero sólo se convenció

de que el sueño de la viuda era pesado, como el de todas las personas sanguíneas.

Entonces levantó los ojos y vió sonreírse al viejo.

Pasó una hora, eterna como las de una velada, y Rafaelita comenzó á tranquilizarse.

Pasó otra hora, y sonaron las tres de la mañana en los diversos relojes públicos de México. Se oía roncarse levemente á Manuel, y todo lo demás estaba en silencio....

D. Diego se levantó, como para desentumecer sus miembros, y comenzó á pasearse; pero cada vez sus paseos eran menos largos.

El viejo sabía los malos efectos de una sorpresa, y quería acercarse insensiblemente, como el gavilán que encierra á su presa en los círculos espirales de su vuelo.

Rafaelita tenía frío; aquel hombre le parecía uno de esos personajes que sólo cría la fiebre.

Al fin D. Diego se detuvo con la mayor naturalidad junto al sofá en que estaba la joven, y con un acento lleno de interés le dijo:

—¿Por qué no va Ud. á descansar? después de siete noches en vela, ha de estar Ud. fatigada. Nosotros velaremos, despertaré á Dolores.

Esta última parte de la proposición hizo exclamar prontamente á Rafaelita:

—¡Oh, no! no hay necesidad de molestarla.

El corazón humano es incomprendible; la joven, que un momento antes hubiera dado algo por despertar á la viuda, se opuso tenazmente entonces á que D. Diego lo hiciera, porque se complacía en contemplar su debilidad, y no quería deberle el más leve auxilio.

Al cabo de un momento volvió á decir D. Diego:

—Por más que he hecho, no he logrado comprender la causa de la enfermedad de Manuel: ¿fue alguna impresión violenta?

Rafaelita no contestó, y al verla ponerse más pálida que de costumbre, el viejo se sonrió con corazón directamente.

—Pero Manuel es muy feliz; no conoce cuidados, ama á Ud. con el cariño más completo y exclusivo, de manera que no atino...

La joven lanzó uno de esos suspiros que se escapan involuntariamente del pecho; pero nada contestó tampoco.

D. Diego, picado con aquel obstinado silencio que le impedía ganar terreno y le obligaba á desempeñar la difícil posición de asaltante, volvió á continuar sus paseos. Era muy cauto para aventurar una escena violenta, que sólo tiene probabilidades en su favor cuando la anima el fuego de la pasión, y era muy frío, demasiado egoísta para lograr fingirla; pero he aquí que por otra parte estaba harto encaprichado para abandonar la empresa. ¿Cómo lograr, pues, un buen resultado?

En esto las horas corrían, y la oportunidad iba á desaparecer acaso para siempre. En vano buscaba un medio que pudiera hacerle triunfar.—La vista de Rafaelita avivaba sus deseos; la dificultad, el silencio y la soledad los exaltaban hasta el frenesí.—Si los hombres se llegarán á convencer al fin de los tormentos que se experimentan al llevar á cabo una mala acción, tal

vez abandonarían ese camino extraviado que los conduce tan lejos del objeto de su destino.

Volvió á acercarse D. Diego á Rafaelita, y clavó en ella sus dos ojos redondos, pequeños, vidriosos, relucientes, con un brillo sanguíneo.

Cuando calculó que el frío de su mirada había llegado hasta el corazón de su víctima, paralizándolo sus movimientos, dijo lentamente:

—¡Desgraciada de Ud., Rafaelita! ¡cuánto la compadezco, porque tan santa, tan bella, no es Ud. digna de esa suerte!

La joven se agitó como para sacudir el peso de la mirada que caía á plomo sobre ella, y levantó su rostro resplandeciente de orgullo.

El viejo continuó:

—¡Es una infamia, ¡oh! una infamia, engañar así á una criatura! pagar de esa manera su amor, sus sacrificios....

D. Diego creyó despertar esa pasión de los celos, que ciega y embriaga el alma de las mujeres, el gran resorte de los seductores; pero con harta sorpresa vió levantarse á Rafaelita y rechazarlo con un ademán imperioso que no admitía réplica.

Entonces el amante comprendió la imposibilidad de satisfacer sus deseos, y le acometió un vértigo; le sucedió lo que á los más diestros jugadores, que después de una noche de pérdida, de desgracia, tienen un instante de perder la cabeza, y en que el amor propio, la rabia, el deseo, todas las malas pasiones reunidas les



hacen aventurar, sin probabilidades ya, su fortuna entera.

Así hizo D. Diego: vió á Rafaelita que iba á partir, conoció que aquel era el último momento oportuno que tendría en toda la vida, y el despecho, el acaloramiento de la lujuria le hicieron dar un paso que nunca había pensado.

Se apoderó de las manos de la muchacha, y cayó de rodillas delante de ella.

—¿Pero no ve Ud. que la amo más que á nadie?... ¡Oh! no haya Ud. de mí.... le decía en voz baja y cortada.

Y sujetaba con fuerza por las manos á Rafaelita, que quería retirarse.

—¡Yo la amo....! ¡Yo la amo....!!

Y ebrio, sin razón ni sangre fría ya, cubría de besos los brazos de la joven, con sus labios hinchados y amoratados.

Luego se levantó, y tembloroso, frenético, horrible como un monstruo, sujetó por la cintura á Rafaelita, que se sentía próxima á desmayarse, y que se agitaba en silencio, ahogando en su garganta sus gritos de aflicción, por no despertar á Manuel, á quien una conmoción de estas, mataría como un rayo.....

Dolores dormía profundamente. Reinaba un silencio horrible: no se oía más que la respiración desigual y fatigada de D. Diego.

Hay ocasiones en que al contemplar uno de estos crímenes ejecutados en medio de la noche, sin un brazo ni una mirada que socorran al que sucumbe, no podemos menos de exclamar: ¿pero duerme también Dios?

El viejo levantó en seguida á la joven, que ya

no se defendía, porque sus nervios estaban laxos; y en el delirio de su triunfo, estampó sus labios sobre la boca pálida é inanimada de la víctima....

En aquel tiempo resonó un grito que nada tenía de humano; y el viejo, erizados los cabellos, cayó de rodillas bajo la presión de una mano de hierro, abriendo los brazos y soltando á Rafaelita, que se escurrió sin sentido, como un cadáver, hasta el suelo donde rebotó su cabeza.

D. Diego levantó la vista, y vió encima de él á Lorenzo, altivo, grandioso, irritado, queriendo anonadarlo con el fuego de sus miradas.

Dolores despertó sobresaltada.

El viejo, pálido de rabia, se levantó lentamente.

Pasado el primer momento de la sorpresa, meditaba en su cabeza la venganza. Había encontrado un obstáculo invencible en el momento de su triunfo: necesitaba destruirlo; había sido humillado ante aquella mujer; necesitaba hacerse pagar tamaña injuria; había encontrado con una fuerza superior, y estaba descubierto su secreto: era indispensable que muriese Lorenzo.

Tomó al joven por la mano, y llevándolo al balcón, le dijo en voz baja y concentrada:

—También Ud. la ama.... es necesario, pues, que uno de los dos deje el lugar al otro.

—¡Miserable! ¿y se atreve Ud. á decir....?

—Mañana á las cinco de la tarde, en el Pedregal de Coyoacán.... Sin testigos, porque no quiero que esto sea una farsa....

—¡Está bien!

¡Lorenzo condujo al viejo hasta la puerta de la escalera, arregló las condiciones del combate, y lo echó!

¶ Cuando volvió adentro, Dolores trataba de hacer recobrar el sentido á Rafaelita, frotándola las sienes. La contempló un instante, y corrió á ver á Manuel, que se agitaba entre las convulsiones de la epilepsia.

En el momento en que el beso de D. Diego hizo vibrar el alma de Rafaelita, como un cristal que se hace pedazos, Lorenzo, que hacia una hora experimentaba cierto malestar, cierta obsesión indefinible, sintió un dolor tan agudo en el corazón, que se levantó como movido por un resorte.... sin aquella misteriosa simpatía, Rafaelita hubiera sucumbido.

¿No os ha acontecido muchas veces sufrir así, cuando alguno de los seres con quienes está ligada nuestra existencia padece, aunque entre ambos medie una distancia inmensa? ¿No es este fenómeno el que ha dado origen á esa frase vulgar, pero enérgica y exacta: el corazón avisa....?

Manuel, en ese estado de somnolencia que no es ni sueño ni vigilia, sintió también una opresión de pecho, y como un presentimiento, como

una creación de la fiebre y el delirio, se presentó en su mente la idea del amor de D. Diego á Rafaelita.

La frente del ciego estaba empapada en sudor helado y viscoso; su respiración se agitaba, y su lengua inerte se negaba á dar salida á los gritos que hervían en su pecho.

Era una verdadera pesadilla.

Pues todavía en aquel mismo instante, Manuel bregaba entre los dos abismos de su corazón.

¡Rafaelita y Dolores! ¡Siempre lo mismo, siempre la misma tensión que desgarraba sus nervios! Hubo instante en que el músico se sintió cobarde y pensó en no reclamar á D. Diego su crimen, para no perder á Dolores, idea que lo aterraba. ¿Pero dejaría ofender á Rafaelita? La alternativa era verdaderamente cruel.

La angustia, la opresión, la duda le produjeron entonces el nuevo ataque de epilepsia.

¡Ay! los lazos que ligaban aquellas tres almas no se habían roto, y el dolor las hacia reunirse por un momento como en otro tiempo la contemplación. ¿Por qué era para gemir y no para amarse, para lo que se encontraban?....

Cuando esto pasó, cada uno de los tres personajes guardó silencio, y todos creyeron ser los únicos que sabían el secreto.

Cerca de las siete de la mañana, el ciego, cuya alma había quedado enternecida con la pesadilla, llamó á Rafaelita y le estrechó las manos con toda la pasión que en los días más felices



ces de su amor. La joven, que esperaba poco aquel instante, sintió tal torrente de ternura que cayó llorando junto á la cama de su marido.

Era el momento de la reconciliación de aquellas dos criaturas, que tanto padecían lejos la una de la otra; pero en ese mismo instante entró Dolores á despedirse, y las manos de Manuel y Rafaelita se desunieron y cayeron frías y frías....

¡Patalidad!

Los sucesos se habían seguido con una rapidez tan extraordinaria, que no daban lugar á reflexionar. La crisis, tan largamente preparada por medio de pasiones, sentimientos y circunstancias difíciles de describirse, había estallado al fin. ¡El choque entre pasiones encontradas y antagónicas se prolongaba....!

“No hay lucha que no purifique, ni desorden alguno que el Amor eterno no torne contra el principio del mal.” (1)

De otra manera la existencia del mal y del dolor, los antagonistas del bien y la felicidad, no sería lógica, no sería cristiana.

“El sello del dolor, impreso en nuestro destino, anuncia con caracteres manifiestos nuestra vocación á la perfección.” (2)

(1) Joseph de Maistre. “Considérations sur la France.”

(2) De Gerando. “Du perfectionnement moral.”

No sería posible destruir las pasiones, pero sí es fácil dirigir las. Dios ha querido que el dolor sea consecuencia del extravío, á fin de que el egoísmo, ese principio de la personalidad, sea el primer elemento de la reforma.





cólica y sentida de los corazones de veinte años, gemidos de su alma, aspiraciones á la libertad, ese ídolo de los seres puros y generosos.

Después pasó su mirada empañada por las lágrimas, en el modesto cuarto donde había pasado los días más bellos de su existencia, y lloró... le parecía que aquellos muebles, testigos mudos de sus momentos de entusiasmo, de sus horas de melancolía, eran una parte de su ser.

Salió á la calle; el día se le hizo eterno, y el ruido del público le causó hastío.

Al medio día se reunió con Rafaelita, y al verla sintió que le faltaba el valor.

En seguida entró á ver á Manuel, y le estrechó la mano en silencio.

Manuel dormitaba; pero despertó sobresaltado, y le dijo:

—Estoy muy triste, Lorenzo.... ¡Si vieras! este apretón de manos me ha parecido una despedida.... Hermano, si yo muero, no abandones nunca á Rafaelita.... Júramelo por lo que ames tú más en la tierra....

El joven no pudo responder, y aquellos dos hombres lloraban juntos.

¡Dieron las tres!

Lorenzo se estremeció, pensando cómo había corrido tan rápido el tiempo, y cuán poco era lo que le restaba.

Volvió entonces á su cuarto, y examinó minuciosamente un par de hermosas pistolas; jugó los muelles, midió las balas. Todo estaba exacto.

Los hombres más valientes temblan al mirar de esta manera friamente la muerte; porque el valor no es la estupidez, ni la ignorancia, sino la resolución que se sobrepone á todo. ¡Éran las cuatro, la hora de partir!

Lorenzo tenía muchos deseos de despedirse de Rafaelita; mas no se atrevió. Lo habría sofocado el llanto, y hubiera causado un dolor terrible á la pobre muchacha.

Sin embargo, se detuvo en la sala y se arrojó levantando en silencio los ojos al cielo.

Partió al fin, y desde el momento en que los caballos de la carretela lo arrancaron de aquel sitio, como si se hubiese roto el encanto, su corazón recobró el valor y su alma la energía.

Llegó á Coyoacán. El sol, ya muy inclinado hacia el Occidente, iba enrojando sus rayos. El cielo estaba azul y limpio; el aire era tibio y perfumado, y el polvo que se levantaba al paso de los caballos parecía una lluvia de oro....

Lorenzo dejó su carretela en la plaza, y siguió á pie la calle estrecha que conduce hasta la capilla de los Reyes.

Cuando llegó, los alrededores de la humilde iglesia estaban solitarios: sentóse sobre uno de los peñascos negros que forman el pavimento, al pie de un hermoso pino, y tendió su vista por el horizonte, contemplando á México desde lejos, reclinada sobre su alfombra de césped al borde de sus lagos....

Pocos momentos después llegó también á pie D. Diego. El viejo venía notablemente pá-

lido; pero la sonrisa de sus labios era más fría, más irónica que nunca.

El joven, sin abrir siquiera la boca, se levantó y echó á andar: su adversario le siguió inmediatamente.

Dieron la vuelta á la iglesia, por cuya puerta se escapaba un apacible aroma de mirra, como convidándolos con su tranquilidad, y comenzaron á bajar por una vereda sembrada á uno y otro lado de espinos y "nopales."

El camino es quebrado y da varias vueltas, presentando algunos puntos de vista agrestes y pintorescos; por algunos lados entre las rocas se eleva una cabaña de trabajadores; por otros aparecen unas cuantas ovejas; en un recodo de tierra hay flores. Pero á medida que Lorenzo y su compañero se internaban, la soledad se hacía más completa; el paisaje más difícil y agreste.

Al fin llegaron á un punto de tal manera aislado, que hubiera podido creerse que jamás una planta humana le pisara.

Lorenzo se detuvo en una especie de plazuela pequeña sembrada de abrojos y de una grama seca y amarillenta, única vegetación de aquel sitio. Las rocas volcánicas formaban una barrera que impedía la vista á todo extraño.

Depositó en tierra sus armas Lorenzo y las enseñó á su contrario.

D. Diego las examinó fríamente y las volvió á su lugar. El joven cargó conienzadamente una y otra pistola, y presentó ambas á D. Diego para que escogiera.

Este tomó una y dijo:

—¿Habíamos convenido diez pasos?

—Los que Ud. guste.

D. Diego y Lorenzo se pusieron de espaldas, y cada uno avanzó cinco pasos; pero el primero anduvo de prisa, y antes que el otro ejecutara el movimiento, dió media vuelta, tendió el brazo hacia su contrario, y resonó un tiro....

Cuando el humo se disipó, Lorenzo, que acababa de recibir una rozadura encima de la clavícula del lado derecho, miró á D. Diego.

El joven levantó lentamente su brazo armado con la pistola sin descargar, y la fijó á la altura del corazón del viejo, quien cerró los ojos fascinado, como un niño que no quiere ver el peligro.

—Podría matar á Ud., le dijo con voz sonora, y tengo derecho de hacerlo por su traición; pero no lo haré si me jura el no volver á levantar la vista, ni pensar en esa mujer que jamás corresponderá á los deseos de Ud....

—¿Por qué prefiere á Ud....? preguntó sardónicamente D. Diego, á quien las palabras de su enemigo infundieron alguna esperanza.

—¡Silencio! gritó Lorenzo. No manille Ud. con sus palabras á quien es pura y santa como un ángel.

D. Diego se rió un instante, y Lorenzo sintió un impulso vehemente de matar á aquel miserable.

—Es dura la condición.... esa mujer es muy linda, dijo al fin; pero bien mirado, la vida vale más.... Está bueno, caballero; juro por mi



honor, añadió, urgido por la fascinación que ejercía sobre él la boca oscura de la pistola de Lorenzo, que no había variado ni una sola línea de su terrible dirección; juro por mi honor olvidar toda pretensión.... no volver á mirar á Rafaelita.... no pensar....

—¡Basta!, exclamó sicamente Lorenzo.

Levantó el joven la mano, y la bala de su arma fué á estrellarse contra una roca.

Guardó cuidadosamente las pistolas en su caja, tomó su sombrero, y pasó delante de Don Diego sin saludarle.

El viejo lo miró con sus ojos de serpiente, fríos y brillantes y tornó á reirse.

Lorenzo trepaba por una de las peñas con el corazón lleno de gozo. ¡Volvió á México! ¡volvía á reunirse con los seres queridos de su corazón, de quienes se creyó separado.

El viejo metió entonces lentamente la mano en la faltriquera de su levita, sin apartar la vista del joven.... y un segundo después se oyó una detonación.

Lorenzo abrió los brazos, se soltó de la peña, y rodó hasta cerca de su contrario, gritando:

—¡Miserable!....

El viejo arrojó lejos la pistola con que acababa de cometer el crimen, y se inclinó hacia el herido. Le miró: estaba inmóvil; le palpó; había ya muerto! La bala había pasado de parte á parte el corazón.

—¡No siempre he de caer yo de rodillas! exclamó Don Diego recordando la noche de su humillación.

Emprendió en seguida su camino, y en el mo-

mento de montar en su coche para volver á México, el lacayo le oyó murmurar:

—¡Pobre joven! era muy inocente con sus ideas caballerescas!.... El amor trastorna esas cabezas de veinte años....

Aquel mismo día, domingo 17, Rafaelita, cerca del balcón, á eso de las cinco de la tarde, leía "La Imitación de Nuestro Señor Jesucristo," libro divino que contiene consuelos para todos los dolores, porque se sentía agitada, triste, displicente.

Hay horas de una tristeza tan profunda en la vida, que no pueden explicarse sino por medio de una influencia sobrenatural.

Rafaelita había hojeado el libro, y se había detenido en aquella página que estaba en consonancia con el estado del ánimo.

"Si tuvieseis la conciencia pura, no temeríais tanto la muerte.

"Más valdría huir del pecado que evitar la muerte.

"Si no estáis dispuesto hoy, ¿cómo podréis estarlo mañana?

"Mañana es un día incierto; ¿sabéis por ventura si viviréis mañana?

"¡Dichoso aquel que tiene constantemente la idea de la muerte ante su vista, y se dispone todos los días para morir...." (1)

(1) "Imitación de Jesucristo."—Lib. I, cap. XXIII.

De pronto se abrió la puerta, y Dolores, con la mirada extraviada, suelto el cabello, se precipitó en brazos de la joven, sollozando:

—¡Se van á matar!...! decía sofocada. ¡Dios mío! ¡Dios mío!...! y ya han partido...

—¿Pero quiénes, Dolores?... ¡habla pronto! exclamó Rafaelita, por cuyo cerebro acababa de cruzar, como un relámpago, una idea.

—¡Lorenzo... Diego!

—¡Lorenzo! balbuceó la esposa del músico, estremeciéndose y adivinando la verdad toda.

—¡Lorenzo! ¡Diego! continuaba diciendo la viuda con ese dolor estrepitoso que se exhala en gritos: ¡Dios santo...! Voy á volverme loca... porque ¿no sabes que yo lo amo...?

—¡Silencio! la interrumpió Rafaelita; Manuel no está dormido, y puede oírnos...

En efecto, el ciego acababa de toser.

Después de la primera explosión del dolor, aquellas dos mujeres quedaron abismadas, mirando maquinalmente, la una el suelo, la otra las páginas del libro.

Pocos minutos después de las seis, repentinamente, se llevó Rafaelita la mano al corazón y prorrumpió en un grito:

—¿Qué es?, preguntó Dolores.

—¡Lorenzo ha muerto!, contestó en voz baja la joven, con ese acento confidencial que se toma en las grandes crisis de la vida.

Y oprimiéndose el pecho con ambas manos, como para sofocar los latidos de su corazón, añadió:

—¡Le han herido aquí...! aquí...! yo también he recibido el golpe...

Dolores, loca de pesar, horaba á gritos.

Manuel lo había oído todo, y el grito de su esposa le hizo estremecerse hasta la médula de los huesos.

—¡Lorenzo! murmuró entre sí.

Y su primer pensamiento fué:—¿Cómo lo ama esa mujer...!

Pero inmediatamente se arrepintió de aquel arranque de celos, que casi le había hecho gocijarse de semejante catástrofe, y lloro también...

¡Pobre Manuel! su alma y su corazón eran buenos, pero débiles y fáciles en sucumbir á ciertas instigaciones de mal.

D. Diego de Mirafuentes volvió á su casa, á hizo entender á la señora su hermana, que hablar de lo que había pasado era perderse, sin esperanza de lograr nada, pues todos los gemidos del mundo no lograrían volver la vida á Lorenzo.

Rafaelita no tuvo noticias de este malogrado joven sino hasta el martes siguiente, en que se pudo obtener su cadáver, después de las primeras diligencias judiciales, que no dieron la menor luz sobre quién pudiese ser el agresor.

¡Sólo Dios sabe por qué las primeras flores que caen son las más bellas, las más puras, las más lozanas...! ¡La vida está llena de enigmas, de enigmas cuyo secreto se encierra en la tumba...!



¡Hay lazos que no se sienten bien sino hasta el momento en que un suceso viene á romperlos; amores de tal manera encadenados con nuestra existencia, que no se adivina toda su extensión sino hasta que la muerte ó la ausencia dejan en nuestra alma un vacío profundo!

Rafaelita y Manuel, sólo cuando contemplaron el cadáver de Lorenzo, pálido, transparente como la cera, comprendieron cuánto amaban á aquel joven. ¡Entonces fué cuando se convencieron de que realmente no existía ya aquel ser lleno de vida y de sentimiento! Hasta ese momento habían alimentado una de esas esperanzas insensatas é involuntarias de que el corazón gusta hacerse víctima. Parciales que Lorenzo estaba lejos, pero que de una hora á otra vendría á reunirse con ellos, á calmar esa vaga inquietud que los atormentaba.

Mas ante aquel cadáver, sobre cuya frente se reflejaba la luz amarillenta y fría de los cirios, ¿qué esperanza podía subsistir...?

¡Realmente Lorenzo había muerto!

Los médicos prohibieron al ciego permanecer junto al cadáver: ¡solamente Rafaelita le hizo compañía desde las once de la mañana que entró, hasta la tarde en que se lo llevaron para siempre!

El aspecto de la muerte infunde respeto, veneración y esperanza; únicamente á los seres materiales é imperfectos produce miedo; porque éstos no conciben idea de la inmortalidad, ni sienten la necesidad de esa existencia superior y perfecta. El miedo es la repulsión del alma á la destrucción, al vacío, á la nada....

Ardían frente al cadáver de Lorenzo dos grandes cirios, y su chasporroteo peculiar era lo único que interrumpía el religioso silencio que reinaba en aquella pieza. Algunas flores, que como una ofrenda funeraria había derramado Rafaelita sobre el tumulo, mezclaban su aroma al olor de la cera.

¡Rafaelita permanecía de rodillas junto al cadáver, con la vista levantada al cielo; porque así como las estrellas dejan á su paso un rastro de luz sobre la bóveda celeste, así las almas de los escogidos dejan para sus hermanas una huella resplandeciente; y la joven contemplaba á Lorenzo como el prisionero desde su calabozo mira las huellas del que ya alcanzó la libertad....!

En medio de aquel aparato fúnebre, envuelta en un silencio solemne, halagada por el perfume tibio y suave de las flores, Rafaelita reflexionó seriamente.

Lorenzo no había sido una de esas criaturas que Dios cria para el mundo; fué un ángel, cuya peregrinación sobre la tierra debía ser corta. Era una de esas almas solitarias destinadas á no hallar compañera, para que no se derrame el tesoro de amor que encierran dentro de sí; era como una de esas estrellas de primera magnitud, que brillan sin rival en el firmamento. Puntos brillantes hacia donde todas las miradas se fijan, corazones escogidos que todos aman, pero á los cuales Dios guarda para que sean los diamantes de su diadema.

En la tarde llegó la hora de conducir el cadáver a su postrer morada.

Entonces Manuel y Rafaelita sintieron que se les arrancaba un pedazo del corazón, y les pareció que era una práctica bárbara privar así a los que aman, de los despojos de un ser querido!

El ciego y la joven, arrodillados, en místico silencio, después de haber dado a Lorenzo el beso de despedida, oyeron el ruido de las pisadas que se iba extinguiendo; luego, á lo lejos, el clamoreo de las campanas que elevaban su voz á Dios. ...!

¿Qué influencia misteriosa tiene ese toque funeral, que infunde en nuestras almas la melancolía, la tristeza, cuando le oímos por un extraño; y nos llena de consuelo y de esperanza cuando se eleva al cielo por una persona á quien amamos. ...?

Al fin el silencio pesó sobre el pecho de los esposos como la losa que oprimía el cadáver!

Rafaelita no derramó una lágrima; los grandes dolores son silenciosos y sombríos. Durante los primeros días estuvo agitada; pero á medida que el malestar físico que causa la ausencia fué extinguiéndose, su alma recobró la tranquilidad de la melancolía. ¿Cómo dar cabida á la desesperación, si para el alma cristiana, tras del sepulcro brilla la más dulce y consoladora esperanza?

Por otra parte, la joven sentía que las almas hermanas están unidas por un lazo misterioso

que no se rompe con la muerte. Tenía una creencia poética y sentimental, nacida de ese íntimo instinto de verdad y de justicia que existe dentro de nosotros: creía que el alma que se va, no deja huérfana al alma que se queda, sino que libre de los lazos que la aprisionaban, es un intermediario entre Dios y ésta. Rafaelita tenía fe en que había entonces una unión más íntima, unión consubstancial, por decirlo así, entre las dos almas. La que vuelve á su centro se confunde por medio del amor con la nuestra; nos deja la mitad de su ser, y lleva consigo la mitad del nuestro. Y de esta manera ella vive con nosotros acá, y nosotros vivimos con ella en el cielo. ...

Esta era la explicación que la joven se daba de ese sentimiento vago, dulce, doloroso y celeste al propio tiempo, que llamamos "recuerdo" á falta de otra palabra más exacta, memoria del corazón; esa sensación del alma que se siente dividida; esa tensión que la atrae al cielo. ...!

¿No creéis que el mundo participa hasta cierto punto de esta creencia consoladora? ¿No habéis visto, cuando niños, á vuestra madre arrodillarse á cierta hora para rezar por el alma de vuestro padre, como si en aquel momento hubiera comunicación entre ambos. ...?

Si las almas perdieran su personalidad al desprenderse de la tierra, ¿qué atractivo podía tener entonces la eternidad? Si perdieran su personalidad, ¿qué efecto resultaría de las re-



compensas ó los castigos de la otra vida....? ¡Ay! "la idea de las recompensas ó castigos en el otro mundo, trae consigo la de la inmortalidad de los recuerdos de éste." (1)

"Si los vínculos de familia hubieran de romperse en el sepulcro, entonces sería la esperanza un engaño, el amor una pena, la vida un tormento, y la muerte un verdadero suplicio." (2)

¡No, no! "el amor de la familia no se desvanece en el cielo." (3)

El amor de este mundo, el amor puro y espiritual que existe en ciertas almas, como el perfume en algunas flores, es principio del amor eterno que vive en el cielo!

(1) Mme. Krudner—Valerie.

(2) José Joaquín Pesado.—Prólogo á sus poesías.

(3) R. P. Fray Domingo Lacordaire.—Conferencias de Nuestra Señora de París.



## IX.

Pasó un mes.

¿Sabéis lo que es un mes para los que padecen, para los que miran desvanecerse cada día llevándose una esperanza, como el viento del otoño que arranca una á una las hojas del árbol?—Es un espacio de tiempo suficiente para encanecer el cabello, para extenuar el rostro.

Manuel y Rafaelita guardaron el luto de Lorenzo, así en los vestidos como en el corazón.

D. Diego no había vuelto á visitar al músico.

Dolores, que quiso morir durante los primeros días, consagrarse luego en un convento á la memoria del malogrado objeto de su amor y que pensaba vestir un eterno luto, poco á poco fué consolándose, y el 22 de Marzo, treinta y tres días después de la muerte de Lorenzo,

ya lo había olvidado todo, y embriagada por el baile con que se celebraba el día de su cumpleaños, pensaba tan sólo en nuevos triunfos.

¡Ay! sólo á los corazones escogidos es dado sentir dolores eternos.

La capacidad de amar de un corazón, ha dicho un elocuente escritor, se conoce por su sensibilidad y su constancia en sufrir. ¿Qué idea podrán formarse del amor esos seres á quienes el espacio de una noche consuela....?

Aquel mismo día, Manuel, á quien la ausencia de la viuda atormentaba aún más que su presencia, se presentó de nuevo en casa de D. Diego. Era una debilidad que él mismo se echaba en cara; era un crimen por el cual se aborrecía; pero ¿qué otra cosa hacer, si se sentía arrebatado?....

El ciego estaba resuelto, como se resuelven al fin los débiles, obstinadamente; y para acallar la voz de sus remordimientos que lo atormentaban, para huir del amor inextinguible y casto que profesaba á Rafaelita y que le llenaba de vergüenza y de confusión, se hundía más y más de lo que su pasión á Dolores lo exigía, y quería aturdirse, embriagarse, olvidarse de sí mismo. ¡Era la debilidad del que se deja subyugar por el mal!....

¡Se presentó solo! hacía algunos días que la resignación, el silencio y la humildad angélica de Rafaelita lo abrumaban. Habría querido mil veces más, reconvenciones y quejas para exaltarse; esto le hubiera consolado. Nada hay más terrible como la majestad del silencio en ciertos casos.

¡Se presentó solo! pero á medida que iba alejándose de Rafaelita y se acercaba al lugar del baile, sentía como que se retiraba de una esfera de luz, para entrar en un caos profundo. Experimentaba algo semejante á lo que se siente cuando se baja á un obscuro subterráneo: sólo que la claridad de que él se alejaba, era una luz etérea y sutil que penetraba hasta el fondo de su corazón, de donde se iba retirando, dejándolo más y más ciego.

Encontró á Dolores en una de sus horas de ardiente voluptuosidad, de amor sediento, y el pobre ciego, ignorante y débil como la lucha que había sostenido en su pecho, sucumbió.

La caída del músico era un hecho preciso.

Antes de sentirse arrastrado á la casa de la viuda, cuando rechazaba todavía con horror su imagen, en las largas horas de silencio que pasaba solitario, había dejado vagar su imaginación libre y sin diques.

Entonces el amor material derramó sobre su frente esos ensueños seductores y terribles que producen fiebre. Hasta entonces, Manuel había luchado entre el amor espiritual que le ofrecía goces delicados y purísimos, pero para cuya apreciación se necesita tener el alma limpia y tranquila, y el amor de la sangre, que no se le revelaba aún sino con sensaciones incomprensibles, con un anhelo casi doloroso. Pero he aquí que á medida que la lucha se prolongaba con la presencia constante de Dolores en un principio, y después con su ausencia, que dejaba un vacío, la agitación y la fiebre hacían cada vez mejores propio á Manuel para comprender los delirios, la



beatitud, la fruición íntima del amor puro, al paso que estas mismas circunstancias le iban revelando más claramente las promesas del otro amor; lucha fatal que gasta los corazones, que engendra la más terrible de las prostituciones, la de la imaginación!

Al fin llegó un momento en que el anhelo indefinible del amor de la sangre se tradujo para Manuel en imágenes materiales, en ensueños voluptuosos, en verdaderos delirios!

Desde entonces se anunció su caída, porque la soledad y la ausencia de Dolores irritaban sus nervios, y la sed de placer tomaba para él proporciones imaginarias..... Estas horas de lascivia mental son terribles; ellas son las que hacen caer al hombre mejor dotado; (1) ellas son las que revisten el placer de un encanto que no tiene, mágico, seductor, irresistible; ellas las que debilitan el alma, hundiendo el cuerpo en un mar de delicias.....

Y sin embargo, Manuel no realizaba esos propósitos formados en medio de la fiebre; á pesar de su debilidad, había cierta timidez en su alma,

(1) San Benito, patriarca de los monjes de Occidente, San Bernardo, primer abad de Claraval, Santo Tomás de Aquino, y los doctores todos de la Iglesia, han sufrido tentaciones tan terribles que el primero de los mencionados tenía á veces que arrojarse sobre espinas que le destrozaban el cuerpo; el segundo se hundió una vez entre el hielo, y así los demás. Si la lucha contra el espíritu impuro no fuese tan terrible, la recompensa no sería grande; y lo es, y mucho.....

que es en nuestro concepto esa repulsión natural á todo aquello que puede degradarla.

Pero ¿cómo resistir á ese combate incesante, á esa fiebre de todo momento, á esas promesas de placer, cada vez más excitantes, cada vez más expresivas.....?

¡Cuán cierto es que desde el momento en que el hombre vacila en su propósito constante de ascender y de perfeccionarse para gozar mejor con el espíritu, comienza á decaer.....!

Al fin Manuel, aturrido, maldiciéndose y despreciándose á sí propio, y haciendo sin embargo al mismo tiempo un esfuerzo para obligarse: tan extraña así es la naturaleza humana, se encaminó á la casa de Dolores.....!

¡Con qué ansia fué saboreado, analizado, descrito de antemano aquel momento de placer! ¡cómo paladeó las menores circunstancias, los más leves accidentes!..... ¡cómo temió el ciego morir desfallecido, anegado en aquel mar de delicias que le hacía presentir su imaginación desenfrenada!

Manuel tuvo entre sus brazos á aquella mujer, blanca y bien formada. Los ojos de Dolores estaban húmedos, pero destilaban fuego; sus labios entreabiertos demandaban esos besos que desmayan; sus carnes se estremecían al tacto, y producían esa sensación eléctrica que enciende la sangre.....!

Eran todos los ensueños de Manuel, que tomaban cuerpo por un momento. ¿y sabéis lo que es la imaginación de un ciego.....?

El amor de aquella mujer lo embriagó; pero

no hallando en él el placer magnético, súbito, extraordinario que sus nervios exaltados en la soledad le prometían, creyó no haber sabido gozar; creyó no haber puesto de su parte cuanto era necesario, y le acometió un deseo más vehemente, más irresistible.....

¡El placer es una decepción constante; su encanto fascinador es tan sólo una promesa; sus fantasmas son humo que se desvanece antes de tocarlo!..... ¡Oh! ¡los gozos de la materia no pueden ser completos; pero por una cualidad funesta, mientras más desencantan, más y más se empeña en correr tras ellos el que una vez cayó, como si á todo trance quisiera hallar la realización de su anhelo!

¡Fascinación del mal!

.....  
¡Cuando Manuel volvió á su casa, Rafaelita lo contempló con sus ojos grandes y meditabundos, y comprendió que el ciego había caído en un abismo profundo, porque halló su alma insensible, desacorde, opaca!

Desde la noche de aquel tiempo en Dolores, el músico se sintió arrastrado por el vértigo. El recogimiento le espantaba, y buscó la prolongación de los placeres en una serie vertiginosa de fiestas y orgías. Hay circunstancias en que el deseo de gozar se convierte en una fiebre, en un furor, en una verdadera enfermedad....!

Rafaelita quedaba entretanto abandonada y solitaria en la casa, hundida en la profundidad del abismo en que se hundía el escogido de

su corazón, y pidiendo á Dios un remedio para salvar al hombre á quien se había consagrado!

¿Quién podrá revelar jamás el misterio de aquellas horas de dolor? ¿qué pluma humana sería capaz de traducir una parte siquiera de las confidencias de aquella alma á Dios?.... ¡Ay! ¡sólo los que amen con un amor puro y completo, podrán tener idea de lo que sufrió aquella mujer!....

Entonces su rostro acabó de adquirir ese aire de espiritualismo que vemos en algunos cuadros; sus ojos crecieron á causa de la extenuación y hundimiento de las mejillas. Desde entonces comenzaron á romperse los lazos que la ataban á la tierra, y el horizonte del mundo espiritual se extendió ante su vista....

¡Cómo pensó Rafaelita, en aquellas eternas noches de soledad, en Lorenzo! ¡cómo le pidió á él que intercediese con Dios, por Manuel!....

A veces pensaba en que si el joven hubiera vivido, acaso también se habría visto arrastrado como el ciego; y entonces, ¡cuánto se alegraba de que hubiese muerto!

Otras, pensando en la brutal indiferencia de Dolores, en el culpable olvido de Manuel, casi creía un favor de Dios haberse llevado de este mundo á Lorenzo.

— Así, pensaba ella, los otros le olvidarán del todo, y yo, sólo yo, conservaré su recuerdo en mi corazón; sólo mi pensamiento será el que vaya á buscarle al cielo, y su memoria será mía, únicamente mía....

Pero pensar en Lorenzo ¡no era pensar tam-



bién en Manuel? ¿Cómo podrían separarse aquellas tres almas, que no formaban sino una sola? ¿Cómo sería posible que se reuniesen en el cielo si faltaba alguna de ellas....?

Don Diego renovó en aquellas circunstancias sus pretensiones, porque si hay algo que se parezca en su duración al verdadero amor, son esos caprichos tardíos de los viejos.

Pero Rafaelita era inflexible, y había llegado ya á aquel grado de perfeccionamiento en que la naturaleza es superior á la tentación.

El viejo, que siempre fundaba sus juicios sobre la experiencia que tenía de los hombres, calculó que la esperanza del amor de Manuel era lo que sostenía á Rafaelita, y resolvió fría y crue'mente romper aquel lazo postrero.

Conocía el carácter violento del ciego, y preparó con tanto cálculo una intriga, que en una misma noche oyó Manuel en una reunión conversaciones sobre la frialdad de su mujer, y al llegar á su casa se encontró con una carta en la que se le daban pormenores y noticias terribles.

En otro tiempo, Manuel habría entregado aquel papel infame á Rafaelita, y hubiera creído sus palabras como las de un sacerdote; pero esa noche quedó abismado; luego se sintió con vehementes deseos de matar á aquella mujer, porque no podía sofocar un dolor terrible que lo atormentaba....

Al fin su funesta y bastarda pasión á Dolores vino á verificar la reacción, cegándolo; y desesperado fué á buscar un refugio en aquel amor letal para olvidar á Rafaelita.... á Rafaelita, en cuya culpa quería creer por disculparse á sí mismo.

¡Cómo se ensancha el círculo de errores y aberraciones del corazón, desde que ha perdido su verdadero centro!

Don Diego fué entonces á consolar á la infeliz mujer abandonada, que estuvo á punto de volverse loca al percibir aquel tejido de horrores, y la excitó á la venganza....

Pero los ángeles sufren y lloran; y no saben más que amar y perdonar....!



X.

Rafaelita esperó en vano por muchos días la vuelta del prófugo; creía en su arrepentimiento, y se hacía ilusiones, pensando en que le vería volver á rescatar con su amor tantas lágrimas como la hacía derramar; pero cada auro-ra no trafa sino noticias de nuevas locuras, de verdaderos escándalos.

Entonces, sin esperanza, queriendo huir de aquella tortura lenta, cruel, incesante, buscó un refugio de paz en un convento; pero en los conventos de México no reciben á las que sufren cuando son casadas....!

Por un arranque de noble orgullo, no queriendo ya desde aquel momento estar á cargo de Manuel, recibiendo las limosnas que le enviaba, ella, que le había dado, no tesoros porque nunca los tuvo, sino sus cuidados, su desvelo, su vida entera, y que todavía en esta situación



le daría su sangre, abandonó la casa del ciego y fué á habitar un cuarto humilde en un arrabal, manteniéndose, como tantas mujeres en México, pobres, santas y desgraciadas como ella, con el producto de su costura.

El instante de salir de aquella casa, donde se había criado, donde se había casado, donde cada pieza le traía un recuerdo; en que cada lugar guardaba una memoria, en la cual todo hablaba á su corazón, fué terrible, amargo, más cruel que la muerte misma.... pero hizo un esfuerzo, y se venció.

Esas criaturas débiles á quienes el dolor de un dedo, ó una gota de sangre hacen perder la razón, despliegan á veces una energía sobrehumana.

¡Manuel recibió la noticia de esa partida en uno de sus malos momentos, y sin que ninguna voz se elevase en su corazón; sin que su alma se conmoviese, aplaudió, y fué á vivir con Dolores á aquella misma casa que conservaba aún el perfume de la presencia de Rafaelita!

La sed de placer, que atormentaría una existencia toda la eternidad, desde el momento en que se ve satisfecha, degenera, gasta y encallece los sentidos.

El delirio, mientras más terrible, es más pasajero; la fiebre laxa los nervios; la lujuria destruye el cuerpo, y después de la esperanza engañada vienen el hastío, la insensibilidad, la impotencia.....

Manuel creyó hallar en Dolores todas las promesas de su imaginación; ¿pero creéis que el amor carnal, ese ministro de la muerte, sea capaz de cumplir la milésima parte de los goces que promete.....?

El ciego comenzó á sentir un vacío horroroso en su corazón, y espantado, después de haber agotado todos los excitantes del amor, recurrió á los de los licores.... ¡Su vida era una orgía desenfrenada....!

¡Por una hora, una miserable hora de fiebre comprada de esta manera, le sobrevenían largas noches de tedio, de insomnio, de cansancio, que lo hacían llorar de rabia....!

El mal es lógico y terrible en sus consecuencias....

El amor de Dolores no era de los que sufren las lágrimas. Las mujeres de esa clase no viven sino con las risas, los cantos, el vino; ¿cómo han de comprender el llanto, si las lágrimas son la poesía del sufrimiento y la esperanza.....?

Los restos de la fortuna del ciego se consumieron bien pronto con aquel género de vida.

Una mañana, cuando menos lo pensaba, la mano de la justicia, severa, implacable, se apoderó de todos sus bienes para pagar á los acreedores del músico.

¡El amor de Dolores no era de los que sufren la miseria; y la bella y voluptuosa viuda, gOLONDRINA que busca siempre la bella estación, voló abandonando al ciego, como él había abandonado á Rafaelita!....

¡Justicia!

¡Aquello era la perpetua historia que se repite siempre! ¿Cómo queréis que haya variedad en esos seres que no son sino instrumento de placer?...

Este golpe hundió á Manuel en tan negra desesperación, que seria y friamente pensó en el suicidio....

“¡Abyssus, abyssum!”

Cada mañana, antes de dirigirse á correr á una tienda de modas donde era la más cumplida, la más infatigable, Rafaelita entraba á la iglesia de Belén, cerca de la cual habitaba, y pedía incesantemente á Dios la felicidad para Manuel, á quien amaba más al verlo desgraciado!

¡Orar por Manuel! hé aquí el único consuelo de aquel ángel, venido al mundo para amar y padecer! ¡Orar! hé aquí su única distracción, porque no pudiendo vencer ese pudor innato de los que han descendido de una buena posición, vivía retirada, sin hablar con nadie, después de las horas de su trabajo, y no asistía á otro lugar público que la iglesia....

Nadie había puesto los pies en su nueva habitación, y sólo así pudo evitar las persecuciones de D. Diego, que iban tomando un carácter alarmante.

Había querido olvidar su pasada existencia; pero la memoria es tenaz cuando se la quiere ahogar, y luego, ¿cómo es posible que se se-

paren dos corazones íntimamente unidos, sin que alguno de ellos, por lo menos, no conserve una herida profunda y sangrienta? Rafaelita lloraba incesantemente, y había días en que la enfermedad orgánica del corazón, de que sufría, progresaba de un modo visible. Entonces pasaba largas horas contemplando ese cielo azul é inmensurable que se extiende sobre nuestras cabezas, y no se atrevía á pedir á Dios la muerte, porque la consideraba un favor tan especial, tan digno de ambicionarle, que el Señor le concede sólo á aquellos á quienes prefere

En efecto, ¿cómo pedir al Supremo Amo que aparte la copa de hiel de nuestros labios, cuando nos la envía para probar el alma y fortalecerla? ¿cómo demandarle que nos aproxime el día de su luz, cuando no prolonga nuestra mansión en estas tinieblas, sino para que nuestro espíritu se forme y desarrolle....?

La muerte es un bien inmenso; es la hora de la libertad y la vida; pero es un beneficio, un premio, una señal de ternura y predilección que Dios sólo se apresura á conceder voluntariamente á aquellos á quienes por su amor y piedad prefiere. “Aquel á quien la Divinidad ama, muere pronto” como se corta muy temprano la flor más bella....

El alma encendida en amor no debe tener voluntad propia para pedir. No anhela, pues, la muerte; goza, y sólo sabe que goza....! Ra-

(1) Menandre.



faelita no la pedía, pero también, ¿cómo no contemplar con cierta satisfacción, con cierta complacencia esos síntomas de una próxima partida?

Esa tristeza vaga que empieza á sombrear nuestro corazón, como un crepúsculo vespertino, ¿no os parece un anuncio de que se acerca la hora en que debemos irnos separando de las cosas de acá abajo?....

Otras veces, Rafaelita, arrodillada, en ciertos momentos de vacilación y ansiedad, entonaba este himno del alma que espera, del corazón que ama:

—Dios mío, ¿es posible que alimente en el fondo de mi sér una insaciable necesidad de au cr eterno é infinito, y esté condenada á buscarlo siempre sin alcanzarlo jamás?....

Pero si hubiese de ser mentira el ensueño constante de mi alma, ¿qué significaría entonces este presentimiento, esta necesidad de amor que hay dentro de mí?....

¡Oh! yo he buscado por el mundo la realización de esa promesa, y las gotas de rocío que han humedecido mis labios no han hecho más que aumentar mi sed....

¿Se secarán, Dios Santo, los tesoros de amor que encierra mi alma? ¿Será esto tan sólo un anhelo de la criatura por tu presencia? ¿Será la atracción del cielo?....

Pero no, ¿cómo había de ser el amor, esta necesidad tan dulce y tan grande, un vano fantasma del mundo!

Si las relaciones de un día fundadas en inte-

reses tan limitados, bastan para crear afectos vivísimos, ¿cuáles serán esos vínculos eternos que abrazan cuanto hay de más profundo y más real en la existencia?....

Si aprisionada el alma en este cuerpo siente con tanta delicadeza, ¿cuáles serán los goces de la realización de su anhelo cuando se vea libre?....

¡Señor! ¡Señor! ¿no es verdad que tu cielo es el Amor, y que esta necesidad de nuestras almas es el reflejo, la promesa de esa dicha eterna, incalculable?....

Pero ¡ay! Si aun desde esta cárcel obscura; si desde este cruel destierro, el amor compartido puede ser un signo de predestinación, ¿por qué no me concedes que me encuentre con el alma que me está destinada?....

—¡Ay! yo soy débil, y ¡cuántas veces temo sucumbir!

¡Alma del lama mía, vida de mi propia vida, aquí me tienes esperándote ansiosa, como el prisionero el día de la luz y la libertad!....

¿Vendrás tú á mí? ¿iré yo á ti? ¿pero con qué signo habré de reconocerte cuando te dignes apiadarte de mí?....

¡Si supieras cuán largos se me auzen los días, y cómo pasan mis noches sin sueño! ..

¡Ven! ¡ven! ¡ven! no sea que muera esperándote!....

Manuel, en medio de su inmensa soledad, pensaba en lo vano de sus placeres, y recordaba con remordimientos su antigua ventura, de la que tan lejos se hallaba. Ese tedio, ese vacío

que sucede á las pasiones carnales, verdadero agotamiento que revela lo perecedero é imperfecto del cuerpo, lo atormentaba.

Nada hay más terrible que este estado de impotencia, remedo de la nada, principio del caos. El es el resultado inmediato del mal, y nos hace comprender la idea de algunos santos, que han creído el infierno como un lugar donde el mayor castigo es la ausencia de Dios!...

El ciego hubiera dado toda su vida por borrar lo que había pasado desde el día funesto en que conoció á Dolores, y gozar una hora, una hora tan sólo, de aquella fusión de almas con Lorenzo y Rafaelita! ¡Entonces comprendía la enormidad de sus errores, y lloraba lágrimas de sangre contemplando el bien perdido!...

Y lo que hacía más punzadores sus dolores, es que le faltaba la esperanza. ¿Cómo volver á experimentar en su alma mancillada, aquellas fruiciones de la pureza? ¿Cómo volver al corazón de Rafaelita la primitiva confianza?...

Y sin embargo, ¿cómo podría vivir solitario, abandonado, él, que necesitaba de todos los auxilios?...

Entonces ya no pensaba en el suicidio, que se le ocurrió en el primer momento del dolor, porque comprendió que tenía que llorar mucho para lavar sus faltas....

Y luego, si hubiera muerto voluntariamente, ¿no se habría visto entonces separado de Rafaelita por toda la eternidad?...

¡Ay! ¿qué eran cinco, diez años, toda una vi-

da entera de tormentos, si con ellos compraba la seguridad de reunirse de nuevo con el ángel de su amor en el cielo?...

El arrepentimiento purifica los corazones: las lágrimas no son patrimonio sino de un sér perfectible, que puede rescatar sus faltas!...

¡De esta manera sintió el ciego poco á poco que su alma se desprendía de los lazos de la carne, y comenzaba de nuevo á sentir aquel goce que inunda al desterrado al aspirar de lejos el ambiente de la patria!...

“A medida que un hombre muere más completamente para sí, dice Juan Gerson, más comienza á vivir para Dios.”

¡Cuántas veces se encontraron de esta manera á los pies del Señor los suspiros de aquellas dos criaturas abrasadas de amor!

¡Cuántas ocasiones desde lejos, materialmente separados, se reunieron sus almas en un estrecho y prolongado ósculo de paz y de perdón!...

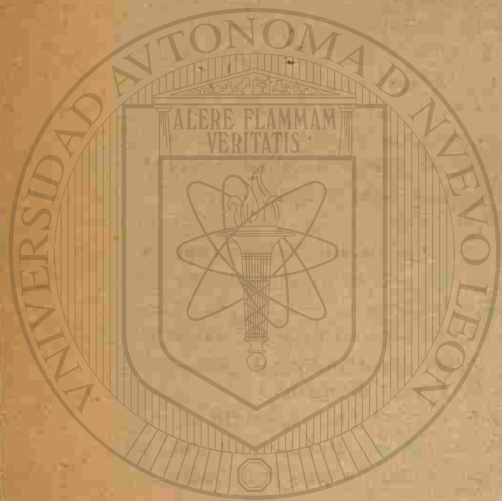
¡Bellos y apacibles son los días de convalecencia después de una gran enfermedad! pero son más bellos los instantes en que después de una caída, el alma recobra su pureza y su serenidad.

El Señor quiere la lucha como un medio de perfeccionamiento, y á aquel que triunfe será al que dé á comer del árbol de la vida (1)

¡Bienaventurados los que nunca han caído!  
¡Bienaventurados mil veces los que han sabido levantarse!...

(1) Apocalipsis. Cap. II. v. 7.





## XI.

Era el mes de junio.

El cólera morbus, sopro de la muerte, á semejanza del cierzo del invierno que arrastra las hojas, hacía desaparecer las generaciones enteras.

El terror se pintaba en todos los semblantes; el silencio oprimía todos los corazones; y el aire que se respiraba era de muerte.

En vano el cielo ostentaba su magnífico y límpido azul; las flores, sus matices y su perfume; el campo sus galas; la naturaleza nos parecía envuelta en un manto funerario.—Hay momentos en que todo á nuestro alrededor toma un tinte de muerte, y es que nosotros la llevamos en el corazón.

El día 24, Manuel, que permanecía encerrado, pero tranquilo en medio de aquel conflicto general, recibió un recado urgente. Un mori-

bundo deseaba hablarle, y un sacerdote venía á implorar de él fuera á llevar la tranquilidad y el perdón á una alma próxima á partir.

Manuel acudió. Era D. Diego quien lo llamaba desde su lecho de agonía.

El señor de Mirafuentes, en esa hora suprema en que el alma siente ya ante sí la eternidad; hora de terror y espanto para los que más se han burlado de ella, quería reparar el mal inmenso é infructuoso que había hecho, quería pedir perdón de rodillas á aquellos á quienes tanto había ofendido; pero no atreviéndose á mirar á Rafaelita, llamaba á Manuel para llorar en su seno y rogarle fuera su intercesor para con aquella criatura cuyo perdón le daría aliento y confianza para comparecer ante el Señor.

El ciego oyó la confesión completa, minuciosa del moribundo, y á medida que éste hablaba, le parecía que su alma se dilataba y revivía.

Jamás creyó, y menos en estos últimos días, en la falta de Rafaelita; pero ¡es tan dulce oír la justificación de un ser querido, de los mismos labios que intentaron mancillarlo!...

Cuando D. Diego concluyó de hablar, Manuel cayó de rodillas levantando las manos al cielo, y se escapó de su pecho un grito de reconocimiento....

El enfermo murió; y el ciego, sin apoyarse en nadie, iluminado por un instinto misterioso, corrió anhelante á echarse á los pies de Rafaelita para pedirle perdón de su horrible

injusta sospecha, para implorar de ella le viese su amor. ....

Rafaelita se acercaba rápidamente á su fin: estrella, se inclinaba al Occidente; lámpara, elevaba su llama; flor, exhalaba su postrer perfume; ángel, levantaba la vista hacia el Señor, y tendía sus alas... ver padecer á los demás, la había afectado infinito, y la terrible enfermedad de su corazón llegaba á su último período.

Ya era de noche cuando Manuel llegó.

Rafaelita, vestida de blanco, y suelto el cabello, estaba recostada en su cama, con esa languidez que sucede á un baño, oprimiéndose con ambas manos el pecho, para contener sus dolores, que le desgarraban el corazón....

Una vela delgada alumbraba el cuarto y envolvía á nuestra heroína en una penumbra dulce y misteriosa.

Manuel se precipitó á los pies de la joven, que se enderezaba no queriendo dar crédito á sus sentidos; y el ciego, no hallando palabras con que expresar todo lo que tenía en el corazón, estrechaba las rodillas de Rafaelita y balbuceaba:

—¡Perdón! ¡perdón!

¡Aquel fué un momento sublime! uno de esos instantes que se concibe, pero que no se puede describir.

Rafaelita no pudo articular tampoco una palabra.

La emoción rompió las últimas fibras de su



corazón. "Toda exaltación de amor contiene una ofrenda de la vida de aquel que la experimenta." (1)

Así lo sintió ella, é inundado de luz su rostro, coronada su frente con la aureola de la felicidad, se puso la mano izquierda sobre el corazón, que latía con las últimas convulsiones de la vida, y levantó la derecha hacia el cielo....

Manuel lo comprendió todo, y gritaba desolado arrancándose los pocos cabellos que habían quedado sobre su frente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! no me la quites ahora, porque ¿qué va á ser de mí?

Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego, ebrío de dolor, se arrodilló junto á la joven contemplando su dulce y apacible agonía.

(1) C. Chardel.—Essai de psychologie physiologique.



## XII

Al cabo de un momento se enderezó Rafaelita, tomó entre las suyas, frías y transparentes ya como el alabastro, las manos de Manuel; y como en los días más felices de su vida, clavó en el ciego sus dos ojos grandes y expresivos, animados en aquel momento con ese brillo que precede á la muerte.

Manuel sintió entonces que un rayo de luz bajaba hasta hasta el fondo de su corazón, llevando la dicha y el bienestar á todo su cuerpo. Durante algunos minutos pareció aspirar aquella claridad benéfica, que era para su corazón lo que es el rocío para la naturaleza, después de un día ardiente y abrasador. Luego, cuando su cuerpo quedó saturado, por decirlo así, su alma se ensanchó, y brotando á su turno la luz, la comunicó á Rafaelita, que la recibió, cambiando la suya, hasta que aquella

doble irradiación se convirtió en una llama que reunió á las dos almas.

¿No es así como se comunican los afectos entre dos corazones, hasta que en ambos reina ese amoroso acuerdo que los identifica absolutamente? Y si es cierto, como lo es, que los sentimientos puros y afectivos tienen algo de etéreo, de luminoso, de celeste, ¿no creéis que haya mucha verdad en esa teoría de los cuerpos radiantes, apoyada en ideas y observaciones de los apóstoles, de los doctores de la Iglesia, de los sabios y artistas de todas clases?

Manuel se elevó de esta manera desde el abismo de sus faltas, hasta Rafaelita, cuya alma, emblema del perdón, derramó sobre la del ciego sus rayos fecundos como una bendición.

Realizábase así la misteriosa y santa misión de la mujer sobre la tierra.

Reinaba un profundo silencio; el ciego y la joven no se hablaban; ¿pero qué necesidad tenían de comunicarse sensaciones que juntos experimentaban; fenómenos que se verifican el uno por el otro; si ambos leían en el alma del otro como en la suya propia; si aquel acto era una verdadera comunión....?

El ciego permanecía de rodillas, porque así era cómo, en su concepto, debía recibir la absolución de todos sus errores.

Rafaelita, sin fuerzas, estaba recostada sobre su hombro, y en aquella postura parecía depositar su alma sobre la del ciego....

¡Qué sublimes, qué solemnes, qué misteriosos eran aquellos momentos!....

Verificábase acá en el mundo ese misterio que sólo se realiza en el cielo ante la presencia del Señor. ¿No permite así Dios de tiempo en tiempo alguna revelación de su incalculable grandeza, con el objeto de reanimar el valor de los hombres de poca fe....?

El alma de Rafaelita, rayo de amor, se reunía con el alma de Manuel, rayo de inteligencia; y completada de esta manera la "unidad," se sentía atraída hacia el centro de donde partió.

Manuel iba por momentos perdiéndose entre las inmensidades del misticismo; esa vorágine cuya cima es Dios! su alma se ensanchaba como ninguna alma se ha ensanchado acá abajo en esta atmósfera del mundo; y su inteligencia, fecundada por el amor, sobrepasa los límites del espacio y del tiempo....

Rafaelita se extinguía como el lucero de la mañana, cuando va acercándose el día.

Manuel la contemplaba arrobado, como á una visión que va á desvanecerse. El ciego sabía que el hombre, hecho de polvo, se convierte en polvo; pero al sentir junto á sí á la joven, no podía menos de decirse que la mujer no muere, sino que se transforma.

Si hay resurrección de la carne, reunidas las almas hermanas, ¿no será en el cuerpo de la mujer donde vayan á habitar, como en el vaso más puro y más bello, el único digno de contener esencia tan preciosa?.... ¿No será la



mujer "cuya carne á su espíritu léjos de ser entonces rebelde, sería en lo de adelante pura y espiritual," (1) la criatura privilegiada en el cielo, como lo ha sido acá en la tierra? Acaso su amor, sus sacrificios, su abnegación, ¿no la harán digna de tamaño premio?....

—Manuel, dijo al fin Rafaelita con una voz melodiosa como era la suya, en los momentos solemnes; Dios, para purificarte aún más, no permite que mueras conmigo, como era mi más dulce esperanza.

Vas á quedar solo en el mundo; pero yo iré á pedirle al Señor que te dé fuerzas para esperar. No vaciles, hermano mío: un deseo constante es una promesa del porvenir.

Dios nos separa momentáneamente; ¿pero qué es el tiempo, al lado de la eternidad?....

Levanta la vista al cielo y no la apartes de allí, que aquel es el puerto de la vida.

El ciego se apoderó de las manos de Rafaelita, y besándolas, murmuraba:

—¡Sí! ¡sí! Hermana de los ángeles del cielo, criatura de quien la tierra no ha sido digna, ve á rogarle al Señor por mí, que mucho lo he menester....

Ve, yo esperaré la hora de la felicidad; porque ¿qué es el tiempo y la distancia cuando brilla en nuestro cielo la estrella de la esperanza?....

(1) San Agustín.—Meditaciones, cap. XXVI.

Ve á reunirte con nuestro hermano Lorenzo, esa parte de nuestras almas, y juntos entona delante el Señor el coro al himno de mi anhelo....

¿Habeis visto alguna vez cómo se marchita una flor, cómo plega sus alas una mariposa, cómo muere una mujer?....

El Señor volvió sus ojos á aquellas criaturas, y Rafaelita cerró los ojos para el mundo. ¡Cuán dulce y apacible es el tránsito de los que mueren en el Señor!....

Hay en la vida de todos los hombres, aun los más fríos, una hora de dolor supremo, un instante en que todas las fibras de su corazón estallan, lanzando una vibración elocuente, sentida....

Manuel cayó de rodillas ante el cadáver, y abriendo los brazos, gritó con profunda convicción, con esperanza infinita:

—Yo te veré mujer, ángel en el cielo: y allá, tú, hermana para mí más amada que la luz, Lorenzo, pedazo de mi corazón, y yo, no formaremos más que una sola alma, reflejo de la alta Trinidad, amor supremo que es el centro, el Autor, el fin de todas las cosas....

El músico permaneció en estática oración junto al cadáver, y no se levantó sino hasta que vino á sorprenderle la luz del día.

Entonces sintió tal consuelo en su corazón, tal fuerza en su voluntad, que su alma aspiró sin obstáculo hacia el cielo.

El ciego depositó un beso sobre la frente albastrina del cadáver, y enderezándose prorrumpió en este grito:

— A vivir por tí, para tí y contigo.

En efecto, ¿no debía sentirse consolado en su soledad, fuerte en su debilidad si las almas de Rafaelita y de Lorenzo habían venido a completar la suya, como permite Dios que suceda entre los que mucho se aman, para que desde entonces no piensen más que en El, Luz indeficiente de donde parten todos los rayos, y adonde todos convergen después que han concluido su revolución mundanal?...

Manuel experimentaba tal bienestar, que no pudo menos de recordar los días de sus errores, y confesar que por grande, por excitante y rico que fuese el placer de los sentidos y la carne, jamás podía ser completo, ni exento de turbación, como ese goce tranquilo que inunda el alma cuando por su pureza ó arrepentimiento se hace digna del cielo....!

“¡Oh! ¡qué abundancia de delicias secretas habéis reservado, Señor, para los que os aman.” (1)

¿Quién podrá negar que el hombre ha sido creado para el cielo, y que el amor le ha sido dado como una luz que lo guía, como una fuerza que lo atraiga? ¿Quién no siente que cada vez que el hombre se aparta de su destino y su carrera de progreso ascensional, inmediatamente cae en el trastorno, el dolor, el tedio, consecuencias del extravío?....

(1) Psalm. XXX, v. 20.

¡Oh! el Señor es muy bondadoso, pues que así ha sembrado nuestro camino de precipicios que nos adviertan la desarmonía....!

¡Bendito sea el Eterno, fuente de todo amor, origen de toda vida, centro de todo lo creado....!

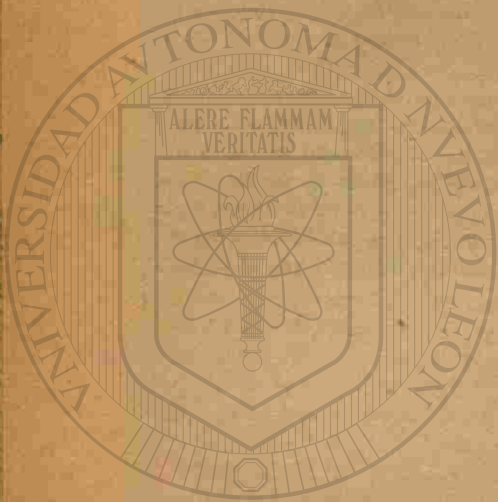
El ciego siguió, tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que lo acompañaban se retiraron; cuando el ruido de los pasos se perdió lejos, tomó un ramo de flores; lo deshojó sobre la tierra recién removida, y se arrodilló á orar.

Después se levantó y empezó para él la vida nueva!

Mayo de 1862.





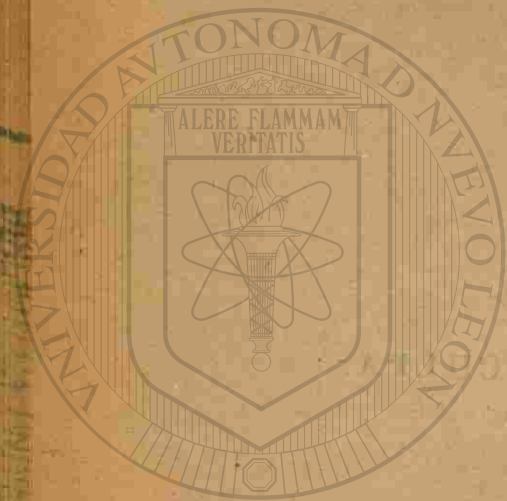


U A N L  
CULPA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



## CULPA.

Te, tan formosam non  
pudet esse levem?  
PROPERCIO, Eleg. XIII

### I.

Magdalena cumplía veintidós años el día 22 de julio de 1844, y se celebraba su santo con una comida y un baile campestre bajo los ancianos sabinos del bosque de Chapultepec.

Era uno de esos hermosos días de estío en que el cielo, después de una noche tempestuosa, se ostenta puro y azul, y la naturaleza recobra frescura y lozanía como una virgen que sale del baño.

El sol de la mañana no había secado aún la yerba del bosque y los árboles seculares aparecían verdes y risueños, en medio de las ve-



gelaciones parásitas que penden de sus ramas, verdaderas canas que infunden veneración y respeto.

El aire estaba fresco y venía perfumado con ese aroma de los campos que se levanta, después que ha pasado la tempestad, como una oración al cielo.

Todo convidaba á gozar, todo contribuía á hacer de aquel día uno de esos que quedan en la memoria como un punto luciente en medio del abismo sombrío donde van á perderse nuestros años; hasta el mismo sol, inclinándose hacia el horizonte, tendía sobre las copas de los árboles como un cortinaje de luz; y sólo de vez en cuando, al agitar el viento las ramas, se deslizaba un rayo á iluminar como una aureola la frente de Magdalena, ó á jugar con los rizos de su rubia cabellera.

Hace muchos años que pasó este día; los sucesos han ido amontonándose; la muerte misma ha venido á mezclarse en este drama sencillo pero profundamente triste, y sin embargo, el recuerdo de aquel día permanece indeleble; parece que tuvo lugar ayer; han quedado impresas en nuestra imaginación hasta las más leves circunstancias.

¡Pobre Magdalena! En el rápido espacio de ocho años, que para muchos seres son apenas una hora de luz del gran día de la existencia, ¡cuántos sucesos, cuántos pesares, cuántas amarguras se sucedieron para ella!

Fué como una flor que una mano funesta arranca de su tallo, y luego es arrojada al polvo, donde muere sucia, hollada.

Ayer hemos ido á visitar su tumba humilde y solitaria: fué una triste y piadosa peregrinación que quisimos hacer antes de comenzar esta historia.

La conocimos pura como un ángel, bella como una mañana de primavera; hey que su cuerpo duerme entre el polvo de la tierra marchito y manchado. ¿Creéis que su alma haya volado al cielo menos limpia, menos pura que en aquellos días de inocencia? ¿ó habrá atravesado el fango del mundo como atraviesa el cisne un pantano, sin ensuciar su blanco plumaje?

¡No! Magdalena fué débil y faltó; pero ¿no le serían perdonados sus pecados porque aún muero?

La desgraciada niña lloró amargamente su falta, y las lágrimas lavan todas las manchas.

Pero el pecado es la intención, y la pobre niña fué obligada primero por el amor, por el hambre luego.

Hay almas á quienes una fatalidad horrible arrastra hacia el vicio.

Y si no hay culpa de intención en ellas, ¿no os parece que Dios después de la prueba debe reservarlas en el cielo un lugar entre las mártires?

¡El dolor es un terrible crisol de purificación!

¡Pobre Magdalena! aun nos parece verla mecándose muellemente al compás voluptuoso de la música; el perfume de sus cabellos halaga nuestros sentidos; han pasado muchos años; pero hay recuerdos que no se borran nunca.

Serían cerca de las cuatro de la tarde; la comida tocaba á su fin y había llegado la hora en que el espumoso Champagne despertaba la alegría y la confianza en todos los corazones.

La reunión era poco numerosa, apenas había las personas necesarias. Magdalena y tres ó cuatro amigas suyas, jóvenes, alegres y bulliciosas como ella; la madre, pobre y sencilla anciana, que no vivía, no respiraba, no pensaba en otra cosa más que en su hija; cuatro jóvenes vivos y entusiastas y los músicos, he aquí el personal de la fiesta.

La mesa había sido tendida al pie de uno de los más corpulentos sabinos, y como si el aire de los campos hubiera borrado la etiqueta y las ceremonias, todos gozaban con franqueza y expresaban sus sentimientos.

Al oír desde lejos aquel animado concierto de voces juveniles y sonoras, al escuchar la risa de las muchachas, no podía uno menos de acercarse con esa confianza que inspiran las gentes dichosas; y sin embargo, quien hubiera tenido la triste facultad de leer en los corazones como en un libro, habría quedado silencioso y pensativo en medio del bullicio general.

¿Qué había en el alma de aquel joven, el más simpático de todos, que de tiempo en tiempo su mirada se clavaba fija y ardiente sobre Magdalena, y entonces una nube de melancolía sombreaba su frente?

¿Qué pasaba en la de aquel otro, el de mayor edad, entre los que le rodeaban, que á veces sus

labios se plegaban con una sonrisa irónica, fría, casi cruel?

Pero la alegría expansiva y loca de Magdalena, no hubiera dejado á nadie consagrarse á este examen. La reina de la fiesta, infatigable como todas las muchachas de su edad, dió muy pronto la señal del baile.

¿Habéis gozado de uno de estos días de libertad y de conteneo? ¿habéis visto cómo se adquieren pronto relaciones, cómo se amudan luego luego amistadets, y cómo, personas que en la mañana se trataban con ceremonia, en la tarde han adquirido confianza? Las horas que pasan después de la comida hasta la caída del sol, son los más bellos instantes de un día de campo.

Durante la mañana, había bailado Magdalena; pero las cuadrillas y el wals tenían algo de la etiqueta de un salón. Después fueron los jóvenes á recorrer el hermoso bosque y á cortar algunas flores; pero aquella excursión, desde luego se conocerá, no tenía otro objeto que matar el tiempo que comenzaba á hacerse largo. Al fin llegó la hora de la comida, y el vino y el Champagne rompieron las barreras de los corazones.

La tarde estaba hermosísima, y cuando la naturaleza ostentaba con tanto lujo todas sus galas, ¿cómo era posible no sentirse poseído, embriagado por una fiebre de gozar?

Oyéronse los primeros compases de un wals, y en un momento se formaron las parejas. El joven, en cuya frente se dibujaba la sombra misteriosa de la melancolía, se acercó á Magda-



lena, con visible turbación, y no atreviéndose á hablar, se inclinó ante ella, para solicitar la honra de ser su compañero.

Magdalena lo comprendió, y le dijo:

—Lo tengo dado á D. Juan.

Las mujeres tienen la facultad de decir mucho con sólo el acento de su voz.

El joven se puso pálido de emoción; quiso contestar, pero las palabras espiraron entre sus labios.

D. Juan, el hombre de la sonrisa irónica, vino entonces á tomar á Magdalena de la mano, y el joven fué á sentarse en uno de los bancos de piedra que circundan la góriceta en la cual tenía lugar esta escena.

Magdalena amaba apasionadamente el baile; la música encendía la fiebre en su sangre, y cuando se sentía arrastrada como por un torbellino en el wals, la parecía vivir en otro mundo de delicias desconocidas.

El wals es una especie de vértigo: al principio la música va infiltrándose en vuestros oídos como un suave narcótico; después llega un instante en que os sentís involuntariamente arrastrado cual las hojas secas por el viento; la tierra falta á vuestras plantas; los objetos desaparecen de la vista.... Este es el encanto, el placer supremo.

¿Qué os importan entonces los objetos de acá en la tierra? ¿Qué los ojos que siguen todos vuestros movimientos?

Magdalena se apoyó en el brazo de su compañero y se dejó llevar como una pluma mecida por el viento.

Hay algo de voluptuoso en un baile así á la sombra de los árboles: los acentos de la música van á perderse entre los suspiros de la brisa; el perfume de las flores adormece los sentidos, y llega un momento en que para la imaginación excitada de los bailarines, las mujeres parecen también flores que vacilan por el viento.

La tarde fué concluyendo lentamente; el sol oraba apenas con sus rayos postreros el palacio de Chapultepec, y en el bosque, envuelto ya en las sombras misteriosas del crepúsculo, duraba aún el baile.

Magdalena no daba señales de cansancio; pero el carmín de sus mejillas, el brillo húmedo de sus hermosos ojos azules, y su cabellera un poco descompuesta, revelaban harto claramente su fatiga.

D. Juan, que había sido su compañero constante, era uno de esos hombres aguerridos que sea cual fuere su emoción jamás la demuestran: estaba al lado de nuestra heroína tan tranquilo, tan frío, como si no hubiera bailado en todo el día.

La madre estaba contenta porque veía á su hija feliz; era una de esas pobres viudas, que sin más parientes ni amistades en el mundo, concentran todo su amor, toda su ternura, toda su vida en un objeto, y no gozan sino por él.

El único, pues, que en aquel día había ido poniéndose cada vez más triste, era el joven á quien Magdalena negó el primer wals de en la tarde. Durante algún tiempo pudo permanecer en su asiento contemplando el baile, pero á po-

co la música lo fué conmoviendo hasta tal punto, que de pronto se alejó para no llorar delante de los que le rodeaban.

Luis era un muchacho sencillo que acababa de cumplir diecinueve años; era uno de esos jóvenes generosamente dotados por la naturaleza, en los cuales una figura agradable, simpática y expresiva revelan una inteligencia despejada, una imaginación fogosa, un corazón apasionado y una alma noble y de buenos sentimientos. Pero Luis había conservado la virginidad de su corazón y no sabía ocultar sus sentimientos. Amaba, cualquiera lo habría conocido; amaba con toda su alma á Magdalena y no era dueño de dominar la melancolía que le causaban los desdenes de aquella mujer.

Durante mucho tiempo el joven vagó por el bosque huyendo de los acentos de la música, que le lastimaban el corazón, porque le traían la imagen de Magdalena en los brazos de un rival; y sin embargo, cuando el murmurio de los árboles, cuando la distancia le hacía perder los suspiros de la flauta, los acentos del arpa, se acercaba hasta percibir por entre las hojas el traje de la joven.

¡Cuántas lágrimas corrieron en aquellos momentos de sus ojos! ¡Qué agudos dolores tiene el amor para un corazón sencillo é ignorante!

Aun los que han probado trago á trago toda la hiel de la vida, los que han envejecido en el rudo combate de la existencia, recuerdan con ternura esos dolores juveniles que causa la primera mujer á quien se ama de veras. Tienen

tanta voluptuosidad, son tan puras las lágrimas del amor....

Al fin, llegó el momento de terminar el baile. Era ya casi de noche, y comenzaba á percibirse ese aroma resinoso que se exhala á esas horas en los bosques.

Luis tuvo por un instante deseos de marcharse sin despedirse; pero ¿cómo se iría sin ver á Magdalena?

Reunióse, pues, con el grupo, y entonces, por una de esas veleidades naturales en las mujeres, por uno de esos caprichos que dan á veces origen para pensar mal de su corazón, fué cuando pareció notar á Luis, como si fuera la primera vez que lo viera en el día. Se separó de D. Juan que la llevaba del brazo y fué á tomar el de Luis, quien comenzó á temblar, y sólo pudo contestar con monosílabos á las preguntas que la joven le hacía.

—Ha estado Ud. hoy muy melancólico, Luis; ni un momento le he visto á vd. en toda la tarde; ¿no le gusta á Ud. el baile?

Y Magdalena olvidaba que el primer deseo de Luis había sido bailar con ella.

—Yo estoy muy cansada,—prosiguió la joven,—mire Ud., hasta me he despeinado, y las flores que me prendí se están cayendo.

Magdalena recogió una rosa de Castilla medio marchita, que se desprendía de sus cabellos, y la presentó á Luis, indiferentemente, como hubiera tendido sus alfileres á una recamarera.

Luis tomó la rosa, y temió desmayarse de fe-



licidad; tan grande fué la cantidad de sangre que reflujo hacia su corazón.

En esto se acercó D. Juan; Magdalena se separó de Luis y echó á correr, levantándose ligeramente el vestido para no tropezar.

Luis tomó con ambas manos la rosa y la oprimió contra sus labios.

D. Juan se detuvo para mirar los pies diminutos y preciosos de Magdalena, coquetamente calzados.

Magdalena se perdió riéndose, entre las sombras.

Aquellas tres actitudes, eran el prólogo del drama.



## II.

Como nosotros creemos que lo que se ha convenido en llamar carácter, esa ley que rige fatalmente las acciones y los sentimientos de un individuo no existe, ni puede existir de un modo absoluto, porque aquéllas y éstos tienen que obedecer el impulso de las pasiones, pensábase antes de ahora un retrato de Magdalena. Esto no es decir que Magdalena sea un personaje para quien no haya más regla que el capricho. La verdad, y si nos es permitido expresarnos de esta manera, la unidad ideal se halla en el fondo de esos cambios, como se halla cierto tipo en las facciones de los hombres ó de un individuo, á pesar de todos los cambios que las imprimen el estado del ánimo ó la edad.

La unidad, el carácter de los hombres, es una cualidad que no se puede apreciar sino en lo

pasado, cuando el alma fatigada vuelve su vista hacia atrás y contempla la cadena de los sucesos que han pasado.

Sin embargo, como nuestros lectores, acostumbrados á ciertas ruinas establecidas, podrían exigirnos el retrato de la heroína de esta novela, los satisfaremos lo mejor que nos sea posible, á reserva de hacer observar una por una las variaciones de su corazón y su carácter.

Magdalena era una muchacha voluble, caprichosa y ligera; pero más linda que un ángel, más seductora que una maga, más fresca que una rosa antes de salir el sol, y más sensible que un poeta.

Acababa de cumplir veintidós años, y su cuerpo había adquirido toda la pompa y lozanía de la media edad, sin perder la morbidez y frescura de la juventud. No era alta, pero tampoco baja: su cuerpo era torneado, suave, incitador, y todos sus movimientos respiraban tal voluptuosidad, que se la hubiera tomado por una mujer de mundo, si no se echara de ver la inocencia en sus miradas y el candor en sus palabras.

¡Qué hermosa era la muchacha! su andar era lento y gracioso; su cintura un poco llena, tan perfectamente hecha, tan elegante, que se hubiera dado la vida por estrecharla con los brazos un instante. Su pecho saliente, parecía tan suave como la seda, tan blando que se percibían los latidos de su corazón; su piel era tan fina que á través de ella se veían azulear las ve-

nas. La espalda, bastante ancha, formaba una curva tan perfecta, tan deliciosa con la cadera, que se la hubiera podido tomar por modelo; pero sobre todo, lo que tenía la joven admirablemente formado eran los brazos y las manos.

Magdalena tenía los pies más chiquitos y más lindos que hemos visto; tan monos que hubieran causado la envidia de una niña mimada; pero parecía tener particular empeño en ocultar esta divina perfección de su cuerpo, y usaba los vestidos siempre extremadamente largos.

Magdalena era rubia, sus cabellos parecían de oro, y sus ojos tenían el color, la transparencia y la profundidad de un mar apacible.

Eran unos de esos ojos grandes, rasgados, circundados de larguísimas pestañas, que parecen absorber la luz, para devolverla en mil chispas y relámpagos cuando se animaban; unos de esos ojos expresivos, pero variables, como el carácter de su dueño, que tan pronto parecían tristes, meditabundos, melancólicos, como se animaban hasta derramar lágrimas de placer y alegría; tan pronto parecían llenos de candor é inocencia, como brillaban malignos y preguntones; unos de esos ojos que fascinan cuando miran fijamente, ó infunden el contento en una reunión entera, cuando el alma que los domina está gozosa; unos de esos ojos, en fin, que siempre son hermosos, pero que podrían convertirse en sublimes, si la pasión llegara á inspirarlos.

Tal era Magdalena; tesoro de hermosura que



no podría apreciarse con una sola ojeada, sino que era necesario estudiarlo con delicia. Hay mujeres á las cuales la naturaleza se complace en hacerlas bellas, y reúne en su cuerpo todas las perfecciones.

¿Cómo sería posible describir una de esas criaturas? Y luego, ¿no os parece que hay algo de triste, de indecoroso en ese examen de una mujer de los pies á la cabeza, sin respetar el misterio de sus formas, ni las sombras de sus velos? ¿No creéis que se des-ve completamente la ilusión, airancandó así, uno á uno, con la punta acerada de la pluma, los giros de aquel cuerpo para decir al lector: he aquí cabellos más finos que el hilo de la seda; mirad qué cefis, tiene algo de la blancura y la transparencia del alabastro, y sin embargo es más suave, más amoroso al tacto, que el raso; ¡oh! ¡qué dientes! ¿no podría decirse que son menudas perlas engastadas en coral? Ved esta mano... ¡Ay! ¿qué es lo que queda después de este examen? ¡Un verdadero cadáver!

Por el contrario, ¿no hay en la imaginación de cada uno cierta imagen vaga, flotante, hermosa más que ninguna descripción, recuerdo de algún amor, promesa de una dicha, esperanza en el porvenir? ¿esta imagen no toma cuerpo y figura ante los ojos de nuestra alma, cuando por accidente nos formamos idea de lo bello?... pues bien, ¿no creéis que esta imagen sea capaz de completar el retrato de una heroína? ¿no opináis como yo en este momento, que basta indicar las señales caracte-

rísticas y dejar que cada cual forme el retrato que más conmueva su corazón?....

Magdalena, ya lo hemos dicho, era la hija única de una viuda; y quedó huérfana desde el año de 1828, cuando apenas contaba cinco años. Su padre, honrado y valiente militar, murió en la revolución de la Acordada, dejando sola en el mundo á su familia, sin más amparo ni recursos que un mequino montepío de capitán.

La madre era en su juventud una mujer alta, varonil, de ojos negros y á quien no intimidaban jamás las privaciones y los trabajos á que estaba expuesta al lado de su marido. Cuando enviudó contaba veintiséis años, era aún hermosa y hubiera podido contraer un segundo matrimonio ventajoso; pero tenía una hija y concentró en aquella criatura todo el amor, toda la ternura que había en su corazón; parecióle que admitiendo un nuevo amor defraudaría lo que le pertenecía á aquella niña, y quiso más bien imponerse trabajos excesivos para obtener la manutención, que asegurarle su porvenir con un padre extraño, que acaso no la hubiera amado. ¡Cuántos sacrificios heroicos de esta clase se ven diariamente!

Desde entonces aquella mujer, olvidándose completamente de sí misma, pasó los días adorando á su hija, y las noches trabajando sin descanso para satisfacer todos sus gustos, para realizar sus deseos. La soledad en que la madre y la hija vivían, hizo que aquel amor se aumentara hasta llegar á absorber las facultades

tades todas de la primera, hasta convertirse en su vida. No es la primera vez que hemos observado esta clase de amores en las viudas; no parece sino que en el cariño natural hacia un hijo refinen el amor que tuvieron al esposo; después lo aumentan con la amistad que inspira el único ser que las acompaña en su aislamiento, y de esta manera, de grado en grado, aquel amor llega á convertirse en una verdadera adoración, en idolatría, en fanatismo. ¿Que vengan á hablarnos de amores heroicos, de amantes que han desafiado la muerte por ver un instante á su amada! ¿Dónde habrá heroísmo semejante al de esas mujeres que pasan días y noches enteras con la aguja en la mano, inclinadas sobre el lienzo; silenciosas, resignadas, sin tomar descanso, consumiendo lentamente su vida, para proporcionar á su hija adorada un vestido, un adorno, un placer cualquiera?

Fuerte, robusta, enérgica la madre, no quiso nunca que Magdalena lastimase sus blancas y preciosas manos con una aguja; su único placer consistía en adornarla de niña como una muñeca, y he aquí cómo desde tan temprano se desarrolló en la muchacha un instinto de ir creciendo con la edad. ¿Qué le importaban á la madre los eternos días de trabajo, y el cansancio y el hastío de su vida laboriosa, si veía feliz á Magdalena, si recibía en pago de sus afanes una sonrisa?

Pero á medida que los años pasaban, crecían las necesidades y la madre se fatigaba

más y más; y entonces en vez de procurar se algún descanso trabajaba con mayor empeño, con más constancia; prolongaba sus veladas y quitaba de su sueño las horas que el cansancio de sus manos empleaba de más en sus tareas.

Algunas veces Magdalena, que tenía instintos buenos, al ver consumirse á aquella mujer en el improductivo trabajo de la costura, quería renunciar á sus costumbres de lujo, á sus trajes elegantes, al hábito que había contraído de calzar siempre zapatos de raso, ó por lo menos hacía fuerzas por ayudarla en sus tareas; pero la madre se oponía con ese egoísmo de los que aman con pasión, que quieren que se les deba todo, y además idolatraba de tal manera á su hija que positivamente no había trabajo, ni privación que la arredrara con tal de ver á Magdalena contenta, con tal de verla brillar y atraerse los obsequios de cuantos la veían. ¿No era así como iba acostumbrando á aquella niña á que creyera que todos los homenajes le eran debidos? ¿No era así como la hacía insensible para con los demás, como la enseñaba á exigir toda clase de sacrificios? Pero la madre no reflexionaba en esto; quería hacer á su hija feliz y no encontraba otro medio.

De esta manera creció Magdalena; mimada cuando niña, adulada desde que llegó á comprender que era hermosa. Su madre no sabía más que repetírselo cien veces al día;



¿cómo, pues, no había de volverse un poco coqueta aquella muchacha?

Privada de una educación grave y seria, cual debe ser en nuestro concepto la que se dé á las mujeres, todas las buenas facultades con que Dios había dotado su espíritu y su corazón, quedaron atrofiadas, por decirlo así, por falta de cultivo, mientras que por el contrario se desarrollaban aquellas otras que tienen su origen en el amor propio, en el deseo immoderado de brillar y gozar y en la coquetería.

La educación de Magdalena se reducía á saber bailar con admirable perfección, á tocar la guitarra, á pintar una letra hermosa, pero poco correcta, y á prodigar, sobre todo, esas sonrisas que prometen mucho y no dicen nada.

Su instrucción la había adquirido con la lectura de multitud de novelas, que si bien perfeccionaron la sensibilidad de su corazón, en cambio la hicieron adquirir mil ideas extrañas sobre la vida.

Mientras Magdalena permaneció envuelta en los velos de la niñez, todas estas cualidades estuvieron como ocultas; pero á medida que fué avanzando en la vida se dieron á conocer. Desde el día en que cumplió dieciséis años, la casa de la viuda fué perdiendo poco á poco aquel aire de soledad y silencio que antes la distinguían. A Magdalena le gustaban muchísimo las amigas, las visitas, las reuniones, y la madre que se sentía feliz cada vez que satisfacía un nuevo capricho de su hija, hizo es-

fuerzos inauditos, para procurarse un ajuar bonito y dar un aire de alegría y de decencia á la sala de la casita en que vivían en la calle de San Camilo.

Entonces comenzó una vida nueva para Magdalena, una de esas existencias de orgullo y miseria en las cuales un triunfo cuesta largas horas de meditación y de dolores. Un par de guantes nuevos, querían decir una velada más de la madre; unos zapatos de raso blanco costaban algunas privaciones en el alimento diario, un vestido nuevo de muselina era el fruto de contratos onerosos en extremo. La madre después de su trabajo diario pasaba aún muchas horas componiendo, variando la forma de los vestidos de Magdalena, disfrazándolos con el objeto de que la muchacha pareciera con diferente traje y no tuviera que ruborizarse de su pobreza delante de sus amigas. ¡Vanidad!, ¡miserable vanidad!, porque, ¡cuántas veces bajo un túnico de gro de aguas llevaba Magdalena una camisa hecha girones....!

Y entretanto que la madre consumía de ese modo su vida, la joven dormía soñando con los bailes á que era muy aficionada, sonriéndose con sus triunfos, y repasando en su memoria las palabras de amor que le dirigían á todas horas, y sin las cuales no hubiera podido vivir.

De esta manera pasaron algunos años, hasta el día en que conocimos á Magdalena celebrando su cumpleaños en un día de campo en Chapultepec.

Entonces la muchacha había llegado al apogeo de su hermosura, mientras que la madre estaba acabada y consumida por el contrario, como si tuviera veinte años más de vida.

Faltábanle las fuerzas, estaba encorvada, iba perdiendo la vista, y si bien su afán, su empeño por trabajar eran cada vez mayores, iba conociendo que ya le era difícil, y preveía con terror el momento en que le sería del todo imposible. Entonces comenzó á pensar que era tiempo de que Magdalena buscara un marido: y por primera vez comprendió todo el mal que con su amor había causado á la joven.

¡Terrible fué aquel momento de reflexión, aquel momento en que brilló la luz ante sus ojos y comprendió que Magdalena, su hija adorada, su tesoro, su único bien, estaba al borde de un abismo! ¡Y pensar que ella era quien lo había cavado; que ella era quien iba á hacer infeliz á aquella muchacha, á la cual la naturaleza había dado tanta hermosura como para asegurarla un lugar privilegiado en el mundo! y esto cuando todos sus esfuerzos habían tendido á hacer feliz á Magdalena, cuando para lograrlo había consumido su existencia.... La pobre anciana, para quien la idea del deshonor era más terrible aún que la de la muerte, lloró entonces lágrimas del corazón; pero en este momento vino Magdalena y ocultó su llanto por no afligirla.

Entonces la madre se puso á contemplar atentamente á su hija, y al ver aquel rostro tan alegre pero tan ingénuo, al notar el candor de

sus miradas, la pureza de su frente, el abandono de la inocencia en toda su persona, no pudo menos de decirse que sus temores eran infundados. Busca con tanto afán el amor un pretexto para engañarse á sí propio. Hubiera sido tan desgraciada la anciana haciendo cambiar de vida á Magdalena, que apuró todas las razones que pudo hallar para no alterar el sistema que había seguido.

Y la pobre viuda prosiguió trabajando de noche y de día.

Y Magdalena continuó siendo la reina de los bailes, el adorno de las fiestas, el objeto de los suspiros de todos los jóvenes.







### III.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO)

"¡Dios mío!, ¡cuánto amo á esa mujer! Imposible me es guardar por más tiempo silencio, porque temería morir sofocado por las lágrimas que se aglomeran sobre mi corazón, por la angustia que me mata; y sin embargo, lucho con la duda, con la timidez, porque, ¿qué méritos puedo yo tener para alcanzar tan celeste ventura? ¿Cómo podré alimentar la ilusión de ser amado algún día, si me siento tan pequeño que creo moriría al llegar al cielo de esta dicha?

"¡Pero tengo tan profundamente grabada la imagen de esa mujer desde que la ví, que no podría arrancarla sin arrancarme el corazón!

"¡Cuántas noches de delirio!... Yo creo que si esto no tiene un fin llegaré á volverme loco.

"¡Dios mío! Cómo quisiera yo tener á su lado los arrebatos y la energía que me consumen cuando estoy lejos de ella. ¡Oh!, cómo caería yo á sus pies y la diría:

"Perdón, perdón por el atrevimiento involuntario de mis palabras. ¿Cree vd. que cuando nuestra sangre hierve al pensar en el objeto idolatrado, cuando nuestro corazón palpita á impulsos de esta fiebre devoradora que llaman amor, cuando la incertidumbre arranca las lágrimas de nuestros ojos pueden escogerse las palabras y moderarse los arrebatos del alma?

"¡No! En la situación en que yo me encuentro no se puede otra cosa que llegarse de rodillas al ángel que nos ha revelado la pura felicidad del cielo, y decirle como yo le digo á Ud.: ¡Mujer yo te amo!, te amo con toda mi alma, ¡con todo mi ser!, desde el instante en que te conocí, todo el universo, toda la vida se ha resumido para mí en tí!....

\*\*\*

"Hoy hace un año que la conocí!

"¡Era el Viernes Santo de 1843, jamás olvidaré esta fecha!

"¡La iglesia de las Capuchinas estaba solitaria; serían poco más de las dos de la tarde y el cielo se iba cubriendo de nubes tristes y cenicientas. Reinaba en la iglesia una luz opaca, azulina, y todo convidaba á meditar

allí, el perfume del incienso, la soledad y las armonías del piano, que pulsado por una mano hábil, dejaba escapar de tiempo en tiempo, con cierta solemne lentitud, armonías tristes, sentidas, llenas de mística poesía!

"¡El Viernes Santo, aniversario de la muerte de un Dios todo amor, es un día que llena mi alma de tiernas emociones. Había entrado á la iglesia y permanecía absorto, medio embriagado con la poesía melancólica que todo respira allí, cuando de pronto entró "ella!"

"¿No os parece que hay mujeres que lo iluminan todo con su mirada?"

"¿Mujeres que vienen envueltas en una atmósfera de luz, como si fueran una estrella que desciende de los cielos?"

"Venía vestida con un traje de merino negro, y traía la cabeza cubierta con un tápalo de seda igualmente negra, pero resaltaban tan bien sobre aquel fondo sombrío, su frente blanca y tersa, los rizos dorados de su cabellera! ¡Hubiera dicho que era uno de los ángeles del cielo que se cubría de luto por la muerte del Redentor de los hombres!

"Yo la contemplé extasiado, y todavía mucho después de que había salido, me parecía como que quedaba en la atmósfera un rastro de perfumes y de luz..."

"¡Hoy he vuelto á la misma iglesia; había el mismo silencio, las mismas armonías, la misma poesía, santa, misteriosa, sublime.... sólo mi corazón había cambiado, sólo mi corazón



estaba turbado en medio de aquella patética calma!....

"¡Ay! ¡em vano la he aguardado, "ella" no ha venido.

"Pero ¿no la decía su corazón que yo estaba allí, que yo la esperaba?....

"¡Oh! no, no, su corazón nada la dice de mí!"

21 de abril.

"He pasado toda la tarde contemplándola, y vuelvo á mi casa triste, desalentado, abatido.

"Cada día amo más á esa mujer; y ella, ¿no me amará nunca?"

(INTERCALACION DEL AUTOR.)

Los primeros años de Luis habían corrido en esa dulce calma, en esa casta ignorancia que son como un sueño preservador de las fuerzas físicas y las cualidades intelectuales.

La infancia no es un período determinado en la vida humana: hay hombres que jamás han sido niños; hay jóvenes afortunados que lo son todavía más allá de la edad á que se ha acostumbrado dar aquel nombre.

La infancia para nosotros es el tiempo en que el cuerpo y el alma se forman lentamente, fortificándose y madurándose el uno

por la otra; es como el período que la mariposa permanece encerrada en el capullo, antes de que llegue el momento en que salga alada y brillante, á gozar de la luz del día.

Hay hombres que tardan mucho tiempo en desarrollarse, como una flor delicada; hay otros que desde muy temprano gastan sus fuerzas y debilitan sus facultades. Los primeros, preservados por esa larga infancia, sueño fecundo que comienza en el seno de Dios y se desvanece á medida que el sol de vida, el corazón, adquiere su predominio, se encuentran dotados de una sensibilidad exquisita, y seres completos en el mundo; los segundos jamás llegan á formar una unidad moral; su alma es débil, como su cuerpo, y se marchitan como esas plantas cuya vegetación se apresura por medios artificiales.

Luis creció abrigado por el cariño de una madre, y los años corrieron para él como las aguas de un riachuelo por lecho de flores.

A los quince años Luis era casto é inocente como una virgen; su sangre estaba pura y su corazón limpio como un cielo de primavera. ¿No os parece que no hay dicha comparable á ese estado? ¿No creéis que las ideas entonces deben tener algo de la grandeza y poesía de Dios, y que éste ha de reflejarse en la imaginación de esos hombres como se refleja el firmamento en la superficie tersa y tranquila de un lago?

Los miembros de Luis eran ágiles y su salud inalterable. Un ligero bozo comenzaba á

sombrear su labio superior y el muchacho se ruborizaba cuando alguno fijaba la vista en él. Sin embargo, no vayáis á creer que era débil; mejor que muchos hombres dominaba un corcel, y en una ocasión libró á una pobre anciana de la agresión de dos bandidos.

Siempre nos ha parecido que la sangre de estos seres puros y castos, debe ser dulce como la miel de ciertas flores.

En esta época Luis tuvo la desgracia de perder á su madre.

Su dolor fué profundo, terrible, de esos que rompen fibra á fibra el corazón al separar dos seres que vivían unidos; pero á través de sus lágrimas brillaba para él una esperanza, esa estrella que alumbrá al hombre toda su vida, y que si se sepulta cuando muere, es para señalarle otro mundo!

El dolor de Luis se endulzó, sin embargo, poco á poco, y llegó á convertirse en esa tendencia á la melancolía que caracteriza á las imaginaciones delicadas y poéticas.

Solo ya sobre el mundo, por ~~one~~ el joven jamás conoció un padre, volvió los ojos á sí mismo y se examinó. Había llegado para él esa edad en que el corazón se abre y la mente se ilumina con los resplandores del sol que se levanta. Pero Luis, si bien se sentía con inusitadas fuerzas, si experimentaba sensaciones desconocidas, no podía comprender lo que significaban, y tímido, criado en el retiro, no se atrevía, ó mejor dicho, ni aun pensaba en demandar una explicación.

De esta manera corrieron aún dos años,

Luis, en los momentos en que volvía su mirada hacia dentro de sí, había hallado en su corazón, como en un espejo, retratada una figura vaga, lejana é ideal. Fué una imagen que día á día se grababa hasta llegar á convertirse en el objeto de un culto místico.

Era ese tipo de belleza innato, natural, que se halla en todos los corazones nuevos; reflejo anticipado, por decirlo así, del amor que más tarde los abrasará.

En esos momentos la sangre del joven corría ardiente llevando la vida y la fuerza á todos sus miembros; su corazón palpitaba y su imaginación se encendía.

La obra estaba concluida; Luis tenía dieciocho años y había llegado para él la hora en que la sangre adquiere una voz, en que el alma descifra y comprende sus sensaciones, en que toda la naturaleza tiene un lenguaje: instantes que pudieran compararse con esas tardes de estío, cálidas y embalsamadas, en que el sol se adormece entre nubes de púrpura, en que el céfiro doblega las flores que se inclinan las unas hacia las otras, estremeciéndose sus pistilos y sus estambres, en que las aves entre la enramada gorjean convulsivas.... tardes en que la naturaleza desfallecida y temblorosa murmura con sus mil voces: ¡AMOR! ¡AMOR!....

¡Hora terrible para la juventud! ¡hora de prueba ó perdición! ¡Instante decisivo para la vida toda y también para la eternidad!

Luis lo comprendió al fin todo; había sido



hasta entonces un niño delicado, y se despertó joven, ardiente, robusto.

¡El peligro era terrible!

¡La lucha que tiene que sostener el hombre entonces es larga, penosa, desigual; es un combate de toda hora, de todo momento, en el cual no se ve venir al enemigo, sino que cuando se le siente ya está encima, ya se ha apoderado de nosotros, ya nos ha embriagado!

¡Nosotros creemos que si es posible que haya un lugar privilegiado en el cielo, ese debe ser para los que han triunfado sin caer una sola vez en esta lucha obscura y terrible. Pero, ¿cómo será posible no vacilar á lo menos, cuando es nuestra propia sangre la que vivifica nuestros miembros, la que mantiene la sensibilidad de nuestros nervios, nuestro enemigo entonces?

Y sin embargo, terrible y peligroso, este combate es necesario para el desarrollo conveniente del cuerpo y del alma. Aquellos que no lo han sufrido jamás, lejos de ser seres privilegiados, quedarán siempre incompletos; su alma, como una flor, para la cual no hay primavera, se marchitará antes de abrirse. ¡Cuántos seres se agostan de este modo! ¿No podrán considerarse estas almas como engendros inacabados en el orden moral? Porque, que hay una categoría en la serie de los espíritus, es cosa evidente, fuera de duda. ¿Quién podrá sostener que todas las almas son iguales? ¿Quién negará que la mente, esa ex-

presión visible, por decirlo así, del alma, no es susceptible de perfeccionamiento ó de regeneración? ¿No es esto lo que nos indica la religión católica en sus promesas de premios ó de castigos futuros?...

Esa fiebre de la sangre es un elemento vivificador, así como es también un elemento de muerte; en la naturaleza todo se encuentra contrabalanceado de esta manera. Es como la savia que regenera el árbol y hace brotar las flores; es el fuego que tiembla el alma, ó que la consume.

Los antiguos, que le habían dado una alma á la sangre, estudiaron sin duda este período, el más difícil de la vida; la expresión de la Biblia: "Anima carnis in sanguine est," (1) es enérgica y clara; la observación incompleta del tiempo de la adolescencia es la que conduce al materialismo.

En efecto, en esos días hay instantes en que la sangre se sobrepone de tal manera sobre nuestras ideas, sobre nuestras resoluciones, que no puede menos de creerse que se halla animada.

Uno de esos instantes fué el que reveló toda la verdad á Luis.

Figuráos á este joven, fuerte, sano, robusto, ardiente, y comprenderéis sus horas de insomnio. Esas noches en que el sueño no viene á calmar nuestra agitación.

¡Oh! en esas horas es cuando la imagina-

(1) Levitic. XVII, vers. 11 y 14.

ción se eleva, cuando el alma se engrandece!...

Pero, ¡ay del hombre si se deja arrastrar débil por la corriente! Entonces la tensión de sus fibras degenerará en laxitud, y cada átomo de placer empobrecerá su alma!

¿No habéis visto esos hombres gastados por el vicio? ¿creéis que sean seres completos?

Luis al ver una mujer sentía una turbación extraña; después, á medida que la verdad alumbró su mente, fueron deseos vivos, punzantes!

El goce tenía para él un atractivo mágico, seductor; era una esperanza que lo hundía en un mar de dichas; era un sueño que lo rodeaba de fantasmas.

Y sin embargo, Luis no realizaba esos propósitos formados en medio de la fiebre; había en su alma cierta invencible timidez, que el mundo llama vergüenza, pero que nosotros creemos es esa repulsión del alma á aquello que puede degradarla, es un sentimiento de pudor exquisito y santo.

Estas horas de voluptuosidad imaginaria, también nos parecen tan útiles como funestas. Ellas le prestan, si nos es permitido expresarnos así, elasticidad á la imaginación, pero acaso pueden pervertirla; ellas le dan color y vida, pero también arrastran al hombre....

¡Tremenda lucha la de esas dos almas, material y la espiritual!, la de la sangre que arrebató, que embriagó, y la verdadera que, como todo espíritu, tiende al cielo! ¡Cuántos seres sucumben en ella!, ¡cuántos ángeles que

quemaron sus alas en las llamas y caen sin poder volver á elevarse más!

La sangre ofrece la sensación de una gota de agua sobre unos labios desecados, áridos. El alma, la de una tranquilidad perfecta, la de esa beatitud que tiene también su voluptuosidad.

Luis, después de muchas alternativas, tuvo un instante de debilidad y cayó.

No le culpéis; es necesario que el alma reciba sus heridas para que pueda vestir en el cielo la túnica púrpura que es la más bella después de la túnica blanca de las vírgenes!

Un hombre enteramente casto sería un ser que no es posible exista en el mundo; esta virtud, mejor dicho, esta cualidad, porque la virtud es la de la debilidad que combate, es sólo de los espíritus superiores al hombre; de los ángeles que han pasado ya por la serie de transformaciones sucesivas que forman la cadena de las almas.

La castidad es la serenidad, no la impotencia; es la perfección, no la debilidad; es el adelanto, no la degeneración.

El hombre, pues, debe tropezar alguna ocasión, y acaso este momento esté marcado en su existencia.

Y luego, una sola caída no es tal vez un crimen; una gota de agraz prepara la fermentación, muchas la descomponen.

Pero el delirio se disipó y Luis quedó con un vicio en el corazón; parecíale que entre sus deseos y la realidad había una inmensa dis-



tancia; la una no satisfacía á los otros. ¡Es que en aquéllos hay aún algo de espiritual y en ésta nada!

Los fisiólogos han observado este deajo, por decirlo así, del placer, y han sentado, como axioma, que al más grande placer físico, sucede un sentimiento de tristeza y desfallecimiento.

¿No será ese dolor el que el alma experimenta al ver destruída una parte de su sér?

¡Dichoso aquél á quien esta primera decepción salva!

Pero pocos instantes después la imaginación turbada vuelve á soñar....

El hombre cree no haber gozado, y sin dejar de hacer propósitos de reforma, se propone gozar una vez más.

¡Entonces es la hora del peligro!

En este mundo el placer no es más que una esperanza, como si Dios quisiera demostrarnos de un modo palpable, al alcance de todas las inteligencias, que la tierra no es nuestro final destino.

Esos placeres de la materia son una verdadera irrisión: mientras más los busca el hombre, más huyen de él. ¡Cada vez que el hombre cae, cree levantarse para alcanzar su objeto, y vuelve á caer, y los propósitos se suceden, y siempre cae!

Luis se hubiera perdido tal vez como tantos otros, y hoy no quedaría de él más que un poco de polvo inútil; pero una enfermedad lo salvó.

Después de la decepción de sus sentidos, su sangre volvió á encenderse y sobrevino una reacción tan violenta, que le produjo la fiebre; y durante veintidós días Luis vaciló entre la vida y la muerte.

¡Habéis visto cuán puro y hermoso amanece el cielo después de una noche de tempestad? Pues así despertó el alma de nuestro joven al recobrar la salud.

Debilitado por los padecimientos, el impulso de su sangre fué menos poderoso. Entonces pudo verificarse el predominio del alma, y todas las fuerzas que antes fueron en su contra, desde que encontraron su centro propio se dirigieron á él.

Fué una gran fortuna, porque esa lucha, por decirlo así, entre los placeres materiales y los placeres espirituales, es decisiva. Es un combate en el cual el cuerpo trata de sorberse el alma, empobrecerla, degenerarla, destruirla, y el alma por el contrario, trata de librarse de los lazos para proseguir su vía de progreso y de ascensión.

De esta manera pasó otro año de la vida de Luis: acababa de cumplir los diecinueve.

La convalecencia de una grave y larga enfermedad es un período no exento de placeres: el cuerpo aspira á grandes tragos, la salud y halla placer en lo que el uso y la costumbre le hacían antes indiferente.

Luis comenzó á reponerse poco á poco de los estragos de la fiebre: al principio el placer le venía del bienestar y la adquisición de fuerzas; después fué la tranquilidad interior.

En las largas horas que el joven permanecía encerrado en su cuarto, se encontró frente á frente con su alma, como con un amigo tierno é íntimo.

Los que desde muy temprano se entregan á una vida tumultuosa y agitada, no conocen uno de los más puros goces de la existencia: esas horas de meditación en que se contempla uno á sí mismo como en un espejo.

Hay algo de ideal y etéreo en esta fruición, cuando el alma está tranquila.

Luis volvió á hallar en su corazón aquel tipo de belleza, que había permanecido como empañado durante los últimos días; pero era una belleza que no pertenecía á este mundo.

Aquella belleza era luz, era armonía, era sentimiento al mismo tiempo. ¿No creéis que las impresiones agradables de los sentidos son un presentimiento grosero y material de la "belleza única?"

Luis pensó en esto varias ocasiones.

Y esa belleza única y perfecta, ¿cuál es? Y ese tipo que se encuentra más ó menos claro en todos los corazones; ¿de dónde proviene?

Dicen los fisiólogos que lo primero que se forma en el embrión del cuerpo humano es el corazón; lo último que cesa de palpitar cuando la muerte llega, es también el corazón.

¿Y la vida no es más que la existencia del corazón, viene con él y con él se va?

¡No! porque, ¿qué significarían entonces ciertas ideas innatas, ciertas tendencias, ciertas

sensaciones que inevitablemente existen en nuestro corazón, pues que, sean cuales fueren las circunstancias en que nos hallemos, llega siempre un momento en que se presentan y predominan, como si sólo aguardaran que la edad las fecundase?

¿De dónde proviene ese tipo de belleza ideal que existe en el corazón de todos los jóvenes en el momento en que el sueño de la infancia se desvanece, como las sombras de la noche se disipan ante la aurora de un día brillante y caluroso?

Yo tengo para mí que el principio del sueño de la infancia es el seno de Dios. El hombre es una partícula, por decirlo así, del mismo Eterno, que se separa por un instante de su sér, gira por el mundo y vuelve luego al centro de donde partió. ¿No se indica esto claramente en el Génesis, donde se lee que Dios, después de haber formado al hombre, para animarlo, le infundió su propio aliento?

Por esto el alma, pues que es necesario darle este nombre, lleva en sí el germen de esas ideas y sentimientos que más tarde se desarrollarán.

Aquel tipo de belleza ideal, esos sentimientos son, por decirlo así, como un recuerdo que el alma conserva de su **pureza primitiva**; como una imagen que se ha grabado en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, en esa comunión que la Iglesia anuncia, contemplando su perfección, antes de desprenderse de aquel Sér Eterno para descender á la tierra.



Semejantes pensamientos despertaron en Luis la primera idea del amor.

Y su amor, como toda llama, tendió hacia el cielo.

El primer sentimiento de esta "pasión" en un joven, tiene siempre algo de celeste y santo. La primera mujer á quien "se ama" en el mundo, aparece á nuestra vista rodeada de una luz purísima que se infiltra en nuestra alma. ¡Y cuántas veces este atractivo no existe, sino porque nuestra misma imaginación se lo presta!

Luis sintió en su alma una aspiración indefinible hacia cierta felicidad desconocida; era una sensación que tenía algo de esa vaga inquietud que á veces nos domina sin saber por qué; era como la nostalgia que sufren algunas almas acá en el mundo, recordando, ó mejor dicho, presintiendo el cielo.

Era sed de amor.

Sed de amor espiritual, eterno, sublime.

Sed de amor puro, fuente de vida, manantial de creencias, estrella del cielo!

Pero como las primeras revelaciones de este amor son necesariamente vagas, impalpables, y huyen de todo análisis, y se evaporan antes de poder ser sometidas á un examen, Luis no podía darse cuenta á sí mismo de lo que experimentaba.

Agitado, meditabundo, medio enfermo de melancolía entonces, buscaba aquellas cosas que estaban en consonancia con el estado de su alma. Vagaba por las campiñas que rodean

á México, á la hora misteriosa del crepúsculo de la tarde; gustaba de las noches de luna, de los días nublados en que la luz es azulina y vaporosa; amaba la soledad, porque una alma enferma de amor sabe poblaria de bellos fantasmas; hallaba cierta voluptuosidad en las pompas religiosas del cristianismo; la música hacía flotar su imaginación en un océano de pensamientos medio desvanecidos, y pasaba muchas horas en ciertas iglesias sombrías y majestuosas por su silencio.

En uno de aquellos momentos de ansiedad amorosa fué cuando vió por la primera vez á Magdalena.

La belleza radiante de aquella mujer produjo una impresión sobre los sentidos de Luis.

La aparición de Magdalena fué pasajera, y se alejó dejando un recuerdo que, el alma del joven en sus horas de meditación, de anhelo, de amor, fué adornando de perfecciones.

Durante mucho tiempo Luis sólo pudo verla de lejos, de tarde en tarde y siempre en condiciones favorables para exaltarse su imaginación; ya una noche de luna en el melancólico paseo de las Cadenas, ya en la iglesia, oyendo misa los domingos á las cinco de la mañana....

¿No era fácil así que Luis no echase de ver la distancia que había entre el ideal de su imaginación y Magdalena?

Además, ¡cuántas decepciones de éstas sufre una alma amorosa antes de hallar á su compañera!

Es que á los principios, los jóvenes aman el "amor" en las primeras mujeres á quienes encuentran.

Luis llegó á convertir en su corazón á Magdalena en un sér superior, en un ángel de luz. Nada hay tan favorable, tan propio, tan poderoso para exaltar el amor, como la distancia, la soledad y el entusiasmo.

Al fin logró Luis ser introducido en la casa de Magdalena y convertirse en uno de los más asiduos amigos.

¡Pero ya fué tarde!

Algunos meses antes el joven habría conocido la diferencia entre su ilusión y la realidad, y se habría retirado temiendo profanar el sér ideal de su amor!; pero entonces ya la ilusión había tomado mucho cuerpo para ser notada, y en los momentos en que palpaba, por decirlo así, la pequeñez de Magdalena, no comprendía la heterogeneidad de sus almas, sino que por el contrario, se culpaba á sí mismo y creía su corazón muy mezquino, muy impotente, muy grosero, y levantaba la voz al cielo gritando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío, dame un corazón para amar á esa mujer!

22 de julio.

“¡Qué día!; ¡vuelvo á mi casa con el corazón destrozado, con el alma anegada en hiel, y sin embargo, si me lo propusiesen, volvería á apurar la copa de mis dolores!

“¿Qué no sufriría yo por ver á esa mujer por contemplar su belleza, por anegarme en la luz magnética de sus ojos?

“¡Oh!; ¡si una dicha suprema debe comprarse con dolores supremos, cuán poco es lo que sufro!

“¡Poco es lo que sufro!... y no obstante, el día de hoy ha sido de los más crueles de toda mi vida.

“Me recojo dentro de mí mismo, y me parece aún oír los acentos melancólicos de la música; cierro los ojos, y creo ver su figura esbelta, balanceándose como una flor mecida por el viento.

“¡Cómo me llenan de tristeza esos pensamientos! Cuando estoy lejos de ella hago mil propósitos que se desvanecen en cuanto me acerco.

“¡Anoche mismo, pensando en el paseo de hoy, había formado la resolución de decidir de una vez de mi porvenir, porque este estado de incertidumbre y ansiedad no puede durar!

“Y hoy... hoy la ví, y ni aun me acordé de lo que había pensado. Esa mujer absorbe mi imaginación; cuando la veo, no pienso en nada: la veo y sólo sé verla.

“¡En verdad que debo hacer una figura ridícula en medio de todas esas personas que saben reír, gozar y hacer gozar á los otros... Los que me vean inmóvil, con la vista clavada, sin respiración, arrobado, me creerán un imbecil que no sabe sentir!



"¡Oh!, ¿lo habrá creído así ella?

"Pero, ¿no tiene esa mujer una alma superior á la de todos los que la rodean? ¿No tiene una alma capaz de comprender, de adivinar los tesoros inmensos, los tesoros inagotables de amor que encierra la mía?

"¡Ay! todos los hombres que la rodean no saben más que galantear....

"¡Yo sólo sé amar; yo sólo soy capaz de amar!

"¡Dios mío! Dios mío, revélame ese idioma misterioso de las almas para que la mía se haga comprender.

"¿Pero las mujeres serán siempre tan débiles que prefieran esos hombres mulos, que sólo saben decir palabras sonoras, más bien que á uno, como yo, que ha conservado su alma entera, á uno, como yo, que sería capaz de morir por una sola mirada?

"¡Ay! héme aquí hoy más lejos que nunca de mi objeto.

"Todos han bailado con ella, han sabido cooperar á sus placeres, mientras que yo, lloroso y desesperado, he buscado la soledad....

"Ella debe estarles agradecida á aquéllos....

"¡Oh! ¡miserable de mí!.....

"¡Perdóname!, ¡no te había visto, flor hermosa!, y tú, llena de bondad y ternura, has querido recordarme tu presencia halagando mi olfato con ese perfume suave y delicado.

"Flor, ¿cómo pude olvidarte un momento!

"¿Quieres decirme que no desespere? ¿Quieres alentar mi esperanza?

"Ella me dió esta rosa: ¿serás tú un pensamiento de amor?

"Dios ha dado un lenguaje á todo lo creado: ¡Rosa, rosa, revélame lo que esa mujer te dijo cuando apoyó sus labios sobre tus pétalos. ¿Se mezcló tu perfume con su alma?, ¿ha quedado aquí una partícula de ella?....

"¡Oh! ¡es preciso que esto acabe!

"¡Es preciso que yo sepa si me ama!

"¿Y si no me amase?.... ¡oh!"





#### IV.

Nada hay más monótono, nada más cansado y tedioso como las horas que suceden á un baile; parece que el alma y el cuerpo quedan igualmente rendidos. A la armonía de la música sucede el zumbido de oídos; al placer de la vista un efecto semejante al deslumbramiento; á las sonrisas de alegría la sonrisa forzada del hastío...

Magdalena se retiró á su alcoba á buscar en vano el sueño, y la madre se puso á trabajar.

La joven pensando en fiestas que no cansasen, y la anciana en que tenía que duplicar su trabajo para cubrir los gastos del día que acababa de pasar.

Magdalena, recordando que una de sus amigas había llevado un traje más lindo que el suyo; y la madre meditando en que la vista



se le iba acabando, en que á veces, cuando velaba mucho tiempo, había momentos en que ya no podía coser.

Ya lo hemos dicho, Magdalena no era esencialmente mala, pero la educación que recibió no fué suficiente para formarle el alma y el corazón.

Nosotros creemos que, con raras excepciones, todos los seres están igualmente dotados; todos tienen en el corazón una semilla que con el cultivo será una flor; sin el cultivo un abrojo. Todo depende de la educación.

Esta gimnasia moral es la que apresura ó retarda, la que favorece ó impide el desarrollo de los espíritus; ella la que influye en la desigualdad de las almas; ella, por lo mismo, la que prepara el premio ó el castigo futuros.

Magdalena era, pues, una mujer, como todas, pero mal favorecida por la educación moral.

¡Oh! por medio de esta educación todas las mujeres pueden ser ángeles.

¡Dios formó su alma con la parte más escogida de su espíritu: con el amor!

Peró quiso que el desarrollo y el perfeccionamiento del espíritu fuesen obra voluntaria de ellas mismas.

De otra manera la criatura no sería responsable de sus acciones.

¡Y no siendo responsable, el premio ó el castigo futuro no serían más que predestinación, fatalismo!

Magdalena, pues, no comprendía el amor si-

no hasta donde lo permitía el desarrollo de su espíritu.

Le era, por consiguiente, imposible apreciar todos los tesoros del alma de Luis, y acaso comprendiéndolos, la hubiera espantado su profundidad.

Más simpatías necesariamente obtenían en su corazón amores como el que era capaz de experimentar, por cierta ley de homogeneidad.

De aquí resultaba que en el orden de sus afectos, primero era D. Juan y luego Luis.

Nosotros no culpamos esto; porque del buen ó mal uso de las facultades del alma sólo á Dios toca juzgar, sólo El que lo comprende todo.

Lo que sí creemos una falta, un crimen, es que Magdalena, sabiendo que no amaba á Luis, lo mantuviera atado á su carro por medio de algunas coqueterías y favores calculados.

No amar será impotencia, será imperfección, pero no delito.

Engañar lo más santo y más respetable, un corazón ingenuo, fingir aquello que no se siente, eso sí es un crimen.

¡Cuántas mujeres, como Magdalena, hay que no titubean en cometerlo, sólo por la van-satisfacción de contar un adorador más, de tener una flor que aumente el número de las que forman su guirnalda!

¿Pero esas mujeres no comprenden que su conducta es más cruel que la de un verdugo? ¿No saben que para toda culpa hay un cas-

tigo; y que mientras más grande ha sido la falta, mayor debe ser la expiación?

¡Mas no nublemos sus frentes! ¡Son tan lindas cuando vierten en nuestro corazón gota á gota ese veneno, cuando balagan y luego destrozan nuestra alma. . . . .

Magdalena no pudo dormir, pero pasó la noche mecida por pensamientos agradables.

A la madre la halló la aurora del nuevo día clavada sobre su costura, haciendo esfuerzos para vencer el cansancio de su vista.

El único, pues, de todos nuestros personajes, que durmió, fué D. Juan.

D. Juan, que al recordar la fiesta, á la hora de acostarse, recapituló de esta manera sus impresiones:

—¡Qué bonita es esa muchacha!....

Al día siguiente Magdalena recibió dos visitas con muy pocas horas de intervalo.

El primero que se presentó fué D. Juan á eso de las doce del día. Luis llegó poco después de las tres de la tarde.

D. Juan iba vestido con mucho esmero y elegancia; Luis fué más desaliñado que de costumbre y sobremanera pálido. Sin embargo, debemos confesar que estaba más hermoso con su palidez y sus cabellos en desorden, que D. Juan con su frac abotonado y sus guantes blancos.

Magdalena, á pesar de que toda la noche había estado pensando en ambos jóvenes, sintió una especie de desagrado al verlos. ¿Era acaso porque la realidad venía á destruir esa especie de somnolencia que tanto agrada al alma?

El asunto de la conversación al principio fué, naturalmente, el paseo del día anterior, y D. Juan se portó con tanto arte que logró poner en ridículo á Luis, y sin pronunciar una sola palabra de amor, hizo creer á Magdalena que la amaba.

Ser amada por un joven elegante, rico, calavera de tono, era una cosa que lisonjeaba mucho el amor propio de Magdalena; así es que, en el espacio de tiempo en que quedó sola, después que D. Juan se despidió, apuró las razones que creía convenientes para probarse á sí misma que así era preciso que sucediese.

Cuando entró Luis, la joven, hundida en sus meditaciones, acababa de llegar á descubrir que ella también estaba apasionada de D. Juan.

Por resultado de tales descubrimientos, Luis obtuvo un acogimiento bastante frío.

¡El se tenía la culpa! ¿Quién le mandaba no tener un frac nuevo y una cadena de oro?: ¿para qué en vez de pensar en la poesía, no concentraba todo su talento, toda su atención en su cuerpo, adornándolo con esmero?

¡Triste desengaño para Luis que había soñado



amor! ¡Cruel decepción para el que había creído á Magdalena un ángel!

Turbado por aquel acogimiento, Luis no pudo más que balbucear algunas frases sin ilación.

El predominio ó influencia que ejerce una mujer amada sobre un corazón entusiasta, apasionado y poético como el de Luis, es incalculable. Ellas son las que harán al joven tímido ó atrevido; ellas las que engrandecerán su imaginación ó la atrofiarán.

Para esos hombres una mujer es una bendición del cielo ó un signo de maldición.

¡Cuántos seres así, mueren agostados, oscuros, que con una mirada de amor hubieran llegado á ser lo que llamamos "poetas!"

Luis se despidió prontamente y fué á llorar de desesperación.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO)

11 de diciembre de 1844.

"¡Qué noche!... ¡creí que nunca acabara! ¡qué noche!; ¡la eternidad habría pesado menos sobre mi alma! Cada hora, cada instante al pasar ha dejado impresa una huella sobre mi frente.... de ayer á acá he envejecido diez años. ¡Cuán eternas, cuán angustiosas son esas horas que se pasan con el alma suspendida entre la vida y la muerte!

"Ayer estaba mi frente tersa y rosada; ahora paso la mano sobre ella y no la siento; está seca, rugosa, quemada.

"Y es en efecto un fuego horrible el que se enciende en la cabeza en estas noches de fiebre, en que el hombre medita, como en su último recurso, en el suicidio; ¡el suicidio, esa esperanza de los corazones heridos.....! La sangre se seca en las venas, el corazón se consume á sí propio, y si el hombre despierta de ese sueño, ya no es el mismo que antes.

"Yo no me reconozco ya; me palpo, me examino.... hallo no sé qué de extraño; me parece que soy un cerebro vivo en un cuerpo muerto. ¡Si me estuviese volviendo loco!... ¡oh! ¡algo de esto debe sentirse en tan horrible momento!....

"¡Qué noche!; ha puesto un abismo, la eternidad, entre mi vida de antes y la de ahora....

"Lo recuerdo como un sueño; ayer era yo joven, palpitaba mi corazón, tenía veinte años, creía en el amor, en la pureza, creía en la virtud, en el alma.... y ¿ahora?—ahora no soy joven, no soy viejo, no tengo corazón, no tengo edad.... ahora no creo en el amor, no creo en el alma, no creo en nada....

"Ayer.... ¡Qué extraña suena á mis oídos esta palabra! ¡Hay ocasiones en que "ayer" está más remoto de nosotros que el "mañana" de los que tienen hambre!

"¡Ha sido una noche terrible, fatal! Varias veces me sucedió preguntarme á mí mismo, después de uno de esos momentos de sueño

o de abatimiento que producen el delirio: ¿dónde estoy?

"¡Cuán desgraciado es el que tiene esa facultad de sentir que llamamos corazón; pero cuán árida es esta vida para el que ya la ha perdido.

"¡El corazón! ¡funesto presente, signo de dolor! Risa y llanto me causan los que le poseen. Parece que Dios cria seres sensibles y delicados y los arroja al mundo para que padezcan.... ¿Y así vienen á decirnos que la fatalidad no existe.....?"

"¡La justicia! Si la justicia existiera, ¿sufriría así el inocente? ¿sería engañado el crédulo...? ¿sería el mundo lo que es? Un mercado infame, una farsa ridícula, un torbellino en que es aplastado aquel que no tiene ojos para ver, aquél que no tiene uñas para agarrarse.....?"

"¡Ay! ¡cuán dichoso hubiera sido muriendo anoche cuando estaban en flor todavía mis ilusiones, mis creencias y mis esperanzas! ¡Cuán dulce debe ser dormir el sueño de la tumba alumbrado por el reflejo de esas hermosas ficciones! Siempre había envidiado el destino de esas flores que mueren con el día, arrulladas por el canto de las aves, reflejando la púrpura de los celajes, antes que vengán la obscuridad y el silencio y el frío de la noche. Nosotros los que vivimos del corazón, debíamos morir en el instante en que llega á nuestros oídos el "yo te amo" de una mujer amada....

"Pero, ¡necio, mil veces necio!; ¿cómo puede creer en lo que tan sólo existía en mi corazón?"

¡Miserable! y ¿cómo pude pensar en morir cuando palpé la mentira de mis ilusiones?

"¡Morir! hé aquí otra ilusión, la última que queda; triste como esas flores pálidas que el invierno se encarga de matar! La idea de la muerte es dulce para los que sienten, para los que creen, para los que aman, para los que esperan.... pero para los que ya no tienen corazón es insípida, es inútil, es cobardía.

"¡Ay! hace algunas horas lloraba como una mujer, como un niño; porque, ¿no es verdad que es muy triste ver desvanecerse en un momento lo que creíamos iba á ser la ventura de toda la vida?..... Y luego, ¿por qué es el hombre tan débil, tan impotente?, ¿por qué no puede hacer nacer en otro corazón el amor que anima al suyo?... ¿por qué cuando de dos corazones que estaban unidos, el uno se enfría y se separa, el otro ni aun á costa de su vida puede detenerlo?....

"¡Morir!... pero poco á poco fueron secándose mis lágrimas y encendiéndose en mi mente el fuego que debía devorar mi corazón....

"Ahora no lloro ya; no puedo llorar; tengo los ojos secos!.... Ahora me río de mí mismo.... ¡Morir, porque me engañaron!, morir, ¡porque burlándose de mí pobre corazón de poeta, me hicieron creer en un amor como el que buscaba, para arrancarme después la venda de los ojos, cuando había llegado la hora de la prueba!.... ¿Cómo se habrá reído de mí el mundo?... ¡Reirse!... Esta espantosa idea



me ha detenido: ¡La muerte arrullada por la risa fría y brutal del mundo!...

"Me desengañé del amor, y dudé luego de la virtud; quise morir, y sin fe ya que alentase mi valor, el miedo á la burla y los sarcasmos del mundo, que no comprende el suicidio, me detuvieron al borde del abismo. Y perdido ese instante, voló la última ilusión: ¡entonces racionalé!....

"Allí donde antes vivía mi corazón, siento ahora una oquedad.... el santuario de mi fe está solitario y destruido... y sobre sus escombros, como un general enemigo sobre una ciudad arrasada, se ostenta triunfadora la razón....

"¿Sabéis lo que es una noche de insomnio y de meditación?... ¿sabéis lo que es ir marchando de deducción en deducción?... ¡La duda, esa enfermedad horrible, esa gangrena del alma, aparece entonces como un punto imperceptible.... y luego se extiende lenta, pero incesantemente, sin que puedan atajarse sus progresos, hasta que todo lo seca y lo mata!.... ¡La razón! ¡Cuánta lástima me dan esos que proclaman su poder y su claridad! ¡Gran cosa debe ser la razón cuando tiene por base la duda y por límite la duda también!....

"¡Oh! ¡hubo un momento que tuve la muerte en mis manos; la contemplé y me sonreí con ella; era una amiga cariñosa que me recogía en su seno; era un sueño que iba á devolvérme todas mis ilusiones. ¡Pero al pensar

que me habían engañado, reflexioné que nadie sentiría mi muerte; que nadie iría á llorar sobre mi tumba y á pedir perdón á Dios para el pobre amante; que ni una flor ni un nombre adornarían mi losa, que ningún corazón desvelado sentiría de noche mi espíritu.... y la muerte desnuda de estos prestigios tan poderosos, sólo me ofreció la imagen del olvido, de la nada!

"¡El suicidio es una prueba de valor y de fe, es el último esfuerzo de un corazón virgen que quiere conservar su religión y sus creencias. Y es mejor salir de este mundo con el alma anegada en lágrimas, que arrastrarla después por el cieno, juguete del mundo, y contribuir más tarde al martirio de los inocentes! Un suicida me ha infundido siempre respeto ¿sabríamos nosotros lo que una alma encierra? ¿podemos juzgar de una historia de la cual no conocemos nada? ¿sabríamos nunca el número ni el valor de esas lágrimas que ruedan dentro del pecho? ¿Tenemos idea de lo que pasa en ese instante solemne, en que el afligido se resuelve á presentarse ante el Eterno? ¡Oh! ¡nunca debemos juzgar de esto, porque los dolores lo son tan sólo para el que los padece....!

"Pero el mundo llama cobardía y condena el suicidio.... es el mundo no cree, no siente, no tiene corazón.

"Hubiera sido feliz muriendo, pero la razón me hizo ver al mundo riéndose del pobre loco que murió, porque llegó á convencerse de que sus juguetes eran sólo juguetes. Entonces tu-

ve miedo y me reí también con esa risa que mata la poesía.

"No morí; pero me he transformado. Ahora soy como una hoja seca que el viento arrastra; morosa, insensible, indiferente . . . . .

"Ah! es preciso concluir: ¿de qué me servirían estos recuerdos si ni aun podré comprenderlos? Antes, cuando era feliz, cuando sentía, hallaba un verdadero placer en consignar en el papel mis pensamientos, mis sensaciones, mis esperanzas. . . . Pero hoy, ¿qué son para mí esas confesiones sino un sarcasmo?

"Todavía al principio de esta noche funesta, al pasar la vista por encima de esos papeles que miro diseminados ante mí, sentía renovarse mis penas y mis gozos. . . . Ahora, con la risa en los labios y el hastío en el alma, acabo de leerlos y no hallo en ellos más que frases vacías; son como flores secas que han perdido su aroma. . . .

"Pero es necesario enterrar al hombre de lo pasado; aprovechemos el último momento del crepúsculo matinal. . . . que cuando salga el sol ya no vea en mi rostro las huellas de la fiebre; que su luz alumbré lo que en el mundo se llama "un hombre!"

"¡Adiós! ¡adiós! recojamos y ocultemos todos esos papeles; entérremos con estos recuerdos al pobre poeta que ya murió. . . . .

"Y ahora, que nadie sepa que yo fui él. . . . se reirían de mí, como yo me río, porque ya

soy hombre, ya puedo llevar la cabeza levantada en el mundo. . . . .

(INTERCALACION DEL AUTOR.)

Entre los últimos sucesos que hemos referido y los que indican las anteriores páginas de Luis, escritas con mano temblorosa en una de esas noches peligrosas, como dice Balzac, durante las cuales pasan los jóvenes de la dicha al homicidio, y en que la mayor desgracia que puede sobrevenirles es hacerse filósofos, hay un intervalo que procuraremos llenar.

Muy corto es el tiempo que ha mediado entre el día de campo de Chapultepec y la noche de diciembre: sin embargo, ¡cuántas veces basta una hora sólo para hacer nacer y morir nuestras ilusiones!







pleo para fabricarla?—¡El corazón! Si hubiese algún hombre que poseyera esa ciencia de que algunos hacen alarde, no tendría que envidiarle á nadie!....

Pero por el contrario, hay tantos que aun sin saber lo que dicen, anuncian que están estudiando el corazón del hombre, analizándolo, que han hecho creer á otros que es una ciencia al alcance de todos; de aquí tantos juicios extravagantes, tan ridículas pretensiones. Hay, si se quiere, algunos que han poseído en cierto grado esa facultad, pero éstos la han obtenido, no por "estudio," sino por dón particular de Dios, y los hemos visto elevarse desde el cieno hasta los lugares más elevados de la sociedad, que han dominado como han querido.

Y más difícil en nuestro concepto, que obtener esa ciencia, es conocer el corazón de la mujer. Podrá conocerse el corazón, el carácter del hombre, porque á lo menos tenemos un dato, el nuestro propio; pero conocer el corazón de la mujer, es querer conocer la esencia de Dios: *immerita* / irrealizable empresa, porque ni para lo uno ni para lo otro tenemos el más ligero apunte.

Los que han querido hacernos creer que han estudiado á la mujer, ¿cómo han hecho ese estudio?—Además, entre tantos escritos y pensamientos como tenemos sobre la materia, ¿todos los autores piensan de la misma manera?

Hoy nosotros decimos que las mujeres son ángeles, que su misión sobre la tierra es la más santa, la más bella: ¿estamos seguros

de no decir mañana, según el estado de nuestro corazón, que no tienen ninguna misión que cumplir? ¿No podremos decir, según las circunstancias que nos hagan escribir, ya que su alma es tierna y sensible, ó ya que es frívola, inconstante y dura?.... No: todo cuanto se ha escrito, todo cuanto se diga sobre el corazón humano, sobre las mujeres especialmente, son opiniones, son pensamientos que las circunstancias han hecho nacer en la mente del autor.

Por eso nosotros al escribir estas líneas, nos abstenemos de pintar el carácter de la mujer cuya historia tenemos el encargo de escribir. Las circunstancias de su vida, sus palabras, sus acciones, harán conocer á los lectores lo que nosotros no podríamos hacerles entender con ratiocinios. Nos abstenemos también de pintar "íntimamente," por decirlo así, el carácter de todas las personas, que poco ó mucho, tengan que figurar en esta "novela;" sin embargo, como lo hemos hecho hasta aquí, emitiremos nuestra opinión ó las reflexiones y pensamientos que según los hechos ó caracteres nos sugiera nuestra imaginación.

Hacemos esta declaración para que no se nos acuse de caer en el defecto mismo que acabamos de censurar, al leer nuestras reflexiones al lado de los sucesos ó personas.

Creemos también que la misión de los escritores no es hacer creer esto ó aquello á sus lectores, sino presentarles desnuda y sencillamente los hechos, apoyados, cuando más, en



reflexiones, para que ellos, pensando por sí solos, adopten la opinión que mejor les parezca.

Magdalena, por una de aquellas aberraciones del corazón de la mujer de que acabamos de hablar, que se admiran, pero no se explican jamás, en la noche del mismo día en que acababa de desechar tan rudamente á Luis, se empeñó á toda costa en hacerlo sucumbir, y su capricho tomó hasta tal punto la forma del amor, que no solamente Luis, sino aun ella misma llegó á creer que amaba! Y Luis sucumbió como es dulce sucumbir á un ensueño anhelado.

Y Luis amó á Magdalena, como él era capaz de amar, con todas sus facultades.

Por algún tiempo Magdalena, deslumbrada por aquel amor tan grande, tan brillante, se consagró á Luis.

Pero bien pronto el encanto se desvaneció, y la muchacha comenzó á ver que un amante solo, era una cosa triste, insípida.

Y D. Juan, olvidado por un momento, volvió á ocupar su antiguo lugar.

D. Juan era uno de aquellos hombres que miran desde lejos un objeto y que no retroceden ante obstáculo alguno.

Luis, candoroso y enamorado, nada comprendía, y para él Magdalena fué siempre un ángel.

Pero D. Juan comenzó á marchar rectamente á su fin, y hubo de llegar un momento en que la venda cayó á los ojos del joven.

¡Terrible cosa fué para Luis ver así caer, reducido á polvo el ídolo de su amor, desaparecer el encanto y palpar la realidad!

¡Y la realidad fué tan palpable, tan horrible, que Luis quiso morir!

Pero la reflexión vino á salvarle, y la reflexión hizo de Luis un hombre insensible, moroso, indiferente.

No volvió á ver á Magdalena, pero jamás amó á otra mujer alguna.

D. Juan entonces, comprendiendo la ligereza de la muchacha, la sedujo.

Y se abrieron para Magdalena las anchas puertas del mal y la desgracia.

Y tras de la primera falta, vinieron otras y otras.

Entonces la madre al ver á su hija adorada, á su ídolo, á su orgullo perdido, perdido para siempre, murió de tristeza, de pena, de vergüenza.

Magdalena sola, recurrió á D. Juan.

Pero D. Juan la abandonó.

¡Terrible lección para las mujeres sin fe, sin corazón, sin sentimientos!

Pero infructuosa, porque se repite siempre, pero no aprovecha nunca.

Y Magdalena, la linda Magdalena, de escalón en escalón cayó hasta las últimas gradas de la sociedad.

¡Pobre muchacha!

¿Quién le hubiera dicho al verla en sus días de gozo, que iría á morir al hospital?....

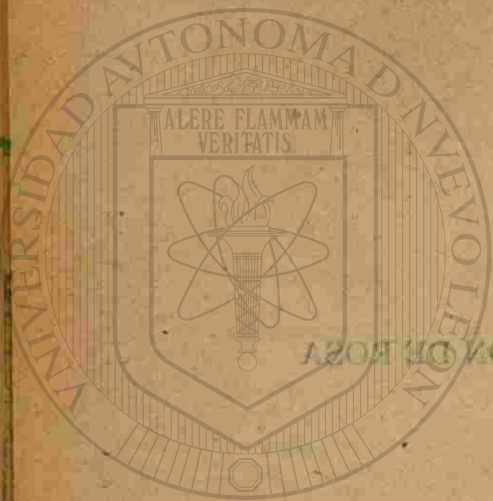


BOTON DE ROSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### BOTON DE ROSA

Elle était de ce monde, où les plus belles choses  
Ont le plus destin.  
Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses,  
L'espace d'un matin.  
MALHERBE, Stance I

Los bellísimos versos colocados al frente de estas líneas, encierran una verdad profundamente triste, que más de una vez me ha hecho meditar. Encontré un día la estrofa entre las poesías de Malherbe, y la melancolía que respira cada verso cautivó mi atención; otro día la ví grabada sobre la losa de una tumba, y entonces arrancó lágrimas de mis ojos. Todo contribuía á aumentar la impresión: la tarde estaba nublada, fría, airosa; el panteón permanecía desierto, y no había más ruido que el lúgubre murmurio de los árboles.... y me incliné á contemplar la inscripción de la losa: "María;" ¡muerta á los diecisiete años de edad!; he aquí lo que leí después de la estrofa.

¡María!, ¡nombre dulcísimo que acaricia los labios al pronunciarlo! Una mujer que tiene ese nombre no puede menos de ser un ángel! ¡Muerta á los diecisiete años!, ¡tan joven, cuando apenas comenzaba á vivir!... ¡Oh! cuánta verdad respiraban allí estas palabras: "Vivió lo que viven las rosas: ¡el espacio de una mañana!"

¡Morir!, ¿por qué mueren las mujeres jóvenes?, ¿por qué se hiela un corazón que comienza á palpar?, ¿por qué se marchitan tan pronto las flores más bellas?, ¿por qué todo lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura tan poco en el mundo, que apenas queda memoria y huella de su paso?...

¡Dios mío, qué tristes son esas ideas, cuando se tiene un corazón sensible, cuando hay necesidad de creer, si no en la duración de las cosas, si á lo menos en la de ciertos sentimientos! ¿Será posible que todo pase, que todo se desvanezca? Pero, ¿no hay en nosotros algo que se sobreponga al tiempo? ¿Los más bellos sentimientos morirán también como esas flores que se abrieron con la aurora y ya inclinan su corola marchita sobre la losa de la tumba?

¡María! ¡Yo os referiré la historia de la joven que duerme aquí; es una historia bien sencilla, que no tiene más que una página; pero la única que puede contarse junto á la tumba de una virgen!

Luis era un joven meditabundo, reservado, silencioso, de alma poética, de corazón genero-

so, pero tímido y melancólico. Tenía veinte años y se había criado en el campo, admirando la naturaleza, aspirando los raudales de poesía que encierra la creación para todos los corazones puros y sencillos.

Pero Luis era huérfano, y no se habían desarrollado en su corazón los tesoros de amor con que Dios dota á estas criaturas destinadas á vivir lejos del tumulto, como esas estrellas que resplandecen solitarias en el cielo.

Casto é ignorante, creció como las flores del campo: las escenas de la naturaleza infundían en su alma recogimiento y adoración á Dios, pero su oración carecía de entusiasmo y ternura; es que aun no comprendía el más sublime de los misterios.

Una mañana entró Luis á la iglesia.

Era muy temprano aún; la aurora teñía de púrpura y oro el cielo, y las estrellas se desvanecían tras el velo de plata que se extendía por el firmamento; la tierra iba despertando llena de vida; las flores abrían sus pétalos, los pájaros gorjeaban en la enramada, y el ambiente cargado de aromas traía el placer y la salud.

La iglesia estaba todavía envuelta en las sombras: los cirios del altar formaban un círculo luminoso, y todo el resto de la nave permanecía sombrío.

Las ceremonias del cristianismo son poéticas y solemnes: la pompa y el lujo infunden respeto hacia el Sér Supremo; sin embargo, yo prefiero, y conmueve más mi alma la senci-



llez de una capilla de aldea; me parecen más bellas las flores sobre el altar, que el oro; habla más al corazón la temblorosa voz del anciano sacerdote, que el estrépito de la orquesta; me infunden más devoción el sacrificio de la misa celebrado á la aurora para que los labradores no pierdan una parte de su trabajo, que la solemnidad tardía de una catedral.

Luis se arrodilló y mezcló sus oraciones á las de los pobres campesinos.

Cuando el sacerdote se volvió para echar la bendición al pueblo arrodillado, el sol brotaba sobre el horizonte, y la iglesia se inundaba repentinamente de claridad.

Luis miró entonces á su lado, al pie de una columna, como si fuera una evocación de la luz, á una joven vestida de blanco, rubia como la espiga de los trigos, que tenía los ojos modestamente en el suelo.

Hay rostros tan apacibles, tan simpáticos, que causa placer contemplarlos. Luis miró á aquella joven y la siguió con la vista cuando se levantó y atravesó la iglesia para salir.

Pasaron muchos días, y Luis continuó su vida meditabunda y solitaria.

Un domingo volvió á la iglesia, y volvió á encontrar también á su lado á la misma joven, con su vestido blanco, su cabellera rubia y sus ojos bajos.

¡Era María! ¡María que acababa de cumplir dieciséis años!

Desde entonces Luis, maquinalmente casi, sin

explicarse la razón, fué todas las mañanas á la iglesia.

Y todas las mañanas estaba allí la joven, fresca, hermosa, pura.

Luis tenía siempre clavados sus ojos en ella; pero cuando la joven alzaba su vista para levantarse, Luis bajaba la suya, así que jamás se encontraban sus miradas.

Jamás se cruzó entre ellos ese relámpago eléctrico que inflama los corazones y hace á dos criaturas precipitarse la una en brazos de la otra.

Y sin embargo, se sentían, se adivinaban. En medio de las sombras que envolvían la iglesia al empezar siempre la ceremonia de la misa, la mirada de Luis sabía donde estaba María! Y en el momento en que el sol naciente inundaba de pronto, sin transición de luz la iglesia, dando vida á todo, cual si los objetos nacieran á su resplandor, la joven levantaba la vista, y una levisima tinta de rubor coloreaba su frente. ¡Era un reflejo de luz que animaba su rostro, ó era que presentía la mirada de Luis que iba á clavarse sobre ella?

María era una muchacha sencilla, candorosa y pura; una de esas mujeres que al verlas inspiran la idea de una flor. ¡Era tan bella, tan fresca; respiraba tanta salud, tanto contento; se exhalaba en torno suyo un perfume tal de inocencia, y á pesar de ser linda su belleza prometía desarrollarse de tal manera, que los campesinos en su lenguaje expresivo y pintoresco la llamaban "botón de rosa!"



Perteneía á una de las familias mejor acomodadas de la aldea, y no por esto su vida era menos sencilla. Pero la pureza y la inocencia infunden más respeto que ninguna de las posiciones sociales.

Al verla levantarse y salir de la iglesia, nunca se le ocurrió á Luis seguirla; por el contrario, muchas veces caía de rodillas para contemplar la huella de luz y perfumes que ella dejaba á su paso.

Día á día Luis se iba poniendo más melancólico, más meditabundo que antes; pero no era ya la melancolía del espíritu que vaga en el espacio, tristeza nacida de nuestra pequeñez, sino la melancolía del corazón que empieza á amar. ¡Dulce y grata melancolía que precede á la felicidad, como ese crepúsculo azulino y dorado que admiráis antes de la salida del sol!...

Luis amaba, sí; pero aquel amor nacido bajo las bóvedas de la iglesia, iluminado por el primer rayo del día, tenía algo de celeste, de etéreo, de vago. No era el arrebató de la pasión que estalla; era la oración que sube silenciosa, modesta hacia el trono del Señor; era la adoración que se olvida de sí misma....

Además, Luis era pobre, y la familia de María tenía orgullo en sus riquezas.

¡Qué inmensa barrera á los ojos del mundo!  
 ¿Pero qué importaba aquello á los ojos de Dios, que mira los corazones desnudos?

En la vida de Luis no había más instantes de luz, que aquellos que María alumbraba en

la iglesia con su presencia; las demás horas pasaban para él envueltas en un velo de vaguedad indescriptible.

Una mañana, los ojos del joven fueron más rápidos, ó María se distrajo en su oración, lo cierto es que sus miradas se encontraron un instante, un solo instante, pero lo suficiente para que las mejillas de María se pusiesen carmeses como el clavel, y Luis sintiese un vértigo.

Entonces se despertó en su corazón un anhelo, una necesidad imperiosa: ¿sería amado?

Vagó por el campo preguntándole á la naturaleza, interrogando al cielo, examinando las flores, porque el hombre cuando ama comprende.

Al fin, cuando el sol caía hacia el Occidente, cual si fuese impelido por una atracción, se acercó á la casa de María.

De pronto su corazón se estremeció.... Dió Luis un paso y al transponer un bosquecillo percibió á María.

A María recostada al borde del límpido arroyuelo, en una actitud meditabunda, con el cabello suelto, con la cabeza apoyada en una mano.

Luis se detuvo y no se atrevió ni aun á respirar: turbar á María en su actitud abandonada le hubiera parecido un sacrilegio.

¿Pero en qué pensaba la cándida joven, cuya alma límpida como un diamante no conservaba la menor mancha? ¿Qué pensamiento sombreaba su frente y doblegaba su cabeza, como esas flores á las que el sol del mediodía hace languidecer?....



Luis pasó una de esas noches pobladas de sueños, de ilusiones, de fantasmas, creaciones de un corazón que ama.

Al día siguiente fué más temprano á la iglesia; pero María vino más tarde que nunca, y en todo su aspecto había un no sé qué de lánguido y doliente; su rostro estaba pálido, sus ojos parecían más grandes.

Luis tuvo una vaga, pero terrible aprensión, uno de esos calofríos súbitos que recorren el cuerpo.

Y como la proximidad de una desgracia presta energía, como el presentimiento de perder una cosa nos la hace más apreciable, más necesaria, el joven pensó en confesar su amor á María.

¡Dios mío! aquel terror en la Iglesia, ¿no era porque ella amaba á otro?, ¿no sería que sus padres hubiesen prometido su mano?

Luis se puso á meditar, y tímido y desconfiado, temió á veces que María ni aun hubiese notado jamás su presencia.

Y entonces, ¿cómo podría tener esperanza de ser amado?

Aquel día se le hizo eterno: al fin en la noche, pensando en que nunca tendría valor para abrir los labios ante María, se resolvió á escribirla.

Y trazó una de esas cartas como saben escribir las y componerlas los que aman de veras.

A la mañana siguiente cortó las flores más bellas, las más aromáticas y formó un ramillete; puso en él su carta y fué á colocarlo en

el lugar donde tenía costumbre de arrodillarse María.

Era muy temprano; nadie había aún en la iglesia, y sin embargo, Luis tuvo vergüenza y fué á ocultarse tras una de las columnas.

¡Oh!, ¡cuánto deseaba, y cómo temía el momento en que María al arrodillarse levantara el ramillete!

Encendiéronse los cirios; la Iglesia se fué llenando de fieles, el sacerdote se presentó en el altar....

¡Oh!, ¡cómo le parecía á Luis que aquel día todos se habían empeñado en darse prisa! ¿Por qué decían la misa tan temprano?... ¿No sabía el sacerdote, no sabían los fieles que aun no era la hora de costumbre, puesto que María no había venido, y para Luis no existía otra señal de la hora más que María?....

De pronto, como siempre, brotó el sol.... ¡Ay! también él se daba prisa aquel día!....

Entonces Luis tuvo un dolor horrible. María no había venido, y el ramillete estaba allí para hacer notar más su ausencia.

El joven se sintió con deseos de llorar: María no le amaba; María no había venido, por no tomar su ramillete y su carta, pensaba dentro de sí mismo.

¡Recogió el ramo; y las flores, escogidas de preferencia antes de la aurora, le parecieron mustias, pálidas, secas!....

Al día siguiente acudió con el corazón lleno de angustia al templo, entonces las horas se le hicieron eternas! Entonces no trafa rami-



llete, pero se sentía impelido á arrodillarse ante la joven para pintarle su amor, sus temores, su agonía....

Se celebró la misa, y el lugar de Marfa estuvo vacío; pero al terminar el santo sacrificio, escuchó un rumor inusitado, y oyó á todos que llenos de aflicción contaban un suceso que lo hizo estremecer.

¡María, la hermosa María, la joven fresca, robusta, llena de vida, estaba muriendo!

Corrió sin oír más hacia la casa de la joven, y en la puerta encontró al padre de María, que se retorcia los brazos, y lloraba como un niño á pesar de las arrugas de su rostro.

Luis cayó de rodillas, y gritó con suprema angustia levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!.... ¡y que haya muerto sin que supiera al menos que yo la amaba!....

“¿Qué es el amor sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una ciega reminiscencia, una imagen lejana de su belleza, impresa en nuestros corazones?”—he dicho en mi novela “Hermana de los Angeles.”

¿Y sería posible así, que el amor puro y verdadero tenga fin? ¿Este sentimiento morirá también como las flores?

¡No!, ¡no!: hay siempre en la vida un amor que no se logra; pero un amor cuyo recuerdo jamás se borra del corazón.

Es el amor celeste, y este amor no es hecho para el mundo. ¡Le entrevemos apenas, y se desvanece!

El corazón entonces en el primer instante de su dolor, gime, maldice y duda de todo.

Pero más tarde ó más temprano la estrella oculta entre nubes aparece, y brilla la esperanza, melancólica pero consoladora.

Y entonces todos hallamos una respuesta á las preguntas que nos hemos hecho en las horas de tristeza.

¡Oh!, las mujeres jóvenes mueren porque Dios las quiere librar de toda mancha; lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura poco en el mundo, porque no es el mundo su patria, y sólo viene á él para despertar en nuestro corazón el amor verdadero y enseñarnos á aspirar al cielo.

Haber sufrido, pues, una pérdida de esas, dolorosa y terrible, no es sino haber conquistado el derecho de la felicidad suprema.

Hay en nosotros algo que se sobrepone al tiempo: la esperanza, el anhelo de amar, el sentimiento de nuestra inmortalidad....

Aquella misma tarde, al pensar yo en esto, pasó junto á mí un hombre pálido, grave y consumido, y fué á arrodillarse sobre la tumba de María.

Ere Luis.

Yo me acerqué; él volvió hacia mí sus ojos que habían adquirido una maravillosa profundidad, y me dijo señalando el objeto de su amor encerrado en la tumba:



—Era en efecto un "botón de rosa," pero el mundo no fué digno de ella, y ha ido á abrir sus pétalos al cielo....

Agosto de 1854.



EN UN CEMENTERIO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Era en efecto un "botón de rosa," pero el mundo no fué digno de ella, y ha ido á abrir sus pétalos al cielo....

Agosto de 1854.



EN UN CEMENTERIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## EN UN CEMENTERIO

MEDITACIONES

DÍA DE MUERTOS

Era la última hora de la tarde; esa hora solemne y misteriosa en que la naturaleza parece recogerse; en que los ruidos del mundo se extinguen lentamente....

Era esa hora tristísima en que el sol dora apenas con sus moribundos rayos los celajes que vagan por el cielo; esa hora en que el ángel de la vida al ver partir la luz, cuando las flores cierran sus pétalos, cuando las aves enmudecen y el sueño se extiende como un soplo de muerte sobre la creación, pliega sus alas, y alumbrado por el último dudoso resplandor del crepúsculo, se arrodilla y eleva sus súplicas al Señor, para que torne la luz á reanimar los campos y las criaturas....

¡Hora de meditación en que el alma gusta de la melancolía!...

¡Ya pasó el día! ¡el tiempo en su incansable marcha llevóse algunas horas más de nuestra existencia!

¡Cuán corren los instantes; apenas hay tiempo para medirlos!

¿Qué es la vida? Pasado; porvenir tan sólo. Siempre recordando; esperando siempre; jamás satisfechos!

¡El presente! hé aquí una de nuestras perennes ilusiones. ¿A qué dan el nombre de presente? ¿Es cosa que nos pertenece acaso?...

¡Ay! ¡el presente no es más que el punto de transición entre el pasado y el porvenir!

¡El presente!... no es más que el momento que pasó aquí en este cementerio, recordando las alegrías de mi vida que ya pasaron; esperando el día en que también vendrá la multitud insensata y frívola á hollar con sus pies el polvo de mis huesos....

¡El presente! es ese tristísimo sonido de las campanas que doblan; es esa vibración que parte del bronce para perderse luego en el olvido.

¡Ay! ¡el presente no es más que el dolor que se siente; lo pasado, el recuerdo melancólico que halaga nuestro corazón; el porvenir, la esperanza, el anhelo constante por el eterno descanso!...

¿Por qué, pues, ese apego á la vida que hu-ye de nosotros?...

Pasó por aquí la multitud; aún se miran

sobre la tierra fresca impresas sus huellas... Pero luego vendrá el soplo de la noche, y esas huellas desaparecerán, como desaparecerán también los que hoy vinieron á este sitio.

¡Lúgubre festividad! ¡Hay algo de misterioso en esa visita que hoy hace la humanidad al campo de los muertos!

¿Habrá alguna relación todavía entre las generaciones que ya tornaron á ser polvo, y las que hoy se hallan animadas por el soplo de la vida?

¿Los lazos de amor que unían al hijo con la madre, al marido con la esposa, fueron rotos por la muerte ó subsisten aún como una misteriosa simpatía?

Yo no lo sé; pero algo debe haber, pues que tanta tristeza nos inspira un túmulo solitario, abandonado, cubierto por la yerba!...

¡Un túmulo que nadie visita hoy!...

¡Ya cerró la noche!; ¡poco á poco se encienden las estrellas; y el viento frío y triste se desata para murmurar en torno de estas tumbas!

¡Cuán apacible es la noche para el que padece! ¡Yo cambiaría muchas horas de ese tumultuoso placer que buscan los hombres, por un momento de melancolía como éste!

Tiene la noche secretas armonías para mí. Hay momentos en que á solas con mis pensamientos pareceme que llega á mis oídos algún eco perdido de la música celestial que en torno á su trono dan los ángeles al Señor.

¡Si fuere cierto que en algunos momentos las



almas de los que murieron vuelven á la tierra!  
 ¡Si fuere cierto que en estas horas cuando todo en la tierra duerme, los que partieron de ella vuelven algunos momentos, á recordar tal vez sus pasadas alegrías; á velar por los que amaron!....

¡Ay!, ¡acaso este viento que de tiempo en tiempo roza mis mejillas es el soplo de las alas de un ángel que trae en sus brazos el alma de alguno á quien amé.... de alguno de los pedazos de mi corazón que yacen en la tumba!....

¡Morir!, ¡ay! ¡cuánto lo deseo!.... mi alma fatigada anhela ya el descanso de este sitio.

¿Qué otra cosa es el mundo sino un valle de lágrimas como nos dice la Iglesia?

¿Qué halla en él aquel que recibió de Dios un corazón ardiente, puro y generoso? ¡Desengaños, heridas!

Un hombre con un corazón así, al atravesar por el mundo, es como el cordero que deja un vellón de su lana en cada zarza....

A veces he creído que suele Dios criar corazones como el mfo. entusiastas, apasionador para que los que los posean sean mártires....

Como caen al soplo del cierzo uno á uno los pétalos de la flor, así van desapareciendo una á una también las ilusiones de nuestra alma.

Y cuando el corazón se halla desierto, ¿cómo no ha de anhelar el olvido y el descanso?

.....

¡Partamos!, ¡hay algo de solemne en estos sitios que infunde respeto! Tal vez no les sea permitido á los mortales interrumpir el reposo de los que ya fueron juzgados por Dios.

¡Partamos!.... ¡Mas qué triste armonía llega á mis oídos!

Son las últimas preces de la Iglesia.

¡Sublime y amorosa religión!, ¡tú sola no nos abandonas!, ¡sola tú te acuerdas de aquellos á quienes todos olvidaron!

Nada hay más patético que las oraciones de la Iglesia católica.

Esta mañana me conmovió una escena.

En una humilde capilla lejos del bullicio, un sacerdote entonaba las últimas oraciones de los difuntos; y dos mujeres pobres, una madre y una hermana, oraban sobre una tosca losa.

¡Qué bien se unían los lamentos de la madre con los lamentos de la religión!....

Yo también, conmovido, me arrodillé lejos de aquel dolor y lloré....

¡Lloré, pensando que tal vez dentro de pronto desearía que algunas lágrimas vengán á caer sobre mi tumba como un rocío!....

Noviembre de 1851.



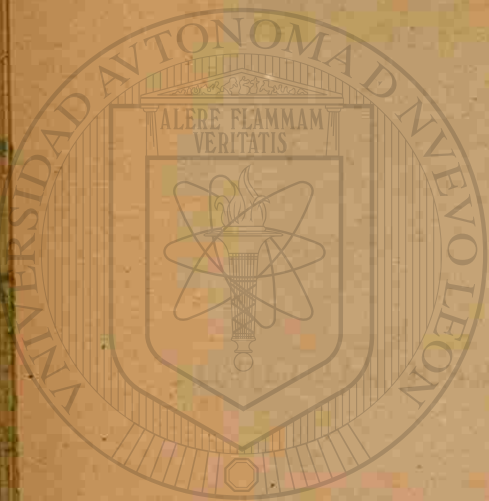


SUICIDARSE POR MANO AJENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### SUICIDARSE POR MANO AJENA

Un "buen" inglés cansado de vivir, tomó una pistola, la cargó, y salió de Londres con el objeto de matarse al aire libre.

Llegó á un sitio que le pareció á propósito para tan bonita operación, y aproximando el arma á su frente, pone el dedo en el gatillo, queda inmóvil algunos segundos....

¿Piensan Udes. que disparó?: no: otro plan más divertido se ofreció en aquel momento á su tótrica imaginación.

Muy lentamente y con pausado compás, vuelve á la ciudad, llega y toma posesión de un asiento en uno de los infinitos templos donde se brinda en honor de Baco; pide de beber, y de nuevo prepara su pistola; observa atentamente las fisonomías de los fieles bacantes: reflexiona entre sí cuál tendrá más gana de morir, se de-

cide en fin, y el elegido es despachado al otro mundo, diciéndole al tiempo de disparar:

"Amigo, os elijo para mi compañero de viaje."

En el momento es arrestado el asesino; llega el acto de la declaración, y de ella resulta el diálogo siguiente:

Juez.—¿Cómo os llamais?

Acusado.—Enrique Steel.

Juez.—¿Por qué habéis muerto á M. N.?

Enrique.—Os lo diré: hace tiempo que estoy cansado de vivir, y salí fuera de la ciudad con idea de matarme; pero cuando iba á realizar mi proyecto, me acordé de dos cosas. Primera: que en un viaje tan largo sería bueno llevar un compañero que me diese conversación. Segunda: que habiendo hombres que están encargados de este cuidado, sería mejor darme la muerte por mano de ejecutor público que por la mía.

El juez, teniendo á este hombre por loco, suspendió la discusión; y concluida la causa, fué condenado á muerte, siendo lo más singular del caso, que en el acto de la ejecución gritaba el delincuente:

"Señores, yo me suicido por medio del eje de mi nueva invención."

## PENSAMIENTOS

La historia de los artistas en México es una página en blanco, en la cual si hay algo escrito, es sólo el rastro que dejan las lágrimas del aislamiento y la desesperación.

---

Nada hay más inocente como la oración del niño; nada más tierno como la de la doncella; nada más solemne ni que inspire más respeto como la del anciano.

---

Los hombres se imaginan la muerte como un dolor agudo y terrible. Yo creo, por el contrario, que es un momento de dulce y voluptuosa languidez.



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

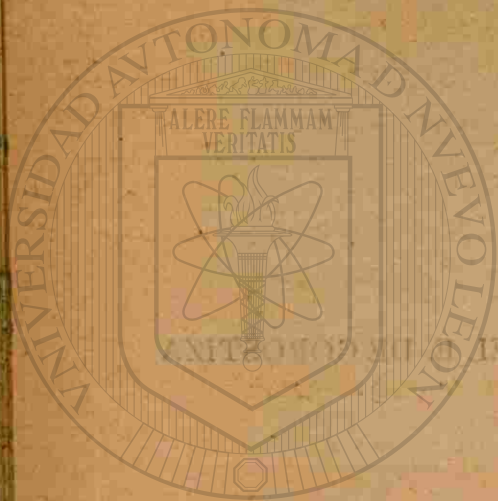




D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



#### D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

Hay en el corazón del hombre un deseo innato, un anhelo irresistible, una verdadera necesidad que lo sostiene en medio de las penalidades de la vida, que lo hace entregarse con afán al estudio, que lo impele á desafiar los mayores peligros; el amor al renombre y la gloria.

No parece sino que encontrando el alma estrecha y corta su vida sobre la tierra, tiende á prolongar los límites de su existencia. Es éste acaso un presentimiento de la inmortalidad que la aguarda, un vago recuerdo de su origen; por eso ese anhelo de gloria y renombre es un sentimiento general, un sentimiento que existe aun en los corazones más rudos.

¡La idea del olvido, el pensamiento de la nada es una cosa que espanta, que hiela de terror; hé aquí lo que nos hace aborrecer la muerte; hé aquí lo que nos espanta de la tum-



ba, ese abismo insondable donde lentamente se sepultan las generaciones sin dejar más allá de su tránsito por el mundo, que lo que dejan las hojas que año por año se desprenden de los árboles!

A medida que la inteligencia es más vasta, á medida que la organización es más delicada, es mayor ese anhelo por la gloria. De aquí la diferencia que se nota entre los individuos.

El rústico campesino, el hombre ignorante siente esa necesidad, pero tal vez no la comprende.

El hombre ilustrado la aprecia y la desea con ardor. Aquél se contenta con conservar imaculada su vida y legar un buen recuerdo á sus hijos: éste anhela más, consagra sus días al estudio, y sueña con vivir en la memoria de la futuras generaciones.

Empero es éste un dón precioso, una recompensa que Dios concede sólo á sus escogidos.

Es un bien tan valioso, que quien lo ha conseguido es un dios sobre la tierra. ¡La muerte no existe para él; vive eternamente, y las generaciones pasan bajo sus plantas arrastradas por la mano del tiempo, como pasan las olas de arena en alas del "Simoun" al pie de las pirámides de Egipto!

¡La mano del tiempo respeta á esos hombres escogidos, y bien lejos de atentar á su memoria, les forma un pedestal con los despojos de lo que ha caído á su impulso!....

¡La gloria! ¿No es, en efecto, una cosa digna de ambición?....

Es la corona que está reservada á todos los estudios: llegan á hacerse los apóstoles del saber que por sus esfuerzos logran elevarse sobre el común de los hombres, á los que por su afán y ber, antorchas de la civilización....

Y es ésta una recompensa tan legítima, que no es envidia nunca, sino emulación la que inspiran; emulación que hace hervir en nuestros pechos la sangre, que enardece nuestra imaginación.

¡La gloria! es una luz brillante que ilumina cuanto la rodea. He aquí por qué el nombre de los que la alcanzaron es un título de honor para la patria que les dió el sér.

La gloria de las armas es una gloria funesta; es un árbol regado con las lágrimas de las madres y de las esposas.

La gloria de la ciencia es pura; ningún recuerdo triste la empaña. Entre los aplausos que las generaciones tributan al sabio, no se escuchan jamás los gemidos y las maldiciones de los vencidos, lúgubre armonía que acompaña siempre los himnos de victoria.

Por eso sin duda los pueblos, con esa tendencia natural hacia el bien, se envanecen aun más que con sus actos de valor, con haber sido la cuna de claros é ilustres varones.

La España no está menos orgullosa con haber sido la patria de Cervantes, que con sus mil victorias.

Y México, nuestra adorada patria, no ignora tampoco que uno de sus más gloriosos umbres

es haber sido el suelo de D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

No lo ignora; y la señal es que se complace en repetirlo; que ha colocado un laurel sobre la frente de su ilustre hijo.

La ceremonia que acaba de tener lugar hace apenas dos noches, es de aquellas cuyo recuerdo queda eternamente grabado en el corazón.

México, representado por lo más selecto de sus habitantes, ha ido la noche del sábado 27 del corriente á hacer el apoteosis, á divinizar á Gorostiza. . . . .

Sobre la tierra fresca todavía de la tumba del poeta mexicano, se levanta ya el laurel. Sobre esa tumba luce el sol de gloria. . . . .

Conmovidos nosotros aún por la solemne ceremonia, entusiasmados con la gloria de nuestro paisano, sentimos un deseo de ofrecerle nuestros sentimientos.

Estas líneas son la muestra de ellos. Nuestra ofrenda es pobre, pero muy sincera. El poeta á quien va consagrada, era digno de mejor cosa; pero no tiene también su mérito lo pobre? ¿Vale acaso menos el tosco ramillete que el campesino coloca sobre el altar, que la espléndida ofrenda del poderoso? . . . . .

Nació el Sr. D. Manuel Eduardo de Gorostiza en la ciudad de Veracruz el día 18 de Octubre de 1789. Fueron sus padres D. Pedro de Gorostiza, Gobernador de aquella plaza, y Da. Rosario Cepeda, señora muy distinguida por sus prendas personales, así como por su distin-

guido talento. Ambos eran nacidos en España.

Háse observado siempre que las madres son las que influyen más en el porvenir y en el carácter de los hijos. Y es natural; ellas son las que forman sus primeras ideas, ellas las que con la leche de sus pechos les infunden sus propios sentimientos.

La madre del Sr. Gorostiza tenía una particular afición á la literatura, y habíase consagrado al estudio hasta el grado de merecer el título de doctora burlada. Era, pues, preciso que sus hijos heredaran su amor á la ciencia.

Cuatro años contaba apenas D. Manuel, cuando tuvo la desgracia de perder á su padre, en 1793. A consecuencia de este suceso, la señora viuda de Gorostiza con sus hijos se trasladó á la Península.

Desde esta época España fué la segunda patria de D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

Desde muy temprano manifestó éste su amor al estudio; sin embargo, el ardor juvenil no lo dejó dedicarse á él con todo el esmero que debiera esperarse de su elevada inteligencia.

El deseo de gloria se despertó en su pecho; fué un sentimiento vivo, poderoso, inextinguible.

Fuó una necesidad para su alma grande. Pero se hallaba aún en esa edad en que el corazón busca las más fuertes impresiones, en que la sangre hierve, en que la imaginación corre desatentada hallando un singular placer en los peligros.

El Sr. Gorostiza buscó la gloria en las ar-



mas y entró de cadete, después de haber hecho los estudios necesarios en un colegio de Madrid.

Desgraciadamente nos faltan datos necesarios para seguir paso á paso la historia de nuestro ilustre compatriota; sin embargo, podemos señalar los hechos principales de su vida.

El joven Gorostiza se distinguió de tal manera en el ejército español, que el año de 1808, cuando la invasión francesa, era ya capitán de granaderos.

La guerra de España contra los ejércitos del emperador, fué una buena ocasión para Gorostiza; luchó con denuedo, alcanzó la gloria que anhelaba, y más de una vez compró con su sangre el honor de ser contado entre los más valientes soldados.

El año de 1814 dejó completamente el servicio militar y desde entonces se consagró asiduamente á la literatura.

Como todos los hombres de inteligencia elevada, el Sr. Gorostiza amaba la libertad; él no podía permanecer, pues, extraño á la lucha que en aquella época comenzaba en España. Entre las ideas nuevas y los que quisieran encadenar á los pueblos. Ya como simple ciudadano, ya como escritor, defendió siempre, sin vacilar jamás, la libertad, la instrucción y el progreso. Esta noble tarea le valió por entonces perder todos sus bienes, que fueron confiscados y tener que salir proscrito de su patria adoptiva.

Peró estos contratiempos eran muy mezquinos para abatir su ánimo. El Sr. Gorostiza, al salir de España, víctima de la tiranía, podía volver la vista hacia los que abusaban del poder, y decir como un grande hombre de la antigüedad: "Más pierden ellos que yo."

Desde el año de 1821 al de 24, el Sr Gorostiza viajó por los principales puntos de Europa, captándose por todas partes la simpatía por su trato amable, su instrucción y su talento.

Antes de esta época había compuesto en España sus principales comedias; habíanse representado con mucho aplauso, y su nombre comenzaba á ser conocido de todos los amantes de las bellas letras.

D. Manuel E. de Gorostiza había nacido con un corazón mexicano, y en medio de los azares de su vida, no olvidó nunca su patria, el suelo donde su cuna rodó.

El año de 1824 fué nombrado por el gobierno de la República Mexicana, Cónsul General en los Países Bajos. En una serie de nueve años fué Encargado de Negocios y luego Ministro en varios puntos de Europa, con comisiones del gobierno mexicano, para arreglar los tratados de esta nación con las principales de Europa.

En todos estos puestos, sobremedera delicados, el Sr. Gorostiza dió pruebas de un conocimiento singular de los negocios, de una destreza poco común, y de un talento superior.

Es ciertamente cosa notable ver á este hom-

bre distinguirse en materias tan poco análogas.

Los hombres nacen con alguna especialidad: pero hay inteligencias que todo pueden abrazarlo: la del Sr. Gorostiza era de estas.

La biografía de este hombre no puede reducirse á los estrechos límites de un periódico: quien quiera escribirla con conciencia, tiene que hacer un estudio de la guerra de España con Francia, de la diplomacia mexicana, de la política y situación interior de México, del establecimiento de las casas de corrección en esta ciudad,..... tiene que hacer un estudio profundo de la literatura española; tiene, en fin, que escribir un libro. Nosotros no podemos hacer más que trazar ligeros apuntes. El Sr. Gorostiza es de aquellos hombres que han representado un papel tan importante, y su historia está tan íntimamente ligada con la de algunos pueblos, que no pueden separarse la una de la otra sin que se hagan falta.

Hasta el año de 1833, pudo realizar el Sr. Gorostiza un deseo que alimentaba hacia mucho tiempo en su corazón: volver á su patria, de la que había salido cuarenta años antes; ver á esa México, á la cual amaba con todo el cariño de un fiel, sin conocerla.....

El amor al suelo donde nacimos, nunca muere; ni el espacio, ni el tiempo, ni la misma ingratitude son capaces de debilitar el cariño que se les profesa.

El Sr. Gorostiza no podía permanecer obscuro en México; su reputación de orator, de diplomático y de estadista estaba formada, y

desde luego vino á ocupar los primeros puestos de la República. Desempeñó varias veces la Secretaría de Relaciones, la siempre difícil de Hacienda, hizo los tratados de paz con Francia, después del bloqueo, y fué enviado á los Estados Unidos del Norte con una muy delicada comisión cuando la guerra de Texas.

Entre las dotes que adornaban al Sr. Gorostiza no era sin duda la menor un corazón sensible, generoso y amante de la humanidad.

El autor de "Indulgencia para todos," era un verdadero filántropo, uno de esos hombres que dejan marcada su huella sobre la tierra, con verdaderos y abundantes beneficios.

El fué el primero que proyectó y llegó á fundar en esta capital una casa de corrección para jóvenes; benéfico establecimiento donde se enseñaba un modo honesto de ganar la vida á los niños que por abandono de sus padres, por orfandad ó miseria, se veían expuestos á entrar en la senda del crimen.

A estas obras consagró el resto de sus días; mientras le fué posible; sostuvo con el mayor empeño la casa de corrección, sin dejar de atender otras obras de beneficencia á que pertenecía.

En los últimos años, el trabajo asiduo y algunas enfermedades comenzaron á debilitar su cuerpo.

Sin embargo, cuando la patria necesitó del auxilio de sus hijos, él fué uno de los primeros en ofrecerle su reposo y su sangre.

A fines del año de 1846 formó un batallón



de guardia nacional, conocido con el nombre de "Bravos," y compuesto de artesanos honrados y laboriosos.

El Sr. Gorostiza sentía palpar en su pecho un corazón ardiente y esforzado; era mexicano, y quiso ser uno de los primeros en volar al sostén de los derechos de la patria, pérfidamente hollados por los ejércitos de la república del Norte.

Rudos son los trabajos de la guerra, y más rudos aún para un anciano gastado por el estudio y las vigias: pero ¿qué persona no recobra su juvenil ardor cuando se trata de morir por la patria?

Llegó por fin el año funesto de 1847, y comenzó para México esa serie de infortunios, terrible lección que quiso darnos la Providencia.

Sucumbió la heroica Veracruz ante el poder numérico de las armas; sucumbió cubierta de laureles, porque hay derrotas que honran.

Sucumbieron nuestras armas en Cerro Gordo, y el invasor puso su planta triunfante en Puebla.

La flor de nuestros ejércitos fué dejada en los campos de Padierna.....

¡Todo parecía perdido! México apuraba gota á gota el cáliz de la tribulación.....Y no se sentía la esperanza sino en aquellos pueblos esforzados en los que el temor no halla cabida nunca.

El invasor, ebrio de orgullo, iba á proseguir su marcha victoriosa hasta el Palacio Nacional; á su paso estaba Churubusco. ¡Churu-

busco, débil y olvidado convento hasta entonces, recuerdo histórico y glorioso en lo sucesivo!

En Churubusco se hallaban algunos cuerpos de nacionales. Ahí estaba D. Manuel Eduardo de Gorostiza al frente de su batallón querido de "Bravos."

Era un puñado de valientes que se preparaba á sostener una lucha desigual, sin armas, sin fortificaciones. Era un puñado de héroes que querían demostrar que los ciudadanos de México mueren, mas no se rinden. Eran hijos predilectos de esta ciudad, que querían volver por su honor.....

Ahí el Sr. Gorostiza había olvidado su edad, sus enfermedades, sus atenciones de familia, ¡todo!; era un patriota tan sólo.

Y ¡qué ejemplo el de aquellos hombres que se preparaban á un sacrificio seguro! ¡Con qué supremo desprecio veían desde lo alto de sus parapetos, huir algunos batallones enteros!..

Llegó por fin la hora del combate; y más de una vez los invasores, hasta entonces victoriosos, tuvieron que retroceder ante el valor de aquel puñado de valientes.

Pero el sol de la victoria no lucía para México; y Churubusco sucumbió, porque también los héroes sucumben.....

"Bravos," "Independencia" y parte de otros cuerpos que ahí se encontraban, se cubrieron de gloria en aquel día.....

Mientras hubo un cartucho que morder, los invasores no pudieron poner un pie en el con-

vento..... pero el fuego acabó por falta de municiones, y los soldados rompieron sus armas para que no creyeran en poder del enemigo....

En aquel punto el Sr. Gorostiza conquistó el laurel de guerrero, que hoy junto con los del sabio, deponemos sobre su tumba...

Era por cierto un espectáculo grandioso, y que infundía valor, mirar á aquel anciano de aspecto dulce y venerable, con la espada en la mano, poniéndose siempre en los puntos más riesgosos, alentado á todos, enseñándolos á desafiar con frente serena á la muerte.

Este acontecimiento causó una profunda impresión en el alma sensible del ilustre mexicano.

Su salud comenzó á decaer.

Por fin á los 62 años y 10 días de su vida, falleció de una congestión cerebral, en la villa de Tacubaya, el 23 de Octubre de este año.

Enemigo del fausto, el Sr. Gorostiza encargó que se le enterrase sin vanas pompas; su cuerpo yace en el cementerio del convento de San Diego.

Estamos muy lejos de creer que hemos escrito una biografía del Sr. Gorostiza. Para esto además de las luces necesarias nos han faltado el tiempo y los datos necesarios.

El Sr. Gorostiza puede ser considerado bajo muchos aspectos; nosotros no hemos hecho más que echar una rápida ojeada sobre su vida. Tal vez alguna pluma mejor cortada

se encargará de llenar el hueco que dejamos.

Las composiciones dramáticas del Sr. Gorostiza, que ha sido calificado como rival de Moratín, son harto conocidas en México: ¿quién no ha aplaudido "Indulgencia para todos;" "El Amigo íntimo;" "El Jugador;" "Las costumbres de antaño;" "Contigo pan y cebolla," etc....?

Sin embargo, debemos decir con harto sentimiento, que no hay una "edición mexicana" de estas comedias.

El Sr. Gorostiza se ocupó también en traducir piezas del teatro francés, empleando en este trabajo mucho talento y estudio. Para él no era éste un trabajo maquinal; más que traducir, puede decirse que creaba.

El nombre de nuestro ilustre compatriota es popular en España y en algunos otros puntos de Europa.

México, al hacer el apoteosis de "D. Manuel E. de Gorostiza," ha cumplido con un sagrado deber; porque deber es hacer justicia al mérito.

Terminaremos estas líneas repitiendo: nuestra ofrenda no es digna acaso del ilustre poeta, pero es sincera; es el himno de un corazón amante también de las glorias de su patria...<sup>®</sup>

La muerte del poeta que lloramos, fué tranquila: era la muerte del justo que se aduerme en el seno del Señor, después de haber empleado útil y noblemente sus días.

El Sr. Gorostiza era de imaginación viva; de



corazón muy sensible y bondadoso, de trato amable, y muy querido de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle. Fue casado y dejó un hijo. Sirvió los puestos más altos de la República, y murió pobre.

Diciembre de 1851.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

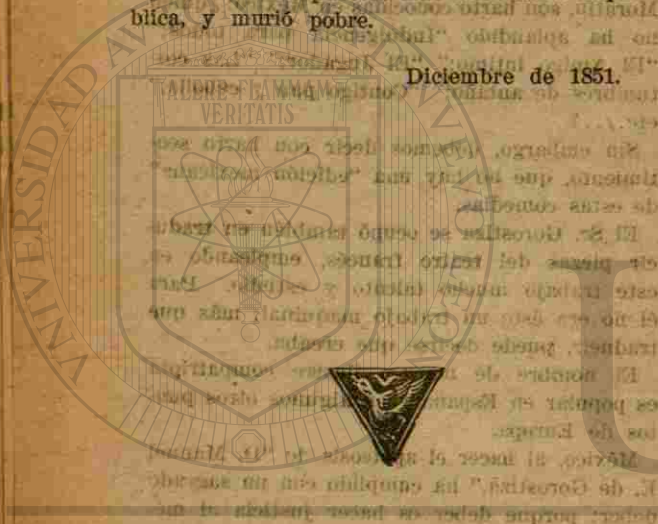
## INDICE.

	Pag
Biografía del autor. . . . .	v
Amor y desgracia. . . . .	1
La corona de azucenas. . . . .	57
¡Hasta el cielo!. . . . .	131
Dolores ocultos. . . . .	191
Dos horas en el Hospital de San Andrés. . . . .	197
Hermana de los ángeles. . . . .	247
Culpa. . . . .	399
Botón de rosa. . . . .	465
En un cementerio. . . . .	479
Suicidarse por mano ajena. . . . .	487
D. Manuel Eduardo de Gorostiza. . . . .	493



corazón muy sensible y bondadoso, de trato amable, y muy querido de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle. Fue casado y dejó un hijo. Sirvió los puestos más altos de la República, y murió pobre.

Diciembre de 1851.



## INDICE.

	Pag
Biografía del autor. . . . .	v
Amor y desgracia. . . . .	1
La corona de azucenas. . . . .	57
¡Hasta el cielo!. . . . .	131
Dolores ocultos. . . . .	191
Dos horas en el Hospital de San Andrés. . . . .	197
Hermana de los ángeles. . . . .	247
Culpa. . . . .	399
Botón de rosa. . . . .	465
En un cementerio. . . . .	479
Suicidarse por mano ajena. . . . .	487
D. Manuel Eduardo de Gorostiza. . . . .	493







U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

